



EUDISTAS
Provincia de Colombia

CONSEJOS A LOS CONFESORES

TOMO IV

Centenario de la edición de Obras Completas

JESÚS Y MARÍA

CONSEJOS A LOS CONFESORES MISIONEROS

Manera de examinar bien a los penitentes

Cómo ayudarles a hacer una buena confesión

**Gustoso gastaré
y me gastaré a mí mismo
por ustedes**

2 Corintios 12, 15

Bogotá – Valmaría 2019

Tradujo Alvaro Torres Fajardo CJM

INTRODUCCIÓN

El Buen Confesor es solo el desarrollo de un opúsculo que el Padre Eudes había publicado veintidós años antes y que llamó *Consejos a los confesores misioneros*.

El título no era nuevo. Desde principios de su episcopado san Francisco de Sales había publicado sobre los deberes de sacerdote en el tribunal de la Penitencia una especie de “memorial” que llamó *Consejos a los confesores*. En el prefacio del *Tratado del amor de Dios* explica el origen de dicho opúsculo. “Al tiempo que se imprimía la oración fúnebre de Felipe de Lorraine supe que había sido nombrado obispo de Annecy para ser consagrado y empezar mi residencia. Se impuso inicialmente la necesidad que había de advertir a los confesores de algunos puntos de importancia y para ello escribí veinticinco Consejos que hice imprimir para hacerlos circular más fácilmente entre aquellos a quienes estaban dirigidos. Después fueron reimpresos en diversos lugares”. Esos Consejos son la sabiduría y la bondad mismas. El Padre Eudes los tuvo muy en cuenta. Inspiraron su conducta y los recomendó a menudo a los sacerdotes que lo acompañaban en sus misiones.

Apreciaba igualmente las *Instrucciones* de san Carlos a los confesores de su diócesis. El arzobispo de Milán recomienda la bondad con los pecadores. Quiero asimismo que haya firmeza con ellos. Y que se sepa si es necesario, en casos que indica, rehusar o diferir la absolución por cierto tiempo. La experiencia había convencido al Padre Eudes que

las reglas dadas por el santo arzobispo eran muy sabias y conformes con las verdaderas necesidades de los penitentes. Quiso que fueran seguidas en la práctica. En cierto modo, a nuestro parecer, toma distancia de san Francisco de Sales. El arzobispo de Ginebra no trata expresamente de aplazar la absolución pero al leer sus *Consejos* parece que se contenta con una promesa mientras que el Padre, siguiendo a san Carlos, aconseja esperar la ejecución de lo prometido antes de dar la absolución.

A pesar de la estima que tenía del opúsculo de san Francisco de Sales decidió escribir los *Consejos a los confesores misioneros*. En ellos se encuentran al tiempo los principios del obispo de Ginebra y las reglas trazadas por el arzobispo de Milán. Sueña unir la bondad del primero con la firmeza del segundo. Pensamos que lo logró al recomendar bondad y ternura sin límites en los procedimientos y sapiente firmeza en las decisiones. Añadió a los *Consejos* un largo examen de conciencia que forma la segunda parte de su libro. Logró un manual muy cómodo para los confesores.

Era todavía miembro del Oratorio cuando compuso los *Consejos a los confesores misioneros*. Los hizo aprobar el 30 de julio de 1642 por el doctor d'Orgeville, penitenciario y vicario general del obispo de Saint-Malo. El 15 de septiembre del mismo año obtuvo el privilegio por seis años para la impresión. Pero no fue en 1642 cuando apareció esta obra por primera vez como lo afirman Martine y Boulay en sus biografías de san Juan Eudes. Tampoco fue en 1643 como dice el padre Cousin en su edición de *El Buen confesor*. El libro apareció en 1644 como lo prueba la mención siguiente que

se lee en las antiguas ediciones siguiendo el privilegio del rey: *Acabado de imprimir por primera vez el 15 de febrero de 1644*. Fue editado en Caen por Poisson en un volumen en 32º de 320 páginas. Lo dedicó a los misioneros especialmente los de su Congregación. Les recomienda leerlo asiduamente y conformar con él su conducta de modo que no haya entre ellos ni oposición ni divergencias en la administración del sacramento de Penitencia.

Los *Consejos a los confesores* recibieron buena acogida en el clero. El mismo año de su publicación se hizo una segunda edición. En 1648 aparecieron otras dos por Poisson. El catálogo de la biblioteca municipal de Valognes señala expresamente una cuarta edición, por Poisson, en 1660 pero no pudimos encontrar el volumen en los anaqueles de esta biblioteca. Finalmente hace uso años encontramos una edición en 12º pero no tomamos fecha ni lugar de impresión. Es posible que hay otras ediciones que no conocemos.

En cuanto al valor de los *Consejos* recordemos lo que dice Martine: “No es posible leer los *Consejos* sin verse obligado a convenir que están llenos de excelente doctrina y acompañados de una sabiduría que solo puede venir el espíritu de Dios y de larga y saludable experiencia, alejada al tiempo de un relajamiento de la moral y de demasiada severidad”.

Boulay añade: “inspiran solo bondad, pero sin ceder en nada los principios. Es difícil reunir, en tan pequeño volumen, tantos sabios consejos y tantas enseñanzas precisas. Es un tratado completo en su brevedad de la manera de confesar a los que acudían a las misiones. En puntos donde el

relajamiento es de temer, sólidos documentos apoyan las afirmaciones del autor para decir que está basado en buenas razones. Disposiciones de los confesores, reglas que deben seguirse para la acogida, animar, interrogar, absolver o aplazar para después a los penitentes, remedios propios para asegurar su perseverancia, penitencias que se imponen, nada queda en olvido, todo está expreso claramente, con método, nitidez y precisión. Incluso los casos reservados al soberano Pontífice o los impedimentos que invalidan el matrimonio están suficientemente expuestos.

No reproducimos por entero la obra del Padre Eudes. Es inútil luego de haber publicado *El Buen Confesor*. Solo copiamos textualmente la primera parte, es decir, los *Consejos* propiamente dichos. En cuanto a la manera de examinar a los pendientes y de ayudarlos a hacer una buena confesión nos comentaremos con indicar las divisiones enviando a los capítulos de *El Buen Confesor*. La *Carta dedicatoria* es la misma de la de *El Buen Confesor*.

PRIMERA PARTE

Treinta y cuatro Consejos

Una de las principales y más importantes acciones de la misión se hace en el tribunal de la Penitencia. En él representamos al Hijo de Dios en sus más altas cualidades. Allí somos imagen viviente de su autoridad de Juez, de su obra de Salvador y del poder de su divina Majestad.

1. Su autoridad de *Juez*. Allí ponemos el ejercicio el poder que nos ha dado de atar y desatar, absolver o condenar, de retener o perdonar los pecados.

Allí nos comunica su autoridad de manera más excelente que los jueces ordinarios. Ellos son jueces de los cuerpos, nosotros somos de las almas. Ellos juzgan cosas temporales, nosotros juzgamos causas eternas. Su poder es pasajero, el nuestro va a la eternidad. Juzgaremos el mundo con el Hijo de Dios en el día del juicio. Sus juicios se escriben en papel, con tinta, los nuestros se escriben en el cielo con la sangre del Jesucristo.

Allí también, sentados en el trono del Hijo de Dios para ejercer su juicio, escucharemos las palabras del Espíritu Santo que retumban en nuestros oídos: *Cuiden atentamente lo que hacen: no practican un juicio humano sino el del Señor* (2 Cró 19, 6).

2. Su calidad de *Salvador*. Allí continuamos la obra de la redención del Hijo de Dios al rescatar las almas de la

cautividad del pecado, del demonio, del infierno, aplicando la preciosa sangre del Redentor y el fruto de su pasión.

3. Su *poder y Majestad* divina. Allí estamos como pequeños dioses, revestidos del poder de Dios, y hacemos una acción que solo pertenece a Dios, es decir, borrar el pecado, conferir la gracia y comunicar el Espíritu a las almas.

Estas tres calidades de que estamos investidos en la administración de este sacramento nos obligan a cosas grandes, a saber:

a. Por ser jueces y por ejercer el juicio del gran Dios, juicio en el que no hay solo una cosa temporal como un terreno o una casa o la vida corporal sino un reino eterno de salvación o de condenación de las almas, debemos aportar atención muy particular y gran aplicación.

b. Por estar allí como salvadores y por continuar la obra de la salvación del mundo, debemos obrar con la caridad, paciencia y humildad con que el Hijo de Dios la cumplió. La acción que realizamos es costosa. Pero recordemos lo que costó a Nuestro Señor para salvar las almas, destruir el pecado y adquirir la gracia que se aplica en los sacramentos; que es razonable que asociados a la calidad de Salvador, compartamos los sufrimientos que padeció para obrar la salvación del mundo; imitemos su gran paciencia, sin manifestar nunca que estamos afanados, sin prisas, ni que sentimos alguna molestia.

3. Estando allí como Dioses, revestidos de la autoridad y poder de Dios, y actuando en el nombre y de la parte de Dios

consideremos los intereses d Dios, no miremos sino a Dios, hagamos observar las leyes y máximas de Dios, establezcamos la vida y el reino de Dios en las almas, en una palabra, dejémonos llevar del espíritu de Dios, que es espíritu de paz y de unidad. Por tanto sean muy cuidadosos de no contrariarse ni condenarse unos a otros sino mantener unidad y armonía cuanto según Dios sea posible, con espíritu de caridad; soportar, cubrir y excusar los defectos ajenos y marchar por el mismo camino y observar la misma conducta y las mismas máximas; que el Espíritu Santo rija, bendiga y santifique su trabajo; que los penitentes encuentren perfecta uniformidad de sentimiento y palabras entre los misioneros, se edifiquen y se sientan llamados a seguirlos si quieren hacerse dignos de gozar de los frutos saludables de la misión.

Con ese fin es bueno que los Confesores aquí nombrados observen las siguientes consignas:

1 Consagrados a trabajar por la salvación de los demás sintámonos obligados, antes de entregarnos a esta tarea, a estar en el mejor estado que podamos a fin ser dignos instrumentos en la mano d Dios y no poner impedimento a la gracia que quiere comunicar a las almas por nuestra mediación.

Por ello, antes de entrar en el confesonario recordemos que vamos a hacer una de las más importantes acciones que se puedan realizar en el mundo, como es, borrar el pecado en las almas, destruir en ellas el reino de Satanás, librarlas de su tiranía, retirarlas del infierno, abrirles el cielo, comunicarles la gracia de Dios, aplicarles la preciosa sangre

del Hijo de Dios, hacerla vivir y reinar en ellas. Por ser tan santa esta acción, tan divina y eminente, debe ser hecha santa y divinamente, con cuidado y atención muy particular.

Para ello, antes de comenzarla, pongámonos a los pies de Nuestro Señor para ofrecerla a él, afirmando que no buscamos sino su gloria y la salvación de las almas creadas a su imagen y semejanza, y rescatadas con su sangre; invocar también al Espíritu Santo para que nos dé las luces y gracias requeridas para hacer bien esta acción; implorar la ayuda de la Virgen y de los ángeles de la guarda de quienes se acerquen a nosotros. Incluso es necesario confesarse si sentimos necesidad de hacerlo, aunque no sea urgente y absolutamente necesario; al menos hacer un acto de contrición y purificar bien el corazón de todo afecto que no sea recto ante Dios.

Temamos asemejarnos a antorchas que se consumen y se pierden iluminando a los demás o a la escoba que se ensucia y se gasta limpiando las basuras de la casa. Es necesario elevar nuestra mente y nuestro corazón a Dios en esta acción, para que nos conserve y no perezcamos cooperando en la salvación de los otros.

2. Los que se ocupan en el confesonario sea en casa sea fuera de ella deben saber distinguir los pecados mortales de los veniales en las materias más comunes; también las circunstancias que cambian las especies de los pecados, los casos reservados, las censuras más ordinarias, las irregularidades, los impedimentos para los matrimonios, estén bien informados de las facultades que tienen en esos

casos y de las que no tienen para no desbordar el límite de las facultades.

3. No deben ni pueden escuchar confesiones sin estar aprobados y sin tener el permiso del obispo y del cura de la parroquia donde están.

4. No hay sacramento en el que haya que observar mayor gravedad y majestad que en la Penitencia. En él actuamos como enviados de Dios para ejercer su juicio. Por eso los confesores misioneros deben actuar con sotana, sobrepelliz y bonete, sentados en lugar visible de la iglesia, a la vista del mundo, sin prisa ni de paso, con rostro grave y amistoso, invariable y sin dejar escapar suspiros al escuchar pecados enormes, o por otros gesto que puedan manifestar fastidio o desagrado, para no causar extrañeza a los penitentes o dar ocasión a los que estén cerca de suponer que se dice algo fastidioso o execrable.

Deben entrar al confesonario si es cómodo, y si no hay confesonario ocupen el lugar que indique el superior; no cambien de sitio a menos que sea necesario y autorizados por el superior.

5. Tengan cuidado de llevar en todo lugar el buen olor de Jesucristo y edificar a quienes los vean o a quienes conversen con ellos, mediante profunda humildad, paciencia invencible, caridad perfecta; no busquen su interés y no reciban ningún presente de nadie. Manifiesten modestia ejemplar que deben observar siempre y en todo lugar, pero en especial en el confesonario; no se inclinen hacia el penitente ni lo miren al rostro; cubran con un pañuelo su rostro y eviten en lo posible mirar a los que estén en la iglesia.

6. Hagan que los penitentes observen postura decente, es decir, de rodillas, las manos juntas, la cabeza descubierta si es hombre, y con velo si es mujer; tengan el rostro al lado del confesor de manera que no lo vean; no hablen directamente al oído sino al lado. Nunca apoyen la cabeza en la del penitente sobre todo si es una mujer o una joven. Hablen lo más bajo posible con tal que sea escuchado por el penitente; pedirle también que hable bajo y hacer que los que rodean estén alejados.

7. Reciban con entrañas de misericordia y con corazón pleno de amor a todos los que se presenten indiferentemente, cada uno a su turno, sin acepción de personas ni preferencias, a menos que estén enfermos o tengan incapacidad, a las madres que alimentan al hijo y a mujeres encintas, criados o criadas que no puedan esperar y a los que llegan de lejos. Todo con mucha discreción sin ofender a nadie pero procurando que todos lo entiendan dando bondadosamente las explicaciones del caso.

8. No salir del confesonario sino cuando el penitente haya terminado su confesión, a menos de necesidad urgente, como para ir a decir la misa o para reunión de la comunidad. En ese caso tratar de que el penitente lo entienda; lo mejor sería advertirlo de antemano al comienzo de la confesión cuando se prevé que haya que salir.

9. Siendo propio del oficio del juez examinar diligentemente al criminal sobre todas las circunstancias y dependencias de sus crímenes toca al confesor que ejerce oficio de juez aportar mucha diligencia en examinar bien a los penitentes según la condición de las personas, animándolos a

confesarse debidamente; no despacharlos por hacer demasiado tiempo que no se confiesan ni por no haberse preparado bien ni haberse examinado, si no son capaces de hacerlo, sino tratando de suplir su deficiencia.

10. Recordar ante todo que los pobres penitentes, al comienzo de su confesión, nos llaman *Pater*, y que por tanto los debemos tratar con corazón de veras paternal, con mucha cordialidad, benignidad y compasión. Sobrellevemos con paciencia su rusticidad, ignorancia, tontería, lentitud y otras imperfecciones; nunca nos cansemos de ayudarles y hablémosles amablemente, sin halagarlos sin embargo; hay que hacerles ver la enormidad de sus faltas; esto no puede hacerse sino al terminar la confesión, sin acritud ni aspereza, sino con bondad y caridad; no les digamos palabras duras que demuestren menosprecio; en cuanto posible hacer que se vayan contentos, edificados, consolados y con gran deseo de comenzar una vida del todo nueva.

11. Una de las principales cosas que debe hacer el confesor es considerar atentamente la disposición del penitente y tratarlo en conformidad. Si por ejemplo lo vemos avergonzado hay que infundirle seguridad y mostrarle que no somos ángeles y tampoco él; que todos somos pecadores; que no nos escandaliza escuchar grandes pecados pues conocemos la gran fragilidad humana; que las tentaciones del espíritu maligno son frecuentes y violentas; que es humano pecar pero que es diabólico permanecer en el pecado, sin confesarse; que la confesión es tan secreta que el confesor, así sea poco temeroso de Dios, preferiría ser quemado vivo antes que revelar la menor falta escuchada en

confesión, que finalmente Dios nos ordena confesar a los sacerdotes nuestros pecados y que por tanto hay que hacerlo por su amor y en honor de la confusión que llevó en la cruz a causa de nuestros crímenes. Que es preferible pasar por la vergüenza de confesar los pecados al oído de un solo hombre que verse avergonzado ante todos los ángeles y los hombres y ante Dios en el día del juicio, y luego ser condenado eternamente.

12. Si por el contrario el penitente se presenta altanero y sin temor, es bueno reconvenirlo fuertemente pero siempre con bondad y recordarle que viene a prosternarse ante Dios, a los pies de Jesucristo, juez soberano, y no ante un mero hombre. Que debe considerarse como criminal de lesa-majestad divina y que ha merecido eterna condenación. Que se trata de una cuestión muy importante en la que está en juego su salvación eterna; y de aplicar a su alma el fruto de la sangre y de la muerte de Jesucristo; y que en la hora de la muerte dará cuenta estricta de las confesiones que hizo.

13. Si se le nota temeroso y desconfiado de obtener el perdón de sus pecados hay que animarlo y levantar su ánimo mostrándole que Dios tiene gran deseo de perdonarle y que goza por la penitencia de los grandes pecadores; que si nuestra desdicha es grande es más grande la misericordia de Dios que se glorifica en nosotros. Que Nuestro Señor rogó a su Padre por quienes lo crucificaron para enseñarnos que cuando lo sacrificamos con nuestra propias manos nos perdona generosamente si le pedimos perdón; que estima tanto la penitencia que la mínima penitencia que se hace en el mundo, con tal que sea verdadera, le hace olvidar toda

clase de pecados de manera que si los condenados y los diablos mismos pudieran tenerla todos sus pesados les serían perdonados; que el mayor agravio que podemos hacer a la bondad de Dios y a la muerte y pasión de Jesucristo es no tener confianza de obtener el perdón de nuestras faltas; que, finalmente, es punto de fe, que creamos en la remisión de los pecados para que no dudemos de recibirla cuando recurrimos al sacramento que Nuestro Señor instituyó para este efecto, puestas las disposiciones requeridas.

14. Si lo notamos divina perplejo por no saber bien cómo decir sus pecados o por no haberse sabido examinar hay que prometerle la asistencia: Dios no ayudará a hacer una buena y santa a confesión. En aquello que le da vergüenza acusarse hay que animarlo vigorosamente diciéndole estas palabras y oras parecidas: Ánimo, hermano o hermana querido, Dios te concede gran gracia para hacer una buena confesión. Continúa generosamente y no ocultes nada por amor de Nuestro Señor Jesucristo que por amor a ti murió. Dar gloria a Dios y confusión al demonio. Vas a sentirte consolado en la hora de la muerte y ahora luego de esta acción. No lo hagas por satisfacción tuya sino para dar gozo a Nuestro Señor y a su santísima Madre que con lo ángeles y los santos se regocijan cuando un alma se acusa humildemente de sus pecados con la resolución de dejarlos y darse perfectamente a Dios.”.

15. Si se acusa de sí mismo, o si pronuncia algunas palabras deshonestas o embrolla sus acusaciones con excusas, pretextos o historias u otras impertinencias no hay que perturbarlo ni dar a entender que eso es extraño sino tener

paciencia y dejarlo que termine todo. Comenzar entonces a interrogarlo para que diga sus faltas más clara y distintamente; luego enseñarle una forma más correcta de expresarse, si es capaz de hacerlo, y hacerle conocer las superfluidades, impertinencias e imperfecciones que comete al excusarse paliando o disfrazando sus pecados.

16. Si se encuentran cosas difíciles de solucionar hay que levantar a Dios el espíritu y pedir luz al Espíritu Santo. Si a pesar de todo no se ve claro hay que pedir tiempo al penitente para pensar y consultar si le parece bien.

17. Si hay reconciliaciones o restituciones para hacer, o alguna ocasión de pecado que hay que remover, no hay necesidad de esperar el fin de la confesión para poner al penitente en disposición de que se sienta seguro al respecto. Se debe hacer en el momento mismo en que al acusarse se le interroga y se le encuentra culpable en uno de esos puntos.

18. No interrogar sobre cosas curiosas y no necesarias sino examinar sobre lo estrictamente necesario para perfección de la confesión. En los pecados mortales preguntar al penitente por el número aproximado de veces que lo cometió, o por año, o por mes, o por semana, o por día y ayudarle a decir, en cuanto posible, el número de sus faltas.

19. Es posible encontrar algunos que están de buena fe o de ignorancia invencible en un pecado, sea que lo cometieron o que tengan voluntad de hacerlo, y creemos con probabilidad que advirtiéndolos o sacándolos de su buena fe e ignorancia por el conocimiento que se les dé del pecado, no se resolverán sin embargo a dejarlo o no dejarán de cometerlo; en ese caso no se debe advertir al penitente pues será inútil

e incluso perjudicial para él. Pero si tiene algo de duda sobre el pecado y pide un parecer, se debe decirle la verdad incluso si se está seguro de que no hará nada de lo que se le diga; desde que comienza a dudar, por poco que sea, no está ya en buena fe: Ejemplo, dos casados que están en grado prohibido y por consiguiente en matrimonio nulo pero no lo saben. El marido viene a confesarse y el confesor juzga con probabilidad que advirtiéndole de este impedimento no pondrá remedio, mejor no decirle nada y dejarlo en la buena fe.



EUDISTAS
Provincia de Colombia

EL BUEN CONFESOR

TOMO IV

Centenario de la edición de Obras Completas

SAN JUAN EUDES

EL BUEN CONFESOR

Cualidades de los confesores misioneros

Consignas para ejercer santamente su ministerio

*Muy gustosamente gastaré
y me gastaré por ustedes
2 Corintios 12,15*

**Tradujo Álvaro Torres Fajardo, eudista
Valmaría, 2011**

PRESENTACIÓN

El libro EL BUEN CONFESOR es el fruto de un largo ejercicio pastoral del sacramento de la confesión durante las Misiones predicadas por san Juan Eudes y los sacerdotes que lo acompañaban. Ese sacramento representaba para san Juan Eudes el criterio fundamental del fruto de la misión. No quería que hubiera solo predicaciones y enseñanzas. Ellas debían llevar a la conversión significada en el sacramento de la Reconciliación.

Es un texto de valor histórico no solo pastoral sino incluso social. Los exámenes minuciosos a determinados grupos de personas reflejan las costumbres de la época en los comportamientos no solo religiosos sino también civiles. Pero también en el campo pastoral presenta la caridad apostólica que movía a tantos sacerdotes a emplear largo y fatigoso tiempo en un ministerio a veces agotador. Numerosos sacerdotes se entregaban durante la misión a este servicio. San Juan Eudes llega a decir que en una misión su número ascendió a un centenar.

Pero es un libro que conserva cierta actualidad. Dos Padres eudistas de la provincia de Colombia, profesores uno en la universidad Javeriana de Bogotá, otro en la universidad católica de Quito, prestaron recientemente el

servicio de encargados de un curso llamado *Práctica de la Confesión*, impartido a estudiantes de último año de teología, como reemplazo del temido examen *Ad audiendas*, requisito para obtener del Ordinario las licencias ministeriales para oír confesiones. Encontraron una mina preciosa para cumplir esta tarea en EL BUEN CONFESOR, sobre todo en la jugosa presentación que hace san Juan Eudes de la riqueza teológica del sacramento en sí mismo y de la figura del confesor y de las virtudes y cualidades que deben acompañarlo en ese ministerio. Sus cursos fueron bien calificados por los estudiantes.

Inicialmente san Juan Eudes publicó en 1644 un texto corto, que llamó *Advertencias a los confesores misioneros* (OC 4, 379-402). Lo fue ampliando y en 1666 publicó EL BUEN CONFESOR (OC 4, 143-309). Conoció en vida de san Juan Eudes y en tiempos siguientes numerosas ediciones. Fue publicado en parte en español en la editorial San Juan Eudes en 1956. La presente versión es completa y del todo nueva.

Álvaro Torres Fajardo CJM
Valmaría, mayo de 2012

INTRODUCCIÓN-BUEN CONFESOR

I. Ocasión y publicación del “Buen Confesor” Diversas ediciones

En un *Aviso al lector* que encabeza el libro san Juan Eudes nos cuenta en qué circunstancias compuso El Buen Confesor. Desde 1644 había publicado un librito llamado *Advertencias a los confesores misioneros*. Lo compuso para sus hermanos y los sacerdotes auxiliares que lo acompañaban en sus misiones. Debía servirles de guía y para mantener entre ellos uniformidad en el tribunal de la Penitencia. Su contenido y su título este libro recordaba las *Advertencias a los confesores* de san Francisco de Sales. El autor procuraba aunar la mansedumbre del obispo de Ginebra con la firmeza de san Carlos Borromeo, cuyas normas sobre el aplazamiento o la negativa de la absolución seguía.

El libro del Padre Eudes obtuvo un éxito rápido y ya en 1644 fue necesario una segunda edición seguida de otras varias. Sin embargo, esas *Advertencias* no eran sino un ensayo. Llegó el día en que san Juan Eudes quiso completarlo añadiendo su propia experiencia. Se dio cuenta pronto de que el único medio de lograrlo era un nuevo libro. “Al ponerme manos a la obra, dice, hice como el que construyó una casa y queriendo cambiar o mejorar algo la derriba del todo y hace una nueva del todo diferente de la primera. Así destruí mi primera obra e hice una nueva que sin embargo contiene lo que había en la primera, pero en

mejor orden y con otros aportes que no estaban en ella. Es nueva en cuanto a la materia y en cuanto a la forma le di otro nombre”. Este es el origen de El Buen Confesor.

En 1662 esta obra estaba avanzada pues el autor pidió un privilegio del rey para hacerla imprimir. Lo obtuvo el 28 de junio del mismo año y el 5 de marzo del año siguiente y lo puso a disposición de Poisson, librero de Caen. Por razones que desconocemos ese privilegio solo se utilizó en 1673, tiempo después de la publicación de El Buen Confesor. Lo mencionamos para fijar la fecha de la composición del libro. Cuatro años después, el 18 de febrero de 1666, Lambert obtuvo nuevo privilegio durable cinco años para la impresión de El Buen Confesor y donde él la obra apareció por primera vez el 26 de febrero de ese mismo año 1666. Era un volumen en 18º de 384 páginas. Llevaba la aprobación dada al Padre Eudes para las *Advertencias a los confesores* por los sacerdotes d’Orgeville y Potier, y una nueva aprobación de los doctores Pignay y Blouet de Than, que antes habían aprobado *Vida y Reino de Jesús*.

Por acuerdos entre Lambert y Poisson se permitió a este último reeditar el libro en Caen durante el mismo año de 1666. Esta edición, del mismo formato que la anterior, tiene el mismo número de páginas, pero, cosa extraña, la ortografía es más moderna. Hay en ella una nueva aprobación del amigo del Padre Eudes, doctor Vérel, profesor de filosofía en la facultad de teología de Caen.

El Buen Confesor recibió entre el clero acogida favorable y fue reeditado a menudo. En su *Diccionario de la*

Órdenes religiosas Hélyot afirma que fue reeditado nueve veces en tiempos de su autor. No alas conocemos todas y como por otra parte el texto era idéntico establecer la lista sería de menor importancia. Investigaciones hechas nos permiten afirmar que fue reeditado en 1668 en París, en Caen y Lyon en 1669, en París en 1672, en Caen 1673 y en Lyon en 1674.

Después de la muerte del Padre Eudes *El Buen Confesor* continuó a recibir la estima del clero y fue reeditado en diversos lugares. Conocemos las siguientes ediciones: 1683 en Caen, 1685 en Lyon, 1686 en París, 1687 en Chalons, 1692 en Lyons, dos ediciones en Ruan sin fecha.

En 1732, el Padre Cousin, cuarto superior general de la Congregación publicó una nueva edición en Ruan. Se agotó rápidamente pues reimpressa el año siguiente. El padre Cousin no reeditó el texto tal como lo hizo el Padre Eudes. La lengua francesa y en el siglo XVIII se retocaba el estilo de los autores anteriores. Lo hizo discretamente: “Se hubieran podido cambiar algunas otras expresiones, pero se dejaron tal cual, porque sería difícil conservar, con algún cambio notable, la unción y el vigor que se encuentran en las expresiones enérgicas del autor, que dejan sentir el celo y la piedad de que estaba lleno, que al tiempo que instruyen al lector lo inspiran”.

Cousin, para hacer más completo el libro y más útil, hizo algunas adiciones. Tuvo cuidado también de rectificar algunas afirmaciones según recientes decisiones de Roma. Aunque reprocha en sus *Advertencias* a algunos editores haber suprimido algunos pasajes del libro cayó en el mismo

defecto y movido por temores que hoy nos parecen ligeros, borró del libro del Padre Eudes algunos pasajes que señalamos en notas.

Las correcciones y adiciones de Cousin ponían al día el libro del Padre Eudes. Era ventajoso para los lectores del siglo XVIII. Para nosotros, a quienes nos interesa tener en su integridad su enseñanza, son solo alteraciones del texto primitivo y preferimos las ediciones primeras.

En el extranjero *El Buen Confesor* tuvo la misma acogida que en Francia. El Padre Cousin nos asegura que había traducciones en diversas lenguas y su testimonio está confirmado por Besselièvre en sus *Memorias* sobre el Padre Eudes. Infortunadamente es difícil encontrar las ediciones francesas y mucha más encontrar traducciones en lenguas extranjeras. Podemos afirmar con certeza la existencia de una traducción alemana que fue señalada al Padre Mallet, procurador eudista en Roma, por el cardenal decano del Tribunal de la Sagrada Rota en diciembre de 1902: “Estoy viejo, le decía, soy alemán y hace bastante tiempo conozco a su piadoso fundador. En el seminario donde estudié el rector nos hablaba de él con frecuencia y nos invitaba a adquirir sus obras. Compré entonces, traducidos a nuestra lengua, *El Buen Confesor* y *El Predicador apostólico* que poseo todavía”.

II. Tema y doctrina de El Buen Confesor

El Buen Confesor es un libro de teología pastoral que tiene por objeto enseñar a los sacerdotes, y sobre todo a los

misioneros, a administrar debidamente el sacramento de Penitencia. Su plan es en extremo simple. Luego de algunas consideraciones sobre la excelencia del sacerdocio el autor trata en cincuenta capítulos de la importancia de la confesión, de las cualidades de un buen confesor y de los deberes que le incumben en el tribunal de la Penitencia. Estudiémoslo.

-1. Excelencia e importancia de la confesión. Vimos que el *Memorial de la vid eclesiástica* se abre con magníficas consideraciones sobre el sacerdocio. Al principio del *Predicador apostólico* se encuentra asimismo un capítulo mu notable sobre la naturaleza y la excelencia de la predicación. Antes de hablar de las cualidades y deberes del confesor el Padre Eudes trata igualmente de la excelencia y la importancia de la confesión. Dotado de un espíritu eminentemente práctico el Padre Eudes sabía que no hay mejor medio para inspirar al sacerdote el amor de sus funciones, a menudo agotadoras, y llevarlo cumplir con cuidado que mostrarle su grandeza. Por empieza siempre así.

Para hacer comprender la excelencia de la confesión el piadoso autor empieza por recordar que, en el tribunal de la Penitencia, como quizás en ninguna otra pare, el sacerdote representa a Jesucristo en sus cualidades de doctor, pastor, médico, mediador, salvador y juez. Luego insiste en los frutos abundantes que se derivan para la gloria de Dios y la salvación de las almas. “Aquí, dice el Padre Eudes, se obra una maravilla que supera todos los milagros visibles que

nuestro Señor obró en los cuerpos a su paso por la tierra, y que los sobrepasa como el alma supera al cuerpo. Los milagros que hizo en los cuerpos no son sino sombras de los milagros que a diario en las almas por el sacramento de Penitencia. En él lo ciegos recobran la vista, las almas infectadas por la lepra del pecado son sanadas, las muertas resucitan. ¡Qué cambios más admirables! En un momento el alma pasa de un extremo de desgracia a un extremo de felicidad, de la muerte a la vida, del infierno al paraíso. En un momento el que era esclavo del demonio es hecho hijo de Dios, el que era habitación de los demonios se convierte en morada del Rey de los ángeles. ¡Salvador mío, qué gracia grande nos hiciste al establecer este sacramento en tu Iglesia!

El Padre Eudes considera la confesión como una de las funciones más importantes del santo ministerio: “Entre todas las funciones pastorales, dice, en esta se puede prestar gran servicio a las almas”. Por la confesión, en efecto, el pastor conoce a sus ovejas, se da cuenta de sus necesidades, les aplica remedios apropiados para sus enfermedades espirituales, las arranca de los dientes del lobo infernal y les impide ser presa de él. Aquí las alimenta con manjares celestes al darles enseñanzas salutíferas y las dispone a recibir el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios.

En otro lugar dice a los misioneros: “Entre todos los empleos eclesiásticos no hay nada más necesario y útil como el trabajo de las misiones, y entre las funciones de las misiones nada más fructuoso que escuchar las confesiones; no veo función eclesiástica, sea en las misiones sea fuera de

ellas, que pueda prestar más servicios a las almas que la confesión”.

Hay misioneros que no lo valoran bien. Parecen más preocupados de la predicación y le aplican todo el esfuerzo de su celo. Para desengañarlos el Padre Eudes las compara: la predicación es el alma de la misión, pero la confesión es el corazón. Los predicadores solo esbozan la obra salvadora y los confesores la pulen. Para explicarlo recurre a grandes imágenes que acumula con profusión y concluye: “Si los ángeles fueran capaces de envidia envidiarían a los confesores al verlos ejercer un ministerio tan del agrado de su divina Majestad y tan útil a las almas que costaron la sangre del Hijo de Dios”.

Se dirige a todos los sacerdotes, sobre todo a los misioneros de su Congregación y les dice: “Si tienen gran amor a Dios valoren mucho ese empleo, estímense afortunados de trabajar en él, reconozcan que Dios les ha hecho gran favor al llamarlos a él y esfuércense por adquirir todas las cualidades requeridas a un confesor y observar todas las cosas necesarias para realizar dignamente esta santa función”.

2. Cualidades de un buen confesor. El Padre Eudes trata ampliamente las cualidades requeridas para administrar con fruto el sacramento de Penitencia. La primera de que se ocupa es el celo por la salvación de las almas. Se necesita mucho para dedicarse al ministerio oscuro y fatigante del confesonario. “Ciertamente, dice el Padre Eudes, todos los que el Hijo de Dios ha asociado con él en su sacerdocio

están obligados a adquirir su celo por la salvación de las almas, pero en especial los que se ocupan de escuchar confesiones. Hay mucho trabajo en ese oficio en el que hay muchas espinas y dificultades tienen necesidad de estar adornados de mucho celo por el honor de su Señor y de celo por la salvación de sus hermanos”. Luego se extiende sobre los motivos que le parecen idóneos para encender la llama del celo en el corazón de los sacerdotes. El capítulo que consagra a este punto es el más extenso de su obra. Ocupa en las primeras ediciones más de 50 páginas. Lo estudiamos en el *Memorial d la vida eclesiástica*. No hay por qué volver sobre este tema. Sus ideas son hermosas y elevadas y al tiempo sencillas. El sacerdote que las lea se sentirá llamado a consagrarse en cuerpo y alma a la salvación de sus hermanos. Creemos que jamás se haya hablado sobre el tema con acentos tan penetrantes y llenos de calor.

Según el Padre Eudes las cualidades que con el celo concurren a formar un buen confesor son: poder de juicio, ciencia, caridad, prudencia, misericordia, justicia y fidelidad en guardar el secreto de la confesión.

Trata extensamente de lo que llama la “justicia” del confesor. La entiende como la firmeza del sacerdote en proteger los derechos de Dios, la santidad del sacramento de penitencia y los intereses espirituales de los penitentes al no conceder la absolución sino a los penitentes bien dispuestos, difiriéndola o incluso rehusándola absolutamente a los otros. Volveremos en seguida sobre esta grave cuestión.

En cuanto a las otras cuatro cualidades requeridas a los confesores habla de ellas brevemente. En el corto capítulo que consagra a cada una se encuentran de ordinario, junto con nociones muy precisas, reglas prácticas de gran sensatez. También indica advertencias a las que atribuye importancia muy especial y que propone con energía; cuando, por ejemplo, trata de la misericordia enseña con razón que si un sacerdote está lleno de ella hará en el tribunal de la penitencia cosas maravillosas, porque no contento con absolver al penitente le sabrá inspirar sentimientos de verdadera devoción y le hará gustar cómo Dios está lleno bondad con los que le sirven. Y se pregunta: ¿Qué es la misericordia? ¿Quieres saberla y deseas tenerla? Ejercítate en la oración mental y la conocerás y poseerás pronto. Pero te declaro que, mientras no sepas por experiencia lo que es oración mental no sabrás lo que es la verdadera misericordia y no serás apto para escuchar confesiones”.

Debemos señalar igualmente la insistencia con la que el Padre Eudes predica la caridad a los pecadores. El celo del que habla largamente es ya un fruto, o mejor, una de las formas de la caridad. Pide que en el santo tribunal se comporte con paciencia, bondad, benignidad que llegue incluso a la ternura. Es para él punto capital. “La principal cualidad de un confesor es la caridad, manifestada en la bondad, llena de mansedumbre, transformada en benignidad. Cuando se sube al púlpito para predicar la palabra de Dios hay que armarse de cañones y centellas para fulminar el pecado; pero en el confesonario hay que

tener un corazón lleno de mansedumbre y una boca plena de leche y suero, jamás de vinagre, solo aceite y miel... La bondad es todopoderosa pero la acritud echa todo a perder”.

El Padre Eudes no se contenta con consagrar a esta cuestión un capítulo especial en su obra. Vuelve a ella de continuo. “Por continuar la obra de la redención del mundo, escribe desde el primer capítulo, debes obrar con la caridad, paciencia y humildad con que el Hijo de Dios la cumplió. La acción que haces en el tribunal de la Penitencia es enojosa, pero debes recordar que costó mucho a nuestro Redentor para rescate de nuestras almas y que es muy razonable que asociados a su condición de Salvador participemos en los trabajos y sufrimientos que llevó para la salvación del mundo; imitemos su gran paciencia sin dar a entender nunca que estamos afanados ni que tenemos prisa, ni manifestar ninguna pena”. Al final del libro lo repite en forma de conclusión al hablar de la manera de convertir a los pecadores. Es su último apremiante llamado a la caridad y la bondad.

La caridad no debe caer en debilidad. El Padre Eudes lo repite a menudo y recomienda a los confesores mostrarse firmes en mantener los derechos de la justicia divina concediendo el beneficio de la absolución solo a los pecadores de veras arrepentidos y decididos a cambiar de vida.

En su época los jansenistas pedían exigencia a ultranza en este ministerio. “Quieren, dice el Padre Eudes, que se difiera la absolución por años enteros para pecados

habituales y para pecados mortales donde no habituales, e incluso para pecados veniales, cosa demasiado severa y no practicable en la corrupción de hoy; si se siguiera esta regla se alejaría a todos los cristianos de la participación en la Penitencia y la Eucaristía, se haría caer en desesperación a todo el mundo, habría que cerrar las iglesias y por tanto el paraíso a la mayoría de los fieles”. Los hechos han dado razón al Padre Eudes. Donde los principios jansenistas han prevalecido los fieles han abandonado del todo los sacramentos de Penitencia y Eucaristía y han caído pronto en la indiferencia y la irreligión. Quizás eso buscaba la secta.

Al lado del rigorismo jansenista el laxismo también tenía partidarios. Son conocidos los clamores de escritores jansenistas contra lo que llamaban la *moral relajada*” de los casuistas de la Compañía de Jesús. Estas protestas inspiradas por el odio a menudo eran puras calumnias. La prueba de que en la época el laxismo no era pura quimera es que Alejandro VII en 1665 y 1666, e Inocencia XI en 1679 condenaron, contra los que atentaban contra las legítimas exigencias de la moral cristiana cierto número de proposiciones defendidas por casuistas temerarios. La *Apología de los casuistas* del jesuita Pirot fue condenada por los mismos motivos. En misión en Evreux el Padre Eudes había aprobado la quema de dicho libro.

Para combatir el laxismo la Asamblea del clero de 1657 hizo reimprimir las *Instrucciones* de san Carlos a los misioneros traducidas al francés por el arzobispo de Toulouse. Fueron enviadas a los obispos del reino por los miembros de la Asamblea para denunciar los peligros que

querían conjurar. “Hay gran peligro, decían, de que los confesores se comprometan con ciertas opiniones modernas que enseñan aceptar todas las cosas problemáticas y buscar medios, no para exterminar las costumbres malas de los hombres, sino para justificarlas y dar medios de satisfacer la conciencia. Porque, en lugar de que Jesucristo nos dé sus preceptos y nos deje su ejemplo, a fin de que quienes creen él le obedezcan y acomoden a él su vida, el propósito de estos autores parece ser acomodar los preceptos y normas d Jesucristo a los intereses, placeres y pasiones de los hombres. Muestran su ingenio en adular su avaricia y su ambición por aperturas que les dan para vengarse de sus enemigos, prestar dinero a usura, entrar en las dignidades eclesiásticas por cualquier vía y conservar por vías sangrientas el falso honor”.

Y añaden: “Además de esta corrupción de la doctrina, hemos sentido dolorosamente ver la facilidad desafortunada de la mayor parte de los confesores que dan la absolución a penitentes con pretextos piadosos de sacarlos poco a poco del pecado usando de bondad para no llevarlos a la desesperación y al entero menosprecio de la religión”.

En *El Buen Confesor* El Padre Eudes se levanta también y vigorosamente contra los sacerdotes que por ignorancia o debilidad no se atreven a rehusar o diferir la absolución a penitentes no dispuestos suficientemente. “Uno de los mayores malos que hay hoy en el mundo, escribe, es el que por ignorancia o por negligencia y dejadez varios confesores absuelven indiferentemente a cuantos se presenten sin

considerar si tienen las disposiciones necesarias o no. En dichos confesores nada es demasiado corto o demasiado largo y esto es grandísimo mal que la divina venganza ha castigado severamente”.

El Padre Eudes suplica a los confesores que no se dejen llevar por esa fácil complacencia que llama “falsa caridad” y “cruel misericordia”. Les urge tener valor de rehusar la absolución a los indignos y a menos de circunstancias extraordinarias, diferirla a los penitentes dispuestos, pero hasta que reparen, cuando les es posible, el mal hecho, abandonen la ocasión voluntaria, o rompan con hábitos culpables. Son los principios que san Carlos daba a sus sacerdotes, que san Vicente de Paul inculcaba a sus misioneros y que más tarde san Alfonso de Liguori defendía en su teología moral. El Padre Eudes consideraba el aplazamiento de la absolución como el único medio de arrancar a los penitentes de incesantes tergiversaciones y funestas ilusiones. Hizo de esta necesidad el objeto de una tesis en regla que prueba por los concilios, los Padres, los teólogos, la razón y la experiencia, teniendo cuidado además de refutar las objeciones que se alegan en contra y de indicar la manera de llevarla a la práctica. Notemos que el santo misionero recomienda explicar bien a los penitentes que al diferir la absolución se busca su bien espiritual. Quiere sin embargo que se difiera solo “por algunos días” y que en la práctica se sepa “temperar el rigor con la bondad y añadir la misericordia a la justicia de manera que se dé ventaja a los sentimientos de la misericordia sobre los de la justicia”.

3. Deberes del confesor en el tribunal de la Penitencia

En una obra excelente que llamó *El confesor de la infancia y la juventud* el padre Cros observa que el Padre Eudes parece poner el examen de conciencia del penitente a cargo del confesor. Pero no solo el examen de conciencia, es la confesión entera que pone este caritativo apóstol, en amplia medida, a cargo del sacerdote. Dios nos concede “gracia maravillosa” al confiarnos el poder de perdonar los pecados”. Es por tanto muy importante que nada omitamos de cuanto podemos hacer para ejercer dignamente el santo ministerio.

El Padre Eudes enseña que el confesor tiene siete cosas para hacer en el tribunal de la Penitencia. Debe preparar al penitente para confesarse bien, instruirlo si es necesario, sobre los principales misterios de la religión, ayudarle a hacer su confesión interrogándolo, animarlo a la contrición, aplicarle los remedios necesarios, imponerle una penitencia adecuada y darle los consejos necesarios.

Trata sucesivamente de todos estos deberes del confesor dando para cada uno normas prácticas y detalladas. Indica en detalle las verdades que es necesario enseñar a los penitentes cuando las ignoran. Termina el libro con un extenso examen de conciencia que es un compendio completo de teología moral. Lo que es incluso más notable en la última parte de *El Buen Confesor* es la insistencia en recomendar a todo propósito la cordialidad, bondad, compasión con los pecadores. Si se trata de la

preparación, instrucción, examen de los penitentes o de otros deberes del confesor vuelve sin cesar pues teme que no se trate a los pecadores con acritud y rudeza en lugar de acogerlos con ternura muy paternal.

Este es el tema y la doctrina de *El Buen Confesor*. Se ha dicho que en él el autor se autorretrata. Al leer lo que Hérabourg y Martine nos cuentan de su conducta en el tribunal de la Penitencia no es sino la puesta en práctica de las enseñanzas de *El Buen Confesor*. Para nosotros este libro tiene doble precio. Es un directorio excelente que debe servirnos de guía en la administración del sacramento de la Penitencia y es también uno de los testimonios más fieles de las virtudes de nuestro venerable Padre, sobre todo de su celo ardiente y tierno, compasivo y firme, de la santificación de las almas.

III. Apreciaciones elogiosas de él Buen Confesor

El Buen Confesor es ciertamente uno de los mejores libros que se hayan escrito sobre la confesión. Su acogida exitosa durante más de un siglo, tanto en Francia como en el extranjero, es prueba suficiente. Recibió aprobaciones elogiosas. No es posible citarlas todas, pero da gusto reunir algunas.

“Como el empleo de confesar no es menos peligroso que el de predicar el Padre Eudes dio varios consejos a los confesores en un libro que llamó *El Buen Confesor*. Varios, luego de haberlo leído, han desempeñado esta tarea como

los jóvenes en el horno ardiente, sin quemarse. El fuego les servía de refresco. No se vio allí acompañante, semejante al Hijo de Dios, pues él mismo estaba dentro de ellos. Se revistieron de sus disposiciones, se unieron a su espíritu, abrazaron la pureza de su celo. Ningún sacerdote debería entregarse a este ministerio sin haber leído varias veces la enseñanza de este libro tan necesario como útil”. Así se expresaba Hérambourg poco después de la muerte del Padre Eudes. Y Martine añade: “De todos los libros entregados al público por el Padre Eudes *El Buen Confesor* le ha reportado mayor aprecio; escuchó de todos lados palabras de agradecimiento y justo elogio por esta obra tan útil.

“Muchos prelados y doctores han considerado *El Buen Confesor* como uno de los mejores libros que se puedan tener como guía en la práctica del confesonario. Han juzgado que si los confesores se empeñan en seguir las directivas de prudencia que allí están consignadas no se vería a tanta gente pudrirse durante casi toda su vida en costumbres criminales que llevan de ordinario a la condenación. En seguida aparecieron otros buenos libros más pulidos y trabajados que el del Padre Eudes, pero lo que han dicho de mejor los autores de ellos lo han tomado de *El Buen Confesor*. El Padre Eudes fue uno de los primeros autores que hayan escrito sobre esta materia en nuestra lengua.

“Para conocer el mérito de *El Buen Confesor* baste prestar atención al número prodigioso de conversiones que se dieron en las misiones de ese hombre apostólico. Los

cambios admirables que se dieron en las regiones donde predicó el Padre Eudes son la prueba más cierta de la solidez de sus enseñanzas sobre el sacramento de la Penitencia y por tanto de la sabiduría de las normas y advertencias que nos dio en su libro *El Buen Confesor*, que aplicaba en sus misiones. Personas competentes en esta materia no temen decir que luego de haber estudiado los mejores casuistas será preciso aún estudiar a fondo *El Buen Confesor*, asimilarlo y tomarlo por regla para la práctica.”.

El padre Le Beurrier dice que “*El Buen Confesor* ha traído mucho provecho a quienes lo han leído atentamente. Un eclesiástico respetable por su nacimiento, su puesto, sus luces y virtudes, que vivió a finales del siglo pasado, decía a propósito de ese libro que le parecía tan útil y necesario que creía que ningún sacerdote debía comprometerse en el ministerio de la confesión sin haberlo leído antes más de una vez.

“Después han aparecido muchos libros sobre esa materia. Pero el del Padre Eudes es el primero que trató de manera profunda este tema. Antes de él existió, en latín, *La Instrucción* de san Carlos Borromeo y el libro del cardenal Tolet. Pero había pocos libros en francés que pudieran ponerse en manos de quienes se entregan a ese ministerio. Varios incluso de quienes han tratado este tema un poco extensamente tomaron del libro del Padre Eudes varios de sus artículos que solo se limitaron a desarrollar. A pesar de la multitud de libros que tenemos ahora se vuelve gustosamente al del celoso misionero donde hay, con los

principios generales, detalles de mucha utilidad”. (Le Beurrier, eudista, famoso misionero del siglo XVIII).

En cuanto al padre Cousin, superior general, apreciaba *El Buen Confesor* y en la edición que hizo en 1732 escribió: “Puede decirse que este libro, el primero que apareció en Francia para la reforma del confesonario, tiene dos ventajas sobre similares. La primera es que el método que usa es tan fácil que no hay quien no lo pueda entender y practicarlo con facilidad. La segunda, que los deberes de los confesores se enseñan no de forma árida sino con unción que provoca el apreciarlos.

“Se puede añadir que su autor está perfectamente representado en su obra. Como en ella habla su corazón no es posible dudar que cuanto dice del celo de que deben estar animados los confesores y de las virtudes que lo deben acompañar: piedad, caridad, bondad prudencia, humildad, desinterés, pureza, son otros tantos rasgos que representan al natural las disposiciones de su corazón y la conducta de su vida”.

El padre de la Baunes, consejero del rey que de seguro conoció *El Buen Confesor* en la edición de 1732, lo recomienda “como obra de gran utilidad para los confesores, lleno como está de la unción del celo ardiente de su autor por la salvación de las almas y de la ciencia práctica del ministerio de la confesión, fruto de la larga experiencia en ese ministerio en las misiones”.

En su *Diccionario de las órdenes religiosas*, Hélyot elogia igualmente *El Buen Confesor*. “El Padre Eudes, dice, convenido de deber dejar por escrito lo que él y sus

compañeros habían practicado largo tiempo en las misiones escribió dos libros: uno que llamó *El Buen Confesor* instruye a los misioneros sobre todo lo que concierne el ministerio de la confesión; el otro que llamó *El Predicador apostólico* señala a cuantos tienen el honor de anunciar la palabra de Dios, las reglas y medios de hacerlo útilmente en favor del prójimo y evitar lo que san Pablo dice: *que después de haber predicado a los otros lleguen a ser excluidos*. Esos dos libros han sido muy útiles para formar confesores fieles, exactos y prudentes, y predicadores evangélicos capaces de instruir con su palabra y su ejemplo; sobre todo el primero ha sido tan universalmente estimado que antes de morir su autor tuvo no menos de nueve ediciones y un ilustre arzobispo de Francia ordenó por estatuto particular su lectura a todos los sacerdotes de su diócesis”.

Las numerosas obras aparecidas en los siglos XVIII y XIX sobre la confesión, en especial la *Praxis confesarii* de san Alfonso de Liguori, hicieron olvidar *El Buen Confesor*. Pero a pesar de todo, los sacerdotes que siguen teniendo uso de la obra del Padre Eudes no cesan de elogiarlo. Por ejemplo, el padre Mollevaut, sulpiciano, escribía al Padre Loüis en 1826: “Lamenta usted lo que me hace gemir a diario: en el acompañamiento de las almas solo veo tinieblas, incapacidad, estupideces. Reconozco cada vez más que no se da remedio para lograr algo. Es necesario oración continua, soberano olvido de sí mismo, celo ardiente, reconozco que no lo tengo. Solo Dios puede obrar en las almas y sondear repliegues ocultos e impenetrables. Pidamos su santo amor y su inagotable misericordia que

actúe en nosotros. Lean con devoción la obra admirable de su fundador: *El Buen Confesor*".

En 1866 la *Revista de ciencias eclesiásticas* publicó una serie de artículos sobre la difícil cuestión de los reincidentes. En varios pasajes se cita *El Buen Confesor*. El autor de esos artículos es más laxo que el Padre Eudes pero no puede no rendir homenaje a los sabios temperamentos que el santo misionero aporta con sus enseñanzas y al espíritu de la misericordiosa caridad que anima su libro.

En su obra sobre la confesión de los niños y de los jóvenes que ya comentamos, el Padre Cros, jesuita, se apoya repetidas veces en *El Buen Confesor*, cuyo carácter práctico alaba, así como su doctrina toda llena de misericordia con los pecadores. El Padre Cros escribió su libro para combatir las tendencias jansenistas que subsistían en su tiempo en algunos confesores. Eso hace más apreciable su opinión. Si alaba *El Buen Confesor* es porque reconoció, como juez competente, que en ese libro encontramos el espíritu de Jesucristo.

A LOS MISIONEROS

El Hijo de Dios, por su gran misericordia, los llamó para ser *“soldados buenos y generosos de Jesucristo”*¹, con el fin de combatir, unidos a él, contra su enemigo que, con fuerte ejército, quiere adueñarse tiránicamente de las almas que con alto costo rescató. Los eligió especialmente para comprometerlos en una tarea del todo apostólica y ser *“buenos administradores de su multiforme gracia”*², de su Espíritu y de su sangre. Les dice: *“los envió con el mismo amor con el que el Padre me envió”*,³ y con el mismo fin, el de destruir el reino de Satanás y establecer el de Dios en los corazones. Oigan sus palabras: *“No me eligieron ustedes; soy yo quien los ha escogido”* antes que me conocieran y existieran, *“para que vayan y den fruto y que ese fruto sea estable y permanezca”*⁴. Los escogió entre mil para asociarlos con él, con sus apóstoles y con los más grandes santos, en la mayor de todas las obras, la redención del mundo.

Admiren, adoren y alaben su excesiva bondad con ustedes. Humíllense a la vista de su indignidad e incapacidad ante reto tan grande. Entréguese a él de todo corazón para entrar en el amor y la ardentísima caridad que

¹ 2 Tm 2, 3

² 1 Pe 4, 10

³ Jn 20, 21

⁴ Jn 15, 16

tiene por la salvación de todos. Con ardor apostólico repítanle estas palabras apostólicas: “*Por ustedes, gustosísimo gastaré y me gastaré yo mismo*”⁵; sí, todo lo que soy y tengo, mi Señor Jesús, por todos los que rescataste a precio de tu sangre.

Recuerden que en el confesonario realizan la obra de Dios obra divina, grande y de suma importancia. Por consiguiente, háganla *digne Deo*, es decir, con esmero, aplicación y disposiciones dignas de la divina Majestad, de la santidad de su obra, de la dignidad de aquellos que costaron su sangre y del precio de esta sangre preciosa que ustedes les aplican.

No van a encontrar esas disposiciones en libros; las aprenden en la escuela del mismo Espíritu que deseo entregarles en este libro. Lo hago extensivo a todos los que se ocupan en escuchar confesiones; él ha tenido a bien concedérmelo por la experiencia de varios años y por la lectura de algunas obras que tratan de este punto. Le ruego que se sirva de lo que contiene para que les ayude a realizar esta obra muy difícil pero muy útil; provechosa y benéfica para la gloria de Dios y la salvación del hombre.

Dense el trabajo de leerlo y releerlo despacio y atentamente. Espero que saquen fruto y que pidan a Dios,

⁵ 2 Cor 12, 15

lo que les ruego de todo corazón, que muestre misericordia a quien les desea ardorosamente, *por las entrañas de Cristo*, que atraigan a él a todas las almas, salidas de Dios y creadas para vivir y descansar eternamente en el regazo divino, con su Hijo único Jesucristo Señor nuestro. Sea él bendito por siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO I

Dignidad y poder admirable del ministro de la Penitencia

Qué consolador para los cristianos escuchar estas palabras de san Pablo: *“Ustedes han sido llamados a entrar en comunión con el Hijo de Dios, Jesucristo Señor nuestro”*.⁶ Y san Juan añade: *“Estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo”*.⁷ Lo que estos apóstoles dicen de todos los cristianos, se dirige de manera más excelente y ventajosa a los sacerdotes. Sí, mis amadísimos hermanos, puedo afirmarles que no solo ustedes han sido llamados a estar en comunión con el Hijo de Dios, sino en comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de forma muy sublime y honorable.

El Padre eterno los asocia a su más alta perfección que es su divina paternidad, más amada y gloriosa para él que los nombres y calidades de Creador del mundo, de Gobernador del universo, de Rey de cielo y tierra, de Juez soberano de hombres y de ángeles. Todos estos atributos no lo relacionan sino con criaturas que son nada. Pero su divina paternidad lo pone en relación con un Hijo que le es igual en grandeza, poder y majestad. No es para Dios honor

⁶ 1 Cor 1, 9

⁷ 1 Jn 1, 3

digno de su infinita sabiduría, ser solo Creador, Gobernador, Rey y Juez del mundo. Estas son realidades que ante él no son más que una gota de rocío, nonadas en realidad. *Como una gota de rocío está ante ti el orbe de la tierra*⁸. Pero para él sí es gloria infinita ser Padre de un Hijo que es Dios como él. Pues bien, ese Padre divino los asocia con él en esa admirable perfección. Este divino poder, mediante el cual da nacimiento desde toda eternidad en su seno adorable al Verbo eterno, y del que la santísima Virgen fue revestida para formarlo en su seno virginal: *El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*⁹; es el mismo poder que les ha comunicado al entrar en el sacerdocio, para darles la facultad de producir en la santa Eucaristía al Hijo único de Dios y al Hijo único de la Virgen, y también para formarlo y hacerlo nacer en los cristianos: *Que Cristo sea formado en ustedes*¹⁰. Esto hace exclamar a san Agustín: ¡Oh sacerdote, vicario de Dios y padre de Cristo! Están, pues, en comunión con el eterno Padre.

El Hijo de Dios los asocia también con él en lo más grande que hizo en este mundo a su paso por él. Les dio, en efecto, el poder de realizar lo más admirable que él realizó, en el momento de su encarnación, en el curso de su vida, en la víspera de su muerte y estando en la cruz, desde que

⁸ Sab 11, 22

⁹ Lc 1, 35

¹⁰ Ga 4, 19

él está en el cielo; y acá abajo, en su Iglesia, en el Santísimo Sacramento del altar: formarse a sí mismo tanto en la sagradas entrañas de su dignísima Madre en el momento de su encarnación como en la divina Eucaristía, en vísperas de su muerte. Se ofreció en sacrificio a su Padre como lo hizo a todo lo largo de su vida, y lo sigue haciendo incesantemente en el cielo y en la tierra. Se entregó a sí mismo a la humanidad y sigue dándose a ella sin cesar. ¿Acaso no les concede el poder hacer estos grandes misterios: producirlo todos los días en el Santísimo Sacramento¹¹; sacrificarlo a su Padre, por las mismas intenciones por las que él mismo se sacrificó; y darlo a los fieles? Están por tanto en comunión, de admirable manera, con el Hijo de Dios.

Pero hay más. El Espíritu Santo los hace entrar en comunión con él en sus más excelentes operaciones. ¿Por qué vino a nosotros? ¿No vino acaso para disipar las tinieblas del infierno que cubrían la faz de la tierra y derramar resplandores celestiales? ¿No fue para encender aquí abajo el fuego del amor divino en los corazones? ¿No se propuso destruir el pecado en las almas y llenarlas de la gracia divina que reconcilia al hombre con Dios? Quiso hacer la paz entre cielo y tierra y aplicar a los cristianos los frutos de la vida y de la muerte de su Salvador, y completar

¹¹ San Agustín: *En sus manos el Hijo de Dios, como en el vientre de la Virgen, se encarna. Comentario al salmo 38.*

así lo que faltaba a la Pasión del Hijo de Dios. Derribó la tiranía de Satanás y estableció el reino de Dios en la tierra. Finalmente se entregó a formar y a hacer vivir y reinar a Jesucristo en los corazones de sus fieles. ¿No son éstas ocupaciones dignas y operaciones muy divinas del Espíritu Santo en la Iglesia de Dios? ¿No les ha dado acaso el poder de hacer estas grandes y maravillosas tareas? ¿No son ellas los trabajos de cada día y los ejercicios ordinarios de los sacerdotes? ¿No son el propósito y la finalidad de todas las funciones sacerdotales?

¡Cuán elevada es la dignidad del sacerdote! Su poder es prodigioso. Tiene razón san Ambrosio al decir que es incomparable, y que, después de la dignidad de Madre de Dios, no existe otra más preciosa ni poder alguno en el cielo y en la tierra que pueda comparárselos: *Nullis comparationibus adaequari potest*¹². Y sobrado motivo tiene san Efrén al afirmar que es dignidad inmensa e infinita: *Dignitas inmensa, dignitas infinita*¹³. En una palabra, ustedes sacerdotes, están asociados al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en sus más admirables operaciones.

Además, ustedes tienen comunión y alianza especialísima con el soberano sacerdote Jesucristo, institutor, fundador, cabeza y superior del santo orden

¹² *De dignitate sacerdotii*, cap 2

¹³ *De sacerdotio*

sacerdotal. No solo este adorable salvador los hace entrar en comunión con él en lo más grande que ha obrado en el mundo mientras residió en él, y que continúa haciendo ahora en cielo y tierra. El los hace partícipes de las más altas perfecciones y nobles cualidades que su Padre le ha dado al enviarlo al mundo. Anoto nueve principales y muy dignas de toda consideración.

La primera es su condición de *misionero*. El es el primer y soberano misionero, enviado por su Padre a los hombres, para trabajar en su salvación. Es el primer encargo que su Padre le ha dado y que trajo desde el seno paternal cuando salió de él para entrar en el seno de la Virgen.

La segunda es su divino *sacerdocio*. Es la primera cualidad que su Padre le confirió en el momento de su encarnación. David y el apóstol san Pablo nos representan al Padre eterno que habla a su Hijo en ese momento: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*, y de inmediato añade: *Tú eres sacerdote para siempre en el orden de Melquisedec*¹⁴.

La tercera cualidad es la de *doctor*: *Les di un doctor de justicia*¹⁵. Vino a la tierra para disipar las tinieblas de la ignorancia de que estaba colmada. Se hizo luz para el

¹⁴ Sal 2, 7; 110, 4; He 5, 2

¹⁵ Joel 2, 23

mundo: *Yo soy la luz del mundo*¹⁶. Nos enseñó las verdades de Dios, la ciencia de la salvación y la ciencia de los santos.

La cuarta cualidad es la de *médico*. Entró al mundo como a un inmenso hospital lleno de enfermos para curar las enfermedades de nuestras almas, e incluso para resucitarlas y hacerlas pasar de la muerte a la vida de la gracia. Dice san Agustín; *Vino del cielo un gran médico porque en la tierra yacía un gran enfermo*¹⁷.

La quinta cualidad es la de *pastor*: *Yo soy el buen Pastor*¹⁸.

La sexta cualidad es la de *mediador* entre Dios y los hombres: *Jesucristo hombre, mediador de Dios y de los hombres*¹⁹.

La séptima cualidad es la de *salvador*.

La octava, el *poder* infinito de su divinidad.

La novena cualidad es la de *juez*: *Ha sido constituido por Dios juez de vivos y de muertos*²⁰.

Este benignísimo Salvador los asocia con él de muy excelente manera a estas divinas cualidades.

¹⁶ Juan 8, 12

¹⁷ Sermón 175

¹⁸ Jn 10, 11

¹⁹ 1 Tm 2, 5

²⁰ Hechos 10, 42

Los asocia a él en su calidad de *missionero*. Les dice: *Como el Padre me envió así los envío yo*²¹. Los envío con el mismo amor con que él me envió. Los envío para el mismo fin para el que me envió: para que se empleen en los mismos quehaceres, para trabajar en la misma obra y para continuar las funciones y ejercicios de mi misión.

Los asocia con él en su divino *sacerdocio*. Les concede el poder de ejercer las mismas funciones sacerdotales que él desempeñó en la tierra: predicar el mismo Evangelio, hacer lo mismo que hizo al consagrar su cuerpo y su sangre; ofrecer el mismo sacrificio y celebrar los mismos sacramentos que instituyó.

Los asocia con él en su calidad de *doctor*. Los hace luz del mundo pues les dice: *Ustedes son luz del mundo*²². Los envía a enseñar a todos la ciencia de la salvación. Les dice: *Vayan, enseñen a todos los pueblos*²³.

Los asocia en su cualidad de *médico*. Los estableció en su Iglesia para sanar las almas enfermas, e incluso para resucitarlas si han muerto por causa del pecado. Esto los obliga a no poner menos diligencia en reconocer las enfermedades y las causas de su muerte y en aplicar los

²¹ Jn 20, 21

²² Mt 5, 14

²³ Mt 28, 19

remedios indicados, que la que emplean los médicos para atender las enfermedades corporales.

Los asocia con él en su calidad de *pastor*. Aunque no todos los sacerdotes son pastores de oficio, desempeñan sin embargo las mismas funciones, alimentando las ovejas del soberano Pastor con su santa Palabra y sus divinos Sacramentos.

Los asocia con él en su calidad de *mediador*. Siendo los sacerdotes un solo sacerdote con el soberano sacerdote, como los miembros son uno con su cabeza, son también un mediador con el supremo mediador, para ocuparse con él de cuanto respecta a la gloria de Dios y de la salvación de los hombres.

Los asocia con él en su condición de *salvador y redentor*. Él quiere que lleven con honor este bello nombre: *Subirán los salvadores al monte Sión*²⁴. Él los ha escogido para cooperar con él en la salvación de los hombres, para rescatar a los que por el pecado fueron vendidos a Satanás y para continuar la obra grande de la redención del universo.

Los asocia con él en el infinito poder de su divinidad. Les da una potestad que sobrepasa todos los poderes del cielo y de la tierra, después de la soberanía de la Madre de Dios.

²⁴ Abdías 21 (según Vulgata)

No dio tal poder ni a los príncipes ni a los monarcas de la tierra; no lo dio tampoco a los ángeles del cielo; no lo tuvieron Moisés, ni Aarón, ni Elías, ni Juan Bautista; tampoco ninguno de los patriarcas y profetas de la antigua Ley. Dio a ustedes la facultad de obrar signos mayores que los obrados por Moisés, Josué, Elías, Eliseo o alguno de los profetas. Es el poder de borrar el pecado en las almas, de arrojar el demonio, de infundir la gracia divina y al autor mismo de la gracia, de producir un Dios en la Eucaristía, sacrificarlo y darlo a los fieles, tomarlo ustedes mismos y hacer de él lo que quieran. ¿No son estos efectos de una potestad divina e infinita que no conoce igual? Lo dijo san Juan Crisóstomo: *Se dio a los sacerdotes todo el poder de los cielos; ¿será posible que exista otro mayor?*²⁵

Finalmente los asocia en su condición de *juez*. Les dio potestad de atar y desatar, de absolver o condenar, de ejercer el poder que el Padre le dio para juzgar a los hombres. Él mismo lo dice: *El Padre concedió al Hijo todo juicio*²⁶. *Y el Hijo dio a los sacerdotes todo juicio*, dice san Juan Crisóstomo²⁷. Y el mismo santo añade que *el trono del sacerdote que ejerce el juicio de Dios en el sacramento de la Penitencia está colocado en el cielo*²⁸. Y san Clemente, discípulo del príncipe de los apóstoles, declara que *los*

²⁵ *De Sacerdotio*, lib 3, cap. 4

²⁶ Jn 5, 22

²⁷ *De sacerdotio*, lib. 3, cap. 4

²⁸ *Homilía V* al texto de Isaías: *En el año de la muerte del rey Ozías*.

*sacerdotes tienen las llaves de la vida y de la muerte en sus manos pues Dios les concedió el poder de condenar a los pecadores impenitentes a la muerte eterna y de liberar a los que se convierten, y darles la verdadera vida*²⁹.

Así pues, sacerdotes, ustedes están asociados con el Padre soberano de manera muy excelente. Él les comunica sus más divinas cualidades, grandes y ricos talentos. Toca a ustedes cuidar que no se tornen inútiles, no sea que, atados de pies y manos, sean arrojados a las tinieblas exteriores. Les corresponde emplear estos grandes atributos para la gloria de quien tanto los ha honrado, y para bien de las almas que le son tan queridas.

¿Desean saber en qué ocasión pueden ejercerlos, útil y eficazmente, por los fines indicados? Pues en el tribunal de la Penitencia. Allí representan al Hijo de Dios en todas sus calidades. Allí realizan una de las principales y útiles acciones de la misión. Allí realizan una de las más importantes funciones del sacerdocio.

Allí prestan el oficio de doctores, enseñando a los cristianos lo que más necesitan para su salvación. Allí dan salud a las almas enfermas y devuelven la vida a las que han muerto por el pecado.

²⁹ *In Constitutionibus apostolicis*, cap. 37

Allí ejercen el oficio de pastor. Liberan y preservan de las fauces del lobo infernal a las ovejas del gran Pastor, sirviéndoles el pan de la santa palabra de Dios y disponiéndolas a recibir la carne adorable y la sangre preciosa de Jesucristo, que son su alimento y su vida.

Allí hacen de mediadores entre Dios y los hombres, pues reconcilian a los hombres con Dios; les anuncian lo que Dios les pide y los llevan a rendir a Dios lo que le es debido.

Allí actúan como salvadores y redentores, pues aplican a las almas los frutos de la pasión y muerte que el Salvador padeció por su salvación, y las rescatan de la cautividad del pecado, del diablo y del infierno.

Allí continúan la obra de la salvación del mundo. Deben actuar con la caridad, paciencia y humildad con que el Hijo de Dios actuó. La acción que ejecutan es fatigante, pero deben recordar que costó mucho a nuestro Redentor para rescatar las almas, destruir el pecado y adquirir la gracia que les aplican en el Sacramento. Se entiende bien que estando asociados a su condición de salvador sean partícipes de los trabajos y sufrimientos que soportó para realizar la salvación del mundo. Imitemos su gran paciencia; no digamos que estamos afanados y que tenemos prisa; nunca demostremos disgusto alguno.

Reflejan entonces la imagen viviente del poder y la majestad divina del Hijo de Dios; son como minúsculos dioses que se revisten el poder de Dios y que realizan una obra que sólo le pertenece a él: borran el pecado, confieren la gracia y comunican el Espíritu Santo. Como dioses, revestidos del poder de Dios, actúan en nombre y de parte de Dios; asuman por tanto los intereses de Dios; mírenlo solo a él, y hagan observar sus leyes y máximas; establezcan en las almas la vida y el reino de Dios y déjense llevar en este oficio por el Espíritu de Dios.

Finalmente, en ese momento representan muy especialmente al Hijo de Dios en su condición de juez. Son revestidos de su autoridad de juez puesto que están ejerciendo el poder que les dio de atar y desatar, de absolver o condenar. Ahí les comunica la potestad de juez más excelente que la que tienen los jueces de este mundo, así sean en cortes soberanas. Ellos son jueces de los cuerpos, ustedes de las almas. Ellos juzgan asuntos temporales, ustedes se ocupan de lo eterno. Lo que ustedes absuelven y condenan en la tierra queda absuelto y condenado en el cielo. Sus juicios quedan consignados en papel y tinta, los de ustedes se escriben con la sangre de Jesucristo en los eternos libros de la justicia divina.

Todo esto nos hace conocer la excelencia e importancia de la acción que realiza el sacerdote en el tribunal de la

Penitencia. Por esta acción, si la hacemos debidamente, el pecado queda destruido en los hombres y la gracia es infundida en ellos. El espíritu del mal es arrojado de los corazones de los fieles y cede el paso al Espíritu Santo. Por esta acción el alma, que era un infierno, se cambia en paraíso; la caverna de los demonios se convierte en tabernáculo de la divinidad.

Por esta acción las almas son liberadas de la posesión de Satán y son entregadas a las manos de Dios a quien pertenecen. Por ella las almas son resucitadas y Jesucristo renace en ellas. Por ella, lo que falta a la pasión de Nuestro Señor se cumple, es decir, los frutos de los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios se aplican a los hombres. Por ella los fieles son lavados en la sangre del Cordero de las inmundicias de sus crímenes y adquieren una belleza tan cautivante que son objeto de la admiración del mismo Dios, como lo testimonian estas palabras: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, ¡qué hermosa eres!*³⁰. Por ella los hijos del demonio son hechos hijos de Dios; los miembros de Satán se convierten en miembros de Jesucristo; y las almas son arrancadas al infierno para ser llevadas al paraíso.

Dije: *Si realizamos correctamente esta acción.* Un confesor que no se comporta debidamente causa grandes males. En lugar de destruir el pecado en los cristianos lo

³⁰ Cantar 4, 1

radica en ellos más fuertemente. Adormece al pecador en sus desórdenes y en su aparente paz: *Paz, paz donde no hay paz*³¹. Lo endurece en su vicio. En lugar de arrojar de él al demonio lo arraiga más en él. No cambia el infierno por el paraíso, y más bien cambia el paraíso en infierno, añadiendo infierno a infierno, pecado a pecado. No libera las almas de la posesión del diablo y por el contrario la somete más a su poder. No las resucita, sino que las mata. No les devuelve la vida de Jesucristo y más bien lo crucifica de nuevo. No las limpia, sino que las ensucia. En lugar de embellecerlas las hace más horrorosas que antes. No completa lo que falta a la Pasión de Nuestro Señor y más bien hace inútiles y vanos sus sufrimientos. En vez de cambiar a los hijos del diablo en hijos de Dios, vuelve a los hijos de Dios hijos del diablo. Finalmente, en lugar de abrir el paraíso a los hombres, se lo cierra, y en lugar de preservarlos del infierno los sumerge mucho más en él.

Buenos y malos confesores

Todo lo dicho nos ratifica en que la administración del sacramento de la Penitencia es acción de altísima importancia y nos hace apreciar que un buen confesor es un rico tesoro en la Iglesia; es un confesor encendido en

³¹ Jer 6, 14

caridad apostólica por la salvación de sus hermanos; el que tiene la ciencia requerida; el que está lleno de prudencia y sensatez; el que es caritativo y desinteresado; el que busca solo la gloria de Dios y la salvación del hombre; el que no camina por la vida fácil, la que conduce a la perdición sino que sigue las máximas del Evangelio y las normas de la Iglesia; es el que ejerce dignamente su condición de auténtico misionero, de doctor del cielo, de pastor abnegado, de médico espiritual, de juez firme y equitativo, de mediador compasivo y de salvador lleno de bondad y misericordia para todos.

Por el contrario, un confesor malo es el que es ignorante e Imprudente; el que es negligente, flojo o adulador. Ese tal es una peste en la Iglesia de Jesucristo. No es misionero de Dios sino emisario del demonio. No es un doctor del cielo sino del infierno. El demonio quiere tener sus servidores como Dios tiene los suyos. Dios tiene sus patriarcas y el demonio tiene los suyos que son los herejes; Dios tiene profetas, apóstoles, mártires, vírgenes, doctores; el diablo tiene falsos profetas, falsos mártires, vírgenes necias, doctores al estilo de los escribas y fariseos entre los judíos, que hicieron crucificar a Nuestro Señor. Parecidos a ellos son los que hoy enseñan doctrinas opuestas a la pureza de la fe y a la santidad de las costumbres del cristianismo.

¿Quieres saber más sobre un confesor malo? No es un juez divino, que emite juicios divinos, que condena y da muerte al pecado, sino un Pilatos, que pronuncia sentencia de muerte contra Jesucristo y lo hace morir en los corazones.

No es mediador de Dios. Es mediador del diablo que trabaja por sus intereses y lleva sus asuntos. No es administrador fiel sino un malgastador de las gracias de Dios, profanador de sus misterios y sacramentos. No es un salvador sino un satán que hace oficio de Satán perdiendo las almas.

o es un Dios que se ocupa de hacer dioses a los hombres: *Dios que hace dioses*³². Es en cambio un diablo que hace habitar al diablo en las almas, que cambia a los hombres en diablos y llena la tierra y el infierno de diablos, es decir, de hombres que viven como diablos, pues fomenta y mantiene en ellos el vicio.

No hay lengua que pueda ponderar los males que causan los confesores malos. Infieren a la Iglesia grandes perjuicios y la persiguen con mayor sevicia que los Nerones, los Dioclecianos, los Maximianos y todos los demás tiranos.

Ojalá los eclesiásticos, dedicados a escuchar confesiones, reflexionen seriamente sobre estas

³² Gregorio Nazianzeno, en *Apol.* 6

importantes verdades. Quiera Dios que consideren los grandes bienes que harían si los animara un mismo espíritu y siguieran las mismas máximas. ¿Cuánto bien no harían? Destruirían por entero la tiranía del pecado y evitarían la perdición de los fieles. ¡Qué bueno que escucharan esta palabra del Espíritu Santo: *Presten atención a lo que hacen: no ejercen juicio de hombres sino del Señor*³³.

Abran los ojos y consideren atentamente lo que hacen. Ocupan el puesto de Dios y representan su persona. Actúan en su nombre y no emiten sentencias de hombres sino el juicio de Dios, juicio por tanto de grandísimas consecuencias que concierne no solo lo temporal, una casa o un terreno, o cualquier otra realidad de interés humano o incluso de la vida corporal. Se trata de un reino eterno, de una gloria inmortal, de una felicidad infinita, de tesoros inmensos del paraíso, en una palabra, de la salvación o la perdición de las almas. Y por consiguiente: *Presten atención a lo que hacen*. Fíjense si aportan el cuidado y la dedicación que pide cuestión de tanta importancia. Pregúntense si tienen las cualidades necesarias para ejercer tal ministerio y observar los procedimientos requeridos. Si no poseen las cualidades que debe tener un confesor y no observan lo que debe hacerse, todas las absoluciones que dan son otras tantas condenaciones ganadas. Cuando pronuncian estas palabras:

³³ 2 Cro 19, 6

Yo te absuelvo, el juez eterno fulmina desde el cielo contra ustedes un terrible: *Yo te condeno*.

Si me preguntas cuáles son las cualidades necesarias, te respondo que son ocho principales. Ellas constituyen la materia de los ocho capítulos siguientes. Consideraremos además siete puntos que deben practicarse para ejercer este ministerio de manera provechosa a los fieles.

CAPÍTULO II

Caridad apostólica

La primera y principal obligación de un eclesiástico es trabajar en la salvación de los hombres. Con este fin el Hijo de Dios estableció el sacerdocio en la Iglesia. Con este propósito se debe ingresar en este estado y no solo por trabajar en la propia salvación como afirman algunos que aspiran a esta profesión. Cuando se les pregunta por qué quieren ser sacerdotes responden que para buscar su salvación. Cuando entras en el estado del sacerdocio tu salvación debe estar hecha y entras para trabajar en la salvación de los demás. Tu salvación debe estar en tan buen

estado y debes ser tan santo que, con la gracia de Dios, seas capaz de salvar y santificar a los otros.

Por esta razón Abdías (21) los llama *Salvadores*. El Hijo de Dios vino a la tierra para la obra de la salvación del mundo. Pasó en ella treinta y tres años y durante ellos empleó todos sus pensamientos, palabras y acciones; todos sus sufrimientos, su sangre, su vida y su muerte para la salvación de los hombres. Al volver al Padre quiso dejar personas que, en su lugar, continuaran y acabaran su obra. ¿Quiénes son esas personas? Los sacerdotes, que deben imitar, en cuanto les sea posible, el amor incomprensible que este amadísimo Salvador tiene a las almas y la caridad ardentísima de que está encendido su corazón por su salvación.

No puede salvarse, afirma san Juan Crisóstomo, quien descuida la salvación de los demás. *Quien preocupado de su salvación descuida la ajena, tampoco puede alcanzar la propia*³⁴. Si se afirma esto de todos los cristianos, con mayor razón se aplica a los sacerdotes. Ciertamente, todos aquellos que el Hijo de Dios ha querido asociar a su sacerdocio, se obligan también a apropiarse su caridad ardiente por la salvación de los hombres. De forma especial lo deben hacer quienes escuchan las confesiones. Puesto que este ministerio es fatigoso, sembrado de espinas y

³⁴ *In cap. 18 Math*, homilía 60.

dificultades, necesitan de mucho amor por el honor de su Maestro y por sus hermanos y hermanas.

Con el fin de encender e inflamar este amor santo en sus corazones, veamos qué grande, santo, divino, agradable a Dios es cooperar con él en la salvación del prójimo. Es provechoso que no solo los confesores sino también los pastores, los predicadores y todos los eclesiásticos se den el trabajo de leer estos temas.

¿En qué consiste ayudar a salvar a los hombres, creados a imagen de Dios y rescatados por la preciosa sangre de su Hijo? Es la gran obra de Dios, la gran obra del Hombre-Dios y la gran obra de la Madre de Dios. Es la máxima ocupación de la Iglesia de Dios. Es la tarea grande de los ángeles de Dios, la de los santos Apóstoles y de los más santos del Paraíso. Es la máxima obra de las más dignas personas que hay en la tierra. En una palabra, es la obra de las obras, que sobrepasa incomparablemente todas las demás. Veamos y consideremos detalladamente estas verdades.

1. La gran obra de Dios

En primer lugar, es la gran obra de Dios: *Señor, es tu obra*³⁵. En ella Dios concentra todos sus pensamientos, designios, palabras, acciones y misterios; su poder, su sabiduría, su bondad, su justicia y su misericordia; todos sus divinos atributos, sus tres adorables Personas; todo lo que es y cuanto tiene. Si es permitido decirlo, existe solo para ella. Cuanto hace en el tiempo, fuera de sí mismo, desde la eternidad, se orienta a ella.

¿Qué hace Dios eternamente en sí mismo? El Padre eterno da nacimiento a su Hijo en su seno adorable. El Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo. Pues bien, ¿no es cierto que como este Padre santo da el ser a su Hijo desde toda la eternidad, tiene igualmente desde toda la eternidad el designio de dárnoslo, de enviarlo a este mundo para obrar nuestra salvación? ¿No es cierto que el Hijo de Dios, apenas nacido en la eternidad, tiene el designio de venir a la tierra, de hacerse hombre e inmolarsse en la cruz por la salvación de los hombres? ¿No es cierto que el Padre y el Hijo, apenas producido el Espíritu Santo, conciben el designio de dárnoslo y de enviarlo para culminar la obra de la redención del mundo, comenzada por el Hijo? ¿Y no es verdad que en el preciso momento (si es lícito hablar así pues la eternidad no tiene momentos) en que el Espíritu

³⁵ Hab 3, 2

Santo es producido tiene la voluntad de venir un día a la tierra para llevarnos de la tierra al cielo? ¿Así todo lo que Dios hace en sí mismo se encamina a la salvación del hombre?

Pasa por igual en lo que Dios hace fuera de sí mismo, *ad extra*. Si crea un mundo es para poblarlo de hombres que se hagan dignos, mediante la práctica de buenas obras, de contemplar un día la faz de Dios. Si crea la tierra es para que un día sea el teatro de las batallas de sus hijos contra los enemigos de sus almas; y para que se dispongan, por la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia y las demás virtudes, a poseer las glorias y coronas eternas. Si crea un cielo es para que se sienten junto a él los vencedores de los enemigos de la salvación. Si establece una Iglesia en la tierra es para proporcionar a todos los hombres medios fáciles y eficaces de salvarse, mediante los sacramentos y demás recursos puestos por él en su Iglesia con este fin. Si incluso ha hecho un infierno, lleno de tormentos atroces, es para obligar a quienes actúan más por miedo que por amor, a obrar su salvación con temor y temblor; para castigar a los infortunados que entregan sus almas al pecado y la perdición; y más aún, a los que no solo se pierden, sino que contribuyen a la perdición de otros.

Se concluye que la salvación de los hombres es el la finalidad y meta de todos los designios y obras del poder, de

la sabiduría y de la bondad divinas. Es la obra cumbre de su divina Majestad.

2. La gran obra del Hombre-Dios

Es igualmente la gran obra del Hombre-Dios, Jesucristo, Nuestro Señor. Escuchémosle: *Como el Padre me conoce y yo conozco al Padre, entrego mi vida por la salvación de mis ovejas*³⁶. El Doctor Angélico lo explica de esta manera: conozco bien las inclinaciones de mi Padre; conozco lo que ama y lo que le agrada; sé bien que las almas son su gran amor, y que busca con todo empeño su salvación. Por eso entrego mi vida por ellas. Y un poco más adelante, con referencia siempre a sus ovejas, dice: *Lo que el Padre me dio, es mayor que todo*³⁷. Es más grande y excelente que todo cuanto hay en el universo. Estimo y tengo bien en cuenta las almas que el Padre me ha dado; me son más queridas y preciosas que todo lo demás, incluso que mi propia sangre y mi propia vida, puesto que por ellas las sacrifico.

Esto es lo que dice Nuestro Señor al respecto. Pero considera lo que hace por las almas. Sale del seno de su Padre y se despoja de una gloria y una felicidad infinitas

³⁶ Jn 10, 15

³⁷ Jn 10, 29

para revestirse de nuestra mortalidad y nuestra pequeñez. Contempla cómo se anonada por su encarnación: *Se anonadó a sí mismo*³⁸. Mira cómo se rebaja y asume las debilidades, indigencias y dependencias de la infancia. Nace en un establo, se recuesta en la paja de un pesebre, llora y gime. Sufre dolores agudísimos y a los ocho días de nacido empieza a derramar su sangre. Contéplalo cómo huye a Egipto, separado y arrojado del pueblo de Dios; siete años permanece en tierra extranjera en medio de un pueblo bárbaro e idólatra. Lleva luego una vida humilde y laboriosa, trabajando con san José el oficio de la carpintería. Míralo ahora en la soledad del desierto y en la penitencia rigurosa que hace allí durante cuarenta días. Se mezcla con los hombres, come y bebe con ellos, camina de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, para predicar el evangelio y para disuadir a los hombres del camino del infierno y encaminarlos hacia el cielo.

Contéplalo luego en los sufrimientos y las ignominias de la pasión. Se prosterna ante un diablo: *Uno de ustedes es un diablo*³⁹, queriendo ablandar la dureza de su corazón. Síguelo en su agonía en el jardín de los Olivos, sudoroso hasta la sangre, presa de la violenta angustia de su Corazón, oprimido de tristeza y dolor. Está en manos de crueles enemigos; atado y encadenado como un ladrón, arrastrado

³⁸ Fp 2, 7

³⁹ Jn 6, 71

como un criminal, con toda clase de crueldades e ignominias es llevado a Anás, Caifás, Pilatos y Herodes por las principales calles de Jerusalén. Fue golpeado, escupido, burlado, blasfemado, ultrajado de mil maneras, cargado de oprobios y vergüenzas, en todos esos lugares. Míralo destrozado a golpes de azote, de pies a cabeza; coronado de espinas, pospuesto a un bandido, a Barrabás. Condenado a muerte, lleva en sus hombros la cruz hasta el sitio de la crucifixión. Contéplalo clavado con gruesos clavos que atraviesan sus manos y sus pies. Lo vez pendiente de esa cruz, padeciendo cruel suplicio entre malhechores como si él fuera el primero de ellos: *Entre malhechores fue contado*⁴⁰. Considéralo extenuado en su agonía, muerto y fallecido en un patíbulo. Acompáñalo para ser depositado en el sepulcro.

Repasa el amor incomprensible con el que sufrió todo esto por el hombre. Tiene tanto amor por él que estaba, y está todavía hoy, dispuesto a sufrir todos esos dolores por cada uno de ellos. Lo ama tanto que su amor, que es eterno, lo mantiene en disposición de sufrir todo cuanto padeció por él, no solo durante el tiempo, sino eternamente, si tal hubiera sido la voluntad de su Padre. Lo ama tanto que su amor, que es sin medida, lo encontraba presto a padecer cuanto sufrió por él no solo en la ciudad de Jerusalén sino

⁴⁰ Is 53, 12

en todos los lugares del universo. Lo amó tanto que su amor, que es infinito, lo tenía preparado para soportar infinidad de otros tormentos, infinitamente más atroces⁴¹.

¿Qué representa todo esto? Haz de saber que todos los misterios que Nuestro Señor vivió en la tierra para salvación del mundo, su encarnación, su nacimiento, su circuncisión, su presentación en el templo, su huida y permanencia en Egipto, su infancia, su vida oculta y laboriosa, su vida solitaria y penitente, su convivencia con los hombres, su pasión, su muerte, sus pensamientos, palabras y acciones, los sufrimientos e ignominias que sobrellevó, todas las heridas que recibió, los dolores que soportó, las gotas de su sangre que derramó, y todo el amor con que lo hizo y padeció todo, son tantas voces que claman: *Hasta tal punto Jesús amó a los hombres*. Los aprecia y los ama por encima de todo. Los antepone a su reposo, a sus propias satisfacciones, a su misma reputación, a sus intereses humanos, a su sangre y a su propia vida.

Se priva de todo, se despoja de todo, hace todo y sufre todo para salvar al hombre. Durante treinta y tres años se despoja de una gloria y de una felicidad infinitas, a las que tenía derecho a partir de su encarnación para hacerlo glorioso y feliz para siempre. Le concede dones

⁴¹ Hay en Jesucristo doble amor como hay doble voluntad: el amor divino y el amor humano. Sólo el amor divino es *eterno, inmenso e infinito*.

infinitamente preciosos, como son su cuerpo y su sangre, su vida y él mismo. Realiza obras infinitamente grandes y admirables. Sufre por él y está dispuesto a sufrir inmensidad e infinidad de suplicios eternos, si fueran necesarios para su salvación, y si así lo quisiera su Padre.

Salvador mío, ¿quién podría expresar, ¿quién podría pensar cuán grande es el amor que tienes por los hombres? Jesús mío, puesto que los amas tanto bien puede decirse con toda verdad que no existen en el mundo seres tan amados como los que cooperan contigo en la salvación de del hombre. Sobre ellos te ruego que derrames a manos llenas y sin medida, toda clase de favores y bendiciones. Esta es la gran obra del Hombre-Dios.

3. La gran obra de la Madre de Dios

Es igualmente la gran obra de la Madre de Dios. ¿Cuál ha sido el motivo para hacer una Madre de Dios? ¿Por qué la preservó de la culpa original y, desde el primer instante de su vida, la hizo santa por encima del mayor grado de santidad jamás alcanzado? ¿Por qué la honró con tantos privilegios, por qué la enriqueció con cualidades maravillosas; por qué la adornó con toda suerte de virtudes en grado soberano; por qué la hizo tan poderosa, prudente, bondadosísima, amable y benigna; por qué le ha dado

poder absoluto en el cielo, en la tierra, en el infierno, ¿y sobre todo lo creado? ¿Por qué finalmente la hizo tan admirable? Fue para hacerla digna de cooperar con su Hijo Jesús en la salvación del género humano. Los santos Padres afirman fuerte y claramente que María es cooperadora de nuestra salvación. Me parece escuchar a Nuestro Señor y a su santa Madre que dicen a santa Brígida, cuyos libros son aprobados por tres Papas y dos Concilios,⁴² que Adán y Eva causaron la perdición del mundo con una manzana pero que ellos lo salvaron con un Corazón: *Salvamos al mundo con un solo corazón*⁴³. O sea, que Nuestro Señor y su santa Madre no tenían sino un corazón, un amor, un sentimiento, un espíritu y una voluntad al servicio de la salvación del mundo. Como el Corazón de Jesús está totalmente encendido en amor por las almas, el Corazón de María está del todo inflamado de caridad hacia ellas. Como el Hijo de María se despojó de todo, lo dio todo, lo hizo todo, lo sufrió todo para salvar a los hombres, la Madre de Jesús se privó de todo, lo dio todo, lo hizo todo, lo sufrió todo para cooperar en su salvación. Como el Salvador se inmoló en la cruz en medio de suplicios inenarrables por la redención humana, su dignísima Madre lo ofreció también en sacrificio por el mismo fin, en medio de dolores inconcebibles. Como el Hijo de Dios estaba en disposición de sufrir tormentos

⁴² San Juan Eudes cita Urbano VI, Bonifacio IX y Martín V, y los concilios de Constancia y Basilea.

⁴³ *Revelaciones*, Lib. I, cap. 35.

mayores que los que padeció para librarnos de la perdición, la Madre de Dios estaba animada de la misma disposición para cumplir los designios de su Hijo.

¿Qué podría añadir? Seré audaz y diré que esta Virgen, llena de caridad, tiene tanto amor por las almas que estaría dispuesta a sufrir todos los tormentos de la tierra y del infierno para ayudar a salvar una sola alma. Si ha habido en la tierra santos, como lo veremos más adelante, que han tenido tanto ardor por la salvación de los hombres que se ofrecieron a Dios para sufrir todas las penas del infierno a fin de protegerlos de ellas, ¿qué podemos pensar de la Reina de los Santos? Ella sola tiene más amor por las almas que todos los santos juntos. No solo estaría presta a sufrir, sino que efectivamente sufrió dolores más insoportables que todos los tormentos del infierno. ¿Quién puede dudar de que ella hubiera preferido sufrir mil infiernos antes que ver a su Hijo amadísimo en medio de todos los suplicios que padeció en el tiempo de su Pasión? Precisamente para cooperar con su Hijo en la salvación de los hombres soportó todos esos sufrimientos. Esta es la obra inmensa de la Madre de Dios.

4. La gran obra de la Iglesia, los ángeles, los apóstoles y los santos del cielo

Es la gran obra de la Iglesia de Dios. Con este fin fue establecida en la tierra. Sus sacramentos, sus ritos y cuanto hay en ella se emplean en esta obra. Todos sus ministros: Papas, cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, pastores, predicadores, sacerdotes y todos sus demás ministros se consagran a ella. Es la finalidad de todos sus concilios, de todas sus leyes y de todas sus funciones.

Es también la gran obra de todos los ángeles de Dios. Escucha a san Pablo que afirma que todos ellos, sin excepción, son enviados de Dios, en calidad de espíritus, para ayudar a salvar a los herederos de la vida eterna: *¿No son todos ellos administradores del Espíritu, enviados al ministerio, a favor de los que deben heredar la salvación⁴⁴?*

Es la ocupación máxima de los apóstoles y de todos los santos que hay en el cielo. San Pablo dice a los cristianos de su tiempo: *Yo gustosísimo gastaré y me gastaré yo mismo por ustedes⁴⁵*. Es como decir: sacrificaré de todo corazón todo lo que tengo, lo que puedo y lo que soy por la salvación de ustedes. Y hablando de los judíos que lo persiguieron, lo flagelaron y urdieron darle muerte ¿qué dice? *Digo la verdad en Jesucristo, no miento, mi conciencia*

⁴⁴ Heb 1, 14

⁴⁵ 2 Cor 12, 15

*me da testimonio en el Espíritu Santo, que padezco angustia grande y dolor continuo en mi corazón, al ver la perdición de mis hermanos. Desearía ser yo mismo anatema, ser descalificado y excomulgado de Jesucristo por ellos*⁴⁶. El Crisóstomo lo explica así: *desearía yo mismo ser desterrado del cielo y sufrir toda suerte de suplicios*⁴⁷; y Casiano de esta manera: *Desearía sufrir las penas eternas del infierno*⁴⁸ *para preservar a mis hermanos, si fuera posible y Dios así lo quisiera.*

No es de extrañar que este santo apóstol estuviera animado de tanta caridad apostólica por la salvación de sus hermanos pues, al decir de varios doctores, Moisés abrigaba el mismo sentimiento cuando pedía a Dios que perdonara a su pueblo el crimen abominable que habían cometido adorando el becerro de oro: *Señor, o perdónales su pecado o bórrame de tu libro*⁴⁹.

San Juan Crisóstomo decía a su pueblo: *Mil veces optaría ser excomulgado por la salvación de ustedes*⁵⁰. Ustedes conocen que santa Catalina de Siena se ofrecía a Dios para sufrir los suplicios del infierno para que los hombres no se perdieran y fueran salvos. El beato Jacobo, franciscano, deseaba ardientemente padecer todos los

⁴⁶ Ro 9, 1-3

⁴⁷ In cap. IX epist. Ad Rom

⁴⁸ Collat. 32, cap. 6

⁴⁹ Ex 32, 37; Comentario de C. A Lapide: Epist. Ad Rom 9, 3. San Juan Eudes tenía esta obra en su biblioteca.

⁵⁰ Homil. 3, in Acta Apostolorum

tormentos de la tierra y del infierno para liberar las almas que se precipitan diariamente en él. Santa Magdalena de Pazzis, carmelita, como se lee en su vida, sufrió de hecho una especie de infierno durante cinco años para librar a varios infortunados que, en su tiempo, caían al infierno⁵¹.

¿No hemos visto y conocido en nuestros días, a una santa persona que encendida por esta divina caridad e impulsada por una inspiración tan fuerte e irresistible, hubiera pedido a Dios, con oraciones ardentísimas, y hubiera obtenido de su divina Majestad, sufrir por un tiempo los tormentos del infierno, preparados para siempre a varias almas criminales que los habían merecido a fin de preservarlas de ellos? ¡Cuántas veces escuchamos a esta misma persona, que, animada por una moción extraordinaria del espíritu de Dios que la hacía hablar, protestaba en alta voz y desde lo más profundo de su corazón, que gustosamente sufriría todos los suplicios del infierno, hasta el día del juicio, y aún más allá si fuera menester, para preservar de ellos una sola alma, así esta alma no fuera culpable sino de un solo pecado mortal⁵²!

Puedo decir con entera verdad que conozco a otra, que todavía vive, tan compadecida de ver perecer todos los días gran número de almas, faltas de hombres apostólicos que

⁵¹ Cepari, *Vie*, cap. 10

⁵² Se trata de María des Vallées

les tiendan la mano para impedirles caer en el abismo de la condenación, que en varias ocasiones se ofreció a Dios para ser quemada viva mil veces y reducida a cenizas a fin de obtener de su divina bondad que le plazca encender en todos los corazones el fuego celestial de la pasión por la salvación de las almas. Su deseo es que todas las briznas de esta ceniza fueran cambiadas en otros tantos obreros evangélicos que trabajen de todo corazón en salvar a sus hermanos y los preserven de caer en la hoguera ardiente del fuego eterno, según estas palabras del Espíritu Santo: *Sálvenlos arrancándolos del fuego*⁵³. Esta persona se ofrece a menudo a Dios para ser totalmente aniquilada y para siempre, a fin de que el pecado que pierde las almas sea destruido, en especial el pecado de impureza que precipita a muchos en los infiernos. Y porque ve que es nada ofrecer a Dios consagrarle solo lo que es, es decir, una nada, le afirma desde lo hondo de su corazón que si ella tuviera en sí misma todo el ser creado, se lo ofrecería con este mismo fin, es decir, para ser reducido a la nada para siempre, reservando solo una cosa: que su bondad infinita hiciera que el deseo ardentísimo que la anima de amar y alabar a su divina Majestad subsistiera y permaneciera por siempre ante ella para rendirle eterno homenaje⁵⁴.

⁵³ Judas 23

⁵⁴ El P. Hérambourg y el P. Coussin, 4º superior general, identifican esta persona con el mismo Padre Eudes.

Conozco otra que va aún más allá. Se ofrece a menudo a Dios para sufrir, mediante su gracia, todos los tormentos del infierno, excepto el pecado, hasta el día del juicio y aún más allá, esto es, eternamente, si fuera de su agrado, para que el pecado fuera totalmente destruido, para que Dios sea conocido y amado por todas sus criaturas, y para que todos los hombres se salven⁵⁵.

Después de todo esto no es de extrañar la explicación que san Juan Crisóstomo da a estas palabras de san Pablo: *Desearía ser separado de Cristo si así pudiera favorecer a mis hermanos*⁵⁶: todos los apóstoles podrían decir otro tanto pues tenían más caridad y más ardor por la salvación de los hombres que las personas de que he hablado.

Es pues la gran ocupación de los santos Apóstoles y también de los otros santos. A todos los anima el deseo extremo de ver el cumplimiento de la profecía de la Reina del cielo contenida en estas palabras: *Sació a los hambrientos y despojó a los ricos*⁵⁷. ¿Quiénes son esos hambrientos? Son todos los santos del cielo que sufren hambre extrema y sed ardiente de la salvación de los hombres. ¿Quiénes son esos ricos? Son los demonios que poseen infinidad de tesoros en la tierra, esto es, infinidad de almas que han costado la sangre preciosísima de un Dios.

⁵⁵ No se ha podido identificar a esta persona.

⁵⁶ Ro 9, 3

⁵⁷ Lc 1, 53

Salvador mío, ¿cuándo será que estas divinas palabras de su santísima Madre se cumplirán? Santa Madre de Dios, ¿cuándo veremos el cumplimiento de tu profecía? ¿Cuán será que los demonios son despojados de las riquezas incontables que poseen en la tierra, robadas por ellos a tu Hijo amadísimo y también a ti? ¿Cuándo será que el hambre extrema que tus hijos padecen será saciada? ¡Que todas las criaturas del cielo y de la tierra se prosternen contigo ante el trono de la divina misericordia para alcanzar de ella este grandísimo favor!

5. La gran obra de los sacerdotes y los pastores

Lo anterior muestra la excelencia de la obra que me refiero. Quiero añadir que es también la ocupación de las personas más dignas y sagradas que hay en la tierra; los sacerdotes y los pastores. En efecto, el sacerdocio ha sido establecido para este fin que constituye la tarea primera de los pastores. ¡Qué grandes y dignas de temor son las obligaciones que tienen los pastores de trabajar en la salvación de las almas que les han sido encomendadas! Es carga que sería capaz de doblegar y estremecer los hombros de los ángeles: *Carga temible aun para los hombros angelicales*⁵⁸. ¿Cuál es la obligación de un pastor? Está

⁵⁸ Concilio de Trento, sesión 6, cap. 1. De reform.

obligado a *“Sanar lo enfermo, fortalecer lo débil y frágil, vendar y ligar lo fracturado, recoger lo desechado, , buscar lo perdido y extraviado, conservar lo robusto y en buena forma⁵⁹”*. Para desempeñar estas obligaciones se deben cumplir los siguientes puntos que encierran varios otros.

Primero, observar una conducta tal que su vida sea modelo de virtud, y ejemplar de toda suerte de buenas obras. San Pablo exhorta a un pastor: *Sé ejemplo para los fieles en tus palabras y en tu trato, en la caridad, la fe, y la castidad⁶⁰*. Y a otro le dice; *Compórtate de tal manera que en todo lugar, siempre y en todo, seas ejemplar de buenas obras⁶¹*. Un pastor debe ser tal que pueda decir con san Pablo: *Por doquier llevamos el buen olor de Cristo⁶²*. O sea, aroma de caridad, de pureza, de sobriedad, de humildad de paciencia y de las demás virtudes. A imitación de san Juan Bautista debes ser: *Voz que clama en el desierto⁶³*. Ser todo voz para gritar sin descanso a los pecadores en el desierto de este mundo: *Hagan penitencia*.

No saben que la vestidura del sumo sacerdote estaba provista en su derredor de campanitas para mostrar, dice san Jerónimo, que el sacerdote debe ser todo voz y que cuanto hay en él debe ser como lenguas para predicar y

⁵⁹ Ez 34.

⁶⁰ 1 Tm 4, 12

⁶¹ Tito 2, 7

⁶² 2 Cor 2, 14-15

⁶³ Lc 3, 4

enseñar a cuantos lo vean y traten con él: *Todo, cuanto hacen y hablan, debe ser voces que enseñen a los pueblos*⁶⁴.

No hay nada tan poderoso como el buen o el mal ejemplo para atraer al bien o para conducir al mal. San Gregorio dice que los pastores son dignos de tantas muertes, o sea de la muerte eterna, como de veces han sido, por su ejemplo, ocasión de perdición para los que están bajo su guía⁶⁵.

Finalmente, un pastor de ser *lámpara que arde e ilumina*⁶⁶; ardiente en el interior, brillante en el exterior; ardiente ante Dios; brillante ante los hombres; ardiente en la oración, brillante en la acción; ardiente por el ejemplo, brillante por la doctrina; Iluminar solo al exterior y ante los hombres es solo vanidad e hipocresía, dice san Bernardo: *Ser ardiente solo en el interior y ante Dios, es algo pero no suficiente para un pastor. Brillar y arder es la perfección*⁶⁷. Y Nuestro Señor nos dice: *Que tu luz brille de tal forma ante los hombres que puedan ver tus buenas obras y glorifiquen a tu Padre que está en los cielos*⁶⁸. San Bernardo anota que esta luz sea tan brillante y ardiente como antorcha, tan inflamada y ardiente, que el viento de la vanidad no la apague.

⁶⁴ *Epist. Ad Fabiolam*; Cornelio a Lapide en comentarios a Ex 28, 33-35.

⁶⁵ De cura pstorali, p. 2, c. 3

⁶⁶ Jn 5, 35

⁶⁷ *Sermón sobre Juan Baut.* (Cf Cornelio a Lapide en Jn 5, 35)

⁶⁸ Mt 5, 15

Segundo, debe enseñar a quienes están bajo su guía todo cuanto necesiten saber y hacer para vivir cristianamente.

Debe enseñarles a conocer a Dios y su Creador, a temerlo y amarlo, a honrarlo y obedecer a sus divinos mandatos. Debe enseñarles a conocer a su Salvador y los principales misterios que obró para su salvación. Debe enseñarles a conocer a su padre y su madre, Jesús y María, los principales hechos de su vida. Es lástima que los niños ignoren la vida de su padre y su madre. Debe enseñarles a conocer la Iglesia, que es igualmente su madre; a conocer sus sacramentos y mandamientos.

Debe enseñarles a orar a Dios, a tributarle de rodillas sus deberes en la mañana y la noche; a adorarlo y agradecerle de tantos bienes como les hace de continuo; a pedirle perdón de tantas ofensas que cometen contra él; a darse a él y ofrecerle todas sus acciones; a encomendarse a la santísima Virgen, al ángel de la guarda y a sus patronos; que sepan el Padre nuestro, el Ave María, el Credo de los apóstoles y el Yo pecador.

Todo esto se enseña con exhortaciones, sermones, catecismos, en público y en particular; con consejos en la confesión; y no admitirlos al matrimonio ni a ser padrinos de bautismo si no saben todo esto.

Tercero, combatir en cuanto posible los desórdenes de quienes están a su cargo. A imitación de san Carlos debe conocer a todas sus ovejas, tener por escrito sus nombres, informarse de su vida y sus costumbres, averiguar si hay blasfemos, usureros, borrachos, concubinos, enemistados; si los domingos y fiestas son santificados, etc. Para actuar contra estos males y otros por el estilo, haga uso de exhortaciones públicas, de instrucciones y advertencias en privado, y no solo una ni dos, ni cuatro, doce, cien y mil veces si es necesario, sin tregua ni desaliento; acudir igualmente a quienes detentan poder y cualquier otro medio que sea útil.

Además, visitar ocasionalmente las escuelitas para ver si se enseña a los niños como es debido, si se les imparte el catecismo, si se les prepara a acolitar adecuadamente la santa misa, a orar a Dios de rodillas en la mañana y en la noche. No tolerar absolutamente que las niñas vayan a escuelas de hombres.

Procuren que en los templos nada se haga que sea contrario al respeto debido a la divina Majestad. Que no se vea allí perros ni niños que corren, gritan, bromean o vuelven la espalda al altar. Que los pobres que piden limosna no lo hagan dentro de la iglesia sino en la puerta como lo prescriben los santos concilios, y exhortar a los fieles a hacer sus limosnas en ese lugar y no en el interior

del templo. Que no se vea a personas que deambulan, o charlan o en posturas indecentes. Que se les ruegue escuchar la santa misa, no encaramadas en las bancas o en las sillas, sino con las dos rodillas en tierra, a menos que alguna enfermedad les impida hacerlo.

Finalmente, procurar que se supriman las demás irreverencias y profanaciones de los lugares santos; tener sumo cuidado de que todo se conserve en ellos, especialmente lo que está al servicio del altar, con la limpieza y el aseo convenientes. Que los servicios divinos se hagan con el respeto, modestia y piedad con que se debe hablar a la majestad suprema del Rey del cielo y de la tierra que está presente con toda su corte.

Cuarto, la obligación de un pastor es el ejercicio de la caridad. Debe ser todo caridad para escuchar a cada uno; para hablar bondadosa y amigablemente a todos; para mostrarse benigno a cuantos lo abordan; para visitar cuidadosamente a los enfermos sin esperar ser llamado, en especial cuando se hallan en peligro de muerte; para consolar a los afligidos; para dar consejo a los que lo necesitan; para poner paz en las diferencias y acompañar en los procesos; para asistir a quienes pasan necesidades y para convertirse, en cuanto le sea posible, en procurador, abogado, defensor y padre de los pobres y refugio de los menesterosos.

Quinto un pastor debe administrar él mismo los sacramentos, en cuanto le posible, y hacerlo santa y decentemente. Santamente en lo interior, para nunca administrar un sacramento sin haberse preparado de antemano, para realizar esta acción con las santas disposiciones interiores requeridas: amor a Dios al no buscar sino su gloria, caridad desinteresada por el prójimo, humildad, pureza de alma y de cuerpo en lo que respecta a su persona.

Decentemente en lo exterior, observando religiosamente todas las ceremonias prescritas por la Iglesia. Sobre todo debe dedicarse muy en especial a la administración del sacramento de la penitencia. Entre todas las funciones pastorales no hay ninguna otra en que pueda prestar mejor servicio a las almas. Allí conoce a sus ovejas, sus necesidades y sus debilidades. Allí aplica los remedios apropiados a sus enfermedades espirituales. Allí arranca a sus ovejas de los dientes del lobo infernal y las preserva de caer en el mal. Allí las nutre con alimento celestial al darles las instrucciones saludables y al prepararlas para recibir el Pan de la vida eterna, es decir, el sagrado Cuerpo y la preciosa Sangre del Hijo de Dios.

Estas son las principales obligaciones de un pastor. Finalmente está de tal manera obligado a cuidar su rebaño que si una sola de sus ovejas se pierde por su negligencia, el

soberano Pastor de las almas le pedirá cuenta, sangre por sangre, alma por alma: *Exigiré su sangre de tu mano*⁶⁹. Todas las llagas que el Salvador recibió en su cuerpo, los dolores que padeció y las gotas de sangre que derramó por la salvación de esta sola persona serán tantas voces que, en la hora de la muerte de este pastor, gritarán venganza ante el tribunal temible de la divina Justicia.

Dije: por su negligencia, porque la sola negligencia y descuido de un pastor basta para hacerlo culpable ante Dios como asesino de las almas que se pierden por falta de instrucción y vigilancia. *Damos muerte a tantos cuantos vemos ir a la muerte, impasibles y silenciosos*, dice el gran san Gregorio⁷⁰. San Isidoro e incluso un concilio de la Iglesia añaden: *Son dignos de condenación los sacerdotes por los pecados de quienes no sacaron de su ignorancia o no corrigieron de sus faltas*⁷¹. San Juan Crisóstomo anota: *Cuando los sacerdotes se dejan llevar al pecado, el pueblo los sigue. Cada cristiano dará cuenta de su pecado, pero los sacerdotes darán cuenta no solo de sus propios pecados sino también de los pecados de los otros*⁷². Y san Agustín añade: *¿Si cada uno podrá difícilmente justificarse en el día del*

⁶⁹ Ez 3, 20

⁷⁰ Homil. 12 in Ezechielem

⁷¹ Concilio de Aquisgrán, cp. 36

⁷² Homil. 38, ib cap.XI Math,

juicio, qué podrá decirse de los sacerdotes que deberán dar cuenta de las almas de los demás⁷³?

6. La obra suprema, lo más divino de todo lo divino

Dado que salvar almas es la gran obra de Dios, del Hombre-Dios, de la Madre de Dios, de la Iglesia de Dios, de los Ángeles, de los Apóstoles, de todos los santos del cielo y de las personas más dignas de la tierra es fácil persuadirse de que es la obra suprema, que sobrepasa todas las obras humanas y divinas, naturales y sobrenaturales, que pueden existir en este mundo o en el otro.

¿Entre las obras humanas y naturales cuáles son las más grandes que los hombres pueden hacer? Construir palacios como el Louvre, organizar ejércitos y marchar a su cabeza, librar batallas, conseguir victorias, sitiar ciudades, asaltarlas, pillarlas y saquearlas, conquistar provincias y reinos, son las hazañas de los grandes del mundo. ¿Pero qué representa todo eso? *Vanidad de vanidades y toda vanidad⁷⁴*. Viento, humo, vanidad. Y no es solo vanidad, sino que es también a menudo abominación. Esas acciones son a menudo efectos del orgullo y de la ambición del hombre. *Lo que aparece grande a los ojos de los hombres, ante Dios es*

⁷³ *Lib L Homiliarum*, Hom. 7.

⁷⁴ Qoh 1, 2

*abominación*⁷⁵. Pero enseñar a un niño a hacer bien el signo de la cruz, dar al menor de los hombres una enseñanza para su salvación es obra más grande que todas las hazañas anteriores.

Señalo cinco obras sobrenaturales y divinas: 1) Los ayunos, austeridades y mortificaciones; 2) las obras de misericordia con los pobres como dar de comer al que sufre hambre, de beber a quien tiene sed, vestir al desnudo, liberar a los presos, y otras semejantes; 3) entregarse a la oración y la contemplación; 4) hacer acciones milagrosas; 5) sufrir el martirio. Esas son obras del todo santas y divinas.

Sin embargo, trabajar en la salvación de las almas es mucho más. Escuchemos a los santos Padres:

San Juan Crisóstomo: ayudar a salvar un alma es más excelente que los ayunos y viglias, que las mortificaciones de los ermitaños, y es acción más santa que dar limosnas inmensas a los pobres⁷⁶.

Es excelente pagar el rescate de una alma prisionera de la divina Justicia en el purgatorio, ofreciendo por ella a Dios algunas oraciones, o el divino sacrificio de la Misa, u otra obra buena. Pero ayudar a una persona que está en pecado mortal a hacer un acto de contrición es mucho más que

⁷⁵ Lc 16, 15

⁷⁶ *Orat. 5, contra Judaeos*

sacar del purgatorio a todas las almas que están allí. En efecto, los teólogos están de acuerdo en que el menor mal de culpa, es decir, el menor pecado sobrepasa con mucho todos los males de la tierra, del purgatorio e incluso del infierno. Por tanto, librar un alma de un pecado es obra mayor que retirar del purgatorio todas las almas, pues allí solo hay males de pena.

Emplear todo su tiempo en la oración y la contemplación es acción muy santa. Pero escuchemos a santa Teresa quien amaba y estimaba mucho este ejercicio: *Jesús mío, el amor que tienes por los hijos d los hombres es admirable pues el mayor servicio que se te puede prestar es abandonarte (dejar la oración) por amor de ellos para procurarles su salvación*⁷⁷.

San Gregorio afirma: *Quien está más alto en el amor a Dios es el que trae a su amor a muchos*⁷⁸. ¿Quién sobresale en el amor de Dios? ¿El que ayuna o se mortifica más, o hace abundantes limosnas, o se ejercita más en la oración y la contemplación? No, es aquel atrae a muchos a su amor.

Dijo Nuestro Señor a un gran santo: *El que enseña algo a su prójimo para su salvación, hace algo que me es más agradable más provechoso para él; el que lo hace avanzar*

⁷⁷ Exclam. 2

⁷⁸ San Gregorio en san Buenaventura, *Pharetra*, l. I. cap. 14

*en los caminos de la gracia, me agrada más que el que pasa un año en el ejercicio de la contemplación*⁷⁹.

*Si apartas lo precioso de lo despreciable serás mi boca*⁸⁰. Es Dios mismo quien nos habla. San Gregorio explica: si mediante las instrucciones y exhortaciones que haces arrancas las almas, tan preciosas para Dios, del amor de lo mundano, realidades viles y miserables, serás como mi boca, pues por ella hablo a los hombres⁸¹. San Juan Crisóstomo a su vez lo explica así: si usas tus labios y tus palabras para instruir y convertir a los pecadores te harás semejante a Jesús, que es la boca y la palabra de su Padre; él se hizo hombre y fue crucificado para convertir las almas pecadoras⁸².

El mayor de los milagros es la resurrección de los muertos. San Gregorio dice, sin embargo: *Convertir un pecador es un milagro mayor que resucitar a un muerto*⁸³, más aún, que resucitar todos los muertos. La vida de una sola alma es de mayor estima que todas las vidas corporales de todos los seres humanos que ha habido, hay y habrá en la tierra. De aquí se deduce que los milagros que se hacen en los cuerpos son solo sombras en comparación de los

⁷⁹ Texto desconocido usado aquí por san Juan Eudes.

⁸⁰ Jer 15, 19

⁸¹ *Moralia*, XVIII, 23

⁸² *Orat. 5 contra Judaeos*. En Cornelio a Lapide en Jer 15, 19,

⁸³ N *Dialog*. Lib 3, cap. 17

milagros que se hacen en las almas, cuando se las resucita a la vida de la gracia.

Si Dios concediera a un hombre el poder de crear un mundo y que efectivamente lo creara ¿con qué ojos no se admiraría a tal hombre? ¿No sería el objeto del asombro universal? Puedo asegurar, dice san Agustín, que la conversión de un pecador es obra más grande y admirable que la hecha por Dios al crear el cielo y la tierra: *Que de un impío se haga un justo, diría, que es del todo mayor que el cielo y la tierra, y todo cuanto se ve en el cielo y la tierra*⁸⁴. Ciertamente, pues para Dios un alma vale más no solo que un mundo, sino que diez mil mundos semejantes a este mundo visible y material. *Nada es equiparable a un alma ni siquiera el mundo universo*⁸⁵, dice san Juan Crisóstomo. Acuérdate de las palabras mismas del Señor: *Lo que el Padre me dio es lo mayor de todo*⁸⁶. Y añade san Agustín: *Dios mío, hiciste cuanto hay en el mundo visible para el cuerpo del hombre, y el cuerpo para el alma, y el alma para ti mismo*. En resumen, el alma es lo más amado de Dios por encima de todas las demás criaturas.

⁸⁴ Tract. 17, in Joannem

⁸⁵ In 1 Cor. Hoil. 3

⁸⁶ Jn 10, 29

*El hombre, dice san Juan Crisóstomo, es más noble y precioso ante Dios que cuanto existe en el mundo, pues para él hizo el cielo, la tierra, las estrellas y todo cuanto hizo*⁸⁷.

¿Es posible hacer algo más grande por Dios que sacrificar su sangre y su vida por él? Sin embargo, san Juan Crisóstomo dice con vigor y claridad que si *aquel que por trabajar en la salvación de las almas difiere o incluso pierde la ocasión de ser mártir, será más grande y glorioso en el cielo que si hubiera dejado este empleo para sufrir el martirio*⁸⁸. Aclara que esa verdad no es de él sino de san Pablo cuando dice a los filipenses que tiene gran deseo de estar con Jesucristo, lo que sería más ventajoso para él, pero que es necesario que él se quede todavía un tiempo con ellos, como algo mejor y más agradable a Dios⁸⁹. Santa Teresa decía que envidiaba más a los que trabajan en la salvación de las almas que a los mártires. Y santa Catalina de Siena besaba la tierra por donde ellos pasaban. Ignoro (así se expresa un célebre Doctor) si es posible al hombre recibir de Dios un favor mayor que el de cooperar con él, con verdadera caridad, en la salvación de las almas⁹⁰.

¿Qué más diré? Escuchemos a san Dionisio: *Cooperar con Dios en la salvación de las almas es obra del todo divina,*

⁸⁷ Orat. 3, contra Judeos

⁸⁸ Hom 78 in Math (Cornelio a Lapide en comenário a Fp 1, 25

⁸⁹ Fp 1, 23-24

⁹⁰ ---riado de san Víctor, 1, 1 in Cant.

*la más divina entre las obras divinas*⁹¹. Y san Gregorio añade: *Arder en caridad por la salvación de las almas es el sacrificio más agradable que pueda ofrecerse a su divina Majestad.*

¿Y entonces, quién podría expresar el amor que el amabilísimo Salvador de los hombres tiene a los que se ocupan con él en su salvación? ¿Quién podrá comprender las gracias que les prepara en el cielo? *Hay pocos obreros evangélicos, pero entre más escasos son en la tierra tanto más amados y favorecidos son el cielo*, dice san Bernardo⁹².

Y en cambio, ¿quién medirá el desagrado, el horror y la abominación que tiene por quienes contribuyen a su perdición? ¿Qué castigos les prepara en los infiernos? *Los atacaré como una osa cuando le arrebatan sus cachorros; y como leona les desgarraré sus entrañas y los devoraré*⁹³. Si encuentra a los que se los han arrebatado se lanza sobre ellos, los despedaza, los degüella, y les hace sufrir mil dolores. Lo mismo haré yo. Serán objeto eterno de mi cólera y mi desquite. Seré como león, lleno de justo furor, los desgarraré y desmembraré, los haré pedazos, y los haré sufrir tormentos indecibles e impensables.

⁹¹ *De caelesti Hierr chia*, cp. 3

⁹² *Sermo in Synodo*

⁹³ Oseas 13, 8

Ante esto ¿quién no temblará? ¿Quién no temerá contribuir a la pérdida de un alma, sea por su mal ejemplo, sea por negligencia, o por otra causa? ¿Quién no se dedicará de todo corazón a una obra que el Rey del cielo y de la tierra ama tanto?

¡Sacerdotes, ustedes están inmensamente comprometidos con el Salvador del mundo que los llamó a ser salvadores! ¡Misioneros, qué santa es su tarea! ¡Ocupación altísima por estar asociados al Hombre-Dios, a la Madre de Dios, a la Iglesia de Dios, a los ángeles, a los santos apóstoles, a todos los santos del cielo, a las personas más dignas y sagradas de la tierra, ¡para una labor que sobrepasa todas las obras que puedan realizarse en el universo! Trabajemos, trabajemos con denuedo y sin descanso en esta obra incomparable. Pongamos en ella nuestro gozo y felicidad. Aceptemos de buen grado las penas que encontremos en ella, por amor de quien sufrió tanto por nosotros.

Tengamos compasión de tantas almas que se pierden a diario. Fueron creadas a imagen de Dios y rescatadas por la preciosa sangre de su Hijo. Son las almas de hermanas y hermanos nuestros. Valoremos los muchos trabajos que nuestro Salvador asumió por ellas. Consideremos las llagas que sufrió y los sufrimientos que padeció. Tengamos compasión de las lágrimas que derramó y de la sangre que

vertió por salvarlas. Que las lágrimas y las pesadumbres del Corazón maternal de su santísima Madre nos conmuevan. No dejemos pasar ningún día sin que alguien reciba algún beneficio de parte nuestra. Nunca decaigamos de este santo ejercicio. Escuchemos este llamado del cielo: *libera a quienes son llevados a la muerte y no ceses de librarlos de perecer*⁹⁴. Trabajen continuamente en la redención de los que son llevados por los demonios a la muerte y la perdición eterna. No cesen de arrancarlos de las manos de sus crueles verdugos que llevan los al infierno.

Oremos a menudo y fervorosamente al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies. Imitemos a los santos apóstoles y discípulos del Redentor de quienes se dijo que se ocupaban incesantemente en el templo, públicamente y en particular, en las calles y las casas, en enseñar y evangelizar la vida, misterios, obras, virtudes, máximas y doctrinas de Jesucristo⁹⁵. Si nosotros trabajamos no rinden los frutos deseados no nos admiremos. Si en toda nuestra vida solo lográramos preservar o retirar un alma de un solo pecado mortal, haríamos una obra más grande que librar al mundo de una peste universal y de todos los demás males corporales que pudieran llegar.

⁹⁴ Prov 24, 11

⁹⁵ Hechos 5,42

¿Si un médico de la antigüedad fue honrado con el nombre y la calidad divinos por haber preservado su patria de una peste que la amenazaba, qué podrá decirse de un médico espiritual que preserva y cura las almas de un mal, infinitamente más pernicioso, que todas las pestes imaginables⁹⁶?

Imagínate que estás ante un hombre que sufre todas las tribulaciones que ha habido, hay y habrá en este mundo. Frente a él ponte ante los ojos las penas que se padecen en el infierno por un solo pecado mortal. Conoces bien que éstas sobrepasan infinitamente las primeras. Haz de saber que cuando por tu buen ejemplo, tus oraciones y tus enseñanzas, preservas a alguien de caer en un pecado mortal, aunque siga incurriendo en otros pecados, lo salvas de una pena que es infinitamente más espantosa que todos los suplicios de la tierra. Has hecho un acto de caridad mucho mayor que si hubieras preservado y liberado todo un mundo de todos los tormentos que es dable padecer.

Escucho un ángel en el Apocalipsis que para alertarnos de la rabia que el diablo profesa contra las almas, grita con fuerte voz: *¡Ay de la tierra y del mar porque el diablo, habiendo sido arrojado del cielo, descendió a ellos, lleno de inmensa cólera, pues sabe que le queda poco tiempo*⁹⁷! Esto

⁹⁶ Hipócrates

⁹⁷ Ap 12, 12

es, para saciar su rabia contra las almas. ¿Tendríamos menos amor por nuestros hermanos que el odio que este encolerizado tiene contra ellos? ¿Manifestaríamos menos fervor por su salvación que el furor que él demuestra por su perdición?

Si la rabia de que está lleno hace que juzgue corto el tiempo de miles de años en que le está permitido esforzarse por perderlos, tiempo sin embargo módico, con cuanto ardor no deberíamos ocuparnos, en este tiempo, fugaz como sombra que pasa, para trabajar en su salvación. Por el menor de los hombres el Hijo de Dios sacrificó los treinta y tres años de su vida. Un solo momento de ella es más valioso que diez mil eternidades y que todas las vidas de los ángeles y de los hombres.

No dejemos nunca de trabajar en obra tan maravillosa. Llegará el día en que cosechemos continua y abundantemente los frutos de nuestros trabajos. *No nos cansemos de hacer el bien; a su tiempo recogeremos la cosecha si no desistimos en nuestro empeño*⁹⁸. Si llegara a suceder que todos aquellos, por cuya salvación trabajamos, persisten en su endurecimiento no dejaremos de recibir las mismas bendiciones y de cosechar los mismos frutos de nuestro trabajo como si los hubiéramos convertido totalmente.

⁹⁸ Ga 6, 9

Busquemos, pues, y empleemos todos los medios para ayudar a salvar el mayor número posible de almas. Sobre todo, dediquémonos de todo corazón a escuchar las confesiones. En esta acción podemos ganar muchas almas para Dios como lo veremos enseguida.

Cómo inflamar en caridad apostólica el corazón de los confesores

Considerando atentamente lo que hemos dicho es posible encender el fuego de la caridad apostólica en los corazones de todos los sacerdotes. Pero con el fin de inflamar cada vez más este fuego celestial en los confesores, en especial los misioneros, diré que, entre las tareas de un sacerdote, no hay otra más necesaria y útil para bien de las almas que la misión. Y aún más, entre los ejercicios de las misiones ninguno más fecundo que escuchar las confesiones. No encuentro ninguna otra función eclesiástica, sea durante la misión o fuera de ella, más indicada para el servicio de Dios y el provecho de las almas que ésta.

Es cierto que un predicador apostólico conquista a muchos para Dios. Pero un buen confesor salva igualmente un buen número. Y también, un mal confesor es causa de perdición para muchos. La predicación es el alma de la

misión, pero la confesión es el corazón. Los predicadores solo desbrozan la obra, pero los confesores la terminan. Los predicadores son enviados de Dios para dar a conocer a los hombres sus voluntades. Los confesores las hacen poner en práctica. Los predicadores son las trompetas del cielo que encienden en los hombres la pasión de la guerra contra el pecado. Pero los confesores son los soldados que le dan muerte en las almas. Los predicadores disparan cañonazos contra ese monstruo infernal, pero sus golpes a menudo no dan en el blanco. En cambio los confesores lo atacan de cerca y le dan muerte más fácilmente. Los predicadores son maestros que dictan enseñanzas generales a los cristianos para instruirlos en el temor, el servicio y amor de Dios. Los confesores son también maestros que dan a cada uno y en particular las instrucciones que necesitan.

Los predicadores son médicos que ofrecen medicinas para la curación de las enfermedades espirituales. Los confesores, en cambio, aplican a cada uno el remedio acertado. Los predicadores son los perros del soberano Pastor que ladran al lobo infernal que quiere devorar sus ovejas. Los confesores, empero, las arrancan de sus fauces o las preservan de caer en ellas. Los predicadores exhortan a los pecadores a la reconciliación con Dios: *Les rogamos por*

*Cristo: reconcíliense con Dios*⁹⁹; los confesores dan la última mano a esa reconciliación.

Los predicadores son los embajadores de Dios. Ellos hablan en su nombre y de su parte; los confesores son como pequeños dioses, revestidos de poder divino, para hacer la obra de Dios en los cristianos. Los predicadores proclaman el terror de los juicios de Dios; los confesores lo representan como Juez que ejerce su juicio no solo sobre los pueblos sino incluso sobre los reyes y monarcas de la tierra. Los predicadores son ángeles que anuncian a los hombres el diluvio de la ira de Dios; los confesores, a imitación de Noé, los salvan en el arca de la penitencia.

Los predicadores son como Aarón, enviados por Dios a hablar a los Faraones, con el encargo de ablandar los corazones duros por el poder de la Palabra divina; los confesores son como Moisés; hacen pasar a los verdaderos hijos de Israel, secos los pies, a través de las aguas de la penitencia y hunden a los enemigos, o sea, sus pecados, en las aguas del mar rojo de la preciosa sangre de Jesucristo.

Los predicadores son los siervos fieles de Abrahán, es decir, del Padre celestial, que buscan esposas para su Hijo único y amadísimo; los confesores son los sabios Egeos del rey Asuero que atavían a las Esteres, o sea, a las almas

⁹⁹ 2 Cor 5, 20

cristianas, con los aderezos que les caen bien, para hacerlas agraciadas al Rey del cielo que las quiere desposar. Los predicadores son como Saúl que reúnen soldados, los apertrechan y los arengan para el combate contra los Filisteos; los confesores son como David que matan a Goliat, es decir, el pecado, con la oración y la espada de la palabra que pronuncian al dar la absolución a los pecadores.

Los predicadores son los profetas que gritan a los que entran al templo: *Escuchen la palabra de Dios: esto dice el Señor*. Predican verdades celestes, proclaman las promesas de la divina bondad y las amenazas de la justicia; predicen las recompensas que se darán a los buenos y los castigos que se aplicarán a los malvados; los confesores son levitas que degüellan las víctimas, es decir, las almas pecadoras, las hacen morir al pecado, las lavan en la sangre preciosa del Cordero de Dios, y las ponen en las manos del sumo Sacerdote Jesucristo, para sacrificarlas a la gloria de su Padre.

Los predicadores son los precursores del Hijo de Dios que preparan los caminos del Señor; los confesores son, en cambio, sus discípulos que arreglan la casa donde él desea comer la Pascua con cada creyente; la barren con la confesión y la adornan con las galas de la gracia divina y de las virtudes que la acompañan.

Finalmente, los predicadores anuncian a los hombres los misterios que el Señor obró y los sufrimientos que soportó por su salvación. Pero son los confesores quienes aplican a las almas los frutos de su sangre y de su muerte, arrojan del corazón de los hombres a los demonios de los que han hecho su morada, los liberan de su tiranía y los llevan nuevamente al seno de Dios.

¿Cuál ha sido mi intención al decirles todo esto? He querido hacerles conocer la excelencia y la importancia de este ministerio; revelarles su necesidad y utilidad; recordarles cómo es agradable a Aquel que ama apasionado las almas; y por consiguiente con qué ardorosa caridad deben consagrarse a él. Creo que si los ángeles fueran capaces de envidia estarían celosos al verlos cumplir este ministerio tan del agrado de su divina Majestad y tan provechoso para aquellos que han costado la sangre de Hijo de Dios.

Mis queridos hermanos, si tienen un grano de amor de Dios (me dirijo a todos los sacerdotes y en especial a los misioneros) tomen conciencia de este servicio; considérense felices de poder trabajar en él; reconozcan que por favor grande de Dios han sido llamados a ejercerlo; conságrense con fervor a él; esmérense por adquirir las cualidades que debe tener un confesor y observen todo lo que es necesario para celebrar dignamente esta santa

función. En los siguientes capítulos encontrarán lo referente a este sacramento.

CAPÍTULO III

El poder de juzgar

Todos los hombres, por ser hijos de ira y maldición y por llevar en sí la raíz de toda iniquidad, están en la posibilidad de cometer toda clase de pecados; pero ni ellos ni los ángeles tienen el poder de borrar el mínimo pecado. Quien se precipita en el pecado se sumerge en un abismo espantoso de desdichas y maldiciones. Nunca podrá salir de allí por su propio esfuerzo cualesquiera sean los intentos que haga. Aunque todos los poderes del cielo, de a tierra y de todo el universo aúnen todas sus fuerzas para sacarlo nunca lograrán hacerlo. Solo el brazo todopoderoso de Dios puede alcanzarlo. En una plegaria la Iglesia afirma que no hay nada en que aparezca mejor la omnipotencia divina que cuando Dios perdona los pecados y los borra.

La destrucción del pecado es una acción exclusiva del poder infinito de Dios. Pero el Padre de las misericordias alberga tanta bondad por las miserias humanas que, aunque infinitamente indignos, ha escogido a algunos a

quienes ha comunicado su divino poder para que destruyan el pecado en los hombres que quebrantan sus divinos mandatos. Si Dios se hubiera reservado solo para él la abolición de nuestros pecados ¿qué criminal habría que, luego de haberse levantado contra su Creador, tuviera la audacia de presentarse ante la divina Majestad para obtener el perdón de sus rebeldías? Si hubiera concedido ese poder a los ángeles, espíritus celestes de naturaleza más elevada que la nuestra, con los que no tenemos trato visible ni sensible, y que carecen de conocimiento experimental de las flaquezas y miserias humanas, nuestro acceso a ellos nos sería demasiado difícil y temible.

Pero por su bondad incomparable, este amadísimo Padre se obligó a escoger hombres entre los hombres, frágiles y pecadores como los demás, a quienes ha revestido de su poder y los ha asociado a él, para que con él den muerte al pecado en las almas. ¿Quiénes son esos hombres, tan honrados por Dios, a los cuales hace partícipes de su divino poder? ¿A quiénes ha distinguido con un poder que no ha conferido a ningún príncipe ni monarca de la tierra, ni a ángeles ni a arcángeles, ni a patriarcas y profetas de la antigua alianza, ni incluso a Moisés, o Aarón o a Elías o a Juan Bautista? Son precisamente los sacerdotes de la Nueva Alianza. Los ha exaltado por encima de todos los hombres y ángeles. A ellos confiere este poder admirable cuando por

boca de los obispos que los ordenan les dice: *Reciban el Espíritu Santo; a quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes los retengan les quedan retenidos.*

Ten en cuenta que hay dos clases de poder. El primero es el que viene del sacramento del Orden. Se da a todos los sacerdotes cuando al ser ordenados, el obispo les dice las palabras citadas: *Reciban*, etc. El segundo es el poder de jurisdicción. Se ejerce en el juicio que se realiza en el tribunal de la penitencia. El poder del orden queda en suspenso y como detenido en los que lo han recibido hasta que el obispo les permita ejercerlo. Esto se debe a que no todos los que han sido ordenados sacerdotes tienen las cualidades requeridas para ejercer el juicio. Dios ha comisionado a su Iglesia para seleccionar los que están capacitados para hacerlo. Por esta razón ella suspende el poder del Orden hasta que, una vez comprobada la debida preparación del ordenado, le confiera la aprobación y la jurisdicción. A partir de ese momento puede ejercer su poder de Orden.

Esta aprobación es la declaración de que quien va a administrar el sacramento de penitencia está en condición de hacerlo. Por derecho está reservada al obispo y no al cura, a partir del Concilio de Trento, de obligada aceptación en todo el mundo. Pueden también otorgarla los autorizados por el obispo, los vicarios generales del capítulo

cuando la sede está vacante y algunos Abades que gozan de este derecho.

La jurisdicción es el derecho de juzgar en el tribunal de la Penitencia a las personas sobre las que se tiene poder y autoridad. La jurisdicción es de dos clases: ordinaria y delegada. La primera es propia de los pastores que tienen cura de almas. El Papa tiene esta jurisdicción en toda la Iglesia; los obispos en su diócesis respectiva y el cura en su parroquia. La delegada es la que tienen los sacerdotes que no tienen cura de almas pero que son delegados por los pastores sobre las personas que tienen a su cargo.

La jurisdicción es otorgada por el Papa en toda la Iglesia; por el obispo para su diócesis; y por el Cura en su parroquia. La aprobación y la jurisdicción son del todo necesarias. La absolución dada por un sacerdote que no ha sido aprobado por el obispo o que carece de jurisdicción es nula. No tiene, en efecto, el poder requerido para ejercer el juicio en el sacramento de la Penitencia.

Hay sin embargo casos en los que las absoluciones de un sacerdote no aprobado o que no tiene jurisdicción son válidas:

1. Cuando se trata de personas que están en peligro de muerte como los que padecen una fiebre continua, las mujeres que están dando a luz, los soldados que van al

asalto o al combate, los que residen en una casa donde hay apestados, los que van en peligrosa travesía en el mar. En todos esos casos, todo sacerdote, cualquiera que sea, aprobado o no aprobado, que tenga jurisdicción o carezca de ella, puede absolver en todos esos casos, sin excepción, por razón de necesidad extrema.

2. Cuando el penitente solo tiene pecados veniales, o mortales ya perdonados en confesión anterior, lo puede absolver¹⁰⁰

3. Cuando hay Indulgencias que dan poder de escoger el confesor, la absolución del sacerdote escogido es válida, aunque no tenga jurisdicción con tal que esté aprobado. En ese caso la bula da jurisdicción a todo sacerdote aprobado.

Estos son los casos en los que un sacerdote no aprobado o sin jurisdicción está facultado para absolver.

¿El que tiene la aprobación y la jurisdicción puede absolver todos los pecados? No, pues no puede absolver los reservados al Papa y al obispo, menos en los siguientes casos:

1. En peligro de muerte como ya lo dijimos.
2. Cuando recurrir al prelado al que está reservado es muy difícil. En su bondad la Iglesia no pretende obligar a viajes

¹⁰⁰ En tiempo de san Juan Eudes se podía hacer. Pero a partir del 12 de febrero de 1679 el papa Inocencio XI suprimió esa facultad.

difíciles que no pueden hacerse cómodamente. Las mujeres, los ancianos, los pobres, las personas limitadas por la enfermedad y aquellos para quienes esos viajes serían difíciles o peligrosos no están obligados a hacerlos para recibir la absolución de parte del Papa o del obispo. Como también, al no poder ir a encontrarse con el superior al que están reservados, no hay obligación de enviarlos allá. En casos reservados al Papa pueden ser absueltos por el obispo o por quienes estén facultados para absolver esos casos. En casos reservados al obispo, los que no pueden ir a encontrarse con él por causas muy graves, pueden ser absueltos por el cura párroco o por otro sacerdote aprobado y con jurisdicción¹⁰¹.

3. Cuando hay peligro de escándalo notable y de maledicencia respecto al penitente por tener un caso reservado si es enviado donde el superior, entonces el confesor ordinario lo puede absolver, con la obligación sin embargo de presentarse donde el superior cuando pueda.

4. Cuando un penitente se confiesa de un pecado reservado, pero de buena fe y con ignorancia invencible, afirma que no conocía que fuese reservado, o si aun a sabiendas de que es reservado cree de buena fe que su confesor lo puede absolver, puede recibir la absolución,

¹⁰¹ Esta disciplina del tiempo del Padre Eudes cambió por disposición de la Inquisición en 1 por decreto de la Inquisición. Es bueno considerar la disciplina actual.

pero queda obligado a presentarse al superior. Es doctrina de Navarro, de Toledo y de otros.

5. Si en la bula que proclama Indulgencias dice que los pecados reservados al Papa pueden ser absueltos, puede recibir la absolución.

6. Si se ha ido a confesarse donde un sacerdote que tiene el poder ordinario o delegado para absolver casos reservados, y acontece que la absolución no fue válida por defecto del penitente, la absolución recibida del caso reservado permanece válida, pues según el sentir de los teólogos el confesor tuvo la intención de absolver de acuerdo a los poderes que tenía. En ese caso se levantó la reserva, pues ésta puede anularse sin el sacramento.

CAPÍTULO IV

Preparación doctrinal

El confesor que no posee la ciencia necesaria para ejercer su ministerio es muy culpable ante Dios; está en camino de perdición y debe abstenerse de ejercer este ministerio hasta que adquiera los conocimientos necesarios.

¿Qué pensar de un hombre que se empeña en practicar la medicina y receta toda clase de remedios para cuanta enfermedad hay, pero carece de la ciencia

requerida? No es un médico sino un asesino capaz de matar a los enfermos que cuida. Así pasa con el sacerdote que se atreve a hacer de médico de las almas y en lugar de sanarlas les da muerte.

Una persona que ejerce el oficio de juez, pero carece de los conocimientos necesarios para esa profesión, por ignorar las leyes y las costumbres, es condenable por entero ante Dios y ante la sociedad. Cuánto más el sacerdote, que ejerce el juicio de Dios en el tribunal de la penitencia, sin haber estudiado debidamente la doctrina de la moral cristiana se hace culpable ante la divina Majestad. Es imposible que no incurra en infinidad de faltas que terminan en ruina de las almas. Acusa de pecado donde no lo hay; y donde se da no lo percibe. Obliga a restituir cuando no se está obligado a hacerlo; y no obliga a hacerlo cuando sí se debe hacer. Rehúsa la absolución a quienes la merecen; y la conceden a quienes no la merecen Finalmente, cae en mil precipicios y lanza a ellos a muchas almas, cuando debería retirarlas según la palabra del Señor: *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo*¹⁰². Así pues, la ciencia es del todo necesaria al confesor.

¿En qué consiste esta ciencia? ¿Qué debe conocer?
Ocho puntos principales

¹⁰² Mt 15, 14

1. Debe conocer bien la extensión de su jurisdicción y cuáles son los casos reservados al Papa y al obispo, para no sobrepasar los límites de su poder y no dar absoluciones que no está facultado para dar.
2. Debe saber la materia y la forma del sacramento de Penitencia y qué motivos lo hacen válido o inválido.
3. Debe conocer los pecados que se pueden cometer contra los mandamientos de Dios y de la Iglesia; los que conciernen a los siete pecados capitales; los de mayor ocurrencia en la región en que se encuentra, y en particular los que obligan a restituir.
4. Debe saber distinguir entre la lepra y la lepra, esto es, entre el pecado y el pecado: entre el pecado mortal y el venial y conocer las circunstancias que agravan notablemente el pecado, y lo hacen cambiar de especie. No está obligado sin embargo a determinar sobre cada pecado que escucha en confesión, distinguiendo si es mortal o venial. Basta que sepa en general que es de por sí mortal o venial.
5. Debe conocer al menos las censuras o irregularidades más corrientes.

6. Debe saber los impedimentos que hacen inválido un matrimonio y que serán señaladas al final de este libro.

7. Debe saber lo que hay que decir a los penitentes para hacerles conocer el horror de sus pecados y para exhortarlos a la contrición.

8. Debe conocer los remedios generales y particulares adecuados para curar las enfermedades de las almas; los deberes y obligaciones de cada profesión para animar a los penitentes a ¹⁰³practicarlos; y las penitencias convenientes que se les debe imponer.

Para conocer todo esto es necesario estudiar detenidamente algunos libros de teología moral como Toledo¹⁰⁴ o Bonal¹⁰⁵ o algún otro, y también algunos libros que tratan sobre el horror al pecado y enseñan los medios de vencerlo y de practicar las virtudes cristianas como los libros de Granada *Guía de Pecadores* y *Memorial de la vida cristiana*. Finalmente: *Estudien ustedes que gobiernan la tierra*¹⁰⁶

¹⁰⁴ Jesuita español (1532-1596). Escribió *Instructio sacerdotum*, compendio de Moral.

¹⁰⁵ Doctor en francés (1651) en francés *Cours de théologie morale*.

¹⁰⁶ Sal 2, 10, según la Vulgata.

CAPÍTULO V

Caridad y misericordia

La principal y más necesaria cualidad del confesor es la caridad. Debe ser todo caridad, penetrado de amabilidad, colmado de misericordia, transformado totalmente en benignidad.

Cuando se sube al púlpito para predicar la palabra de Dios hay que apertrecharse de cañones y rayos para fulminar el pecado. Pero en el confesonario solo se debe tener un corazón pleno de bondad, una boca que rebose leche y azúcar, jamás llena de vinagre; solo aceite y miel. Se capturan más moscas con una cucharada de miel que con un barril de vinagre. Una acogida amable es todopoderosa. Con la bondad se hace lo que se quiere y nada le resiste. Pero con actitud todo se echa a perder. Así la cuarta cualidad del confesor es la caridad y para practicarla se debe tener en cuenta lo que sigue.

Ir con gozo al confesonario en el tiempo que mejor convenga a los penitentes, renunciando al interés y comodidad personales.

Acoger a todos los que se presenten, no con semblante triste y aburrido, ni con rostro austero y seco, sino abierto, agradable y afable. Acoger indiferentemente a todas las personas que acuden, cada uno según el turno, ricos y

pobres, buenos y malvados, sin acepciones ni preferencias. Solo se debe dar preferencia a los enfermos y minusválidos, a las mujeres encintas o que están amamantando; a los criados y criadas que no pueden esperar y a los que vienen de lejos. Todo con discreción, cuidándose bien de ofender a nadie, y haciendo que todos lo acepten comprensivamente, dándoles bondadosamente las razones de este proceder.

No recibir dinero ni cosa alguna de nadie. A la larga trae malas consecuencias. Este proceder aleja a los pobres que no vienen confiadamente a la confesión y debilita la fuerza y el vigor de la voluntad necesarios al confesor para desempeñar su oficio, para hablar con libertad a los penitentes, para hacerles ver la enormidad de sus pecados, para imponerles penitencias saludables y para obligarlos a cumplir sus compromisos. Lleva asimismo a que el confesor se apesume y se afane a confesar muchas personas, pero obtener mayores ganancias.

Si los jueces terrenos que aceptan presentes para aplicar justicia son reprobables cuanto más lo son los eclesiásticos que deben cumplir sus ministerios, y en especial éste, con corazón totalmente desinteresado. Cuando un sacerdote se gana la reputación de conducirse así pierde su fiabilidad y se vuelve incapaz de servir provechosamente a los fieles.

Darse el trabajo de examinar caritativamente a los que no se saben confesar como es debido. Recordar que al comenzar su confesión los penitentes nos dan el tratamiento de *Padre*. Debemos por tanto tratarlos con un corazón enteramente paternal, con mucha cordialidad, bondad y compasión; tener paciencia de su rusticidad, ignorancia, flaqueza, lentitud y otras imperfecciones; no cansarse de ayudarles y hablarles con amabilidad, pero no adularlos. Hay que hacerles ver la enormidad de sus pecados sólo al final de la confesión, no con severidad y dureza sino con bondad y caridad; no tratarlos con palabras duras que denoten falta de respeto por el penitente. Hay que procurar, en cuanto posible, que salgan de la confesión contentos, edificados, consolados y con ánimo de comenzar una vida del todo nueva.

Hay que evitar la falsa caridad que degenera en relajamiento y adulación, o en afectos humanos y sensuales, o llevan a familiaridad con los penitentes, sea en el confesonario o fuera de él; todo esto les quita libertad para confesarse.

Si se tiene delante un penitente invadido de temor excesivo, y temeroso de que no va a ser absuelto, animarlo e infundirle confianza en que Dios tiene inmenso deseo de perdonarlo y se complace en la penitencia de los grandes pecadores. Hablarle de que entre mayor es la indignidad del

pecador tanto más brilla en él la misericordia de Dios; que él valora tanto la penitencia que el más pequeño signo de arrepentimiento, con tal que sea auténtico, le hace olvidar todos los pecados, hasta el punto de que si los demonios y los diablos pudieran arrepentirse todos sus pecados se les perdonarían. Que la mayor injuria que puede hacerse a la bondad divina y a la pasión y muerte de Jesucristo es no tener confianza de obtener el perdón de los pecados; finalmente, que en el Credo repetimos que creemos en la remisión de los pecados y que no podemos dudar de recibirla cuando acudimos, con las disposiciones requeridas, al sacramento que Nuestro Señor instituyó con este fin.

Si notas que vacila porque no sabe expresar bien sus pecados o por no haber examinado bien su conciencia, prométele que le vas a ayudar y asegúrale que, mediante la gracia de Dios, podrá hacer una buena y santa confesión. En las materias en que tiene dificultad de acusarse, anímalo, diciéndole, por ejemplo: “vamos, mi querido hermano o mi querida hermana, créeme que Dios te concede la gracia de hacer una buena confesión, continúa con confianza y no omitas nada por amor a Jesucristo que por ti se entregó a la muerte. Da gloria a Dios y confusión al diablo. Qué consuelo tendrás a la hora de la muerte, e inmediatamente después de que hayas terminado de confesarte bien. Pero no lo hagas por tener una satisfacción personal. Hazlo para

contentar a Nuestro Señor y a su santísima Madre. Ellos, con los ángeles y los santos, se regocijan cuando un fiel se acusa humildemente de sus pecados con resolución de dejarlos y de darse enteramente a Dios”.

Si se acusa a sí mismo o usa palabras deshonestas o embrolla su acusación con excusas o pretextos, historias u otras impertinencias, ten paciencia un rato, pero luego deténlo amablemente. Hazle comprender que conoces mejor que él todos los pecados que hay que confesar. Que lo vas a examinar mejor que como lo haría él mismo. Que solo debe responder sinceramente lo que le vas a preguntar. Y que luego de haberlo interrogado, si tiene todavía algo para decir que lo diga; que así hará, con la ayuda de Dios, una buena confesión. En seguida, empieza a examinarlo para hacer que declare sus faltas clara y distintamente. Enséñale también a expresarse más honestamente, si posible. Advértele de las cosas superfluas, de las impertinencias e imperfecciones que ha cometido para paliar, excusar y disimular sus pecados¹⁰⁷-

Cuando se encuentra personas afligidas, compadecerse de ellas y procurar con mucha caridad darles consuelos y enseñarles a hacer buen uso de sus sufrimientos; que en todo glorifiquen a Dios y alcancen para ellas el fruto que

¹⁰⁷ Varios de estos consejos los toma el Padre Eudes de san Francisco de Sales en su obra *Advertencias a los confesores*.

Dios quiere darles, humillándose ante su divina Majestad; que reciban todo como de la mano paternal de Dios y se sometan y abandonen a su divina voluntad; que reciban los sufrimientos por amor de aquel que por amor nuestro pasó tantos padecimientos.

CAPÍTULO VI

Prudencia

No basta al confesor tener ardor apostólico, ciencia y caridad. Es necesario que sea prudente. No hay entre todas las tareas apostólicas ninguna donde la prudencia sea tan necesaria como ésta. Un confesor imprudente es un ciego que puede caer en mil precipicios y arrastrará a ellos a sus penitentes. Por tanto, quienes se sientan en el tribunal de la Penitencia pidan mucho a Dios esta virtud y reflexionen con detención las orientaciones siguientes para que las lleven a la práctica.

Examinar los penitentes teniendo en cuenta el sexo, la edad y su grupo social.

Al examinarlos precaverse de ir a enseñarles los males morales que ignoran.

No corregirlos ni al principio ni en medio de la confesión. Esperar el final para no perturbarlos ni atemorizarlos, y no quitarles la facilidad de confesarse.

Considerar atentamente la disposición de cada penitente para tratarlo en conformidad. Si por ejemplo se muestran avergonzados infundirles confianza haciéndoles notar que nosotros tampoco somos ángeles; que todos somos pecadores; que no nos escandalizamos al escuchar pecados muy graves; que sabemos bien que la fragilidad humana es grande y las tentaciones del maligno frecuentes y violentas; que es humano el pecar; pero que sería diabólico permanecer en el pecado por no haberlo confesado; que es algo tan secreto que un confesor, así su amor a Dios sea muy escaso, preferiría ser quemado vivo antes que revelar el mínimo pecado que haya escuchado en confesión; finalmente, que Dios nos manda confesar al sacerdote nuestros pecados y que por tanto es necesario hacerlo por amor a él, y en memoria de la confusión que soportó en la cruz por causa de nuestras transgresiones; es preferible la vergüenza de confesar el pecado al oído de un solo hombre que verse avergonzado ante los ángeles y los hombres y ante Dios mismo en el día del juicio, y luego ser precipitado a la condenación eterna¹⁰⁸.

¹⁰⁸ San Francisco de Sales, *Advertencias a los confesores*

Si en cambio se ve al penitente frentero y sin temor, hacerle caer en cuenta con claridad, pero siempre con bondad, que está en presencia de Dios; que ha venido a postrarse ante Jesús, su Juez soberano, y no ante un simple hombre; que debe tenerse por un criminal de lesa Majestad divina, merecedor de la condenación; que se trata de un asunto muy importante pues está en juego su salvación eterna y la aplicación a su alma del fruto de la sangre y de la muerte de Jesucristo; y que en la hora de la muerte tendrá que dar cuenta minuciosamente de las malas confesiones que haya hecho¹⁰⁹.

Interrogar sobre el sexto mandamiento evitando dos extremos: no interrogar lo suficiente y necesario, o interrogar demasiado y sin necesidad. Para evitar lo uno y lo otro, es preciso darse al Espíritu Santo para ir progresivamente, de los pensamientos a los deseos; de los deseos a las palabras; de las palabras a las acciones, como besos y tocamientos, etc. Si se encuentra al penitente inocente en sus pensamientos, deseos y acciones mencionadas, no preguntarle más- Si se le encuentra culpable avanzar, pero siempre tan discreta y modestamente que no sufra desedificación en los interrogantes que se le hagan, ni que se le enseñe el mal que ignora.

¹⁰⁹ Ibidem

Si se encuentran puntos difíciles de resolver, elevar la mente a Dios y rogar al Espíritu Santo. Si a pesar de todo persiste la oscuridad y no se ve claro, pedir al penitente tiempo para pensar e incluso para consultar si es necesario.

Si es preciso que haya lugar a reconciliaciones, restituciones u ocasiones de pecado que haya que evitar, no esperar el final de la confesión para poner al penitente en la disposición necesaria de asumir compromisos al respecto; hacerlo en el momento en que se le interroga, si se le considera culpable en esos puntos.

Cuando se encuentra a algunos que están de buena fe y con ignorancia invencible en un pecado, sea que ya lo hayan cometido o estén a punto de cometerlo, y creemos que probablemente, a pesar de que se les advierta y se quiera sacarlos de la buena fe y de la ignorancia haciéndoles caer en cuenta de que están cometiendo un pecado, no estarán dispuestos a abandonarlo o no dejarán de cometerlo, en ese caso no se les debe advertir. Sería inútil hacerlo e incluso quizás perjudicial para el penitente. Pero si tienen alguna duda, aún muy pequeña, de su pecado y piden algún parecer, entonces se está obligado a decirles la verdad incluso si se sabe que no harán nada de lo que se les diga. En efecto, desde el momento en que se tiene alguna duda ya no se está de buena fe. Ejemplo, dos personas están casadas en grado prohibido y por tanto su matrimonio

es nulo, pero no lo saben. Si el marido viene a confesarse y el confesor cree que haciéndole conocer ese impedimento no va a remediar nada, mejor no decirle nada y dejarlo en la buena fe.

Aplicar remedios aconsejables para las diversas enfermedades del alma e imponer penitencias provechosas. Hay que tener en cuenta que no se deben imponer penitencias cuyo cumplimiento pueda acarrear algún escándalo al penitente si su pecado oculto pueda ser conocido. Se debe tener en consideración la calidad de los pecados, así como la edad, el sexo, la calidad y la disposición de las personas para asignarles penitencias que puedan cumplir fácilmente. Es preferible dar penitencias sencillas y fáciles y no demasiado grandes y difíciles, sobre todo en tiempo de una Indulgencia plenaria, pues la Indulgencia suple la penitencia. Luego de imponer una penitencia fácil hay que decir al penitente que merecería una mayor pero que se ha juzgado darle más bien una pequeña para que la cumpla gustosamente. Luego de imponer la penitencia se pregunta al penitente si la escuchó bien, si la va a cumplir de buen grado, a fin de que, si se advierte que no la va a cumplir gustosamente, se le aplique una más fácil que cumpla devotamente.

Cuando el confesor se vea obligado a rehusar o diferir la absolución, actuar de manera que no se note si puede ser

percibido por los que están cerca. En ese caso recitar el *Miserere* y el *Indulgentiam*, y actuar externamente como si se hubiera dado la absolución. Pero advertir en seguida al penitente que no fue absuelto.

Sobre todo, el confesor prudente debe imitar la prudencia de la serpiente teniendo cuidado de no exponer su cabeza, o sea, que queriendo salvar a los demás corra el peligro de perder lo que le debe ser más amado, es decir, su propia salvación. Para ello observar los puntos siguientes:

El *primero*, *humillarse* a la vista de su indignidad, incapacidad y fragilidad. Que se reconozca en todos los pecados que son acusados ante él y se reconozca capaz de cometerlos todos, si Dios no lo preservara. Lleva en sí mismo, en efecto, la raíz de todos ellos y de por sí solo es pecado, tinieblas e ignorancia. Por tanto, debe temer de sí mismo y desconfiar de su talento, ciencia, experiencia y de todo lo que es; que se obligue a poner en solo Dios toda su confianza.

La *segunda*, llevar a la práctica estas palabras del Espíritu Santo; *que tu modestia sea reconocida por todos los hombres*¹¹⁰. Que ella aparezca en todo tiempo y lugar, en todo tu actuar, en particular en las funciones sacerdotales, pero sobre todo en ésta. Aquí el sacerdote ejerce altísimo

¹¹⁰ Fp, 4, 5

ministerio a la vista de todo el mundo. Que se manifieste en tu comportamiento muy modesto, no dejando vagar tu mirada por todas partes sino mortificándola de tal modo que tu porte y tus ademanes sean motivo de edificación para todos. Si eres cuidadoso de disponer tu exterior haciendo todo por amor a Dios, el mismo Señor guardará tu interior y protegerá tu espíritu en ministerio tan riesgoso como éste en el que se toca la pez sin mancharse y se está en el fuego sin quemarse. Todo esto es imposible hacerlo sin especial favor de Dios. Él nunca deja de concederlo a quienes se lo piden y se disponen humildemente a recibirlo y desconfían de sí mismos; a los que se entregan a la divina misericordia, buscando solo a Dios en este servicio y mantienen su exterior modesta y convenientemente. Para ello sírrete de los medios siguientes.

El *tercero* es tener infinito horror a todo lo que es contrario a la pureza. Para evitar lo que puede hierla observar estrictamente lo que sigue:

1. Cuando se trata del sexto mandamiento renunciar con vigor a todo espíritu de impureza y entregarse de todo corazón a la aversión infinita que Nuestro Señor tiene a la impureza y al amor inmenso que profesa por la pureza.
2. Guardarse mucho de no hacer preguntas que nazcan de curiosidad o espíritu impuro.

3. Solo cuando sea absolutamente necesario proceder a interrogar en este punto.
4. Hacer que la cabeza de las personas del otro sexo que se confiesan no toque la suya; que su rostro sea vuelta de otro lado de modo que no se vean; que no le hablen al oído sino al lado.
5. No dirigirle la mirada al rostro; hacer pacto con los ojos para que no se vayan a miradas que sean perniciosas.
6. Cerrar la puerta del corazón a afectos humanos y sensuales que insensiblemente se van deslizando; no permitir que se creen ataduras que inicialmente parecen razonables y espirituales, pero poco después se tornan carnales y detestables, y a menudo producen efectos muy funestos y condenables.
7. Si se siente mayor inclinación a confesar mujeres que a hombres, humillarse profundamente teniéndolo por algo muy pernicioso; dar muerte poderosamente a esta inclinación obrando contrariamente a lo que sugiere.
8. Si cae en alguna falta contra estas consignas humillarse y llenarse de vergüenza ante Dios; aborrecerla y pedir perdón de todo corazón. Confesarla sinceramente y tomar decidida resolución de corregirse; pedir a Dios la gracia para

cumplirla e implorar la asistencia de la santísima Virgen para cumplir lo prometido.

CAPÍTULO VII

Piedad

Sobrada razón tiene el divino Apóstol cuando pide a su discípulo Timoteo que se ejercite en la piedad, y le declara que ella es gran tesoro, y útil para todo¹¹¹.

Un eclesiástico, animado del espíritu de piedad, es instrumento digno en la mano de Dios. Con él, el Señor hace prodigios, mediante las funciones sacerdotales, en particular en el sacramento de Penitencia. En este sacramento, un sacerdote piadoso hace maravillas para gloria de Dios y salvación de los hombres.

Allí libera a muchos del miserable estado del pecado, y resucita al Hijo de Dios que en ellos está muerto; allí les inspira sentimientos de sincera devoción, les hace gustar a Dios lleno de dulzura y suavidad con los que le sirven; los hace ejercitarse en la piedad verdadera y en la práctica de las demás virtudes cristianas; los sostiene en el estado de gracia y él mismo se preserva y se santifica.

¹¹¹ 1 Tm 4, 6-7

¿En qué consiste la piedad? ¿Quieres conocerla y encenderte en deseos de poseerla? Ejercítate en la oración mental y la conocerás y poseerás pronto. Pero también te digo que, mientras no tengas experiencia verdadera de la oración mental, nunca sabrás lo que es la piedad y no serás apto para escuchar confesiones. No basta que un confesor expulse el pecado de las conciencias mediante la absolución. Es necesario que establezca en ellas las virtudes cristianas de las que la piedad es el fundamento, al decir de san Ambrosio: *la piedad es fundamento de toda virtud*¹¹².

¿Cómo podrá establecer la piedad en el corazón de los hombres si no la tiene en el suyo propio? ¿Podrá dar lo que no tiene? ¿La nodriza podrá alimentar al niño si carece de leche?

Es por consiguiente muy necesario al confesor poseer en abundancia la piedad. Entre más la posea mayor será el fruto que obtenga en la salvación de los hombres. Debe llenarse de sentimientos de piedad y dejarse llevar de su espíritu. Le aconsejo tres recursos para antes, durante y después de escuchar las confesiones.

Antes de entrar en el confesonario tómese un tiempo para recogerse a los pies de Nuestro Señor y considere la importancia de la acción que va a realizar. Se trata nada

¹¹² In Psal. 119

menos que de hacer oficio de salvador de almas, de dar muerte al pecado en ellas, de liberarlas del tiranía del demonio y preservarlas del infierno, de abrirles la entrada del cielo, reconciliarlas con Dios y aplicarles la preciosa sangre de su Hijo, cumplir en ellas lo que falta a la pasión del Redentor, aplicarles los frutos de la redención y hacer vivir y reinar a Jesús en ellas. Mediante estas consideraciones despierte en sí mismo deseo grande de cumplir tan sublime ministerio.

Humíllese a la vista de su indignidad e incapacidad. Desconfíe de sí mismo y llénese de temor por asemejarse a una antorcha que se consume y acaba iluminando a los demás, o a la escoba que se mancha aseando las inmundicias de la casa.

Ponga su confianza y apoyo en la bondad de Nuestro Señor. Repítale que quiere hacer esta acción sólo por su amor. Pídale las luces y gracias necesarias y convenientes para desempeñarse bien.

Acudir él mismo a la confesión si siente que lo necesita, aunque no sea urgente ni estrictamente necesario. Al menos haga un acto de contrición y purifique su corazón de todo apego que no sea recto ante Dios. Invoque la asistencia de la santísima Virgen, de su ángel de la guarda, de los santos custodios y de los santos protectores del lugar donde se encuentra.

Recordar que hay multitud de santos en el cielo que, mientras estuvieron en la tierra, hicieron la misma acción que se dispone a hacer; que la hicieron santamente. Se entregaban al mismo Espíritu Santo que los animaba para unirse a las disposiciones e intenciones que les dio para realizarla.

Finalmente, esmerarse por disponerse lo mejor que pueda para no privar a Dios de la gloria que se le va a tributar en el desempeño de este ministerio, y para no ser obstáculo para las gracias que él le quiere dar y las que va a dar por su medio, a las almas que se van dirigir a él.

Lo que se debe hacer mientras se celebra el sacramento.

Elevar a menudo su mente y su corazón a Dios y servirse de las siguientes prácticas para mantenerse en esa disposición.

Cuando se presente la primera persona a confesarse, fijar la mirada en el amor incomprensible con el que el Padre eterno dio esta persona a su Hijo; entregarse a él para trabajar en su salvación en unión de ese mismo amor.

Cuando llegue la segunda persona, considerar el amor inmenso con el que el Hijo de Dios se dio a ella, y entregarse a él para dedicarse a su salvación, en unión de ese mismo amor.

Cuando se acerque la tercera persona, recordar el amor infinito con el que el Espíritu Santo cooperó con el Padre y en Hijo en su salvación; y entregarse a él para cooperar también con él en su salvación, en unión de ese mismo amor.

Al llegar la cuarta persona, tener ante los ojos el amor inconcebible con el que el Hijo de Dios se encarnó para rescatarla; darse a él para ayudarle a salvarla en unión de ese mismo amor.

Hacer lo mismo, considerando el amor inefable con el que Nuestro Señor obró todos los demás misterios de su vida, de su pasión, de la institución del Santísimo Sacramento, de su muerte, su resurrección y su ascensión; entregarse a él para aplicar a quienes se confiesen el fruto de estos misterios en unión de ese amor.

Finalmente, tener presente la caridad incomparable del que estuvo abrasado el Corazón maternal de la Madre del Salvador por la salvación de los hombres. Darse a él para hacer la acción que se va a realizar en unión de esa misma caridad y rogar a la santa Virgen que nos haga partícipes de ella.

Practicar lo mismo considerando la caridad de los santos patriarcas, los santos profetas, los santos apóstoles y

mártires, los santos Padres y demás santos, en particular de aquellos a los que se profesa especial devoción.

Por este medio se conserva el recogimiento y se desempeña esta acción con espíritu de oración; así se trabaja con mayor provecho en la salvación de las almas. Haciéndolo no se es más demorado, y por el contrario se hace más ágil y prontamente, sin fastidio ni fatiga, sino con gozo y energía, por la bendición que Dios da y por el fervor y caridad con que se trabaja.

Es aconsejable tener siempre un crucifijo en el confesonario. Fijando de tanto en tanto la mirada en él se contempla el amor ardentísimo del que el Corazón adorable de Jesús está encendido por las almas. Llama a sumergirse en esa hoguera de amor y caridad y se tienen ánimos para trabajar con ardor. Al encontrar alguna dificultad se ora a este divino Salvador. Si se advierte algún peligro, como al examinar acerca del sexto mandamiento, se hace entrega a él y se implora su protección. Se le entregan igualmente los penitentes, en especial quienes no están bien dispuestos. Se le ruega que se compadezca de ellos, que los ilumina y conmueva, y que les dé la gracia de la conversión.

Al salir del confesonario arrojarse a los pies de Nuestro Señor para pedirle perdón de los pecados que escuchamos, como también de las faltas que hayamos podido cometer.

Agradecerle las gracias que nos ha dado y que dio a los penitentes por nuestro medio. Suplicarle que supla nuestras deficiencias y que realice en ellos los designios de su voluntad.

Igualmente ofrecer a la santísima Virgen María, Madre de Dios, a los ángeles y a los santos todas esas personas que la divina Providencia condujo a nosotros; rogarle que haga de ellas ofrenda a Nuestro Señor. Suplicarle además que ejerza plenamente sus misericordias en ellas y que no permita que alguna llegue a perecer.

CAPÍTULO VIII

Justicia Negar o diferir la absolución

El sacerdote que se sienta en el tribunal de Penitencia representa a Nuestro Señor Jesucristo en su condición de Juez. Con él aplica justicia al comunicarle el poder que el Padre le confirió para juzgar a los hombres. Debe armarse igualmente del celo de la justicia divina para dar a cada uno lo que le corresponde. Ocupa ese lugar para hacer que se tribute a Dios lo que le es debido, o sea, reparación del pasado y de la irreverencia que se le ha infringido; mirando al futuro, temor, respeto, honor, servicio y obediencia.

El confesor está allí para hacer que se repare también al prójimo por los daños que se le han hecho en sus bienes, su honor y su persona. Está allí para que el alma del pecador se llene del cuidado y del celo que debe tener por su salvación. Está allí para se reconozca al sacramento de la Penitencia la veneración que le es debida y para que se haga de él el uso santo que se debe hacer. Finalmente está allí para hacer justicia a su penitente ligando o desligando, absolviendo o condenando. Escucho al Hijo de Dios que dice a los sacerdotes: *A los que perdonen sus pecados les son perdonados y a los que se los retengan les serán retenidos*¹¹³. Estas palabras nos evidencian que hay personas a las que hay que dar la absolución de sus pecados y que hay otras a las que hay que rehusarla sea siempre sea sólo por un tiempo. Es difícil acertar en este discernimiento y saber a quienes hay que rehusarla del todo y a quienes hay que diferirla por un tiempo. De esto me ocupo en seguida.

A quienes se debe negar la absolución

Hay seis clases de personas a quienes se debe negar la absolución:

¹¹³ Jn 20, 23

1. Los que están en discordia con el prójimo no deben ser absueltos si no quieren poner la parte que les corresponde para entrar en la paz y la caridad. Sin embargo, antes de proceder a negar la absolución, hay que tratar de ablandar su corazón usando de buenas y vigorosas razones, poniéndoles de presente el ejemplo de Nuestro Señor, de su divina Madres y de sus santos, para obligarlos a reconciliarse y a hablarse mutuamente, si es posible; ofrecerse a mediar si es necesario, para que las personas que están en desavenencia vengan o se pueda ir donde ellas, y facilitar su entrevista y su reconciliación.

2. Los que han causado daño notable al prójimo en su reputación, por maledicencias o calumnias, no debe recibir la absolución si se niegan a reparar el daño en alguna de las formas que se señalan más adelante.

3. Los que han hecho algún daño o perjuicio a alguien, los falsarios, testigos falsos, ladrones, encubridores, usureros, usurpadores o detentores de bienes, títulos, derechos y honra de otros; y en general todos los que hayan causado alguna pérdida o que retienen algo de los bienes del prójimo, de cualquier manera que sea, que haya sido arrebatado de sus manos con violencia, o por ardid o engaño o mediante proceso injusto, o por cualquier otra vía, no pueden ser absueltos, si teniendo modo de reparar, como se dirá luego, se niegan a hacerlo.

4. Los que están comprometidos en pecados habituales como blasfemia, impureza, embriaguez, robo u otros, y que se niegan a usar los medios que les son necesarios para romper esos malos hábitos, no deben recibir la absolución.
5. Los que viven en ocasiones próxima de pecado y no quieren renunciar a ellas pudiendo hacerlo, son incapaces de recibir la absolución. Ejemplos de tales ocasiones son: para los borrachos la taberna en donde a menudo se embriagan; los blasfemos por causa del juego cuando en él profieren blasfemias; para los impúdicos la permanencia o la entrada a determinada casa, la frecuentación de ciertas personas, los libros malos, los cuadros lascivos, las danzas y comedias.
6. Los que son ocasión de pecado para otros y rehúsan abstenerse, como los precedentes, tampoco deben ser absueltos, como se verá adelante.

Para que se entienda mejor lo que mira a las ocasiones próximas de pecado en las que se puede estar comprometido y quiénes son los que no pueden ser absueltos, observen que hay tres clases de personas que están en dichas ocasiones.

Primero, los que están en ocasión próxima de pecado y pueden dejarla.

Segundo, los que están en ocasión y no pueden dejarla.

Tercero, los que están en ocasión que puede dejar pero que hacerlo generaría gran inconveniente o perjuicio notable.

No se puede absolver a los primeros si no dejan la ocasión.

Se debe exhortar y obligar a los segundos a abstenerse del pecado y no darles la absolución mientras no se vea alguna enmienda. Para ayudarles hay que sugerirles los medios de cambiar de vida como oír Misa todos los días, si les es posible, para que pidan a Dios esta gracia; hacer alguna limosna con este fin; practicar alguna mortificación como arrodillarse, en la mañana y por la noche, para la oración; leer algún buen libro; confesarse a menudo; recurrir a la santísima Virgen recitando devotamente el rosario.

Lo mismo se debe hacer con los terceros. Pero si no dan muestras de enmienda hay que obligarlos a abandonar la ocasión de pecado, no obstante, las molestias que puedan seguirse y el perjuicio que se pueda padecer. ¿Qué significa interés temporal, como una propiedad, o la reputación, comparado con la salvación eterna? ¿Qué nos dice Nuestro Señor con estas palabras: *si tu mano derecha o tu pie te escandaliza*, es decir: ¿son para ti ocasión de pecado, córtalos y arrójalos lejos de ti? *Mejor salvarse con una mano, un pie o un ojo que perderse con dos manos, dos pies*

*o dos ojos*¹¹⁴? Es como decirnos que debemos estar dispuestos a dejar la ocasión de pecado, aunque para hacerlo debamos sufrir grave perjuicio o inconveniente. ¿Qué hay de más necesario y útil en el cuerpo humano que las manos, los pies y los ojos? ¿Puede haber pérdida mayor que quedar privados de ellos? Es como si Nuestro Señor nos advirtiera: aunque una persona o una cosa les sea más necesaria y útil que las manos, los pies, los ojos, si son ocasión de pecado para ustedes, córtenlos, bótenlos y aléjenlos enteramente de ustedes.

Es necesario obligar a los que están envueltos en esta clase de ocasiones, a dejarlas si quieren salir del pecado. Pero al obligarlos hay que aconsejarles, si es posible, medios para evitar los perjuicios que pueden sufrir, y para cuidar de que su reputación no se afecte, de modo que no se hagan comidilla de la gente.

Es preciso tener en cuenta que hay algunos oficios, ejercicios o condiciones que de por sí son indiferentes y lícitos, pero que sin embargo no dejan de ser ocasiones próximas de pecado para quienes nos las pueden realizar sin cometer algunas ofensas, capaces de acarrear la perdición. Entre estos oficios y condiciones están, a juicio de muchos, la guerra, ciertos comercios, la judicatura, la

¹¹⁴ Mt 5, 29; 18, -9

profesión de policía, de tabernero, y otros empleos semejantes.

A las personas comprometidas en estas ocasiones, en primer lugar, se les debe hacer ver los pecados que cometen; luego exhortarlos a que los eviten, y sugerirles algunos medios como se dijo antes; se les suspende la absolución hasta que den muestras de enmienda. Si no lo hacen, obligarlos a salir de esas condiciones y no absolverlos mientras no lo hagan. La absolución se tornaría en condenación para el penitente y más aún para el confesor. Al respecto dicen los concilios y los santos Padres:

El segundo concilio general de Letrán, advierte a los sacerdotes que no deben tolerar que los laicos sean engañados con falsas penitencias que los arrastran al infierno. Luego señala, entre otras formas de penitencias inválidas, la que absuelve al penitente que rehúsa retirarse de negocios ilícitos, o de magistraturas, empleos que no puede desempeñar sin cometer pecado¹¹⁵.

San Gregorio Magno dice que *hay varios empleos que, o mejor nunca, pueden desempeñarse sin caer en pecado. Es necesario que el creyente no vuelva, luego de su conversión, a las situaciones que lo ponen en riesgo de pecar*¹¹⁶.

Al mismo respecto el gran arzobispo de Milán, san Carlos, advierte a los confesores y les asegura que lo hace

¹¹⁵ Can. 21

¹¹⁶ Homilía 24, in Evang.

siguiendo el consejo de numeroso grupo de teólogos. Dice: *Para que los confesores estén avisados de que no deben acordar la gracia de la absolución a los que son de verdad indignos, como a menudo lo hacen, sea por inconsideración o por descuido o por alguna otra causa, de donde se deriva que muchos perseveran largo tiempo en los mismos pecados para ruina y pérdida de sus almas, tomado el parecer de varios teólogos hemos señalado la conducta que debe seguirse en algunos de los casos más ordinarios*¹¹⁷.

Los que son ocasión de pecado para otros

Los que son ocasión de pecado para otros deben ser considerados en el mismo rango que los precedentes.

1. Los que componen, imprimen y venden libros malos que contienen enseñanzas contrarias a la fe y a las buenas costumbres o a la santidad del cristianismo. El gran Gerson, hablando de un autor de novelas de su época, dice que, si supiera que hubiera muerto sin haber hecho penitencia de ese pecado cometido, no rogaría por él, tal como no lo haría por Judas¹¹⁸. Un concilio que se realizó en Burdeos en 1582 ordena a los pastores y confesores que adviertan a menudo a los fieles que se abstengan de la lectura de libros semejantes, como de un veneno mortal. Manda además

¹¹⁷ Actas del concilio de Milán, parte 4ª.

¹¹⁸ Sermón 4º de Adviento

que sean quemados como lo hacían los Apóstoles¹¹⁹. Otro concilio, el de Tours, en 1583, prohíbe terminantemente imprimir, vender, leer y guardar estos libros perniciosos y manda que sean quemados, declara además que los que no obedezcan a estos decretos en este punto, sean real y efectivamente excomulgados¹²⁰.

2. Los que venden, compran, guardan en sus casas o fabrican figuras o pinturas con desnudos escandalosos dan ocasión a los que las miran de cometer muchos pecados. Al respecto dice san Crisóstomo que esas figuras y pinturas son asiento y trono del diablo¹²¹

El sexto concilio ecuménico de Constantinopla, en 692, se vio obligado a prohibir terminantemente dichas figuras y pinturas bajo pena de excomunión. Trajo en apoyo estas palabras del Espíritu en el concilio: *Ellas seducen y envenenan los ojos de quienes las miran; corrompen sus mentes y encienden en sus cuerpos el fuego infernal de la concupiscencia carnal*¹²².

3. Los comediantes, cuenteros y cómicos. La Iglesia los ha considerado siempre como gente que desempeña un oficio infame pues son ocasión de cantidad de pecados.

¹¹⁹ Can. 7. *De magicis artibus...*

¹²⁰ *De professione fidei*

¹²¹ *Homil.* Del salmo 114.

¹²² Anon 100

4. Los que son autores de diversiones peligrosas para la salvación como los bailes, condenados por los santos Padres como ocasión de varios pecados y del todo contrarios a la profesión solemne que los cristianos hacen en su bautismo de renunciar a las obras y pompas de Satán. El baile, cuyo autor y director es el demonio, según la doctrina de los mismos santos, sobre todo cuando tienen lugar en los domingos y fiestas, es opuesto a la santificación de los días santos. San Agustín clama en alta voz que los que bailan en los domingos y fiestas hacen un mal mayor que los que trabajan la tierra en esos mismos días. Si el baile es ocasión de pecado qué decir de los violines que son el alma del baile.

5. Las mujeres y las jóvenes que, por su pecho, hombros, y brazos descubiertos, y por el lujo y el boato de sus vestidos, sirven de instrumentos a los demonios para arrastrar a muchos al infierno. San Jerónimo las llama amazonas y guerreras del diablo que hacen guerra a la castidad y le dan muerte en muchas personas¹²³. Añadan a las madres que permiten que sus hijas se enrolen con esas amazonas diabólicas.

6. Los que venden cosméticos y lunares postizos que la tonta vanidad aplica al rostro de las mujeres mundanas, y las máscaras del carnaval para encubrir el rostro. Todo esto

¹²³ *Lib. 2, adv. Jov.*

hace parte de las pompas de Satán y sólo sirven para usos que desagradan a Dios y lo ofenden. Son en efecto contrarios al voto que los cristianos hicieron en su bautismo de renunciar a Satán, a sus obras y a sus pompas.

7. Los cantineros y taberneros que abren sus negocios a los habitantes del lugar donde habitan, los domingos y fiestas, a la hora de la Misa.

8. Los dueños de casas de juego abiertas públicamente, en especial los domingos y días de fiesta; por este medio son ocasión de cantidad de desórdenes y pecados.

9. Los que dicen palabras deshonestas o de doble sentido; los que cantan canciones lascivas. Con estas palabras y canciones son fuente de infinidad de pecados. Son veneno muy peligroso que causa la muerte a cantidad de almas y hacen que quienes envenenan a estas almas estén en la lista de los que Nuestro Señor dice que *sería mejor para ellos que se les amarara una piedra de molino al cuello y fueran arrojados al fondo del mar más bien que escandalizar, o sea, ser ocasión de ruina y pecado al menor de los que creen en él*¹²⁴.

10. Los padres y madres, maestros y maestras que dan ocasión de pecado a los niños o a sus empleados y empleadas, por el ejemplo de una vida depravada, por sus

¹²⁴ Mt 18, 6

malas acciones, por su lenguaje diabólico, lleno de impiedad, por su libertinaje, sus perjurios, blasfemias, imprecaciones, maldiciones, maledicencias, injurias, venganzas, lenguaje impúdico, por toda clase de malas palabras, que son flechas envenenadas que matan las almas de sus empleados, especialmente las de sus niños, en los que las acciones y palabras de los padres hacen más impresión que en los otros. Todos pueden decir con san Cipriano: *Nuestros padres son nuestros parricidas*, es decir, verdugos y asesinos de nuestras almas.

Estos son ejemplos de personas que son ocasión de pecado para los demás y no merecen la absolución mientras perseveren en ese estado. Hay que obligarlos a salir de él y señalarles los medios para hacerlo; y negarles la absolución mientras no los pongan en práctica. Si los santos concilios y los santos Padres nos declaran, como lo hemos visto, que los que están en empleos que no pueden desempeñar sin pecado, deben dejarlos aunque de por sí sean indiferentes y lícitos, con cuánta mayor razón, todas esas personas están obligadas a renunciar a todas las prácticas de que hemos hablado, que son fuentes de tantos pecados, y son perversas por sí mismas, con excepción del baile, que por su naturaleza no es malo, pero deja de serlo por las circunstancias que lo acompañan.

A quienes se debe diferir la absolución

1. A los que llegan al sacramento sin preparación y sin haberse examinado cuidadosamente. Se les aplaza hasta cuando se hayan preparado debidamente sobre todo si tienen capacidad mental y luz para actuar. Pero si nos damos cuenta de que se trata personas rudas y estúpidas, y se puede pensar que si se despachan no lograrán prepararse mejor, no hay que despedirlos sino tener compasión de su ignorancia y suplir su deficiencia.

2- A los que confiesen sus pecados sin ningún sentimiento de dolor y sin ninguna muestra de penitencia. Son los que cuentan sus pecados como si narraran historias, disfrazándolos, excusándolos, atribuyéndolos a otros. Se les despacha, pero se les exhorta a que regresen asegurándoles que serán recibidos bondadosamente, luego de que hayan escuchado alguna predicación de la misión y hayan suplicado a Nuestro Señor que por su infinita misericordia y por su santa pasión les haya concedido la gracia de reconocer el horror de sus pecados, aborrecerlos, y hacer verdadera penitencia. Que rueguen a la santísima Virgen a los ángeles y a los santos que les obtengan esta gracia. Se entiende esta conducta con los que están en capacidad de practicarla. Pero si se ve que es inútil despacharlos, hay que esforzarse por suplir su deficiencia e invitarlos a acusarse de sus pecados con espíritu de humillación y contrición.

3- A los que están en discordia con su prójimo, pero tienen voluntad de hacer lo posible de su parte para reconciliarse hasta que los hayan hecho.

4. A los que han ofendido notablemente a alguien en su reputación y no estén dispuestos a reparar el mal que han hecho, hasta cuando lo hayan hecho.

5. A los que retienen bienes ajenos o causan voluntariamente algún perjuicio, y están dispuestos a reparar hasta que lo hayan cumplido.

6. A los que están en alguna ocasión de pecado que es posible remover y manifiestan disposición de dejarla.

En todos esos casos hay que diferir la absolución hasta que los penitentes hayan hecho lo que deben hacer. No dejarse conmovir por sus requerimientos y lágrimas y no fiarse de sus palabras y promesas. La experiencia de cada día nos enseña que no hacen lo que prometen, engañan a los confesores y se engañan a sí mismos. El cardenal Cayetano, hablando de la restitución, en su *Compendio*, dice que basta que el penitente haya faltado una vez a sus promesas para suspenderle la absolución, hasta que cumpla¹²⁵. Suárez, Cilicio y otros aceptan dos veces. Otros dicen treinta veces. Lo mejor y más seguro es obligarlos desde la primera vez a restituir, y todavía más, a reparar la

¹²⁵ Verb. *Restitutio*, cap. 6.

injuria hecha a la reputación ajena, a reconciliarse y a abandonar las ocasiones de pecado, cuando es factible. Por no exigir y no usar de severidad nadie restituye, sea en la honra sea en los bienes, ni quien se reconcilie ni quien deje las ocasiones de pecado que pueden removerse. Cada uno se ufana y *se seduce a sí mismo*¹²⁶. El demonio se los goza y los engaña. Los persuade de que tienen la voluntad de hacerlo y que con eso les basta. Pero es una voluntad imaginaria, sin efecto, mediante la cual los mantiene en el pecado y los hace vivir y morir en la retención injusta de los bienes ajenos, en los pleitos, en la ocasión próxima de pecado y por tanto en la impenitencia y en la perdición.

Se da un séptimo caso, de la misma naturaleza que los precedentes, del que hablamos en seguida.

Otro caso en que se difiere la absolución

Se trata del pecado que es habitual, y es uno de los mayores males que hay actualmente en el mundo. Procede en parte de la ignorancia, en parte de la negligencia y dejadez de varios confesores, que sin tener en cuenta las palabras del Hijo de Dios: *a quienes les perdonen sus pecados les serán perdonados, a quienes se los retengan les será retenidos*¹²⁷, jamás se los retienen a nadie y absuelven

¹²⁶ Sant. 1, 26

¹²⁷ Jn 20, 24

a todos los que se presentan sin preguntarse si tienen las disposiciones necesarias o no; si se avienen bien o mal con su prójimo; si han causado perjuicio o no a alguien; si están en alguna ocasión pecaminosa o si no lo están; si están dominados por algún pecado habitual, como la blasfemia, la impureza, la embriaguez, el robo, de los cuales se han confesado con él o con algún otro confesor sin ninguna enmienda. Todo pasa en tales confesores; no encuentran nada ni demasiado corto ni demasiado largo, ni demasiado frío ni demasiado caliente. Esto constituye gran mal. La reprensión divina ha inferido castigos espantosos por esta causa, reportados en varios libros y por autores muy dignos de fe¹²⁸.

Es un mal fuente de infinidad de males. Mantiene y fortalece el pecado en las personas. Faculta a los pecadores a entregarse con insolencia a toda clase de maldades, seguros de que van a recibir la absolución cuantas veces lo quieran. Aniquila los designios de la divina misericordia en la institución de los divinos sacramentos. Vuelve vanos e inútiles todos los padecimientos de Nuestro Señor durante treinta y cuatro años para adquirírnos las gracias contenidas en esas sagradas fuentes del Salvador. Destruye el poder celeste del sacramento de la penitencia y también el de la Eucaristía que le sigue, y hace que no produzca ningún

¹²⁸ San Ligorio, *Praxis*, n. 71

efecto en los fieles, a no ser efectos de muerte y perdición. *Es muerte para los malos.* Colma al cristianismo de horribles profanaciones de lo más santo. Entrega las cosas santas a los perros. Arroja las piedras preciosas de los tesoros del cielo a los pies de los cerdos. Regocija a los demonios y entristece a los ángeles. Hace gemir amargamente a toda la santa Iglesia. Finalmente precipita en los infiernos a gran número de almas, tanto de confesores como de penitentes.

El buen confesor, que tiene en su corazón el temor de Dios y el ardor por la salvación de las almas, y en primer lugar la suya propia, debe temer al extremo caer en este abismo de males, volviéndose demasiado fácil y pronto a dar la absolución a los que son indignos, sea por las causas antes expuestas sea porque están comprometidos en pecados habituales, de los que ya se acusaron ante él o ante otro confesor, sin cambio alguno.

El buen confesor debe sin embargo precaverse de caer en dos extremos y guardar el término medio. El primero es el que siguen los confesores negligentes de que ya hablamos. El otro es el de ciertos eclesiásticos que quieren que se aplase la absolución por años enteros en el caso de los pecados habituales; que se haga lo mismo para los pecados mortales de los que todavía no se tiene costumbre e incluso para los pecados veniales. Se actúa en ese caso con demasiada severidad y no es viable en medio de la

corrupción de los tiempos presentes. Si se siguiera esta regla se alejaría a la casi totalidad de cristianos de participar en los sacramentos de penitencia y Eucaristía, haciéndolos muy difíciles y rigurosos. Se infundiría desánimo y desesperanza en casi toda la gente, se cerrarían casi todas las iglesias y por tanto el paraíso a la mayoría de los fieles.

Hay que cuidarse de caer en cualquiera de los dos extremos, e ir por el camino medio. O sea, no dar la absolución tranquilamente a toda clase de personas, pero tampoco diferirla demasiado tiempo, ni por los pecados mortales que no son habituales ni menos aún por los pecados veniales ordinarios cometidos sin malicia; hay en efecto algunos pecados veniales de pura malicia, que tienen consecuencias muy perniciosas; en esos casos es bueno diferir a veces la absolución. Pero, si por este motivo o por pecados mortales habituales se difiere, hacerlo por pocos días solamente, hasta que se advierta que hay señales de enmienda; salvo que se aplase de nuevo por poco tiempo hasta que se vea un entero cambio.

Fundamentos de esta doctrina

La práctica de esta doctrina no es solo de consejo o perfección. Es un mandato obligatorio para todos los confesores. ¿Quieres examinar los fundamentos en que se basa? Escucha la voz de Dios que habla en la divinas

Escrituras, en los decretos de los sagrados concilios; es el sentir de los santos Padres y la enseñanza de los teólogos; se funda en la luz de la razón, la práctica de la Iglesia y la experiencia.

Escucha al Hijo de Dios que clama: *No arrojen las perlas a los cerdos; no den las cosas santas a los perros*¹²⁹. Date cuenta de que no se trata aquí de un consejo sino de un mandato. Los consejos se entienden de lo bueno y perfecto, pero lo que Nuestro Señor prohíbe aquí es muy grave, es decir, la profanación y el desprecio de las cosas santas. ¿A quiénes se dirige este mandato? A los que la divina bondad ha escogido, no para dilapidar y profanar lo santo, sino a ser dispensadores fieles de sus adorables misterios y de sus divinos sacramentos. ¿Qué entiende por cerdos y perros a los que prohíbe dar las cosas santas y ante los que no permite que se dé lo santo ni que se les arrojen las piedras preciosas, no sea que las pisoteen con sus pies? Son los pecadores que vuelven siempre a su vómito y continúan revolcándose en el fango de sus maldades.

Ya escuchaste el segundo concilio de Letrán que amonesta a los sacerdotes que no toleren que los laicos sean engañados con penitencias falsas que los conducen al infierno¹³⁰. ¿Qué se entiende por falsa penitencia? Escucha la respuesta del concilio de Toledo: *Cuando no se da*

¹²⁹ Mt 7, 6

¹³⁰ Canon 22

*enmienda la penitencia necesaria es vana*¹³¹, o sea falsa y engañosa.

Escucha ahora a los santos Padres. San Isidoro afirma que *el hombre que persevera en sus crímenes de los que finge hacer penitencia es un farsante*¹³². Y san Ambrosio: *Absolver fácilmente al pecador es una carnada y una tentación de recaída que se le ofrece*¹³³. Y san Agustín afirma: *La verdadera penitencia se da cuando el pecador se convierte sin regreso y se arrepiente para no reincidir*¹³⁴. Y añade que, si se es demasiado indulgente para absolver al pecador, *La penitencia se convierte en un juego y un pasatiempo que lleva a entregarse al pecado y a precipitarse en la muerte eterna*¹³⁵.

El clero de Roma escribe al respecto a san Cipriano y dice que ser demasiado condescendiente al dar la absolución a los pecadores *no es curarlos sino causarles la muerte*¹³⁶. No, dice este santo Padre, no es curar las llagas de las almas moribundas absolverlas precipitadamente; es *usar de falsa misericordia para vendar fácilmente y aplicar un emplasto en heridas mortales que penetran hasta las*

¹³¹ Canon 11; celebrado en 589.

¹³² Lib. 2, de *Summo bono*, cap. 13, sent. 11

¹³³ *In Paslm.* 118

¹³⁴ *Serm. 3; in Natali Domini.*

¹³⁵ *Serm. 34, de diversis*

¹³⁶ *Epist. 31*

*entrañas; se adormece un poco el dolor, pero no se impide el efecto de una muerte funesta y eterna*¹³⁷.

Este mismo santo exhorta a los pastores y confesores a no aceptar demasiado pronto a los pecadores a la reconciliación por temor de que no se ejerza el oficio de pastores, sino que se obre con la crueldad de los verdugos y asesinos de las ovejas de Jesucristo¹³⁸.

Y el mismo, hablando de los penitentes que acosan e importunan a los confesores para ser absueltos, afirma que la misericordia que imploran es crueldad engañosa y peste pernicioso encubierta con el manto de la misericordia y la compasión¹³⁹.

También san Ambrosio asevera que esos no desean verdaderamente librarse de la cautividad del pecado, sino que quieren comprometer incluso a su confesor; que no descargan su conciencia, sino que culpan la del sacerdote¹⁴⁰.

Podemos citar entre los santos Padres al gran Carlos Borromeo. Esta es su advertencia a los confesores: *Se recomienda a los confesores diferir la absolución, hasta que se vea enmienda, a aquellos a quienes juzguen que probablemente caerán de nuevo en el pecado, a pesar de las promesas y protestas que hagan de no volver a pecar. Y también a los que han permanecido y han recaído por varios*

¹³⁷ *de lapsis.*

¹³⁸ *Epist. 11*

¹³⁹ *De lapsis*

¹⁴⁰ *Lib. 2 de Poenitentia, cap. 9*

*años en los mismos pecados sin haber tenido cuidado de corregirse*¹⁴¹.

Es este uno de los principales consejos que daba a los confesores san Francisco Javier, apóstol de la India, como lo refiere Turcelin en la biografía del santo. Al confesar, sobre todo a personas comprometidas en los asuntos del mundo, no darles la absolución de inmediato sino diferirla unos días para que se preparen mediante ejercicios de piedad y buenas obras, *a fin de que, decía, durante ese tiempo borren las manchas de sus almas con lágrimas y mortificaciones voluntarias. Si deben algo que lo paguen; si están enemistados que superen sus rencillas y se reconcilien con los enemigos; que se alejen de los vicios de la carne y de otros a que estén sometidos. Es mejor que estas prácticas precedan a la absolución y no que la sigan.*

Así se expresaron los santos Padres. Si además se consulta los doctores de la teología moral se comprobará que los animan los mismos sentimientos: Suárez, Reginaldo, Conink, Navarro, Toledo, Filiucio, Bonacina y varios otros enseñan de forma unánime que no está permitido dar la absolución a quienes recaen siempre en pecados notables sin ningún enmienda. Se hace evidente, en efecto, que no manifiestan resolución sincera y verdadera de corregirse.

¹⁴¹ Instr. Confess.

Y ahora expongo las razones: son tres principales y de mucho peso:

La primera: Todos los teólogos están de acuerdo en que no es posible absolver a una persona que está en ocasión próxima de pecado, que se puede abandonar, hasta que la haya dejado efectivamente. Es indiscutible, hablando moralmente, que mientras dure en esta ocasión permanece en pecado. Ahora bien, ¿qué diferencia existe entre una ocasión próxima de pecado, que está fuera de nosotros, y un pecado habitual que se arraiga y se imprime en lo más íntimo de nosotros mismos? Ésta la llevamos siempre en nuestro interior y es mucho más fuerte para hacernos caer en el mal; en cambio la otra no nos acompaña siempre. Dice el Espíritu Santo: ¿Puede un hombre llevar fuego en su seno sin sentir sus efectos? ¿Se puede caminar sobre carbones encendidos sin quemarse los pies¹⁴²? Se concluye que hay más razones para diferir la absolución a quien está en pecado mortal habitual, hasta que lo haya superado o que al menos lo haya debilitado, que a aquel que está en ocasión próxima de pecado hasta que lo haya abandonado.

La segunda: ¿Por qué el sacramento de Penitencia, establecido por el Hijo de Dios para destruir el pecado en los fieles y convertirlos a Dios, tenga hoy tan poco efecto en la mayoría de los cristianos? ¿Por qué, después de tantas

¹⁴² Prov. 6, 27

confesiones, se dan tan pocas conversiones? ¿No será por la negligencia y dejadez de los sacerdotes que lo administran a personas que no dan muestras de verdadera penitencia? ¿Con qué ejercicio de la justicia, los que se sientan en este tribunal para ejercer el juicio de Dios, pueden absolver a un criminal que permanece en sus crímenes y que por consiguiente lleva siempre en sí la maldición y la condena del soberano Juez? ¿Cómo se atreve a absolver en la tierra a quien Dios condena en el cielo? ¿No se está pronunciando él mismo el decreto de su eterna condenación?

La tercera razón es irrefutable. ¿No es verdad que no está permitido a un sacerdote aplicar la forma de un sacramento si la materia no le está presente, al menos moralmente? ¿Si no tiene certeza moral de que hay materia para el sacramento? Sabemos que la materia remota son los pecados y que la próxima son los actos del penitente, a saber: la confesión, la contrición y la satisfacción. Conocemos que la verdadera contrición, sea la perfecta o la imperfecta llamada atrición, encierra en sí verdadera voluntad de corregirse. Por tanto, esta voluntad, puesto que es parte de la materia de este sacramento, debe ser conocida por el confesor de modo que tenga certeza moral que existe realmente en el corazón de su penitente. ¿Y entonces, por qué medio puede conocerlo? ¿Por las palabras, las promesas y las afirmaciones del penitente?

Ciertamente, cuando por primera o segunda vez promete y asegura que va a cambiar de vida. Pero no será cuando, luego de varios propósitos, perseverare siempre en su pecado. No hay que ceder a las muchas lágrimas cuando ellas no van acompañadas de las disposiciones necesarias para una verdadera penitencia.

El confesor, luego de varias recaídas de su penitente, no puede conocer ya solo por sus palabras o sus lágrimas que tiene verdadera voluntad de enmienda. Solo puede llegar a este conocimiento por los efectos, o sea, por el cambio de su vida y por la práctica real y efectiva de los medios que le haya dado para vencer sus malos hábitos. Y para ver estos efectos, es necesario diferir por cierto tiempo la absolución, que es la forma del sacramento, pues no le está permitido aplicarla a una materia que es del todo incierta.

Estas razones han obligado a la santa Iglesia a enseñar esta doctrina a sus hijos y a hacerla practicar en todo el universo y por siempre. Así se lee en los decretos de los santos concilios, en los escritos de los santos Padres, en la doctrina de los teólogos y desde hace unos años en la determinación de la asamblea general del clero de Francia, que tuvo lugar en 1657, que ordenó imprimir el libro *Instrucciones a los confesores*, escritas por san Carlos, quien enseña manifiestamente esta práctica.

Añadamos la experiencia a las razones anotadas. Preguntemos a los confesores que dan fácilmente la absolución a toda clase de personas, qué fruto han obtenido de esta práctica. Si después de tantas absoluciones que han prodigado con facilidad han visto algunos de sus penitentes convertirse por este medio. Si responden luego de reflexionar sinceramente dirán que no han notado efectos distintos de no haberse corregido, que por el contrario han observado que abusando de esta ocasión han caído más en sus desórdenes y se han entregado a un libertinaje mayor pues cuentan con la seguridad de encontrar siempre sacerdotes que les den la absolución de toda suerte de pecados graves, cuantas veces la quieran recibir.

Si en cambio preguntamos a los confesores que siguen la regla que indicamos aquí, qué provecho han percibido, dirán que, en un principio los penitentes, no instruidos en este punto, se sorprenden y admiran cuando se les habla de diferirles la absolución, pero que una vez que se les ha hecho entender con mucha bondad los fundamentos y razones de esta práctica, abren los ojos y reconocen la enormidad de sus pecados. Sienten el peso y el horror de sus faltas y se sienten conmovidos vivamente mejor que con muchas vigorosas predicaciones. Como consecuencia, el temor que les asalta de verse en estado de perdición y el

deseo que experimentan de salir de él lo más pronto posible, los llevan a aceptar gustosos los medios que se les dan para vencer sus malas costumbres y a practicarlas tan fielmente que cuando regresan en el plazo que se les ha indicado, se les encuentra ordinariamente tan transformados que son apenas reconocibles. Y que una vez recibida la absolución se retiran llenos de consuelo. Es corriente encontrar algunos que agradecen a sus confesores por haberlos tratado como lo han hecho y reconocen que sin ese medio habrían permanecido camino del infierno y hubieran muerto en sus pecados.

Te das cuenta, querido lector, cómo esta práctica de aplazar la absolución de los pecados habituales, se fundamenta en las divinas Escrituras, en la autoridad de los santos concilios, en la doctrina de los Padres, en el sentir de los teólogos, en la fuerza de la razón y en la experiencia.

Observa, sin embargo, que existen cuatro clases de personas que, a pesar de estar comprometidas en pecados habituales, pueden ser exceptuadas de esta regla general.

En primer lugar, los que están en peligro de muerte. En ese caso la absolución no se puede diferir a quienes la piden con alguna señal de arrepentimiento de sus pecados y con propósito de enmienda.

En segundo lugar, quienes por ignorancia viven en algún pecado habitual. Nunca han sido advertidos por sus

confesores o por otros del estado lamentable en que viven. Esos pueden ser absueltos inmediatamente con tal que una vez que les han sido abiertos los ojos den muestras de profundo dolor de sus faltas y una decidida resolución de corregirse. Es posible colegir entonces que las promesas que hacen son sinceras y verdaderas.

En tercer lugar, quienes después de haber vivido un tiempo en un pecado y se han confesado varias veces sin acusarlo, se han sentido vivamente impresionados en una misión o en otra circunstancia y lo confiesan con mucho dolor y con fuerte voluntad de convertirse y de hacer lo que el confesor les diga para su salvación. Estos pueden ser absueltos de inmediato, sobre todo si vienen de lejos a buscar un confesor y no retroceden ante la dificultad de encontrar confesores en la misión cuando hay mucha afluencia. En efecto es claro que han comenzado a enmendarse desde el momento en que Dios les ha dado la voluntad de confesar su pecado.

En cuarto lugar, quienes se han confesado varias veces de un pecado mortal habitual sin enmienda, pero se han sentido fuertemente conmovidos por alguna predicación o por otro medio. El confesor encuentra en ellos una contrición fuera de lo común y sentimientos de penitencia no ordinarios. Si el confesor cree que probablemente las

promesas que le hacen de cambiar de vida son reales, puede otorgarles de inmediato la absolución.

Observemos que hay diferencia entre el primer grupo de estos penitentes y los tres otros, a lo cuales no solo se les puede absolver, sino que se debe hacer, ósea, a los que están en peligro de muerte y tienen las disposiciones anotadas arriba. Se les puede dar la absolución a los otros tres grupos, pero no se está obligado a hacerlo. En efecto, el pecado habitual es cierto en ellos. Y hay siempre motivos para temer que no tienen la voluntad, sólida y verdadera, de dejar el pecado a pesar de haber prometido más de una vez que renuncian a él. Por eso, si bien se les puede absolver de inmediato, suponiendo que tienen las disposiciones que anotamos, lo más seguro para el confesor y lo más provechoso para los penitentes, es diferir la absolución hasta que la verdad de sus resoluciones sea patente por sus efectos, y que la sinceridad de su contrición se note por el cambio de su vida.

**Supresión de los obstáculos y dificultades
provenientes
del aplazamiento de la absolución
cuando se trata de los pecados habituales**

Entre esos obstáculos y dificultades anoto cuatro principales.

Primero, no tener cuidado de enseñar a los fieles las verdades que hemos presentado ni hacerles valorar la importancia y necesidad de esta práctica. Cuando los confesores les hablan de postergarles la absolución muchos inicialmente se sorprenden y se resienten, y difícilmente aceptan someterse al juicio de quienes ocupan el lugar de su soberano Juez.

Para vencer este obstáculo es necesario que los pastores, los predicadores, los catequistas procuren hacer entender bien que no en vano Nuestro Señor dijo a los sacerdotes: *A quienes perdonen los pecados les quedan perdonados y a quienes se los retengan les quedan retenidos*¹⁴³. Estas palabras son claras y dicen que hay personas a quienes no se les debe dar la absolución; que hay que rehusarla a quienes retienen los bienes ajenos mientras no los restituyan; que quienes viven enemistados con su prójimo hasta que hayan hecho lo posible por reconciliarse; a quienes viven en ocasión próxima de pecado o son ocasión de pecado para otros hasta que renuncien a ella y la abandonen; a quienes cometen habitualmente un pecado y han prometido repetidamente que se van a abstener de él, hasta todo que hagan ver que efectivamente

¹⁴³ Jn 20, 23

lo han hecho. Que todos tengan claro que las absoluciones que se dan a todas esas personas son otras tantas condenaciones tanto para quienes las dan como para los que las reciben.

Segundo: el obstáculo viene del lado de los confesores. Algunos, ignoran lo que pueden y lo que no pueden, lo que deben y lo que no deben hacer en recto ejercicio del ministerio. Otros lo conocen suficientemente, pero son negligentes y tratan los misterios de Dios con tanto descuido que no se dan ni el tiempo ni el trabajo de enseñar y hacer practicar a los fieles lo necesario para su salvación. Otros, dominados por la avaricia, están listos a dar gustosamente muchas absoluciones con tal de no perder las ventajas que esperan. Otros, llevados por el afán de complacer, con falsa caridad y cruel misericordia, al decir de san Cipriano, se dejan convencer por ruegos e impertinencias de los pecadores, que les piden, con extraña ceguera, no absoluciones sino condenaciones, no bendiciones sino maldiciones, no la vida sino la muerte, tanto para sí mismos como para sus confesores. Otros, temiendo disgustar a los hombres, o mejor a los perros, prefieren ofender a Dios, y en vez de perder la amistad de bestias inmundas, pierden la gracia de su Dios. Arrojan las piedras preciosas a los pies de los cerdos, traicionan su

conciencia, pierden las almas, movidos por una indolente y vergonzosa timidez.

Para destruir estos obstáculos, quienes autorizan a los confesores, están obligados a precaverse de no admitir a quienes no posean la ciencia, el ardor, la caridad, la energía y las demás cualidades requeridas. Y, ustedes, sacerdotes, al responsabilizarse del tribunal de la penitencia, abran bien los oídos para escuchar esta voz del cielo: *Consideren lo que hacen, pues ustedes ejercen el juicio de Dios y no el juicio de hombres*¹⁴⁴. Tengan presentes también estas palabras del Espíritu Santo: no asuman el oficio de juez, especialmente el de juez espiritual de almas, si carecen del valor necesario para destruir la iniquidad donde quiera esté, incluso en los poderosos del mundo; para vencer la debilidad de la timidez humana que podría impedirles aplicar este juicio con la equidad y el vigor requeridos; *No busques ser juez si no eres capaz de irrumpir valerosamente contra las iniquidades, no sea que te acobardes ante la faz de los poderosos, y pongas escándalo a tu equidad*¹⁴⁵. Teman hacer negligentemente la obra de Dios, y sobre todo obra tan importante como ésta, no sea que la terrífica centella caiga sobre sus cabezas: *Maldito quien ejerce la obra de Dios fraudulentamente*¹⁴⁶.

¹⁴⁴ 2 Cro 19, 6

¹⁴⁵ Eccli 7, 6

¹⁴⁶ Jer 48, 10

Con mayor razón deben temer actuar por interés. Si quien hace la obra de Dios con negligencia se acarrea una maldición divina, cuanto más la merece quien la realiza por avaricia, a ejemplo de Judas. Tampoco hay que dejarse llevar de la complacencia, la dejadez y la timidez, so pena de ser contados en el rango de esos tímidos y cobardes, condenados por decreto celestial, para ser arrojados, junto con los incrédulos, execrables, envenenadores, fornicarios, homicidas e idólatras a un estanque de fuego y azufre¹⁴⁷.

Tercero, Se presenta dificultad cuando una persona que después de haberse acercado a la confesión no pasa a la comunión levanta la sospecha de que se le ha diferido la absolución o que se le ha negado a causa de un crimen enorme, con la consecuencia de que sufre daño y provoca escándalo.

Respondo a esta dificultad diciendo que no hay que tenerla en cuenta. Si por esta consideración se estuviera obligado a dar la absolución a los que viven en pecado habitual, se debería igualmente concederla a quienes retienen bienes ajenos, o están en enemistad con el prójimo, o están en ocasión próxima de pecado. Podrían alegar que si se les despacha sin absolución se le expone al escándalo, sería afirmar que nunca es posible negarla a nadie.

¹⁴⁷ Ap 21, 8

En segundo lugar, nadie podría escandalizarse de ver a alguien que no comulga después de haberse confesado. Ese acto no es malo.

En tercer lugar, esta consideración no impidió que el concilio general de Letrán, celebrado bajo Inocencio III, que ordena a todos los fieles bajo severas penas, comulgar en Pascua, declara sin embargo que por causa razonable y con el consejo del confesor, la comunión pascual puede ser aplazada para otro tiempo.

En cuarto lugar, cuando se puede causar perjuicio a quien se difiere la absolución y la única causa para diferirla sería su apego al pecado y haber engañado a sus confesores varias veces con la promesa de abandonar el pecado y hacer todo lo contrario. Este perjuicio sería mucho menor que el que se le haría dándole la absolución sin tener verdadero espíritu de penitencia. Sería hundirlo más en la perdición.

En quinto lugar, los pecados por los que se difiere la absolución a un penitente son secretos o públicos. Si son secretos el confesor puede encontrar recursos para ocultar el aplazamiento de la absolución y hacer que no recaiga sobre su penitente daño alguno. Si son públicos, el penitente debe correr el riesgo y aceptar el inconveniente y el perjuicio que le suceda si se hace público porque no se le dio la absolución. Esto es poco frente al escándalo que ha dado y al mal que a sí mismo se ha causado por los pecados

graves cometidos públicamente, como por sus blasfemias, embriagueces, impurezas, concusiones e injusticias, y otros desórdenes semejantes.

En sexto lugar, es fácil, mediante dos medios, remover todo motivo no solo de escándalo, si existiera, sino incluso de estupor, y prevenir las sospechas que abrigarían algunos al ver personas que no comulgan después de la confesión. Ya hablé del primero: que los confesores pueden y deben sugerir evasivas a quienes difieren la absolución para ponerlos al abrigo de la sospecha que podría surgir sobre ellos al no verlos comulgar. Queda fácil a los confesores que gozan de perspicacia y experiencia.

El segundo medio consiste en que los párrocos y vicarios en sus parroquias y los misioneros en sus misiones, al hablar de los pecados opuestos a la caridad, hagan conocer a los cristianos que es juicio temerario y pecado mortal creer que una persona que no comulga luego de haberse confesado sea culpable de gran pecado que le haya merecido que la absolución le haya sido rehusada y se le haya prohibido comulgar. En efecto, no es necesario comulgar siempre después de la confesión. Los confesores más prudentes privan en ocasiones a personas muy virtuosas acceder a la santa comunión, incluso después de haberse confesado y haber sido absueltos, para ejercitarlos en la obediencia y en la mortificación. La difieren

igualmente a personas poco piadosas e imperfectas para darles la oportunidad de prepararse con tiempo mediante oraciones y buenas obras, y por una segunda confesión, en la cual pueden acusar pecados olvidados en la primera y purificarse más y más por la contrición, a fin de recibir al Santo de los santos en un alma muy limpia y santa.

Cuarto, se presenta dificultad cuando aquel a quien se le difiere la absolución puede morir en ese estado. Es cierto, pero en primer lugar esta razón no es válida puesto que no fue considerada en la Iglesia primitiva cuando se difería la absolución no solo por unos días sino por varios años e incluso hasta la muerte.

En segundo término, el que fue despedido por un tiempo sin absolución y muere en ese estado, o bien se sometió a la voluntad de su confesor, que juzgó necesario proceder así para su salvación, o bien no se sometió. Si no se sometió, y murió en ese estado, él es el solo causante de su perdición, y el confesor está libre de culpa, pues el penitente no hizo lo que debía hacer. Si lo hubiera absuelto no estando bien dispuesto, esa absolución hubiera servido para hundirlo más profundamente en el infierno. Si se sometió, y murió en obediencia a Jesucristo en la persona del confesor, y en estado de penitencia, con seguridad la divina misericordia suplió la falta de absolución y le otorgó la gracia de morir con contrición de sus pecados. Tal ha sido

siempre el sentir de la Iglesia tanto respecto de los penitentes como de los catecúmenos, como dicen el concilio de Cartago, el segundo concilio de Arles, y la oración fúnebre de san Ambrosio con ocasión de la muerte del emperador Valentiniano.

Cómo practicar esta enseñanza

Cuando encuentres personas comprometidas en pecados habituales, es necesario hacerles entender en primer lugar, muy bondadosamente, que no te es posible darles en el momento la absolución; que tu mayor alegría sería absolverlos; que no les rehúsas la absolución totalmente; que de corazón se la darás con tal que regresen después de unos días y entre tanto hayan practicado lo que les vas a pedir con miras a su conversión; que la causa por la que estás obligado a actuar así es el hecho de estar implicadas en tales y tales pecados, en los que recaen de continuo, sin que se corrijan de ellos; que el pecado mortal es algo tan grave que en otro tiempo la Iglesia ordenaba que a quienes lo habían cometido les fuera prohibido acercarse a la confesión y a la comunión y no solo por unos días, sino por tres, siete, quince, veinte años completos, e incluso, en algunos casos, hasta la hora de la muerte, según la clase de pecado; que si habiendo incurrido repetidamente se les priva de esta gracia por algunos días

es para darla luego más eficazmente; que esto se hace para darles el tiempo de considerar y valorar las ofensas hechas contra Dios y hacer por ellas alguna penitencia y así alcanzar de la divina misericordia verdadero arrepentimiento y gracia poderosa para corregirse; que no quieres hacerte partícipe de sus crímenes dándoles la absolución demasiado rápidamente y sin haberte asegurado de antemano que tienen verdadera voluntad de abandonar sus faltas; que hay suficientes motivos para dudar ya que, luego de muchas promesas a sus confesores, sin embargo perseveran en sus vicios; que por tanto no quieres correr el riesgo de fiarte de sus palabras y acciones; si en verdad están en verdadero deseo de renunciar al diablo y a su pecado y de convertirse a Dios; se les pide por consiguiente que regresen después de unos días para poder reconocer entonces si en verdad son penitentes dignos de la santa absolución.

Luego hay que darles algunos medios para vencer sus malos hábitos, como son la oración de rodillas en la mañana y en la noche; escuchar diariamente la santa misa para pedir a Dios la gracia de su conversión; asistir a las predicaciones y a los catecismos; dar alguna limosna si les es posible hacerlo; y sobre todo recurrir a la santísima Virgen.

En seguida fijarles el tiempo en que deben volver. Ojalá no sea mayor de ocho o quince días, prorrogables más adelante, si es preciso. Luego despediros una vez dichos el

Misereatur y el *Indulgentiam*, como si se les hubiera dado la absolución, para que nadie se dé cuenta de que les fue negada, pero advertirles que no fueron absueltos, sino que solo recibieron una simple bendición.

Si algunos no regresan en el tiempo que les fue fijado puede ser fastidioso para el confesor, pero no puede inculparse de haberles negado la absolución. Si no regresan manifiestan que no tenían las disposiciones requeridas para recibirla.

Si regresan hay que cerciorarse de que hayan practicado los medios que les fueron sugeridos para vencer sus malos hábitos y si se ha dado algún cambio en su vida. Si el confesor se percata de que ha habido cambio total le da absolución, y luego los exhorta a perseverar en la práctica de los medios que les fueron aconsejados. Si el cambio es mediocre se les despide por algún tiempo, pero se les consuela y anima en cuanto se pueda. Si el cambio es notable pero no entero se les puede dar la absolución, pero no se les permite comulgar por cierto tiempo; y se les pide volver a la confesión antes de pasar a la comunión. Lo mejor sería diferir siempre la absolución mientras no se dé cambio completo.

Finalmente, para dar cumplimiento a esta doctrina es preciso evitar dos extremos: ser demasiado complaciente y ser demasiado severo. Lo mejor es ubicarse en el medio,

moderando el rigor mediante la bondad y uniendo la misericordia a la justicia; que prevalezcan los sentimientos de la misericordia sobre los del rigor. Recuérdese que este sacramento fue instituido por Nuestro Señor para preferir la misericordia sobre la justicia.

Para hacer esto repito una y mil veces que importa mucho que desconfiemos de nosotros mismos; que renunciemos por entero a nuestro parecer; que nos entreguemos al Espíritu de Dios pues debemos reconocer que tenemos infinita necesidad de sus luces y de su gracia para que ellas nos conduzcan; que él no nos deje extraviar en un camino tan difícil y peligroso en el que es tan fácil desviarse y perderse.

Sean dichosos los confesores que hagan uso de estas normas y las sigan. El Espíritu Santo esté en ellos, los ilumine, los fortalezca y los guarde; que con su ayuda y asistencia presten grandes servicios a Dios, cooperen en la salvación de muchas personas y sobre ellos recaigan muchas bendiciones

Desdichados los confesores que descuiden estas consignas y que en lugar de ser fieles dispensadores de las gracias que la divina misericordia ha encerrado en el sacramento de la penitencia las despilfarren. Si el Hijo de Dios condena al *siervo inútil a ser arrojado a las tinieblas*

*exteriores*¹⁴⁸, por no haber hecho buen uso del *talento*, o sea, de la gracia que le había confiado, cuanto mayor será la condena de un sacerdote que haga mal uso de un sacramento, fuente infinita de gracias, y no lo haya concedido fielmente; que haya pisoteado la sangre preciosa del Hijo de Dios, contenida en el sacramento; que haya dado las cosas santas a los perros y haya arrojado las piedras preciosas a los pies de los cerdos; que haya preferido cambiar en ponzoña los remedios que Dios ha dado a los enfermos del alma para su sanación; que haya convertido los medios que la divina bondad estableció en la Iglesia para liberar a los pecadores del infierno y no los haya conducido al cielo; que más bien haya hecho de estos recursos instrumentos de muerte y perdición para hundir más hondo en los infiernos a los pecadores.

¡Desdicha, desdicha suma de tal confesor! Mejor sería que no hubiera nacido. Los que de esta manera haya confesado se convertirán en sus acusadores ante el trono de la divina justicia. Gritarán eternamente venganza en su contra por haberlos llevado a la condenación; sin él se hubieran salvado. Como fue su verdugo en la tierra serán también su tormento en el infierno: la ira de Dios hará que carguen todos sus pecados como si él los hubiera cometido.

¹⁴⁸ Mt 25, 30

¡Quiera la divina misericordia guardarnos de tan espantosa desdicha!

CAPÍTULO IX

Sigilo de la Confesión

No es una de las menores cualidades de un buen confesor. La obligación de guardar el secreto de la confesión es de derecho natural, de derecho divino y de derecho eclesiástico. En esto no hay faltas insignificantes. Siempre se incurre en pecado mortal, si se da a conocer lo que se ha escuchado en confesión, así sea el mínimo pecado venial, y si se revela lo que la persona le ha acusado, aun si la persona ignora que lo que se le revela fue escuchado en confesión.

Nunca le está permitido hablar de los pecados que ha escuchado en la confesión sacramental, ni en vida ni luego de la muerte del penitente, ni directa ni indirectamente, incluso si de ello se siguiera provecho grandísimo e inimaginable o, aunque se evitara la destrucción de todo el mundo.

Ni tampoco de lo que se le habló antes de la confesión para tomar su parecer antes de proceder a la confesión.

Ni fuera de la confesión al mismo penitente, referente a los pecados de que se confesó, sin autorización, expresa o tácita, del mismo penitente.

Ni al cómplice de su penitente, de un pecado que sólo conoció por confesión del mismo penitente, a menos que le haya permitido libremente hacer uso de tal conocimiento para obligar a los cómplices a confesarse también.

Ni de la confesión, incluso en general, de un hombre que vino a encontrarlo secretamente para confesarse con él, y que le declaró, por esta acción o por sus palabras, que no quiere que se sepa.

Ni de un pecado conocido de todo el mundo cuando sólo lo conoce él por confesión.

Ni a otro confesor de los pecados que alguien confesó a los dos.

Ni en términos generales de los pecados que se cometen en un lugar pequeño, o en un monasterio u otra comunidad, donde ha estado confesando.

Ni de la penitencia que impuso a un penitente cuando es sabido que esa penitencia se aplica a pecados mortales.

Ni de los defectos naturales o de las imperfecciones ocultas de cuerpo o de espíritu cuando sólo lo conoce por confesión, pues es odioso para el penitente que el confesor descubra tales cosas.

Ni si ha confesado un grupo reducido de penitentes, alabar las virtudes y perfecciones de alguno de ellos, o decir que sólo tenía pecados veniales, pues indirectamente se está dando a conocer los defectos e imperfecciones de los otros y que se confesaron de pecados mortales.

Ni servirse de los conocimientos adquiridos en la confesión para hacer u omitir algo sin permiso del penitente, si al hacerlo éste se pone en peligro de revelar tácita o indirectamente su pecado.

Si escuchó en la confesión un caso difícil que por sí mismo no esté en capacidad de resolver, puede comunicar a algún otro su punto de vista, pero de tal manera que no dé ocasión de que se conozca de cualquier manera que sea, ni siquiera que se sospeche, la persona que se acusó de este caso.

Si conoce un pecado por la confesión y también por otro medio, lo mejor es no hablar de ello, pero si lo hace no falta al sigilo de la confesión a menos que añada algún detalle que conoció por la confesión.

Si fuera de confesión, se le ha dicho algo, no para tomar su parecer con el fin de confesarse, pero con otra finalidad, y que para obligarlo a mantener el secreto se ha usado de estas palabras: “Le digo esto como si fuera en confesión, o bajo sigilo de confesión”, está obligado por derecho natural a guardar el secreto pero no en virtud del

sigilo sacramental, incluso si quien se lo dijo crea que le impuso esta obligación. En efecto, el sigilo sólo proviene de la confesión sacramental.

Si al oír una confesión cometió una falta de la cual no puede acusarse él mismo se confiese, sin manifestar el pecado de su penitente, algunos teólogos dicen que no está obligado a confesarse de esto. El parecer de otros es que sí debe confesarse. Esto me parece lo mejor y más seguro para la conciencia del confesor, ya que no se va a perjudicar al penitente pues lo que se dice en confesión queda cobijado por el secreto como si no se hubiera dicho.

Añado que no sólo el confesor está obligado a guardar el sigilo de la confesión sino también otras personas, como:

El superior a quien acude el confesor para pedirle la autorización de absolver algunos casos reservados, si por imprudencia le ha dado a conocer directa o indirectamente la persona para quien pide el permiso.

Aquel a quien el confesor pide consejo si le da a conocer la identidad del penitente, sea por imprudencia sea con consentimiento del penitente o contra su voluntad.

Aquel que maliciosa o inadvertidamente, por estar muy cerca del confesor, ha escuchado algún pecado.

Los traductores e intermediarios que prestan sus servicios para escuchar la confesión de extranjeros cuya lengua se ignora.

Sobre todo, los misioneros deben ser extremadamente cautos al hablar, incluso en términos generales, de los pecados más comunes en la región donde predicán.

Finalmente, importa muchísimo que los misioneros sean en extremo vigilantes para no hablar nunca de lo que escuchan en confesión, ni en general ni en particular, ni expresa ni directa ni indirectamente. Si se permiten hacerlo se exponen a escandalizar a los laicos; hacen además odiosa la confesión; quitan a los fieles la libertad para acusarse de sus pecados; son causa de que se cometan sacrilegios; y llevan a muchos a la perdición. Dios pedirá cuenta a los confesores demasiado propensos a hablar de lo que no solo deben sepultar con silencio eterno sino también desterrarlo enteramente de su memoria cuanto les sea posible.

CAPÍTULO X

Actos del confesor en la confesión: preparación, enseñanza, examen, contrición-atrición, remedios, penitencia, absolución, final

No me causa admiración que el Espíritu Santo, inspirador del Símbolo de los Apóstoles, haya señalado entre lo más sublimes misterios y las mayores maravillas de la religión cristiana el expresado en estas palabras: *Creo en el perdón de los pecados*. En efecto, es el fin, la meta, el cumplimiento y el fruto de los demás misterios: *Que se borren los pecados es el mayor fruto*¹⁴⁹. Es maravilla que sobrepasa todos los milagros visibles operados por Nuestro Señor en los cuerpos durante su paso por la tierra; supera tanto como el alma sobresale sobre el cuerpo, y como el original es superior al modelo. Todos los milagros que él hizo en los cuerpos son solo sombras de lo que hace a diario en las almas, mediante el sacramento de la penitencia. En él los ciegos reciben la vista, los enfermos de lepra son purificados, los muertos resucitados.

¡Oh Dios, qué admirable cambio obras en un fiel por medio de este sacramento! En un instante pasa de un extremo de miseria a un extremo de felicidad; de la muerte

¹⁴⁹ Is 27, 9

a la vida; del infierno al paraíso. En un momento, el que era esclavo del diablo se transforma en hijo de Dios; el heredero de Satanás se convierte en heredero del Padre del cielo; el que era propiedad de del príncipe de las tinieblas pasa a ser posesión del monarca del cielo; el que era habitación de demonios¹⁵⁰ llega a ser habitación del rey de los ángeles. El pecador sale de un abismo de miserias y maldiciones para entrar en un océano de felicidad y bendición. ¡Salvador mío, qué inmenso favor nos has hecho al establecer este sacramento en tu Iglesia! ¡Cómo estamos obligados a agradecerte por tu infinita bondad!

Esta gracia es tan grande que, aunque el sacramento de penitencia solo nos perdonara un pecado venial seríamos deudores frente a quien lo estableció para liberarnos de todos los males corporales que es posible sufrir en este mundo y en el otro, pues todos los sufrimientos merecidos por la culpa son mayores que los males merecidos por la pena.

Lo que hace que este favor sea tan señalado y provechoso para nosotros es que Nuestro Señor no se contenta solo con perdonarnos los pecados por sí mismo, sino que concede poder a hombres, frágiles como nosotros, para perdonarlos con la absolución. ¡Qué admirable bondad la de nuestro Salvador al otorgar tal poder a hombres

¹⁵⁰ Ap 18, 2

miserables como nosotros: poder divino que solo corresponde a Dios! *¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?*¹⁵¹

Es gracia maravillosa que nos exige cuenta rigurosa. Excelso poder que nos expone, si lo aplicamos mal, a ser objeto de condenación. Es por tanto importantísimo que nada omitamos de cuanto podemos y debemos hacer para ejercer dignamente este santo ministerio. Expongo en seguida siete disposiciones que son requeridas.

La primera es la **preparación**. Obliga al confesor a preparar a su penitente para que haga buena confesión. En segundo lugar, la **enseñanza**. Por ella, si es necesario, se instruye al penitente sobre los principales misterios de la religión cristiana. Luego viene la **interrogación** o **examen**. Es útil ayudar al penitente a examinarse bien para que su confesión sea buena. Luego la **contrición**, o al menos la **atrición**. Es necesario animar al penitente practicarla. En quinto lugar, vienen los **remedios**, que debe aplicar al penitente. La sexta, la **penitencia**, que debe le debe imponer, y la **absolución** que le debe dar. Finalmente, algunos puntos que debe recomendarle luego de la absolución.

La preparación

¹⁵¹ Mc 2, 7

Si el ardiente deseo de la salvación de las almas te lleva a entrar al confesonario, con el propósito de apartarlas del camino del infierno y hacerlas entrar en la vía del cielo, debes tener gran deseo de no omitir nada de cuanto puedas hacer de tu parte para desempeñar debidamente esta santa obra. Con el fin de preparar a cada penitente a hacer una buena confesión puedes proceder de la siguiente manera.

Pídele primero que se haga la señal de la cruz y que pida la bendición. Que diga en seguida el *Yo pecador* hasta *por mi culpa*, en latín o en francés. Luego lo bendices atenta y devotamente con estas palabras: *El Señor esté en tu corazón y en tus labios para que confieses debidamente tus pecados, en el nombre del Padre, etc.* Desde un comienzo ábrele tu corazón y tus entrañas mediante sincera y auténtica cridad; sé cordial y benigno; testimóniale el gozo que sientes al ver que Dios lo trae al sacramento de la Penitencia; en su nombre agradece al Señor y exhortalo a hacer una buena y santa confesión; prométele que le vas a ayudar en cuanto de ti dependa.

Luego es aconsejable invitarlo a hacer tres actos: 1. De renuncia a sí mismo y al espíritu del mal; 2. De entrega de su mente y de su corazón a Nuestro Señor Jesucristo; 3. De invocación a la santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, así, por ejemplo:

¿” ¿Quieres, querido hermano, renunciar ahora mismo de todo tu corazón a ti mismo, al espíritu del mal, y a todo lo que pudiera impedirte hacer una buena confesión”?

¿“¿Quieres de todo corazón entregarte al Hijo de Dios, asegurarle que deseas hacer esta acción por su amor, lo mejor que puedas, y suplicarle te dé las luces y gracias requeridas para ello”?

¿” ¿Quieres además de todo corazón ofrecerte a la santísima Virgen, a san José, a tu ángel de la guarda, a los ángeles y santos, y suplicarles que mientras haces esta confesión estén prosternados ante la divina misericordia para rogarle que te dé perfecto arrepentimiento de tus faltas, que te conceda la gracia de confesarte bien y de convertirte enteramente”?

Estos tres actos sirven mucho para alejar el espíritu del mal, para atraer la gracia de Nuestro Señor y la asistencia de la Madre de gracia y de los santos y para disponer el alma para una buena confesión.

La enseñanza

Los teólogos están todos de acuerdo en que el conocimiento de los principales misterios del cristianismo es necesario a un cristiano que propende por la salvación y la

vida eterna: *“Esta es la vida eterna, dice el Hijo de Dios, que te conozcan a ti solo Dios verdadero y al que enviaste, a Jesucristo*¹⁵². Quienes carecen de este conocimiento no son capaces de recibir ninguno de los sacramentos de la Iglesia.

Así pues, el sacerdote que celebra el sacramento de la Penitencia no puede concederlo, a menos que quiera hacerse culpable ante Dios, si quienes se confiesan con él no tienen conocimiento del misterio de la santísima Trinidad, y de los principales actos de nuestro Redentor, como son la encarnación, su nacimiento, su pasión, muerte y resurrección, su ascensión y su eucaristía. Debe por tanto estar atento a que quienes se confiesan con él conozcan estos misterios, y si es necesario los instruya sobre ellos y les haga aprender todo lo que necesitan absolutamente para su salvación, a saber:

-La santísima Trinidad: saber que hay un solo Dios, creador de todo, que está en todas partes y lo gobierna todo; que tiene un paraíso para los buenos y un infierno para los malos. Que en Dios hay tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Que esas personas son iguales y semejantes en todo y son un mismo Dios.

-La Redención: conocer que ni el Padre ni el Espíritu se encarnaron sino solo el Hijo; que se hizo hombre en las sagradas entrañas de la santísima Virgen; que nació en el

¹⁵² Jn 17, 3

establo de Belén; que permaneció treinta y tres años en este mundo; que fue crucificado y murió en la cruz; que resucitó y subió al cielo. Somos deudores tanto del Padre y del Espíritu Santo como del Hijo, pues el Padre lo envió a la tierra y nos lo dio, y el Espíritu Santo lo formó en el vientre sagrado de su divina Madre; y que si fuera necesario el Padre se haría hombre y moriría en la cruz por nuestro amor, y el Espíritu haría otro tanto.

-La Eucaristía: saber que es el cuerpo y la sangre verdaderos de Nuestro Señor Jesucristo; que no es solo su figura y semejanza, sino que es él mismo; que ha querido encerrarse en este sacramento por infinito amor a nosotros y para quedarse siempre en nuestra compañía acá abajo; quiere así darse a cada uno de nosotros y ser nuestro pan y nuestra vida.

Esto es lo que hay que enseñarles, interrogándolos como si se estuviera en catequesis, para hacer que lo guarden bien en su mente. Hay que hacerlo siempre con mucha caridad y bondad, excusando a quienes lo ignoran pues no han sido instruidos en esta materia y procurando siempre que no les genere confusión.

Si se encuentra que algunos son tan rudos y cerrados que luego de haberles dado esta lección tres o cuatro veces son incapaces de aprenderla, basta que hagan actos de fe

en estos misterios diciéndoles, por ejemplo: “¿Crees en esto y en esto?”

No olvidar insistir a que lo enseñen a sus hijos y a sus empleados; y a los padrinos y madrinas que lo hagan con sus ahijados; e inculcarles que ellos mismos deben saberlos.

Examen

No basta a un confesor escuchar lo que sus penitentes le digan por sí mismos. De ordinario debe darse el trabajo de examinarlos pues la experiencia nos enseña que pocos saben examinarse bien, y que confiesan más fácilmente sus pecados cuando se les pregunta. Somos testigos a diario que, incluso cuando son interrogados, varios retienen sus pecados; sucede con mayor razón cuando el confesor se contenta con escuchar sin ayudarles caritativa y pacientemente a acusarse. ¿Qué excusa puede alegar ante Dios un sacerdote que no puede ignorar esto y que por negligencia y por falta de darse el trabajo de ayudar a sus penitentes a hacer una buena confesión interrogándolos, deja perecer a algunos que costaron la sangre de un Dios?

¿No es propio del juez interrogar al acusado sobre las circunstancias y consecuencias de sus delitos? ¿No ejerce el confesor el oficio de juez? Le toca aportar suma diligencia para examinar cuidadosamente a sus penitentes, según sus

diversas condiciones, exhortándolos a confesarse bien, y no despedirlos por no haberse preparado y examinado suficientemente, sobre todo a quienes considere poco aptos para hacerlo. Esmérese más bien en suplir su incapacidad. Veremos más adelante el modo de practicar este examen según los mandamientos de Dios y de la Iglesia, de los sacramentos y de los pecados capitales.

Contrición y atrición

Puesto que la contrición perfecta, llamada atrición cuando es imperfecta, no es menos esencial al sacramento de la penitencia que la misma acusación, el confesor, que desee aplicar el fruto de este sacramento a sus penitentes, está obligado a ayudarles a concebir serio arrepentimiento de sus faltas para que hagan debidamente su confesión. Debe por tanto esmerarse por exhortarlos a estar seriamente contritos. Para ello es necesario poner ante sus ojos los principales pecados de que se han acusado, especialmente aquellos a que están más apegados pues son los más peligrosos y enormes.

En cuanto posible, hágales concebir horror por ellos, sin acritud ni cólera sino con bondad, caridad y compasión. Represénteles cuanto tiempo han pasado en desgracia ante Dios y bajo el dominio del maligno. Dígales que, si hubieran

muerto en ese estado, estarían condenados en el infierno. Recuérdeles que, según dice la Escritura, la tierra se abrió para devorar a unos pecadores, que no habían cometido pecados, ni tantos ni tan enormes. Hábleles de que actualmente en los infiernos hay muchos que arden, trinan y sufren, y sufrirán por siempre tormentos espantosos, que no ofendieron a Dios tanto como ellos, como pasó con los diablos que por un solo pecado sufren allí. Hágales caer en cuenta que por sus pecados perdieron la gracia divina y el derecho que tenían al reino de Dios y han sido degradados de su condición de hijos de Dios. Hágales pensar que se han hecho objeto de la ira de Dios y de todas sus criaturas. Que consideren que por una nonada vendieron a Satanás sus almas, que costaron tan caro al Hijo de Dios. Que mediten que se hicieron esclavos del demonio y echaron a perder los goces inmortales. Que piensen que se obligaron a padecer tormentos eternos por un placer pasajero, por un pretendido honor o por un ligero interés temporal.

Y lo que es peor, que después de haber recibido incontables gracias de Dios, corporales y espirituales, generales y particulares, lo ofendieron con tanta crueldad, al usar de su cuerpo y de su alma para perseguirlo y deshonrarlo; que consagraron casi toda su vida a servir a sus enemigos, es decir, al diablo, a la carne y al mundo; que cuantas veces han cometido un pecado mortal otras tantas

han crucificado a Jesucristo según lo dice san Pablo¹⁵³; que pecando han apuñalado el seno del su Padre, Padre tan bueno y tan amable, que jamás les ha hecho algún mal y en cambio los ha enriquecido con toda clase de bienes: les dio todo lo que son y por ellos Jesús murió en la cruz.

Se les añade que no se les dice todo esto para desesperarlos ni desanimarlos sino para infundirles horror al pecado, para exhortarlos a la contrición y a la perfecta conversión. Que la contrición, e incluso la atrición, no pueden tenerla por sí mismos, sino que son don de Dios; que hay que pedirla con insistencia; que rueguen a la santa Virgen, a los ángeles y a los santos que intercedan por ellos. Sugerirles palabras como estas:

“Hermano querido o hermana querida, suplica ahora a Nuestro Señor Jesucristo, que por su santa pasión y su inmensa misericordia tenga compasión de ti, que te dé serio arrepentimiento de tus pecados.

“Ruega también a la santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, que, prosternados ante la divina Majestad, te alcancen ahora la gracia de verdadera contrición y perfecta conversión”.

Luego de esta preparación para la contrición, se procede a hacerles pronunciar actos, y se les sugieren fórmulas como estas:

¹⁵³ Heb 6, 6

“Procura ahora, querido hermano, o querida hermana, hacer un buen acto de contrición, con la gracia de Nuestro Señor. ¿Deseas tener plena contrición de tus faltas como el Nuestro Señor quiere que tengas?

“¿Quieres detestar y aborrecer de todo corazón tus pecados no por el mal que te han causado sino sobre todo porque con ellos has ofendido y deshonrado a un Dios tan bueno?

¿Quieres renunciar enteramente y para siempre al espíritu del mal y al pecado por amor de Nuestro Señor; porque el pecado le desagrada y fue causa de que sufriera grandes tormentos y atroz muerte?

“¿Tienes firme resolución, mediante la gracia de Dios, de cambiar de vida y convertirte perfectamente?

“Recuerda que el Hijo de Dios se entregó totalmente por ti y empleó toda su vida en tu provecho, mientras que tú, en lugar de consagrar y emplear tu vida por él, has sacrificado la más sana y mejor parte de ella al pecado y al diablo. Si hubieras tenido todas las vidas de los hombres y de los ángeles hubieras debido consagrarlas a su servicio; al menos conságrale ahora lo que te queda de vida, quizás muy corta. ¿Deseas que así sea? ¿Quieres en adelante darte, consagrarte y sacrificarte totalmente a Nuestro Señor Jesucristo?

“¿Quieres darte también a la santísima Virgen María, su Madre, para que ella te entregue del todo a él, ¿por siempre?

“¿Quieres ofrecerte a san José, a tu ángel de la guarda, a todos los ángeles y santos, para que te ofrezcan y consagren a Nuestro Señor y a su santísima Madre?

“¿Quieres declarar que en adelante no quieres ni ser, ni vivir, ni pensar, ni decir, ni hacer, ni sufrir nada que no sea solo por su gloria y su puro amor?

“¿Quieres aceptar desde ahora, por su amor y para satisfacción de tus culpas, todos los males de cuerpo y alma que quiera enviarte en esta vida y en la otra, con abandono total a su amable voluntad, para que él disponga de ti en tiempo y eternidad de la manera que le sea de su agrado?

Es necesario que en este momento el penitente se renueve y reafirme en todas las resoluciones que haya tomado y en las promesas hechas de alejarse del pecado y de sus malos hábitos.

Remedios

El confesor no es solo maestro que enseña lo que su penitente debe saber, ni juez que interroga a culpables, ni mediador que invita a reconciliarse con Dios mediante la contrición y el aborrecimiento de las ofensas. Ejerce

también el oficio de médico de almas. Por esta razón no le basta borrar el pecado que ha herido y dado muerte al penitente. Debe aplicarle los correctivos convenientes que le impidan recaer en sus faltas, curar sus llagas y acabar su curación integral y consolidarlo en la salud espiritual que Dios le ha devuelto por su medio. Debe enseñarle los medios de fortalecerse y mantenerse en estado de gracia y de salvación. Exhórtelos a abrazarlos de corazón. Póngale ante los ojos que estaba afectado de enfermedad corporal con peligro de muerte y que se le brindaron los remedios que le aseguraban que sanaría si los aceptaba o moriría si los rechazaba. Que ha estado aquejado de males espirituales que lo podrían llevar a la muerte eterna. Que si pone por obra los remedios que se le han aconsejado sanará seguramente. De otro modo, no escapará de la muerte, incluso de muerte eterna.

Seis modos principales y eficaces:

El *primero*, huir de lugares, compañías y ocasiones donde se ofende a Dios.

El *segundo*, confesarse y comulgar a menudo. Escoger un buen confesor, capaz, desinteresado y caritativo, que no use de halagos, que aconseje siempre las disposiciones requeridas para confesarse debidamente y comulgar, y para obtener fruto del uso de estos santos sacramentos.

Además, oír con frecuencia y devotamente la santa misa, asistir a las vísperas y a las predicaciones.

El *tercero*, ponerse de rodillas todas las mañanas en la casa, para renovar los buenos sentimientos y resoluciones con los que al presente están dispuestos a renunciar a sus vicios y a cambiar de vida. Suplicar a Nuestro Señor que les conceda la gracia de alcanzarlo. Hacer lo mismo todas las noches, para hacer el examen, sobre todo con atención a los pecados que suelen cometer, pedir perdón a Dios y tomar una vigorosa resolución de corregirse. Implorar con este fin la ayuda de la santa Virgen y de los santos, según la manera que se indica en las oraciones de la mañana y de la noche en el *Ejercicio de piedad*¹⁵⁴. Ojalá quienes saben leer y tengan posibilidad, adquieran este libro.

El *cuarto* es la devoción a la santa Madre de Dios. Es remedio poderoso para toda clase de males y fuente muy abundante de toda bendición. Imprimir en el corazón de los penitentes esta devoción, encomendarles que le rindan cada día alguna muestra de veneración; escogerla como su refugio y especial protectora; acudir a ella en los momentos de duda y angustia; no dejar pasar sus fiestas sin confesarse y comulgar; hacer en especial esos días, por su amor, alguna obra de misericordia corporal o espiritual; adherir a alguna cofradía del Rosario, del escapulario u otra; tener y llevar

¹⁵⁴ Obra de san Juan Eudes, en OC 2, 245-370

consigo algún rosario y recitarlo con devoción, y, lo más frecuente posible, decir todas las noches, juntos, en cada casa y de rodillas, las letanías; aconsejarles también la devoción a san José, su dignísimo esposo.

El *quinto*, la lectura de algún buen libro, lo más a menudo posible, al menos en domingos y fiestas. Hay que aconsejarles que tengan a mano alguno, si tienen modo de hacerlo y si saben leer, en especial *Guía de pecadores y el Memorial de la vida cristiana* de Granada; *La Introducción a la vida devota*, *La Vida de los Santos*, *La Imitación de Cristo*, *La Imitación de la Virgen*, *La Triple Corona* de la misma Virgen, *Filagia*, que contiene cien devociones en honor de la Madre de Dios, u otro por el estilo. No olvidar exhortar a los padres y madres a poner en manos de sus hijos algún libro de devoción, exigirles que los lean y pedirles que den cuenta de su lectura. Y lo más importante, encarecer a los jefes de familia que lean o hagan leer en su hogar algunas veces, al menos los domingos y días festivos, antes o después de la cena, o en cualquier otro momento, en presencia de sus hijos y empleados, algún texto de piedad que los anime a temer, servir y amar a Dios.

Además de estos cinco remedios, apropiados a toda clase de personas, les presento un *sexto*, que puede ser practicado por muchos y es el mejor de todos: que hagan un retiro espiritual, en alguna casa de religiosos o de

eclesiásticos, por varios días, para emplearlos, bajo la guía de un buen director, en pensar seriamente en su salvación. Es medio útil y muy eficaz para conversión de quienes son víctimas habituales del pecado. El confesor hará bien en recomendarlo a quienes lo juzgue necesario y estén en capacidad de ponerlo por obra. Y en ocasiones puede incluso obligar a algunos que de tal forma están dominados por el pecado, si juzga que no hay otro medio para desafectarlos de él.

Estos remedios generales y muy eficaces están al alcance de toda clase de personas. En la sección siguiente sugiero otros. Además de esto hay que exhortar a quienes tienen medios de fortuna que amen a los pobres y les hagan los favores que puedan, por amor de Nuestro Señor; así por sus limosnas son rescatados de sus pecados.

Estos medios son de tal forma necesarios para una conversión perfecta que si se encontrara un penitente que no estuviera dispuesto a servirse de ellos, daría señas de que no tiene intención de cambiar de vida y por consiguiente sería incapaz de absolución. Es bueno, en ocasiones, imponerles como penitencia alguno de estos medios, por algunos días e incluso por meses, en especial la confesión y la comunión frecuentes, la oración de rodillas en la mañana y en la noche, la lectura de un libro piadoso y llevar consigo un rosario para recitarlo devotamente.

La penitencia y la absolución

Además de lo ya dicho con referencia a las penitencias, el confesor debe tener en cuenta: *Primero*, que las penitencias que da no sean confusas y embrolladas, cargadas de oraciones y actos, como, por ejemplo, decir cinco Padrenuestros, tres rosarios, un himno, una antífona, una oración, un salmo. O bien, dar tantas limosnas, ayunar tantos días, hacer celebrar tantas misas. Por causa de esta multitud y variedad de oraciones y actos surgen dos inconvenientes: que el penitente los olvide y se llene de escrúpulos; y que piense más en lo que debe decir o hacer que en lo que dice o hace; y mientras rebusca en su memoria lo que debe hacer y en sus *Horas* lo que debe decir, su devoción se enfría.

Es mejor indicar oraciones de una sola clase, como Padrenuestros, o salmos, que se puedan decir de inmediato; que no sea necesario ir a buscar, por aquí y por allá, unos tras otros. Es bueno añadir algunas buenas obras según la condición de los penitentes.

Segundo, el concilio de Trento recomienda a los confesores imponer penitencias que sean conformes, en cuanto posible, a la condición y a las disposiciones de los penitentes, según la calidad de los pecados. *No sea*, afirma,

*que se acostumbren a convivir con sus faltas si los trata con demasiada indulgencia, por penitencias demasiado benignas para faltas muy grandes, haciéndose así cómplices de los pecados ajenos*¹⁵⁵.

San Carlos advierte a los párrocos y a los sacerdotes en general, que no impongan penitencias benignas para pecados muy graves. Dice: *Es peligroso para los confesores y para los penitentes, y es contrario a las sagradas Escrituras, a los decretos de los concilios y al sentir de los santos Padres, pues las divinas Escrituras obligan a quienes hacen penitencia a dar frutos dignos de penitencia y a convertirse al Señor, mediante ayunos, llantos y gemidos. Los que imponen penitencias demasiado fáciles por grandes pecados brindan almohadones, al decir del profeta, a toda clase de personas y engañan las almas para que apoyen sus codos y reposen en ellos sus cabezas, como dice un antiguo canon*¹⁵⁶.

A continuación, san Carlos propone algunos ejemplos de penitencias que pueden asignarse: *Abstenerse por cierto tiempo de usar vestidos de seda, de llevar joyas, de asistir a festines, de ir a cacería.*

Dar de comer a los pobres, servirles, lavarles los pies, acoger en la casa peregrinos si posible.

¹⁵⁵ Con. Trento, Sesión 14, c. 8

¹⁵⁶ Instr. Poenitentiae, act 4.

Trabajar algunos días en un hospital o en otro lugar de prácticas de misericordia; visitar a los encarcelados, consolarlos y alimentarlos por algún tiempo.

Retirarse unos días en un monasterio o en algún otro lugar apartado para llevar vida de penitente.

Abstenerse unos días de carne y de vino, ayunar unos días, como el miércoles, el viernes y el sábado, y hacerlo incluso a pan y agua.

Abstenerse por cierto tiempo de andar a caballo.

Prosternarse en tierra cierto intervalo de tiempo, incluso acostarse en ella.

*Llevar cilicio algunos días, y otras prácticas semejantes.*¹⁵⁷

Recomienda asimismo a los confesores imponer penitencias diferentes, según las personas y las clases de pecados, como, dice, ordenar a los soberbios actos de humildad. A los voluptuosos, ayunos, abstinencias, cilicios y otras maceraciones del cuerpo, según la gravedad de los pecados.

A los que descuidan la oración, que oren todos los días a orar, al menos en la mañana y en la noche; que rueguen los lunes por los difuntos, y en otros días de la semana; que visiten en ciertos días las iglesias donde haya ejercicios de piedad, en especial en cuaresma y adviento.

¹⁵⁷ Instr. Poenitentiae, Act. P.4 Conc. De Trento sesión 14, cap. 9

A los que se complacen en fiestas mundanas, como danzas, bailes y otras obras de Satanás (así se expresa) pide que se les dé como penitencia, tomar ciertos días de la semana para hacer lo que san Juan Crisóstomo quisiera que practicásemos todos los días, es decir, renovar las promesas bautismales, hechas por boca de los padrinos, y orar a Dios desde lo más hondo del corazón; tomar firme y constante resolución de adherir a Jesucristo, renunciar enteramente a todas las pompas del mundo, a las obras de las tinieblas y principalmente al diablo declarándose de nuevo sus perpetuos adversarios como profesaron hacerlo en el pasado¹⁵⁸.

Estos son los consejos de san Carlos a los confesores. Hay que seguirlos con prudencia pues es necesario adaptarlos, en cuanto posible, a la condición y la disposición del penitente y tratar de que acepte voluntariamente la penitencia que se le imponga.

Tercero, tener precaución de no asignar una penitencia cuyo cumplimiento dé lugar a que se descubra al penitente y le provoque escándalo. Expliquen bien la penitencia para que sea bien entendida. Exhorten a los penitentes a no faltar a su cumplimiento, devota y contritamente y cuanto antes mejor. Si es necesario ceder un tanto a su rusticidad se les asignan penitencias menos conformes a sus pecados,

¹⁵⁸ *Ibidem*

o bien a causa de la indulgencia de la misión, pero adviértaseles cuidadosamente que merecerían penitencias mayores, para las que estarían capacitados si no hubiera de por medio la indulgencia de la misión. Que traten de reparar y suplir con profunda humillación ante Dios y con gran dolor y contrición, por haberlo ofendido; que tomen una vigorosa resolución de renunciar por entero al pecado y a todas las ocasiones y apegos al pecado; y que se entreguen perfecta y absolutamente a su divina Majestad. Que se ejerciten en buenas obras corporales y espirituales, y se les aconsejen expresamente algunas que sean conformes a su condición y disposición.

Se les advierte finalmente que se les va a dar la absolución para lo cual se les invita a que renueven su contrición; se les pide que eleven su mente y su corazón a Dios y hagan entrega de sí mismos a él absoluta y perpetuamente. Asegúreseles que, si no han omitido voluntariamente algo y si tienen firme voluntad de corregirse, la absolución que se les va a dar aquí en la tierra les será refrendada en el cielo por Nuestro Señor Jesucristo, con gran contento de los ángeles y los santos. Que estén ciertos de recibir el perdón de sus pecados como si Jesucristo en persona les dijera las mismas palabras que dijo a la Magdalena: *Tus pecados están perdonados.*

En seguida, con devoción y atención, se les imparte la absolución. En ese momento su pecado es borrado en el alma, y la gracia de Dios es restablecida por la preciosa sangre del Hijo de Dios que les es aplicada; y que en ellos el mismo Jesús ha resucitado.

Lo que se hace después de dar la absolución

Luego de dar la absolución quedan todavía tres motivaciones por hacer:

En primer lugar, que el penitente reconozca el muy señalado favor que Dios le ha hecho al perdonarle sus pecados, preservarlo del infierno, darle su gracia y acogerlo en su amistad. Ponerle de presente que hasta hace poco era posesión del demonio y que actualmente es posesión de Dios. Que, si Dios solo le hubiera perdonado el menor de los pecados del mundo, le haría una gracia mayor que si lo hubiera librado de todas las enfermedades corporales y las aflicciones temporales posibles de imaginar.

En segundo lugar, exhortarlo a conservar cuidadosamente el precioso tesoro de la gracia de Dios que ahora posee. Decirle que es preferible perder mil mundos antes que perder la amistad de Dios y que si quiere conservarla recuerde que debe poner en práctica los consejos que recibió.

En tercer lugar, pedirle que, al salir del confesonario, vaya a ponerse de rodillas a los pies de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, para agradecerle la misericordia que le hizo y pedirle que imprima fuertemente en su corazón las enseñanzas recibidas y le dé la gracia de practicarlas; que piense que es mejor morir que ofender a Dios mortalmente.

Que vaya también ante una imagen de la santa Virgen para agradecerle, pues Dios no concede ninguna gracia que no pase por sus manos; para rogarle que le obtenga las que necesita para poner por obra fielmente los consejos recibidos, que lo tome bajo su protección y haga que prefiera morir antes que verse separado de Dios por el pecado mortal.

Dígale además que exhorte a todos sus conocidos, en particular sus empleados y cuantos dependen de él, a que vengán a la confesión, a las predicaciones y las catequesis de la misión.

Finalmente es bueno despedirlo con las palabras salidas del corazón y de los labios de Dios: *Vete en paz y no peques más*, y añadir: *Te bendigan Nuestro Señor y su santísima Madre*.

Estos son los principales puntos que se hacen al confesar; se practican desde tiempo considerable, como desde hace un año o más. Se me dirá que es demasiado prolijo y largo. Respondo que sería mejor confesar bien a

una sola persona que confesar mil precipitadamente como se hace de ordinario en Pascua y en otras ocasiones. Lastimosamente la mayoría de tales confesiones sirven para arrojar en el infierno a penitentes y confesores.

CAPÍTULO XI

Otros consejos a los confesores

Añado otros puntos cuya práctica es importante a toda clase de confesores, especialmente a los confesores misioneros.

1. Todos los confesores, en particular los confesores misioneros, deben cuidarse de discutir y desautorizarse mutuamente. Deben mantenerse en paz, unidos, en cuanto sea posible, según el querer de Dios y por espíritu de caridad. Estén atentos a sobrellevar, disimular y excusar los defectos de unos y otros. Caminen por la misma senda y sigan las mismas normas y máximas, para que el Espíritu Santo dirija, bendiga y santifique su trabajo. Que los penitentes encuentren perfecta armonía de sentimientos y palabras entre los misioneros, reciban edificación y se sientan atraídos a seguirlos, si quieren hacerse dignos de los

frutos saludables de la misión. Para lograrlo, traten de poner en práctica cuanto hemos dicho y lo que se dirá en adelante.

2. Ya que los confesores representan al Hijo de Dios en su calidad de Juez soberano y ejercen su juicio, deben presentarse a esta acción con gravedad y decoro. Revistan siempre la sotana, la sobrepelliz y el bonete. Ocupen un lugar visible en la iglesia, a la vista de todos, pero que no sea un lugar de prisas o de paso obligado. Tengan siempre rostro serio y amable, que no cambie con signos externos o suspiros, cuando escuchan pecados enormes; que no usen ademanes que puedan significar fastidio o aburrimiento, no sea que susciten sorpresa en los penitentes y den ocasión a los más vecinos de pensar que les están diciendo algo enojoso o execrable. Ocupen los confesonarios, si son cómodos; ocupen en el lugar señalado por el superior. No cambien de lugar sino por necesidad y con autorización del mismo superior.

3. Tengan sumo cuidado de llevar por doquier el buen olor de Jesucristo. Edifiquen a quienes nos contacten y con los que tratamos, con profunda y auténtica humildad, con paciencia invencible, con caridad perfecta, que no sea interesada y que no acepte ningún regalo; con modestia ejemplar guardada siempre y en todo lugar, sobre todo en el confesionario; mantener allí el cuerpo y la cabeza recta, o

algo inclinada hacia el penitente; no mirarlo al rostro; cubrirse la cara con un pañuelo, y evitar lo más posible mirar al pueblo que está en la iglesia.

4. Hagan que los penitentes observen un porte decente, es decir, de rodillas, juntas las manos, descubierta la cabeza si es hombre, cubierta con un velo si es mujer. Hablen lo más bajo que sea posible, con tal que el penitente escuche; recomiéndenle también que hable en voz baja y mantengan alejados, en cuanto posible, a quienes rodean el confesonario.

5. Si hay que hacer algunas preguntas o restituciones; o pedir que se deje alguna ocasión próxima de pecado, no esperen al final de la confesión para imponer la penitencia sino aprovechen la disposición inmediata del penitente; háganlo en el instante en que se le interroga y cuando se le encuentre culpable de alguna de estas faltas.

6. No hagan preguntas curiosas e innecesarias sino examinen sobre los puntos expresamente necesarios para que la confesión sea perfecta. En toda clase de pecados mortales, pregunten el número de veces, más o menos, que han sido cometidas las faltas, sea durante el año, o el mes, o la semana o el día; y ayúdenle a decir, en cuanto posible, el número de sus transgresiones.

7. Si está en enemistad con alguien, oblíguenlo a reconciliarse y a tratarse mutuamente antes de la

absolución si es posible. Ofrézcanse para facilitar la reconciliación si es necesario, y para invitar a las personas a que vengan o ir a verlas, y servir de intermediario en su entrevista y reconciliación.

8. Con las personas que están en litigios judiciales, si hay odio, actúen como se dijo antes; si no hay odio no dejen de exhortarlas con vigor a llegar a la conciliación por vía de arreglo pacífico y mediante la ayuda de los que durante la misión tienen el encargo de propiciar acuerdos.

9. A los que se acusan de haber dicho algo importante contra la reputación del prójimo, referente a algo no conocido de la mayoría de los habitantes del lugar, hay que obligarlos a reparar este daño de la siguiente manera:

-Si lo que afirmaron es cierto, pero no era conocido hay que pedirles que digan que hicieron mal en hablar ocasionalmente del asunto a la manera que lo hicieron, y en cambio hablar lo mejor que puedan sobre otros puntos referentes a las personas de que hablaron.

-Si lo afirmado era falso se les obliga a servirse de uno de estos dos medios:

a) Propiciar la ocasión, en diversos lugares, para decir lo contrario de lo que dijeron, sobre todo en presencia de las mismas personas ante las que difamaron al prójimo; sin

embargo, muy háganlo con mucha prudencia de modo que sirva para reparar el perjuicio hecho al prójimo en su honor.

b) Pedir perdón a los que difamaron si ellos lo saben; si ignoran quien lo dijo servirse de otra persona para que en nombre del ofensor anónimo pidan ese perdón; en efecto, como todo hombre particular es dueño de su reputación, si perdona y remite completamente el mal que se hizo a su honor por la maledicencia, no se está obligado a más. Pero si se trata de un hombre público, cuya reputación es necesaria al bien público, su reputación no es solo de él.

Si la difamación fue inferida largo tiempo atrás y haya motivos para creer que fue olvidada y borrada de la memoria de la gente, es mejor no remover el asunto por temor de revivirla. En ese caso esmerarse por decir todo el bien posible de las personas cuya reputación fue ofendida por la maledicencia.

10. Cuando se encuentra personas que deben restituir bienes ajenos se procede de la siguiente manera: a) valorar bien si están obligadas a restituir y no obligarlas si no consta claramente; b) saber si tienen los medios de hacerlo, conjurándolos en nombre de Dios a que digan la verdad sin engaños; c) preguntarles si pueden encontrar un medio discreto para restituir por sí mismos sin revelar su culpa.

Si pide al confesor que se encargue de hacerlo, debe aceptarlo, para que el penitente no se vea obligado a declararse ante otros. Pregunte y escriba el nombre de aquel a quien debe restituir y el lugar donde habita pues si la restitución se hace por mano del confesor es posible que la persona concernida pudiera llegar a sospechar de donde viene, por haber visto que se confesaba con él. Es aconsejable que los confesores a quienes se confía devolver algo, lo depositen en manos del superior de la misión, quien podrá proceder más secreta y seguramente y en seguida, si el caso lo requiere, para no dar lugar a calumnia o sospecha. No olvide pedir un recibo de las personas a las que ha hecho restitución, para mostrarlo en caso de necesidad. Si lo que se devuelve pertenece a los pobres o a la iglesia la restitución se debe hacer por medio del superior a las iglesias y a los pobres del lugar donde se hace la misión, y no debe ni llevarse ni emplearse en otros lugares.

11. Los casados que viven enemistados y separados sin causa legítima, no deben ser absueltos mientras perseveren en dicha situación.

12. Los clérigos que no atienden bien sus beneficios o tienen algunos incompatibles entre sí; los que no observan el deber de la residencia; los que no recitan la Liturgia de Horas, ni llevan el vestido eclesiástico, no deben recibir la absolución si antes no hacen penitencia y restitución,

cuando ésta es necesaria; tampoco si no manifiestan intención sería de corregirse de sus defectos.

13. Si se encuentra alguno que, por violencia, engaño o falsas promesas, haya ultrajado el honor de una joven o una mujer, no debe ser absuelto mientras no prometa y asegure que contraerá matrimonio si ella es de su condición y no tiene impedimento, o que le dará con qué casarse honestamente, si es de condición desigual. Incluso hay que diferir la absolución hasta que haya cumplido lo prometido o haya dado seguridad de que lo hará.

14. Hay que cuidar muy bien de hacer ver a cada persona los deberes y obligaciones de su estado, y darles las instrucciones respectivas; por ejemplo, sobre los deberes de los padres y madres de familia; de los amos y amas; de los maridos respecto de sus mujeres y de las mujeres respecto de sus maridos, etc. De ordinario estas instrucciones se dan en el momento en que se presenten y no hay que dejarlas para el final de la confesión, no sea que por acumular muchas cosas para el final algunas se olviden.

15. Si se presentan votos o promesas para cambiar, hay que escoger materias fáciles y útiles. Por ejemplo, en lugar de peregrinaciones o cosas parecidas que se han prometido, es mejor pedirles que se confiesen y comulguen tantas veces cuantas han hecho esas promesas, o más o

menos según se juzgue conveniente, y añadir la práctica de buenas obras según las personas.

Si se trata de personas que frecuentan la comunión, se les pide recitar de rodillas y diariamente algunas oraciones durante cierto tiempo; también se les sugiere ayunar y hacer algunas limosnas, de acuerdo con su estado y disposición.

16. No se debe permitir comulgar a los niños si no están debidamente preparados. Se les envía a la catequesis y se les pide que participen en la comunión de niños que se hace al final de la misión.

CAPÍTULO XII

Examen del penitente para una buena confesión

Una vez que el confesor haya conocido la condición, ocupación y edad del penitente, requisito indispensable para valorar la calidad y cantidad de los pecados que va acusar, se le exhorta a que haga una confesión general, si nunca la ha hecho o la haya hecho mal, o al menos no esté cierto de haberla hecho bien. De todos modos, se le invita a hacerla a partir de su última confesión.

Una vez que acepte hacerla, lo primero que se examina, con referencia a sus confesiones y comuniones, es:

1. Si las hizo con la preparación requerida.
2. Si se confesó entera y sinceramente; sin excusar sus faltas ni disminuirlas, y si dijo, en cuanto le fue posible, el número de pecados mortales.
3. Si en todas sus confesiones tuvo verdadero arrepentimiento y propósito de corregirse de sus pecados y de las ocasiones de pecado.
4. Si se reconcilió de sus enemistades antes de ir confesarse y a comulgar.
5. Si habiendo retenido bienes ajenos y habiendo podido restituirlos, los devolvió lo más pronto posible, antes o después de confesarse y de comulgar.
6. Si se confesó con un sacerdote a sabiendas de que no estaba aprobado ni autorizado para oír confesiones, o si se dirigió a uno sordo o ignorante pudiendo ir donde otro más capacitado.

Si faltó a una de estas condiciones se le hace saber que sus confesiones y comuniones hechas a partir de ese momento han sido sacrílegas. Preguntarle cuántas veces aproximadamente se confesó en ese estado. Hacer que las

acuse, como pecados enormes, y dejarle bien en claro que todas esas confesiones fueron nulas y que por tanto se debe confesar como si no lo hubiera hecho, a partir de ese tiempo, sin tener en cuenta las confesiones hechas en ese infortunado estado.

Además, se le interroga sobre las penitencias que se le impusieron en las confesiones precedentes. Si no las ha cumplido por negligencia o desprecio, se le pone de manifiesto que ofendió a Dios y que no las descuide en el futuro. Sin embargo, sus confesiones, a pesar de ello, han sido buenas, si no ha habido otro defecto, y si al confesarse tuvo la intención de cumplirlas. Y aunque ha faltado, no es necesario, si no se quiere hacerlo, señalarle otras penitencias en lugar de las no cumplidas, por estar en misión, y dadas las indulgencias concedidas a este ejercicio.

También se le interroga si alguna vez ha querido escuchar confesiones de otros y si ha revelado lo escuchado.

Luego se procede a examinarlo sobre cada mandamiento de Dios y de la Iglesia, sobre los sacramentos y sobre los siete pecados capitales. Anticipo seis maneras de pecar contra la mayoría de los mandamientos divinos.

1. Por pensamiento, consentido voluntariamente.

2. Por voluntad o deseo.
3. Por palabras.
4. Por acciones.
5. Por omisión cuando se deja de hacer lo que está mandado por preceptos afirmativos. O cuando no se impide que personas que dependen de uno hagan algo contra los mandamientos de Dios.
6. Por inducción cuando se induce a otros a quebrantarlos, por malos ejemplos, palabras o consejos, orden o de cualquier otra forma.

Te presento en seguida lo que debe ser examinado con relación a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y sobre todo lo anteriormente dicho. Añado luego exámenes para las diferentes profesiones.

CAPÍTULO XIII

Primer mandamiento

Fe, esperanza, caridad, virtud de religión

A un solo Dios adorarás y perfectamente lo amarás

Son necesarias cuatro virtudes para cumplir debidamente este mandamiento: fe, esperanza, caridad y

religión. Esta última tiene por objeto tributar culto y honor a Dios. Hay, por tanto, cuatro puntos principales para examinar al penitente: las faltas que van contra la fe; las que van contra la esperanza; las que van contra la caridad; las que van contra la virtud de religión.

Sobre la fe

1. Si ha sido descuidado en aprender los principales misterios de la religión cristiana, como son: la santísima Trinidad, la encarnación, la pasión y muerte del Hijo de Dios, el Santísimo Sacramento del altar. Si han descuidado que quienes están bajo su dependencia los aprendan igualmente.
2. Si han tenido pensamientos contra la fe y si se han detenido voluntariamente en ellos.
3. Si se han expresado demasiado libremente o han disputado contra la religión.
4. Si han profanado las palabras de la Sagrada Escritura, haciendo de ellas mofa y burlas.
5. Si se han entretenido demasiado familiarmente y sin necesidad con herejes.
6. Si han asistido a su predicación por curiosidad u otras razones; o también a sus matrimonios, entierros u otras ceremonias.

7. Si han leído libros de herejes.
8. Si han confiado sus hijos u otras personas a su servicio o instrucción.
9. Si han hecho alianza con ellos.

Sobre la esperanza

1. Si han desesperado obtener de la misericordia de Dios el perdón de sus pecados.
2. Si por este desespero o desánimo se han expuesto a otros pecados.
3. Si por falsa confianza o verdadera presunción de la bondad divina se han permitido ofender a Dios y se han empedernido en su maldad.

Sobre la caridad

1. Si han tenido algún mal pensamiento o aceptado alguna murmuración contra Dios, contra su divina providencia o contra lo que él ordena o permite, en alguna aflicción que les haya enviado
2. Si han pronunciado palabras injuriosas, burlas o murmuraciones contra Dios o contra las cosas divinas, o

contra las ceremonias u observancias de la Iglesia de Dios, o contra las acciones santas de los servidores o servidoras de Dios.

3. Si han disuadido o impedido a alguien abrazar la vida religiosa habiendo sido llamado por Dios a ella.

Sobre la virtud de religión

1. Si de rodillas, por la mañana y por la noche, han adorado a Dios, se han entregado a él y le han tributado la gloria que le es debida.

2. Si han enseñado y mandado a sus hijos y empleados a hacer lo mismo; y los han exhortado a practicarlo siempre.

3. Si han orado a Dios antes y después de las comidas.

4. Si han sido negligentes en cumplir los votos o promesas hechas a Dios.

5. Si han tenido prácticas supersticiosas como adivinar la buena suerte o hacérsela adivinar, hacer girar el cedazo¹⁵⁹, servirse de oraciones supersticiosas para levantar o hacer el busto, conjurar el fuego, el chancro o las enfermedades de los animales, etc.

6. Si han consultado brujos o adivinos.

¹⁵⁹ Superstición de la época que consistía en hacer girar el cedazo para descubrir un ladrón (N. del T.)

7. Si en sus enfermedades han acudido a ellos y se han aplicado sus remedios.
8. Si han ido tras talismanes o cosas semejantes y se han servido de ellos para hacerse amar, o impedir el efecto de las armas u alguna otra finalidad.
- 9- Si tienen libros de magia o de superstición.
10. Si han enseñado a otros estas cosas u otras semejantes.
11. Si han hecho alguna injuria o irreverencia a las imágenes o reliquias de los santos o a otros objetos sagrados.

CAPÍTULO XIV

Segundo mandamiento

En vano nunca jurarás ni algo semejante pronunciarás

1. Si han jurado sin necesidad y con frecuencia, usando el nombre de Dios o de la Virgen o de algún santo, o invocando su fe, o de otras maneras.

En este punto hay que enseñar a los penitentes que Nuestro Señor prohibió a los cristianos toda clase de juramentos y ha querido que usemos siempre *sí* o *no*. Nos

aseguró que toda otra manera de asegurar lo que decimos proviene del maligno.

2. Si a menudo se ha invocado el nombre del diablo; si se ha maldecido y se ha hecho entrega de sí mismo, o de otros, o de los animales al demonio; si se ha pronunciado algún otro juramento o imprecación como decir: “Jamás veo a Dios, que yo me condene, que jamás vaya al paraíso, que me muera miserablemente, que la peste me mate”. Y si esto ha sido contra la verdad.

3. Si se ha dado por cierto algo que no es verdadero, sea ante juez o ante otros.

4. Si se ha blasfemado y profanado los miembros sagrados del Hijo de Dios, su sangre preciosa o su santa muerte.

5. Si se ha sido causa de que otros hayan jurado o blasfemado, sea por el mal ejemplo o dándoles ocasión de hacerlo. Si han inventado maneras nuevas de blasfemar.

6. Si se ha hecho jurar a otros sin necesidad, teniendo consigo documentos que prueban el hecho, o solo con intención de probar su mala fe.

7. Si se ha aprobado o alabado a quienes juran o blasfeman.

8. Si no se ha impedido que los hijos o empleados blasfemen.

9- Si se han hecho promesas y no se han cumplido, con perjuicio de la reputación, de los bienes o de personas.

CAPÍTULO XV

Tercer mandamiento

El domingo guardarás y a Dios devotamente servirás

Pueden añadirse a este mandamiento de Dios los dos primeros mandamientos de la Iglesia que son: *Las fiestas santificarás y En los domingos...*

1. Si se ha trabajado o se ha hecho trabajar los domingos y las fiestas sin necesidad urgente.
2. Si se ha dejado de asistir a la santa misa sin excusa suficiente, o se ha tenido voluntad de faltar.
3. Si se ha tenido cuidado de que los hijos y empleados vayan a ella.
4. Si se ha charlado durante la misa; si se ha prestado devoción y atención al escucharla, y si se ha observado modestia y respeto en el templo.
5. Si no se ha ido a la iglesia con alguna mala intención como ver y encontrarse en ella con personas de malas intenciones; o si han hecho en ella acciones profanas e indebidas.

6. Si en los domingos y fiestas se ha dado campo a juegos y danzas, y se ha acudido a tabernas.

7. Si se ha tenido cuidado de asistir a las vísperas, las predicaciones y las catequesis.

Hay que exhortar vigorosamente a los cristianos a que santifiquen los domingos y las fiestas, mediante la confesión y la comunión, al menos en las fiestas de Nuestro Señor y de la santa Virgen; que asistan a las vísperas y predicaciones y especialmente a sus misas parroquiales, en cuanto posible, por lo menos alternadamente, es decir, a veces unos y a veces otros de los de la casa; que empleen esos días en la lectura de buenos libros; que enseñen a los empleados lo referente a Dios y a su salvación; que visiten los enfermos, los prisioneros y los hospitales y que se ejerciten en toda clase de buenas obras.

CAPÍTULO XVI

El cuarto mandamiento

*Al padre y la madre honrarás y largo tiempo vivirás
Para los niños y a los empleados*

1. Si han despreciado a su padre y a su madre; a sus patrones y patronas.
2. Si les han deseado males, como la peste o la muerte, u otros parecidos.
3. Si han hablado mal de ellos; si los injuriados o maldecido. Si se han burlado de ellos.
4. Si han obedecido sus órdenes; si los han servido fiel y esmeradamente.
5. Si han hecho algo que los haya enojado; deben evitarlo con esmero pues está escrito: *Maldito de Dios quien exaspera a su madre*¹⁶⁰. Debe entenderse también del padre.
6. Si los han asistido en la pobreza, la enfermedad y en otras necesidades.
7. Si les han robado algo.
8. Si los han golpeado a maltratado.

¹⁶⁰ Sir 3, 18

9. Si han incitado a sus hermanos o hermanas, o a los empleados y empleadas a faltar en cualquiera de estos puntos.

10. Si han rogado a Dios por sus padres y madres, u otros familiares difuntos.

11. Si han dado cumplimiento a sus testamentos.

12. Si han tenido desprecio o descuido con sus parientes y allegados pobres.

Exhorten a los hijos, empleados y empleadas, a mirar, honrar, amar y servir a sus padres y madres, a sus patrones y patronas, como a quienes ocupan el puesto de Jesucristo ante ellos; a obedecerles *como al Señor*, como dice san Pablo¹⁶¹.

Según el mismo san Pablo¹⁶², se debe exhortar también a los súbditos, vasallos y obreros, a tener respeto, honor y obediencia a sus gobernantes, señores, jueces, magistrados, y a quienes les permiten ganarse la vida. Deben ser examinados respecto de sus compromisos adquiridos.

Para los padres y madres, patrones y patronas, reyes y señores, y a todos los que tienen algún poder temporal sobre los demás

¹⁶¹ Ef 6, 5.7

¹⁶² Tit 3, 1; Heb 13, 17; Ef 6, 5; Col 3, 22

1. Si han deseado la muerte o algún otro mal a sus hijos, empleados y súbditos.
2. Si los han injuriado, maldecido y mandados al diablo.
3. Si los han tratado con demasiado rigor o crueldad.
4. Si se han preocupado por su salvación; si les han enseñado a orar, a escuchar la santa misa, a confesarse y comulgar y a asistir a las predicaciones y catecismos.
5. Si los han obligado a casarse o a hacerse sacerdotes o religiosos contra su voluntad y sin vocación de Dios; o si les han impedido ser sacerdotes o religiosos habiendo sido llamados a ese estado.
6. Si han pagado razonablemente y en el debido tiempo a sus empleados, empleadas y obreros que han trabajado para ellos. Si les han pagado el domingo o día de fiesta, cosa nefasta tanto porque les hacen perder la misa como porque se les da ocasión de gastar en las tabernas lo que ganaron en la semana.
7. Si los señores han maltratado y tiranizado a sus súbditos.
8. Si los gobernantes y magistrados han hecho cuanto pudieron por impedir los desórdenes en los que se ofende a Dios.

A todas estas personas se les exhorta a comportarse con sus hijos, empleados y súbditos, como Jesucristo trata a los suyos; y como quieren que se conduzcan con

ellos con el mismo amor paciencia y bondad que les reclaman.

Este punto artículo considera lo que debemos a nuestros padres espirituales; nuestro santo Padre, el Papa, todos los pastores de la Iglesia, nuestros prelados, párrocos, superiores, confesores, los profesores que nos enseñan y a todos los sacerdotes; de todos ellos habla el Señor cuando dice: *Quienes los escuchan, a mí me escuchan; quienes los desprecian a mí me desprecian; quien los toca, me toca en la niña de mis ojos*¹⁶³, o sea, en la parte más sensible. Preguntas sobre este punto:

1. Si no han tenido en menos a sus prelados, pastores, confesores, sacerdotes y otros superiores.
2. Si les han deseado la muerte o algún otro mal.
3. Si han hablado mal o se han burlado de ellos.
4. Si les han desobedecido en lo que respecta a Dios.
5. Si les han causado molestias, ofensas o algo semejante.
6. Si han pagado fielmente los diezmos y otras obligaciones pertenecientes a la Iglesia, y a quienes la sirven.

¹⁶³ Lc 10, 16; Zac 2, 8

Lo referente a lo que los padres espirituales deben a quienes están a su cargo hablemos de los eclesiásticos se tratará de los interrogatorios propios a ellos.

CAPÍTULO XVII

El quinto mandamiento

Homicida no serás, ni de hecho ni de voluntad

Interrogatorio sobre este mandamiento:

1. Si se ha deseado la propia muerte, si se ha tenido voluntad de procurársela o se ha hecho algo para lograrlo.
2. Si se tiene odio a alguna persona; contra cuantas personas se ha tenido; si se trata de parientes o allegados; eclesiásticos, superiores o bienhechores; cuanto tiempo ha durado ese estado de odio hacia cada uno en particular.
3. Si durante ese tiempo se tuvo voluntad de batirse o hacer que se batieran en duelo.
4. Si de hecho se han batido o se ha hecho que se batieran. Si ha sido en público y de qué personas se trata.

5. Si se ha levantado algún proceso por venganza o se ha inferido calumnia.
6. Si se ha deseado o pedido a Dios que les mande alguna aflicción.
7. Si se ha deseado alguna otra venganza contra ellos y se ha llevado a cabo.
8. Si se ha deseado la muerte y a cuantas personas.
9. Si se ha tenido voluntad de matarlas o hacerlas matar.
10. Si se han buscado los medios y ocasiones.
11. Si se ha procurado, directa o indirectamente, por veneno u otro medio, la muerte de alguien y de qué condición era. Porque si se trata de un hombre casado se debe compensar los perjuicios acarreados a la viuda y a los hijos.
12. Si se ha tenido complacencia pensando o imaginando la muerte, ruina o desastre del enemigo, incluso si no se ha tenido voluntad de procurárselos, o no se ha deseado su efecto; pero voluntaria y conscientemente ha habido delectación en tales pensamientos e imaginaciones.
13. Si se ha rehusado perdonar las ofensas recibidas y reconciliarse con los enemigos.

14. Si se han sembrado odios y discordias por malas relaciones y otras vías.
15. Si se ha ordenado, provocado o aconsejado a alguien vengarse.
16. Si se ha aprobado o alabado a los que lo hacen.
17. Si se ha tenido intención de batirse en duelo.
18. Si de hecho se ha batido en duelo, y si se ha herido o matado en él.
19. Si se ha invitado o exhortado a otros a hacerlo.
20. Si se ha impedido la concepción o generación de un niño.
21. Si se ha aconsejado o procurado, de cualquier forma, que sea, el aborto; si se han acostado en el lecho niños con peligro de ahogarse.
22. Si no se ha asistido a los pobres en extrema necesidad. No ayudarles en ese momento equivale a matarlos.
23. Si se ha hecho detener o enviar a la cárcel a alguien injustamente.
24. Si, habiendo tenido conocimiento del mal que se podía inferir al prójimo, pudiendo impedirlo, no se ha actuado.
25. Si se ha deseado la condenación de alguien.

CAPÍTULO XVIII

Sexto mandamiento

Lujurioso no serás ni pensamientos consentirás

Se puede ofender a Dios, contra este mandamiento, con todas las potencias del alma y con todos los sentidos y partes del cuerpo, es decir, con la memoria, el entendimiento, la voluntad, la boca, los ojos, los oídos, las manos, los pies, los hábitos y por mil maneras. Antes de comenzar el examen que es necesario hacer sobre este mandamiento, el confesor debe prestar atención a estos cinco puntos:

1. Renunciar a todo espíritu de impureza y entregarse a Jesucristo y a su santa Madre para que lo preserven y no permitan que se pierda al trabajar por la salvación de los otros.
2. Evitar dos extremos peligrosos. De una parte, sienta temor al interrogar demasiado en esta materia, no sea que cause daño a las personas castas o que les enseñe algo que ignoran. De otra no caiga en el extremo de no interrogar lo suficiente, no sea que deje incubado en ellas el veneno que luego les acarrearán la muerte. La experiencia nos enseña a diario que hay pocas personas que se confiesen clara y verdaderamente en este punto, a causa de la vergüenza que

este pecado lleva en sí mismo, y por no haber sido ayudados suficientemente por los confesores.

3. Exhorte y anime de nuevo a los penitentes a no dejar nada en su conciencia que les cause pesar. Que abran su corazón y se acusen con la misma sinceridad y humildad con que lo harían si se encontraran en la hora de la muerte y prontos a comparecer ante Dios. Hágales reconocer que es vergonzoso cometer el pecado, pero que es glorioso y honorable ante Dios y ante los ángeles confesarse por amor de aquel que ha querido llevar, en la cruz, la confusión de nuestros pecados.

4. Recuerde que en ese momento tiene mucha necesidad de la luz y la asistencia del Espíritu Santo para ayudar a las personas a confesarse debidamente en esta materia. Por este motivo antes de empezar a examinar, e incluso en cada pregunta que haga sobre este punto, eleve con fervor su mente y su corazón a Dios y así el espíritu de Dios lo conducirá y ayudará particularmente.

5. Haga conocer al penitente la molestia que tiene de examinar sobre materias deshonestas; que sin embargo es necesario hacerlo por su salvación. Luego entre a servirse de las preguntas siguientes. No todas se hacen a todas las personas, sino que es necesario tener en cuenta la diferencia de las condiciones personales y de los estados de

conciencia; se empieza por lo menos grave según la apertura que brindan las personas, dejando lo de mayor significación si se juzga que es necesario. Si no se encuentran pecados en las preguntas sobre las cosas menores, como pensamientos, palabras, besos, tocamientos superficiales, no hay que ir más allá. Pero si se encuentran pecados en esos puntos es necesario pasar a las cuestiones más importantes, pasando poco a poco de un campo al otro, en los términos más honestos y modestos que sea posible, pero que sean también inteligibles, en proporción a la calidad mental. Si se encuentran personas entregadas a toda clase de corrupción e impureza no hay que temer examinar en detalle de la manera siguiente.

Para los jóvenes y los adultos solteros

Se les interroga sobre:

1. *Los pensamientos:* Si han tenido pensamientos deshonestos, en los que se han detenido voluntariamente y largo tiempo.
2. *El sentimiento:* si han tenido sentimientos, impulsos o movimientos carnales, en los que han sentido placer gustosamente.

3. *La voluntad:* Si han tenido la mala intención de cometer el pecado y con referencia a quien: si con personas solteras, lo que se llama fornicación; o casadas y se llama adulterio; o parientes o allegados y se llama incesto; o consagradas en vida religiosa o que han hecho voto de castidad y es sacrilegio. Si dichas intenciones han durado largo tiempo.

4. Si han buscado la ocasión para pecar o si para ello han deseado la muerte a alguien.

5. *La acción:* si de hecho lo han realizado y si fue con personas no casadas o casadas; parientes o allegados; o consagradas a Dios en la vida religiosa o ligadas con voto de castidad; o con varias que hayan sido parientes entre sí, como con la madre y con la hija; o con dos hermanas; o con la tía y la sobrina; o con dos primas hermanas; o con la abuela y la nieta; pues en ese caso es incesto; o con personas, con las que sabían que algunos de sus parientes, en primero o segundo grado (quiero decir parientes de los hombres o muchachos de que se trata aquí) habían pecado, como su padre o su hijo, o su hermano, o su abuelo o su nieto, o su tío o su sobrino o su primo hermano, porque todo eso es incesto.

6. Si esta acción provocó escándalo.

7. *Las consecuencias del pecado:* si luego de la acción aconsejaron o procuraron algo para impedir la generación o para hacer perecer el fruto.

8. Si siguió el nacimiento de un niño, y en ese caso si cuidó de su alimentación y educación.

9. Si hace tiempo vienen cometiendo el pecado y si existe alguna ocasión próxima que los mantiene comprometidos. Es necesario conocer la causa y la calidad del mal para poner remedio.

10. Si han empleado violencia o fraude con promesa de matrimonio o de dar dote a la persona. En ese caso están obligados a desposarse si es de su misma condición; o darle una dote si hay razón suficiente que impida el matrimonio.

11. *La inducción:* si han invitado o atraído a otros hombres a este pecado; y si se trató de hombres libres, o casados o consagrados a Dios.

12. *Los ojos:* si han mirado a mujeres, adultas o jóvenes con mala intención.

13. Si se han complacido en mirar objetos deshonestos, como desnudos, sea en sí mismos sea en otro, o en cuadros o imágenes; o si han mostrado a otros objetos impúdicos, con qué intención, como también a qué clase de personas.

14. Si han leído libros de amor o de temas impúdicos.

15. Si han ido a comedias, baile o danzas. Si han llevado allí a otras personas. Si los padres y madres han permitidos a sus hijos frecuentarlos; si han estado en disfraces.

16. Si han dicho palabras o cantado canciones lascivas.

17. *El oído:* si se han complacido en oír decir o cantas temas impúdicos.

18. *La boca:* si han dado besos impúdicos, si ha sido a niñas o a mujeres casadas, o parientes o consagradas a Dios.

19. Si se han dejado besar de forma más deshonesto que de ordinario.

20. Si han bebido o comido con intención de provocarse la lujuria.

21. *Las manos:* Si han escrito o recibido cartas de amor o tendientes al mal.

22. Cuando llegan a la confesión pintores, escultores, libreros o vendedores de imágenes no hay que dejar pasar la ocasión de preguntarles si no han hecho, o vendido algunos cuadros, esculturas u otras representaciones que no sean honestas; si tienen libros lascivos en sus talleres y obligarlos a quemarlos.

23. Si han hecho a otros o se han hecho a sí mismos algunos tocamientos deshonestos, en las manos, en los

senos o en otras partes, con las manos o con alguna otra parte de su cuerpo; si ha sido con muchachas o con mujeres casadas, con parientes o con consagradas a Dios.

24. Si no se han manoseado a sí mismos para procurarse placer carnal.

25. Si han caído en polución voluntaria.

26. Si durmiendo tuvieron polución y antes habían dado ocasión de que se produjera, y habiéndose despertado consintieron voluntariamente en el placer.

27. Si han tocado a otros hombres provocando en ellos la polución; si se trató de seglares o consagrados a Dios.

28. Si han permitido o provocado a hombres a hacerles sucios tocamientos en el cuerpo, con consecuencia de polución, y cuál era la condición de ellos.

29. Si se dio alguna otra acción con hombres o mujeres o niños, más abominable que las anteriores; y cuál era la condición de dichos hombres o mujeres; hablo del pecado sodomítico del cual el confesor puede interrogar solamente a aquellos o aquellas de quienes sospeche que han incidido en dicho pecado. Este pecado no solamente se comete entre hombres sino también entre mujeres cuando en la cópula practican horrendas impurezas, de las que habla san

Pablo en Romanos 1, 26-27. El pudor y la prudencia impiden hablar de ellas.

30. Si han tenido placer al ver a animales y aves en sus cópulas; si han tenido pensamientos o intención de cometer pecado de bestialidad y si de hecho lo han cometido. Tenga entendido el confesor que la diversidad de animales no cambia la especie del pecado pues son de la misma naturaleza y fealdad.

31. Si han hecho alguna acción deshonesta, consigo mismos o con otro, en lugar santo, como en una iglesia o un cementerio.

32. Si han dado brujerías, polvos, bebedizos o cosas semejantes para hacerse amar.

33. Si se sienten culpables en alguna otra cosa contra la castidad.

Para las jóvenes o las mujeres solteras

En cuanto a las jóvenes o a las mujeres no casadas, además de las preguntas anteriores que les incumben según su condición, hay que preguntarles lo siguiente:

1. Si se han presentado escotadas; si han invitado a otras a hacerlo; si sus madres lo han autorizado.

2. Si han gastado demasiado tiempo en arreglarse y vestirse, y con qué intención lo han hecho.
3. Si se han permitido libertades y familiaridades con hombres; si se han puesto en peligro de ofender a Dios, hablando a solas con ellos y en lugar apartado.
4. Si han permitido algún tocamiento lascivo, en las manos, en el busto, o en otra parte, y de qué clase de personas.
5. Si ha habido alguna conducta deshonesta con otras jóvenes o mujeres como se ha dicho antes tratando de hombres jóvenes o adultos; si han enseñado el mal a otras y las han incitado a hacerlo.

Para hombres y mujeres casados

Se debe examinarlos sobre lo que sigue:

1. Sobre los pecados deshonestos que cometieron antes del matrimonio y cuando eran libres.
2. Si pasó algo impuro entre ellos mientras eran novios.
3. Si a partir del matrimonio han hecho algo, por deseo o acción, contra la fidelidad mutua que se deben uno al otro.
4. Si han hecho algo contra la santidad y la honestidad del matrimonio. Me refiero a los pecados que pueden cometer los casados. Hay que recordarles que la Sagrada Escritura enseña que hay personas que, por ser culpables, atraen a

diario grandes maldiciones de Dios sobre sus cabezas e incluso las de sus hijos. Señalo cuatro principales:

El primero consiste en la desobediencia de la esposa a su marido en todo lo que atañe al uso del matrimonio, cuando no está basada en ninguna razón o excusa legítima. En ese caso es motivo de que Dios sea ofendido por el marido, en cualquiera manera que sea, por cólera o por alguna falta a la castidad.

El segundo consiste en el temor de tener hijos cuando este temor es causa de que se usen métodos para impedir la generación.

El tercero consiste en usar de grandes libertades, excesos y desórdenes que pueden darse en el uso de matrimonio. En él se cometen cantidad de pecados veniales, e incluso, en ocasiones, mortales, cuando se provoca la polución o se impide la generación.

El cuarto consiste en ese pecado execrable que toma su nombre aquella ciudad abominable que Dios fulminó y que permite en ocasiones entre personas casadas como castigo de sus otros desórdenes, como lo dice san Pablo: *Los entregó a pasiones ignominiosas; cambiaron el uso natural por otro que es contra la naturaleza* (Ro 1, 26).

Se interroga sobre estos cuatro puntos con extrema discreción y modestia, de la siguiente manera:

En cuanto al primero: preguntar a las mujeres si no tienen discordias con sus maridos. Si responden negativamente, no se insiste. Si responden afirmativamente, se les interroga sobre si ha sido causa de desobediencia en lo que respecta al uso del matrimonio; se les recuerda que están obligadas a ser obedientes en ese punto a sus maridos, y que por tanto pecan si se niegan sin legítima excusa, pues son causa de hacer que se ofenda a Dios, por cólera o por impureza, no solo con respecto a otras mujeres sino por corrupción entre ellos mismos.

En cuanto al segundo: se pregunta tanto a las mujeres como a los hombres si tienen hijos. Si responden negativamente, no se insiste. Si responden positivamente, se les pregunta si temen tener demasiados. Si dicen que no, no se pregunta más. Si responden afirmativamente se les pregunta si han tomado algún bebedizo o han empleado algún otro método, en el uso del matrimonio, para impedir la concepción de más hijos.

En el tercero y el cuarto, se pregunta si no tienen algún remordimiento de conciencia respecto al uso del matrimonio entre ellos; se les exhorta nuevamente a confesarse íntegramente, sin omitir nada, y como si

estuvieran en el momento de la muerte prestos a rendir cuenta a Dios de sus actos. Si dicen que sí, se les invita a decir qué es lo que les causa remordimiento, o manifestar algo que dé pie para ayudarles a expresarse más claramente. Si piden explicaciones o aclaraciones al respecto, y si no las piden, pero se ve que es aconsejable hacerlo con aquellos que son capaces para sacarlos de escrúpulos y hacer que vean con claridad lo que es malo y qué no lo es, es necesario darse al Espíritu de Dios para instruirlos con los términos más honestos que sea posible, sobre lo que les está permitido y lo que no deben hacer. A propósito, se puede hacer uso de lo que escribe san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, en el capítulo 38 de la tercera parte de su obra *Filotea*. Es bueno leerlo y se puede invitar a quienes saben leer a que lo hagan.

Otras preguntas que es bueno hacer:

A las mujeres casadas: si han permitido dormir en su habitación a criadas, y exhortarlas a no hacerlo, pues esto es ocasión de hacer cometer muchos pecados a dichas mujeres; tampoco deben permitir que criados y criadas duerman en la misma pieza.

A los padres y madres: si han hecho acostarse a sus hijos en sus camas. Es causa de pecados en los niños.

Si han hecho dormir niños y niñas en la misma cama.

Si han hecho que sus hijas sean instruidas por hombres. Es muy peligroso.

Si han permitido a sus hijos y empleados decir o hacer cosas deshonestas, y si los han animado a hacerlas.

CAPÍTULO XIX

Séptimo mandamientos

Bienes ajenos no tomarás, ni conscientemente los retendrás

Examinar en este mandamiento cuatro puntos principales:

1. Si tienen bienes ajenos tomados con violencia o engaño; o por usura, lo que puede hacerse de varias maneras; o por simonía; si no se han pagado los diezmos; o se ha hecho trampa en el juego; o se ha ocultado o dado asilo o protección a algún ladrón; o se ha comprado algo a sabiendas, o con duda, de que ha sido robado, o no pertenecer al vendedor; o se ha usado dinero falso o lo ha rebajado; o no se ha impedido que se cause daño a otros pudiendo hacerlo, o debiendo hacerlo por oficio; o no haber pagado el sueldo de los obreros o empleados; o no anular

una obligación que ya fue pagada; o abogar en contra de lo hecho; o comprar o vender con peso o medida falsos; o haber excedido el precio justo de lo que se va a vender, o haber pedido un precio excesivo aprovechando la ignorancia del comprador; o haber ocultado defectos de la mercancía, mediante mentira o juramento; o haberla alterado.

Pregunta si han vendido algo ya podrido o a sabiendas de que es inútil para el que compra: si se ha enviado un objeto de menor valor del que se había sido vendido; si se ha vendido vino o cidra mezclados con agua o con alguna otra sustancia como si fueran puros; si han alterado los inventarios de los bienes de los huérfanos disminuyendo su verdadero valor; si se ha comprado demasiado barato a alguien un bien aprovechando que desconocía el verdadero valor de lo que vendía; si se ha vendido algo por mayor valor del que fijó el magistrado; si se ha aprovechado la necesidad del prójimo para venderle demasiado caro, o para comprarle demasiado barato; si para pagarse lo que se ha vendido o recuperar una deuda, se ha recibido dinero que se sabe, o al menos se duda, que es robado; si se ha retenido parte del precio de algo que se ha vendido cambiándola por otra, aunque el dueño haya declarado el precio por el que quería venderlo.

Preguntar además si se ha retenido algo por el trabajo prestado, cuando uno se ha encargado voluntariamente o por cortesía, de vender o comprar o prestar algún otro servicio; si, habiendo comprado algo con pacto de rescate, sin otra intención que devolver el fondo comprado en firme, se ha sacado interés por el dinero que se prestó; si se ha usado de algún engaño al vender o comprar; si no se ha pagado lo que se compró a los comerciantes; si se han hecho acaparamientos con perjuicio del público; entre comerciantes, por no comprar determinada mercancía sino a precio demasiado bajo, o por no vender sino a precio demasiado alto, o por empleo de la fuerza o del fraude para impedir la llegada de otros comerciantes, o por entre artesanos trabajar por precio demasiado alto.

Preguntar también si se han usado redes u otros instrumentos de caza o de pesca en los que las presas o los peces que cayeron en ellas no podían escapar; o si se han matado palomas pertenecientes a personas autorizadas para tenerlas, o haberlas atraído usando artificios vedados; si no se han pagado las deudas por negligencia o por malicia o pretextando que se ha hecho cesión de los bienes propios; si se han retenido bienes ajenos bajo pretexto de prescripción, usando de mala fe, o sea habiendo sabido lo que se debía; o si no se ha devuelto lo que se había prestado o recibido en depósito, o lo que se encontró,

sabiendo o pudiendo saber cuál era su dueño; si se ha cooperado al perjuicio de otros no restituyendo su cuota no habiendo querido los otros o no habiendo podido restituir; si el esposo ha disipado, vendido o enajenado los bienes de su esposa contra su voluntad; si se ha cortado madera o árboles frutales ajenos; si no se han restituido todos los perjuicios causados por haber dado muerte o herido y esto a la persona que sufrió el perjuicio, o habiendo muerto, a sus herederos necesarios, tales como la esposa, los niños, el padre o la madre; si no se ha querido ahorrar para restituir ni perder el estado al que se ha subido en la escala social por vías injustas y públicamente conocidas.

Examinar igualmente si habiéndose hecho dar algo que debía restituirse y si la donación no fue voluntaria por temor o ignorancia de parte del donante; o violencia y mentira de parte de la persona a quien fue dada; si se restituyó a los pobres o a la Iglesia lo que debió ser devuelto al propio dueño; si no se ha cumplido la promesa de casarse con una joven, o dotarla, si se engañó con esta esperanza; si se perjudicó a una familia en la cual hubo un niño ilegítimo y no se indemnizó; si hay duda de si se posee en justicia algo y no haber puesto toda la diligencia para salir de la duda.

2. Si se robó algo en lugar santo o elementos santos destinados al servicio de Dios; si se han vendido cosas sagradas por mayor precio por el hecho de ser sagradas.

3. Si se ha sido causa de pérdida o perjuicio al prójimo, ordenando, aconsejando, favoreciendo o ayudando a los que causan daño; o si se ha hablado mal de él; o si se ha rendido falso testimonio en su contra; o haciendo obligaciones, recibos o contratos falsos; o si se han retenido injustamente títulos u otros documentos con perjuicio de otros; o si se ha escondido o no se ha ejecutado algún testamento; o si se ha impedido a alguien, por fuerza, fraude o mentira, poseer algún bien, como herencia, legado, limosna, empleo o beneficio, etc. Si se ha eximido a los ricos y se ha recargado a los pobres en la distribución de podas y otros impuestos; si se ha perjudicado a animales, o a sembrados de trigo o a viñedos, o a algún otro bien que pertenezca al prójimo; o se alguna otra manera.

4. Si han deseado la ruina del prójimo o si han hecho algo para causarle algún daño.

CAPÍTULO XX

Octavo mandamiento

Falso testimonio no dirás ni tampoco mentirás

Se hacen las siguientes preguntas:

1. Si se ha juzgado al prójimo temerariamente y si se han seguido consecuencias.
2. Si se ha hablado mal de los demás; si se ha calumniado a alguien, es decir, si se ha afirmado algo sobre otros a sabiendas de que es falso y si fue algo importante, de qué calidad y condición era la persona a quien se detractó.
3. Si se han dado a conocer los vicios y faltas del prójimo a personas que no los conocían.
4. Si se ha empañado las alabanzas que se decían de otro, o si se han menguado.
5. Si se le han echado en cara sus defectos.
6. Si se ha hecho burla de los otros, o se les han dirigido palabras picantes.
7. Si se ha prestado oídos voluntariamente a los detractores, calumniadores o murmuradores.
8. Si se ha dado falso testimonio contra alguien; si se ha encubierto el pecado de otros cuando se ha sido

interrogado jurídicamente y se estaba obligado a descubrirlo.

9. Si ha dejado pasar la publicación de las proclamas sin revelar la verdad.

10. Si se ha ausentado o escondido por temor de decir la verdad y revelar los crímenes que se conocía.

11. Si se ha invitado a otros a dar falsos testimonios o a detractar a alguno.

12. Si se ha escrito, o hecho escribir, cartas, libelos o canciones difamatorias.

13. Si se ha mentido, si se tiene vicio de hacerlo; o si se ha mentido en algo que reportaba perjuicio a otros.

14. Si se ha revelado, con perjuicio de alguien, el secreto que había sido confiado.

15. Si se ha violado la correspondencia ajena contra su voluntad y sin causa legítima.

16. Si se ha fingido o simulado ser mejor o más virtuoso de lo sé es para ser estimado de los hombres, lo que es hipocresía.

17. Si se han hecho matrimonios inválidos conociendo impedimentos, por no advertirlos cuando fueron publicadas las proclamas.

CAPÍTULO XXI

Noveno mandamiento

*La mujer del prójimo no desearás / que lo prohíbe Dios
sabrás*

Además de lo que se dijo sobre el 6° mandamiento con relación a las personas casadas se preguntará:

1. Si contrajeron matrimonio más por motivos carnales o de avaricia que por las intenciones por las que Dios lo instituyó.
2. Si recibieron este sacramento en pecado moral.
3. Si se habían comprometido ya con otra persona.
4. Si contrajeron matrimonio con parientes o afines con duda de que lo fueran.
5. Si contrajeron matrimonio con persona viuda habiendo causado la muerte de su pareja y tramado esta muerte con el fin de casarse.
6. Si contrajeron matrimonio con persona con la cual habían cometido adulterio estando casada, y habiendo causado la muerte de su pareja.
7. Si estando casados, contrajeron un segundo matrimonio con aquel o aquella que conocía el primer matrimonio; y, luego de la muerte de la pareja del primer

matrimonio, contrajeron de nuevo reiteradamente el segundo.

8. Si contrajeron matrimonio con la persona a la que indujeron al pecado bajo esperanza y promesa de casarse con ella al enviudar.

9. Si contrajeron matrimonio con la pariente en primer grado de aquella con la cual habían hecho esponsales válidos o matrimonio nulo.

10. Si se casaron con aquel o aquella, pariente de aquel, en primer o segundo grado, con quien se había pecado antes del matrimonio.

11. Si había otro impedimento para su matrimonio, como parentesco espiritual o votos de castidad y religión, o de otra clase.

12. Si obtuvieron dispensa de algún impedimento presentando razones falsas.

13. Si las mujeres se confesaron antes de su parto, sobre todo el primero que es el más peligroso.

14. Si hicieron acostar a sus hijos con ellos antes del año.

15. Si los sofocaron.

16. Si han mantenido la unión, la paz y la caridad que deben reinar entre ellos. Si se injuriaron, maldijeron o

maltrataron mutuamente, o si se desearon la muerte recíprocamente.

17. Si las mujeres rehusaron seguir a sus maridos en el cambio de habitación sin razón suficiente para tal rechazo.

18. Si se han separado y alejado mutuamente sin causa legítima.

19. Si los esposos han impedido a su esposa servir a Dios.

20. Si las mujeres se han mostrado rebeldes, porfiadas y fastidiosas con sus maridos.

CAPÍTULO XXII

Décimo mandamiento

Bienes ajenos no desearás ni injustamente los obtendrás

Hay que notar que Dios no solo prohíbe en este mandamiento desear los bienes ajenos injustamente y por vías ilegítimas, sino que prohíbe desear tenerlos de cualquier forma que sea mientras el dueño no quiera deshacerse de ellos. Por eso hay que examinar a los penitentes sobre este último punto. Preguntarles además si no han deseado que su prójimo caiga en tanta necesidad que se vea obligado a vender sus propiedades a fin de poder negociar con él.

CAPÍTULO XXIII

Los mandamientos de la Iglesia

Terminado el examen anterior quedan siete puntos para interrogar sobre los mandamientos de la Iglesia:

1. Si han incurrido en excomunión, suspensión o entredicho.
2. Si han pronunciado maldiciones por cosas sin importancia.
3. Si se han confesado cada año, o cuando han estado enfermos en peligro de muerte o estando en pecado mortal.
4. Si han comulgado en Pascua todos los años y si lo hicieron devotamente y bien preparados; si comulgaron luego de haber comido o bebido.
5. Si han comido carne en los días prohibidos por la Iglesia.
6. Si han provocado a los demás a comerla.
7. Si han ayunado en los días en que la Iglesia manda ayunar; o si han aconsejado a otros no ayunar.

CAPÍTULO XXIV

Los sacramentos

Queda todavía interrogar sobre los sacramentos, en primer término, sobre el bautismo:

1. Si se han descuidado en hacer bautizar a sus hijos.
2. Si fuera de urgencia los han hecho bautizar en la casa, dejando para después la imposición del nombre en la iglesia; esto está permitido solo a los reyes y a los príncipes, y está prohibido a los otros bajo severas penas.

Sobre la confirmación se pregunta:

1. Si ha habido descuido en recibir este sacramento.
2. Si se ha recibido en pecado mortal.

CAPÍTULO XXV

Los siete pecados capitales

La mayoría de pecados que proceden de los siete capitales están comprendidos en los que se pueden cometer contra los mandamientos de Dios y de la Iglesia de que ya hablamos. Por tanto, sobre estos vicios solo hay que interrogar lo siguiente:

Sobre el orgullo

1. Si se ha deseado y buscado desordenadamente la estima y la gloria de los hombres.
2. Si se ha dicho o hecho algo para alcanzar este fin.
3. Si se ha menospreciado y rebajado a los demás para exaltarse más a sí mismo.
4. Si se ha vanagloriado y alardeado de lo que se tiene o no se tiene.
5. Si se ha ufanado o jactado del mal que se ha hecho o no se ha hecho.
6. Si se ha alabado a los demás por sus malas acciones.
7. Si se ha antepuesto su juicio al de los demás.
8. Si ha habido vanidad y superfluidad en el vestir, o en los muebles, o en la mesa, o de cualquier otra manera.

Sobre la avaricia

1. Si se ha amado las riquezas con demasiada pasión y si, para adquirirlas y conservarlas, se ha olvidado el cuidado que debe tenerse en el servicio de Dios en los domingos y en las fiestas, de temprano a tarde, para frecuentar los sacramentos y hacer lo que concierne a la salvación.

2. Si se ha tenido caridad con los pobres, si se les ha asistido en la medida de la capacidad que se tiene, y si se les ha tratado con rudeza.

3. Si se ha gastado el dinero dado por Dios en juegos o tabernas, o en otros usos inútiles o reprensibles como gastos excesivos en la casa, en jardines, banquetes, muebles, vestidos demasiado preciosos y cosas semejantes.

La envidia

1. Si voluntariamente se ha experimentado gozo del mal o de la aflicción ajena, y se ha hecho en asuntos de consecuencia.

2. Si se ha tenido pesar o tristeza, con consentimiento y voluntad, del bien y del progreso de otros, sea en lo temporal o en lo espiritual.

3. Si se ha murmurado contra Dios pensando que da más prosperidad a otros.

4. Si se ha tenido gozo del pecado ajeno, o porque alguien ha fracasado en algún asunto que concernía la gloria de Dios; o se ha sentido fastidio de lo contrario pues es pecado contra el Espíritu Santo.

La gula

1. Si se ha comido y bebido con exceso y se ha puesto demasiado placer al hacerlo.
2. Si se ha comido o bebido tan excesivamente que se haya tenido que vomitar, o se perdió el uso de la razón.
3. Si se han comido alimentos a sabiendas de que perjudicaban la salud, y si ha sido en forma notable.
4. Si se han frecuentado sin necesidad tabernas y cantinas.
5. Si se ha llevado a otros a hacer cosas semejantes.

La ira

- 1. Si se ha dejado llevar de la cólera, si sucede frecuentemente, y si se ha permanecido largo tiempo en ese estado.
2. Si en las enfermedades se ha estado impaciente y contristado, o en cualquier otra aflicción.
3. Si se ha provocado a otros a entrar en cólera.

La pereza

1. Si se ha sido perezoso e indolente en servir a Dios o para hacer las obras de Dios.

2. Si no se han dicho las oraciones atenta y devotamente.
3. Si se ha tenido aversión hacia los que se ejercitan en la piedad y en las buenas obras; o si se ha hecho burla de ellos.
4. Si se ha estado ocioso, si se ha malgastado el tiempo y se ha sido negligente para hacer las tareas a que se está obligado por su condición.
5. Si se ha dedicado mucho tiempo a jugar y se ha perdido mucho dinero en el juego.

CAPÍTULO XXVI

Exámenes para diversas personas

Eclesiásticos

Deben examinarse sobre los pecados en que se puede incurrir en su profesión:

Sacerdotes y diáconos

1. Haber entrado en el estado eclesiástico sin vocación de Dios, por motivos humanos y terrenos como estar exento de impuestos y podas, para dar satisfacción a intereses de sus padres, para librar de obligaciones a su familia, para

obtener un beneficio, para ganarse la vida por el ejercicio de las funciones clericales, etc.

2. Haber recibido la tonsura sin intención de ser de la Iglesia sino solo por tener un beneficio.

3. Querer ser de la Iglesia con condición de recibir un beneficio.

4. Haber rogado a otro que suplante su nombre y se presente en su lugar al examen, a fin de ser admitido por este medio, u obtener las dimisorias. Esto constituye gran falta tanto para el que lo hace hacer como para el que lo hace.

5. Haber recibido el subdiaconado sin título patrimonial o con título falso.

6. Haber recibido las órdenes sin estar confirmado o estando bajo alguna censura o irregularidad.

7. Haber accedido a las órdenes antes de la edad requerida y habiéndolas recibido, haberlas ejercido antes de tener la edad. En el primer caso hay suspensión, en el segundo irregularidad.

8. Haber recibido las órdenes por simonía, habiendo dado algo con este fin.

9. Haber recibido las órdenes en pecado mortal sin haber hecho antes una buena confesión; o estando comprometido en un pecado habitual o en ocasión de pecado mortal o no teniendo la ciencia necesaria.
10. Haber recibido las órdenes sin la preparación requerida para tan gran sacramento.
11. No llevar la tonsura ni los cabellos cortos ni el hábito largo.
12. Haber dejado de recitar el breviario, o haberlo dicho, en público o en privado, sin devoción y precipitada e irreverentemente.
13. No haberse comportado en los lugares santos con respeto, silencio, modestia y piedad requeridos; y haber sido negligente en impedir, en cuanto posible, las irreverencias y desórdenes que ocurren ahí, causados por los seglares.
14. No haber mantenido las iglesias y lo que sirve al culto en ellas, en particular los altares, con el aseo y la limpieza necesarios.
15. Haber participado en el canto del servicio divino sin sobrepelliz y bonete.
17. Haber cantado la epístola o el evangelio o administrado un sacramento en pecado mortal.

18. Haber presenciado un matrimonio clandestino.
19. Haber dicho la santa misa en la iglesia, o en alguna capilla de la parroquia donde se permanece, solo con sotanilla.
20. Haber dicho la santa misa solo por lucro.
21. Haberla dicho sin preparación ni devoción, sin modestia y con prisa, y sin la acción de gracias al final.
22. Haberla dicho en pecado mortal.
23. No haber observado el orden y las ceremonias prescritas por la Iglesia.
24. Haberla dicho en un cáliz o con ornamentos sin consagrar o bendecir, o que habían perdido la consagración y bendición, a causa, por ejemplo, de un cinturón roto.
25. Haberla celebrado en un altar fijo o portátil que perdió la consagración.
26. Haberla celebrado sin cirios de cera encendidos.
27. Haberla celebrado con pan que comenzaba a dañarse, o con vino demasiado nuevo, o que empezaba a avinagrarse, o que estaba agrio, así fuera poco. La regla de la Iglesia, anotada en el misal, declara que quien dice la Misa con vino que está, *un poquito agrio (aliquantulum acre)* peca gravemente.

28. Haber dejado caer por tierra o sobre el altar, alguna parte del sagrado cáliz o de la hostia sagrada.
29. Haber celebrado la santa misa con ornamentos rotos o desgarrados, o con amitos, albas, manteles, corporales, o purificadores sucios.
30. Haberla celebrado sin purificador o sin velo o sin manteles suficientes.
31. Haberla celebrado no estando en ayunas.
32. Haberla dicho media hora antes del alba o pasada media hora después del mediodía sin permiso.
33. Haber dejado pasar un año sin celebrar la santa misa.
34. Haberse encargado de más misas de las que es posible celebrar, o no haber celebrado las que debían decirse por obligación.
35. Haber recibido un estipendio mayor del fijado por el obispo o la costumbre del lugar.
36. Haber recibido estipendio para misas y hacerlas decir por otros, y no darles todo el estipendio que se recibió.

Beneficiados y capellanes

1. Haber deseado un beneficio con conocimiento d su indignidad.
2. Haber deseado un beneficio motivados por la avaricia, ambición o sensualidad.
3. Haber deseado obtener u beneficio, o haberlo obtenido de hecho, por vías irregulares.
4. Haber prestado servicios o hecho algún cumplido a alguien, sobre todo para inclinarlo a conferir o resignar un beneficio como pago por esos servicios; esto constituye simonía mental.
5. Haber obtenido un beneficio para hacerse a una pensión al momento de entregarlo, o solo para permutarlo, o para no conservarlo sino hasta obtener un mejor, o para darlo a alguien que es indigno de él.
6. Haber aceptado un beneficio estando bajo censura o irregularidad.
7. Haber aceptado un beneficio poseído de inmediato por su padre.
8. Haber aceptado un beneficio sin tener la ordenación requerida.

9. Haberlo aceptado sin tener la edad requerida, y a sabiendas de este defecto, no haber renunciado a él, o no haber hecho revalidar el título.
10. Haber aceptado un beneficio sin la intención de recibir la ordenación.
11. Haber aceptado beneficios incompatibles.
12. Haber obtenido dispensa de esta incompatibilidad alegando razones falsas o frívolas, lo que obliga a la restitución.
13. Teniendo un beneficio que obliga a la residencia, no haber residido en él. En ese caso hay obligación de restituir a la Iglesia y a los pobres los frutos recibidos durante el tiempo de la ausencia, según lo manda el concilio de Trento¹⁶⁴.
14. Haber faltado a la recitación del breviario, lo que obliga a restituir.
15. No haber hecho buen uso de los bienes eclesiásticos, empleándolos en asistir a los pobres y a otras obras piadosas sino haberlos malgastado en vanidades y superfluidades, en vestidos y muebles y en otros excesos; o haberlos dado a los parientes no pobres, y en caso de ser pobres haberles dado más de lo que era preciso.

¹⁶⁴ Sess. 23, cap. 1, De Reform.

16. Haber adquirido tierras, casas o rentas de bienes de la Iglesia, que pasarán a herederos; es gran maldición para quien compra y para sus parientes.
17. Haber atesorado en demasía.
18. Haber conferido, permutado o cedido algún beneficio a un indigno o a uno menos digno.
19. No haber exigido a aquel a quien se cedió un beneficio que devuelva el monto de los gastos demandados por el acto legal de la cesión.
20. Haber pactado la extinción de una pensión en el tiempo en que fue creada.
21. Haber cooperado en un acto de simonía.
22. No haber abandonado un beneficio a sabiendas de haber sido obtenido por simonía, aunque no se hubiera consentido en ella.
23. No haber restituido los frutos recibidos a partir del momento en que se tuvo conocimiento de la simonía.
24. Haberse hecho cargo de una capilla de fundación sacerdotal sin ser sacerdote.
25. Haber faltado en decir, o hacer decir, una misa de fundación.

26. No haber dicho una misa de fundación en la iglesia o en el altar que fue ordenado, no teniendo causa justa y no habiendo pedido el permiso para decirla en otra parte.

Párrocos y vicarios

1. Haber deseado un beneficio con cura de almas a sabiendas de su indignidad e incapacidad para él.
2. Haber adquirido y mantenido dicho beneficio no teniendo la ciencia, prudencia, caridad y demás virtudes y capacidades requeridas; y no haberlo dejado por incapacidad para adquirir esas condiciones, y si fuera posible alcanzarlas, no haber querido darse el trabajo de hacerlo.
3. Habiendo recibido una parroquia no haberse hecho ordenar sacerdote en un año.
4. Y en ese caso no haber restituido los frutos percibidos.
5. No dedicar parte de su tiempo a estudiar lo que se debe saber para desempeñar debidamente su oficio.
6. No enseñar a sus feligreses, mediante la predicación y el catecismo, lo que deben saber y hacer para su salvación.
7. No aportar la caridad requerida para visitar los enfermos y prisioneros, consolar a los afligidos y asistir a los pobres en la medida de su posible.

8. No darse el trabajo de escuchar las confesiones. Haber dejado morir a alguien sin bautismo o sin los demás sacramentos.
9. Haber celebrado algún sacramento estando en pecado mortal, o con duda de estarlo, sin confesarse antes, si fue posible hacerlo; y si no fue posible no haber hecho antes un acto de contrición.
10. Haber administrado los sacramentos y hecho otras funciones pastorales con negligencia e irreverencia, sin la preparación y el recogimiento requeridos, y sin ajustarse a las ceremonias exigidas por la Iglesia.
11. Haber administrado un sacramento o hecho otra función curial por lucro o vanidad.
12. Haber bautizado niños en casas particulares dejando para otro momento la imposición del nombre, lo que está severamente prohibido por los santos decretos.
13. Haber consentido que se enterrara en el cementerio niños muertos sin bautismo.
14. Haber aceptado padrinos y madrinas no suficientemente instruidos en los misterios de la fe y en lo concerniente a la salvación, para enseñar en caso de necesidad a los niños que apadrinaron.

15. Haber admitido a alguien para hacer de padrino de bautismo en nombre de un indigno de hacerlo.
16. No haber consignado en los libros de registro a los bautizados, confirmados, casados y a los difuntos.
17. Haber dejado que se corrompan, o estén en peligro de hacerlo, las hostias reservadas en el copón.
18. Haber dejado la llave del tabernáculo en la cerradura o en un lugar expuesto a la vista de todos.
9. Haber hecho lo mismo con las llaves de la iglesia.
20. No haber cuidado de que los niños hicieran su confesión y comunión en la edad acostumbrada, y no haberlos instruido al respecto.
21. Haber dado la comunión a un pecador público antes de haber cumplido su penitencia.
22. Haber asistido a un matrimonio clandestino.
23. No haber publicado las proclamas para algún matrimonio, o haber omitido alguna.
24. Haber ungido a los enfermos sin revestir la sobrepelliz.
25. Haber administrado el sacramento de la unción de enfermos a alguien que era evidente que no estaba en estado de gracia, por ejemplo, a un borracho, que, estando

en peligro de muerte, en sano juicio no dio señales de arrepentimiento.

26. No haber observado la residencia culpablemente, y no haber restituido por razón de su ausencia.

27. Haber residido en un barrio extramuros, siendo párroco de ciudad amurallada.

28. Haberse ausentado sin causa justa, y no haber dejado un remplazo que estuviera debidamente aprobado.

29. Haberse ausentado en tiempo de peste u otra enfermedad contagiosa; o no haber asistido a sus enfermos en esa circunstancia.

30. No haber puesto empeño en impedir el trabajo en los días de fiesta y en los domingos, y otros escándalos y desórdenes de su parroquia.

31. No haber empleado diligencia y autoridad para mantener la iglesia y todo lo que hay en ella, en particular lo que está al uso del altar, limpio y en orden, y para impedir las irreverencias que se cometen allí.

32. Haber tolerado que los sacerdotes de su iglesia celebraran la santa misa solo revestidos de la sotanilla, contraviniendo el mandato y la regla expresa de la Iglesia.

33. No haber empleado su ejemplo y preocupación para que el servicio divino se hiciera con la decencia y santidad requeridas.

Los confesores

- 1 haber escuchado las confesiones sin tener la ciencia requerida. Tales confesores no deben ser absueltos hasta que hayan adquirido la capacidad necesaria.
2. Haber confesado sin tener la aprobación del obispo, y la jurisdicción; o si el tiempo de aprobación se ha vencido.
3. Haber absuelto los casos reservados sin tener autorización para ello.
4. Haber dado la absolución bajo alguna condición futura, como decir: “Te absuelvo si haces esto o aquello”.
5. Haber confesado principalmente por motivo de lucro.
6. Haber dado la absolución a personas que habían perjudicado al prójimo sea en sus bienes, en su reputación o personalmente, sin obligarlos a reparación.
7. Haber dado la absolución a personas que tenían enemistades, o que estaban en ocasión próxima de pecado o lo eran para otros.

8. Haber oído confesiones solo por cumplir o precipitadamente, sin aportar la diligencia requerida para examinar a los penitentes, para exhortarlos a la contrición y para darles remedios para sus vicios.
9. Haberse ocupado del confesonario con intención de impureza. Haber hecho preguntas curiosas y no necesarias movidos por ese motivo.
10. Haber tenido algún apego sensual hacia ciertas personas y haberlas preferido a otras.
11. Haber sido laxos y débiles para reprender el vicio y dar los consejos apropiados por respeto humano o por interés u otro motivo.
12. No haber diferido la absolución cuando era necesario y útil.
13. Haber descuidado consultar a personas capaces en caso de duda.
14. Haber absuelto a los que no sabían los principales misterios de la fe sin instruirlos.
15. Haber cambiado sin razón la penitencia impuesta por otro.
16. Haber violado directa o indirectamente el sigilo sacramental.

17. Haber hablado de algún pecado que solo se conoció por la confesión, aunque fuera público.
18. Haber añadido algo que solo se conocía por confesión a alguien que lo sabía por otra vía.
19. Haber revelado algo que no era en verdad pecado, pero que había sido dicho para explicar un pecado, aunque no fuera necesario.
20. Haber dicho, con referencia a un lugar pequeño o una comunidad, que allí se cometía tal o cual pecado.
21. Haber dicho que no se dio la absolución a alguien.
22. Haber alabado mucho a un penitente y haber dicho, por ejemplo, que no cometía pecados mortales, mientras se hablaba de otros penitentes sin mucho miramiento.
23. Haber hablado a un penitente de sus pecados fuera de la confesión sin tener mucha probabilidad de que lo tomaría a bien.
24. Haber despachado a un empleado, haber quitado a alguien su trabajo, haber rehusado asistir a un matrimonio, o haber dado un parecer en alguna circunstancia, o haber hecho cosas parecidas teniendo como motivo lo que se supo por confesión.

25. Haber impuesto una penitencia que daba a conocer de manera clara el pecado del penitente.

CAPÍTULO XXVII

Religiosos y religiosas

1. Si entraron a la vida religiosa por respeto humano o por alguna otra razón terrena, o por simonía, habiendo comprado la entrada y aceptación con dinero, o por alguna otra intención malévola.
2. Si ocultaron o escondieron algo que pueda causar daño al monasterio y que hubiera podido impedir ser admitidos.
3. Si transgredieron o menospreciaron las órdenes de sus superiores y superioras.
4. Si no han cumplido las observancias de sus reglas.
5. Si con sus ejemplos o palabras han inducido a otros a no practicarlas.
6. Si tienen algo propio sin permiso de sus superiores.
7. Si han recibido o dado algo importante sin permiso.
8. Si han pensado, dicho, escrito, hecho o tolerado algo contra la castidad.

9. Si han manifestado excesivo afecto por el mundo y por las cosas temporales, y si han frecuentado o tratado demasiado familiarmente con personas seglares.
10. Si han murmurado o llevado a otros a murmurar contra sus superiores o superiores.
11. Si han tenido alguna aversión o animosidad contra sus hermanos de comunidad.
12. Si en los actos de piedad han aportado la devoción y diligencia requeridas para hacerlos santamente.
13. Si en las visitas de los prelados o superiores han dicho la verdad que debían declarar, o si han calumniado o acusado a alguno falsamente.
14. Si han salido del claustro sin permiso de los superiores o indecentemente vestidos.
15. Si los religiosos han hecho entrar mujeres o muchachas a sus monasterios; y si las religiosas hicieron entrar al convento hombres, sin necesidad urgente y absoluta; y si ellas han salido sin causa legítima.
16. Si han dado mal ejemplo o escándalo a los seglares por sus malas conductas y por una vida demasiado licenciosa.
17. Si han cumplido cuidadosamente los oficios asignados por sus superiores o superiores.

18. Si se han arrepentido de haber entrado a la comunidad y haber hecho votos, y si voluntariamente han querido quebrantar sus votos y salirse de la comunidad.

19. Si han escrito o recibido cartas sin permiso.

Finalmente hay que exhortarlos vivamente a practicar estos cinco puntos:

1. Hacer santamente todas sus acciones y por el puro amor de Dios y su sola gloria.

2. Tener gran respeto y muy exacta obediencia a sus superiores y superiores.

3. Observar muy exactamente todas sus reglas.

4. Vivir en perfecta caridad y unión con sus hermanos y hermanas.

5. Humillarse siempre, doquier y en todas las cosas, y consagrarse mucho a la práctica de esta virtud y pedirla cuidadosamente a Dios.

CAPÍTULO XXVIII

Gobernantes, magistrados y demás autoridades civiles

1. Si han maltratado o ultrajado a sus vasallos y súbditos.
2. Si los han obligado, por violencia o cualquier otra artimaña, a ceder o venderles sus tierras o sus casas, o algún otro bien de su propiedad.
3. Si han obligado, mediante fuerza, violencia, amenazas o engaños, directa o indirectamente, por sí mismos o por otros, a padres o madres a dar sus hijas; o a tutores y parientes a dar las niñas menores, que son herederas, en matrimonio a sus domésticos; o bien han impedido la libertad de tales matrimonios hasta que se haya negociado con ellos. En este caso hay obligación de restituir a la joven, si no logra casarse con mayor fortuna, por haber sido obligada y por haberse interpuesto obstáculo a un matrimonio mejor. Todavía más, el concilio de Trento fulminó excomunión en esos casos¹⁶⁵.
4. Si en la distribución de impuestos de podas o tasas hicieron uso de su autoridad para eximir a unos y cargar a otros injustamente y por venganza.

¹⁶⁵ Ver el texto en OC 2, 501

5. Si se declararon parte de los negocios y procesos de sus súbditos, bajo pretexto de acoger y sostener la justicia para su lucro y provecho.
6. Si hicieron contratos de venta, intercambio u otros, con sus vasallos o con personas indefensas, comprometiéndose a pagar intereses, pensión, auxilio de vejez o pagar a su descargo, y luego no cumplir esta obligación.
7. Si tomaron préstamos de sus vasallos u otros, en dinero u otros bienes, sabiendo que probablemente no los hubieran prestado sin temor de su autoridad, y luego descuidan devolver a sus legítimos dueños que no se atreven a reclamar.
8. Si poseyendo herencias, sometidas y debidas a algunas rentas debidas a su señoría, se hicieron pagar dichas rentas por los que gozan de otras herencias que deben tomarse de dichas rentas pero que deben permanecer exentas, puesto que solo susodichas herencias debidas están en su posesión.
9. Si enviaron soldados, por venganza, a alguna distrito o casa.
10. Si han exigido regalos a sus vasallos para defenderlos de soldados o de asuntos públicos.

11. Si han exigido a sus vasallos algún servicio al que no están obligados y por el que no reciben recompensa.
12. Si han fastidiado indebidamente a los pobres por procesos y embrollos o por otros medios.
13. Si han impedido que los bienes de la Iglesia no sean valuados con precios justos para hacerse a ellos a bajo precio.
14. Si han usurpado los bienes y rentas de la Iglesia o de hospitales, o no han pagados las que les deben.
15. Si han usurpado o exigido a sus vasallos obligaciones injustas como alimentar perros y caballos, derechos de cacería, de palomar, de prebostazgo, de empadronamiento y otros semejantes.
16. Si han hecho expulsar a los prebostazgos contra derecho, y los han hecho cosechar por sus criados.
17. Si han obligado a sus vasallos a pagar las rentas a mayor precio del estatuido.
18. Si han obligado a los que venden o compran a pagar permisos a los que no están obligados.
19. Si so pretexto de praderas que deben hacerse, han obligado a sus vasallos a hacer otras no estando obligados.

20. Si han dado mal ejemplo haciendo lo que no debe hacerse o no haciendo lo que deben hacer.

21. Si no han impedido desórdenes u ofensas contra Dios pudiendo hacerlo, como duelos, blasfemias, escándalos, etc.

22. Si han exigido que se guarden las fiestas y si han hecho cerrar tabernas y cantinas al menos durante la misa mayor.

23. Si han hecho observar lo que concierne al orden ciudadano y al bien público, tanto en lo material como en lo espiritual.

24. Si se han servido de criados malvados, blasfemos, duelistas, ladrones, crueles con sus vasallos; si han protegido criminales en sus casas y han impedido que sean castigados por la justicia.

25. Si han provisto los beneficios que dependen de su nombramiento, con personas que tengan la capacidad y probidad requeridas para desempeñarlos dignamente.

CAPÍTULO XXIX

Funcionarios de finanzas

1. Si han aplicado justicia conforme a la ley.

2. Si han repartido los impuestos de poda equitativamente.

3. Si han pedido dinero o regalos, o si se han dejado ganar por favores, miedo, respeto, interés, para tratar benévolamente alguna circunscripción o comunas y para recargar las otras.
4. Si han tramado intrigas en su sociedad con este fin.
5. Si habiendo practicado una visita dieron informe fiel a la sociedad, sobre el bienestar o el malestar de las circunscripciones y comunas.
6. Si nombraron a gente proba para testigos reducidos.
7. Si tomaron más de lo debido por las firmas y trámites.

CAPÍTULO XXX

Jueces y consejeros

1. Si tienen la capacitación requerida para ejercer su oficio.
2. Si han aportado la diligencia necesaria para examinar las causas antes de juzgarlas.
3. Si han emitido sentencias injustas o si han consentido o contribuido en ellas.
4. Si han hecho justicia a los indefensos; si los han oprimido para favorecer amigos.

5. Si han tolerado o hecho procedimientos contra las normas y reglamentos.
6. Si iniciaron juicio en una causa que hubiera podido despacharse justamente en audiencia.
7. Si han prolongado los procesos o han consentido en trapisondas de las partes que hacen picardías para hacerse a los bienes ajenos, o largos procedimientos para cansar a quien favorece el derecho.
8. Si han hecho intrigas en su sociedad para impedir o corromper la justicia.
9. Si han ordenado allanamientos de un lugar sin ser requerido o sin necesidad.
10. Si han usurpado el cargo de sus congéneres y por maquinaciones han impedido la función de su oficio.
11. Si han presentado fielmente sus informes o han supuesto, ocultado o sustraído alguna pieza probatoria, para hacer ganar la causa, o los gastos contra la justicia; o si han coloreado su parecer con razones aparentes para atraer a los otros a su opinión.
12. Si han rehusado hacer justicia o han diferido el juicio con notable perjuicio de las partes.

13. Si han omitido, con perjuicio de un tercero, condenar a los gastos, multas o intereses a aquellos que deben ser condenados a ello.
14. Si han fijado una suma total de gastos a aquellos que solo deben pagar una cuota.
15. Si han observado o hecho observar las leyes, ordenanzas y costumbres.
16. Si han tolerado blasfemias, asesinatos, duelos, robos, raterías, usuras, moneda falsa, pesas falsas, medidas falsas, escándalos u otras maldades por negligencia o connivencia.
17. Si han retardado, impedido o descuidado los casos de la Iglesia, de los pobres o de otras causas piadosas.
18. Si han tolerado exacciones e injusticias de los otros funcionarios que debían castigar y reprimir como secretarios, policías u otros.
19. Si condenaron a alguien sin pruebas suficientes y sin haber llegado a ver con claridad la causa.
20. Si han hecho torturar sin indicios suficientes o pruebas válidas.
21. Si han sido demasiado laxos e indulgentes en castigar a los malhechores.

22. Si han violado la inmunidad eclesiástica usurpando la jurisdicción de la Iglesia o de cualquier otra manera.
23. Si han dejado burlarse de las censuras de la Iglesia acordando demasiado fácilmente a las partes aprovecharlas en asuntos que no lo merecen.
24. Si han recibido regalos para juzgar en pro o en contra, o para declararse impedidos para juzgar de una causa con perjuicio de terceros.
25. Si han cometido alguna injusticia en el interrogatorio de testigos haciéndoles decir más o menos de lo necesario, o alterando en el escrito lo que dijeron de viva voz.
26. Si han exigido más de lo razonable.
27. Si han enviado a prisión injustamente a alguien, o con violencia y ultrajes, sin necesidad.
28. Si han dado libertad a un prisionero con perjuicio de la parte o del interés público, o si se ll han dejado en prisión largo tiempo por negligencia o malicia.
29. Si han sido negligentes en visitar las prisiones para ver cómo son tratados los prisioneros, para escuchar sus quejas y hacerles justicia.
30. Si no han provisto de un confesor, ha debido tiempo, a un condenado a muerte.

31. Si han quebrantado el juramento hecho de desempeñar fielmente su oficio.

CAPÍTULO XXXI

Capitanes y soldados

1. Si han retenido el dinero del rey que pertenece a sus compañeros.
2. Si no han impedido juramentos, blasfemias, robos, violencias y otros desórdenes que son cometidos por los soldados.
3. Si no los han obligado a devolver lo que han hurtado a sus huéspedes y a otros.
4. Si se han tomado dinero u otras cosas, de una parroquia, para no alojarse en ella y para ir a alojarse en otra.
5. Si se han alojado en comunas por venganza o por petición de personas que lo hacen por el mismo motivo.
6. Si han molestado a los huéspedes o los han forzado indebidamente a darles dinero o a hacer grandes gastos o a proveer caballos, aperos u otros elementos.

7. Si los han injuriado o amenazado, o les han quemado alguna pertenencia, o les han roto los muebles.
8. Si han tomado dinero de sus huéspedes por no haberse alojado donde ellos y por haber ido a alojarse en otro sitio.

CAPÍTULO XXXII

Mayordomos de la nobleza

Si han colaborado en violencias y usurpaciones injustas de los señores de quienes son mayordomos, como condenar injustamente a sus vasallos o pagar impuestos a los que no están obligados; o apreciar las rentas por alquileres por encima de su valor, y otros delitos.

CAPÍTULO XXXIII

Cortesianos, abogados y procuradores

1. Si no han denunciado o informado o se han hecho cómplices de malhechores.
2. Si han obtenido dinero u otra cosa por eso.
3. Si se han hecho cargo de causas que sabían eran injustas o si han asumido toda clase de causas indiferentemente sin examinar antes si eran buena o malas.

4. Si habiendo asumido una causa que inicialmente consideraron justa y luego se dieron cuenta de que era injusta, la han continuado.
5. Si han aconsejado llegar a un acuerdo o levantar acta de transacción cuando una parte no tenía derecho.
6. Si han usado de dolo para ganar injustamente un proceso.
7. Si han dejado perder el proceso de su cliente por negligencia o por no estudiar a fin de defender su derecho; o por connivencia con la parte contraria, dando a conocer los secretos o callando las razones que militan a favor de su causa.
8. Si han rehusado defender las justas causas de viudas o huérfanos.
9. Si por afán de ganancia o por otros motivos han dejado dilatar los procesos o han buscado plazos frustrantes.
10. Si han fraguado o empleado prácticas novedosas e injustas en el procedimiento.
11. Si han sobornado testigos falsos, o para callar la verdad; si han alegado falsamente las leyes o citados doctores contra su intención; o han producido algún documento falso; o han hecho prevalecer lo accesorio por lo principal.

12. Si han intrigado o fabricado cábalas en pro de una causa injusta.
13. Si sabiendo que su cliente está condenado justamente le han aconsejado apelar para enredar o diferir la ejecución de la sentencia.
14. Si han defendido una causa injusta o usurera.
15. Si se han encargado de demasiadas causas de modo que no puedan consagrarse a cada una con la debida diligencia.
16. Si han hecho que su cliente haga demasiados gastos innecesarios, haciéndolo venir de lejos antes de tiempo, o haciendo que haga varios viajes con pérdida de tiempo, por negligencia o malicia.
17. Si han dejado perder las escrituras de sus clientes por negligencia, o quemándolas para favorecer a terceros, o les han añadido o suprimido algo.
18. Si han permitido a sus ayudantes percibir un salario más allá de lo razonable.
19. Si han observado el juramento por el que se comprometieron a cumplir fielmente su oficio.

CAPÍTULO XXXIV

Secretarios

1. Si han copiado fielmente la sentencia del juez conforme al original.
2. Si han exagerado dificultad para elaborar algunos documentos para sacar ventaja.
3. Si han sido fieles al derecho consuetudinario y a las sentencias en los decretos de herencias.
4. Si han cobrado más de lo debido.

CAPÍTULO XXXV

Notarios y escribientes

1. Si conocen el derecho y las ordenanzas con el fin de conformar a ellas los contratos
2. Si firmaron contratos u otros actos, embriagados y no en sano juicio.
3. Si escribieron o recibieron testamento de alguien que no gozaba de sus facultades mentales.
4. Si no revelaron los legados piadosos.

5. Si hicieron contratos falsos o recibos u obligaciones o audiencias falsas o algún otro documento, o alteraron su fecha o introdujeron alguna cláusula oscura para dilatar el proceso.
6. Si a sabiendas hicieron contratos usureros.
7. Si llevaron fiel registro de todo o sustrajeran alguna minuta.
8. Si rasparon o borraron algún trozo de la escritura, o algún extracto necesario a alguna persona, o rehusaron, para no desagradar a alguien, entregarlo a los que lo requerían justamente.
9. Si omitieron por malicia o ignorancia las solemnidades requeridas en un contrato, como nombres, firmas, testigos, el día, el mes, el año.
10. Si hicieron contratos en los días de fiesta sin urgente necesidad.
11. Si exigieron un salario mayor de lo establecido o debido.

CAPÍTULO XXXVI

Recaudadores, cobradores y equivalentes

1. Si se hicieron dar dinero directa o indirectamente por aquellos que tenían orden de reembolsar dinero.
2. Si han usado moneda falsa.
3. Si hicieron pagar a personas o comunidades gastos totales u otros gastos.
4. Si exigieron algo a quienes no pagaron al cumplirse el plazo, si no había lucro cesante o perjuicio naciente; y en caso de no haberlo, si exigieron demasiado.
5. Si rehusaron las monedas que debían recibir.
6. Si fueron cómplices de las extorsiones cometidas por sus agentes, o si no dieron prendas razonables so pretexto que se las apropiarían por servirlos.
7. Si hicieron listas de viajes, o gastos falsos, o exigieron por encima de sus derechos.
8. Si rehusaron entregar recibos a quienes los pedían, con riesgo de que después de fallecidos sus herederos u otros demandasen lo que había sido pagado, o si asentaron menos de lo que recibieron, o descuidaron anotar lo que recibieron.

CAPÍTULO XXXVII

Porteros y guardias de tribunales

1. Si dieron, por hacer favores, por temor o dinero, o por otros motivos, a las partes litigantes mandatos judiciales de asignaciones que nunca hicieron o no hicieron en el día fijado.
2. Si retuvieron las actas obligatorias de los acreedores, difiriendo su aplicación, para favorecer a los deudores; y por cuánto tiempo las retuvieron, pudiendo entregarlas de último.
3. Si han indagado, o lo que es peor supuesto, cargos para apremiar a los particulares, causándoles molestias por venganza o para sacarles dinero.
4. Si en lugar de tomar bienes suficientes para la deuda, tomaron coercitivamente bienes de menor precio que retuvieron consigo, sea para mejorar su salario, sea por no haber realizado la venta, sea para tener ocasión de volver y constituir la deuda en mayor cuantía.
5. Si rindieron actas falsas de rebeldía, o si inventaron cargos contra la verdad, para agravar el asunto; o si no confirmaron el contenido por testimonio o juramento; o si indujeron relatores a firmar o deponer falsamente; o si emplearon testigos que no estaban presentes,

induciéndolos y pidiéndoles firmar y afirmar falsa e intencionalmente; y qué perjuicio causaron a aquel contra quien dieron informe falso.

6. Si exigieron salario mayor del que les correspondía; o si exigieron deudas que no les debían ser pagadas sin autorización del demandante, de quien se hicieron pagar todo el tiempo.

7. Si al anotar los bienes de los menores de edad, omitieron algunos para favorecer a otros o para provecho personal.

8. Si al vender tales bienes, se quedaron con algo para su provecho, bajo nombre de interpuesta persona o de otra manera, no admitiendo o no anotando las ofertas en las subastas; o precipitando la adjudicación sin dar tiempo a los concursantes para hablar o para aumentar su oferta; o si hicieron fraude con perjuicio de los menores o del obligado, o de cualquier otra manera.

9. Si se apropiaron, en caso de ejecución, de bienes ajenos sin dejar lugar a embargo a favor del deudor, de tal forma que el dicho pretendido deudor y el declarado incompetente se constituyeron en mayores interesados.

10. Si por favorecer a deudores u otros rehusaron hacer los embargos requeridos, de forma que los demandantes

sufrieron pérdida o hubieron de desistir de la causa, viéndose obligados a abandonarla.

11. Si se mostraron rigurosos con los pobres, intimidándolos por palabras o acciones violentas, como romper las piezas u otros utensilios, o derramar la olla sobre el fuego para llevársela, o maldades parecidas.

12. Si so pretexto de ejecutoria en una comunidad, hicieron trabajar indebidamente a los pobres, para obtener dinero en beneficio propio, en lugar de dirigirse a los más ricos, o si se tomaron dineros de los más ricos para este efecto.

13. Si en el tiempo de la misa o del culto divino, en los domingos o días de fiesta, se presentaron para constreñir a la gente de modo que por temor no pudo asistir a misa.

14. Si tratándose de la posesión de comisarios regidores simulaban la posesión de algunos para obtener dinero; o si tomaron dinero de los que legalmente debían posesionarse, para descargarlos, y en su lugar posesionar a otros que no debían posesionarse.

15. Si hicieron alguna otra fechoría de la que les acusa la conciencia.

CAPÍTULO XXXVIII

Los niños

1. Si se confesaron una vez al año a partir del uso de la razón y si por vergüenza callaron algún pecado.
2. Si por descuido no han recibido el sacramento de la confirmación dejando pasar la ocasión.
3. Si han faltado a la misa los domingos y días de fiesta, o a las vísperas o al catecismo.
4. Si han hechos las oraciones de la mañana y de la noche de rodillas, y si bendicen la mesa y dan gracias antes y después de las comidas.
5. Si se han comportado respetuosamente en las iglesias; si han jugado en los cementerios especial durante el las celebraciones litúrgicas.
6. Si han perdido inútilmente su tiempo; si han derrochado el dinero que sus padres les dan para pagar la pensión y para comprar libros.
7. Si han ofendido a los compañeros; si los han retado a pelear; si de hecho han peleado.
8. Si han dicho palabras o canciones vulgares, mostrado o visto desnudeces sea en sí mismos o en otros; si han hecho

gestos, tocamientos o acciones deshonestas consigo mismos, o con sus hermanos o hermanas, o compañeros.

9. Si han sido golosos o glotones; si han robado o si han instigado a los criados o criadas a robar para su beneficio.

CAPÍTULO XXXIX

Herederos

1. Si han tenido cuidado de que sus padres recibieran los sacramentos en peligro de muerte.

2. Si les han impedido dar limosnas, restituir o hacer testamento.

3. Si han retardado notablemente u omitido hacer celebrar las misas, dar cumplimiento a los legados piadosos, o a otros ítems ordenados en el testamento.

4. Si se han apropiado de una herencia, en todo o en parte, con duda de que haya sido mal habida, sin aclarar la verdad.

5. Si han heredado algún bien adquirido por usura, u otra injusticia sin restituir.

CAPÍTULO XL

Empleados y empleadas

1. Si han impedido daños a sus señores.
2. Si han robado, aunque sea para beber y comer, cosas que no se acostumbra dar para su alimentación a los empleados o empleadas.
3. Si han ayudado a los niños de la casa a robar.
4. Si han dejado pasar contratos usureros o injustos.
5. Si han hecho alguna maldad a alguien siguiendo órdenes de sus patrones.
6. Si han omitido advertir a sus patrones de robos, solicitudes al pecado de impureza, u otros desórdenes que se hacían en la casa.
7. Si pagaron a sastres o a otros artesanos con pan, trigo u otra cosa de sus patrones.
8. Si han hecho robos so pretexto de injusta compensación.
9. Si han devuelto dinero u otra cosa encontrada en la casa, aunque no se les haya preguntado.

CAPÍTULO XLI

Tutores y curadores

1. Si han omitido algo en los inventarios.
2. Si han impedido que los bienes de sus pupilos se vendieran por su justo precio, comprándolos ellos mismos e impidiendo que otros, sea por autoridad o por astucia, ofrecieran precio mayor por ellos.
3. Si han cuidado debidamente a los pupilos tanto corporal como espiritualmente.
4. Si han administrado correctamente sus bienes.

CAPÍTULO XLII

Por los que encaran procesos

1. Si han emprendido un proceso por odio o injusticia, con el fin de arruinar o incomodar al prójimo y poner luego su propiedad en venta mediante decreto.
2. Si han tenido intención de hacer que su acreedor pierda sus deudas, en todo o en parte, oponiéndose, o apelando, o inscribiéndose o suponiendo deudas anteriores o personas que reclaman sus bienes.

3. Si incrementaron el número de sus hijos, o se hicieron separar de sus esposas para frustrar a los acreedores y hacer reclamar sus bienes por sus mujeres e hijos.
4. Si presentaron testigos o documentos falsos, o atraído a funcionarios, guardias, secretarios u otros a contribuir a su fechoría.
5. Si han prestado su nombre para impedir que el legítimo acreedor se lleve las sumas que le son adjudicadas.
6. Si reclamaron las fianzas ejecutadas en virtud de títulos u obligaciones supuestas.
7. Si una mujer supuso falsa amortización de su dote para que fuera sustituida con los bienes de su marido.
8. Si rehusaron o evitaron por malicia o terquedad un acuerdo amigable mediante árbitros inteligentes y desinteresados.

CAPÍTULO XLIII

Médicos, farmaceutas y cirujanos¹⁶⁶

1. Si han ejercido estos oficios sin la capacidad requerida.
2. Si han recetado remedios peligrosos sin conocer bien la calidad de la enfermedad y del remedio.

¹⁶⁶ En el siglo XVII se llamaba también así al dentista o al barbero.

3. Si advirtieron oportunamente al enfermo de arreglar sus asuntos especialmente cuando se han visto en peligro.
4. Si han aconsejado u ordenado tratamientos para la salud del cuerpo que no podían hacerse sin ofender a Dios.
5. Si han sido demasiado condescendientes en permitir a los enfermos el uso de la carne en los días de vigilia.
6. Si han prolongado la enfermedad para ganar más dinero.
7. Si no han impedido o han sido cómplices con los farmaceutas al dar remedios malos.
8. Si han visitado, tocado o mirado a una persona movidos por la impureza.
9. Si por su culpa alguien ha muerto.
10. Si han rehusado asistir a los enfermos pobres.
11. Si los farmaceutas han sido exactos en preparar las medicinas según la fórmula del médico.
12. Si han empleado en los medicamentos drogas pasadas que perdieron su eficacia.
13. Si han tenido cuidado de que los compañeros en la farmacia no se engañaran y no engañaran a los otros.

14. Si han entregado veneno a quienes podrían servirse mal de él.
15. Si han dado drogas para impedir la generación o para provocar abortos.
16. Si han cobrado excesivamente por los remedios.
17. Si los cirujanos han dado informe oficial falso.
18. Si han hablado mal unos de otros y por tanto impedido que alguien encontrara empleo.

CAPÍTULO XLIV

Mayordomos de fábrica

y otros administradores de iglesias u hospitales

- I. Si han tardado en entregar el dinero recibido y por cuanto tiempo.
2. Si han sido descuidados en su oficio.
3. Si han empleado el dinero en gastos y frivolidades.
4. Si no han querido hacer los empleos siguiendo el consejo de los responsables.

5. Si han dado dinero u otras cosas a quienes no son de verdad pobres. Indicar el motivo sobre todo si ha sido por obtener un servicio.

CAPÍTULO XLV

Comerciantes y artesanos

1. Si al vender un producto, lo cambiaron por otro no tan bueno.
2. Si vendieron usando medidas o pesos falsos.
3. Si vendieron o compraron por más o menos del precio justo.
4. Si organizaron monopolios con sus camaradas, como comprar un lote entero de mercancías con el fin de venderlo luego al precio que quisieron. U otros negocios parecidos.
5. Si falsificaron o vendieron mercancías adulteradas como los comerciantes de telas que venden tinturas falsas, etc.
6. Si compraron o vendieron mercancías robadas o que se duda lo fueran.
7. Si vendieron mercancías que sabían serían utilizadas con fines malos.

8. Si envidiaron a sus competidores; si hablaron mal de las mercancías de los otros, o de sus personas; si las menospreciaron; y si con esto les causaron perjuicio.
9. Si hicieron trabajar a sus obreros con cargas absurdas.
10. Si los obreros trabajaron honestamente y no encañaron al alguien.
11. Si ayudaron a engañar o si vieron engañar a los que los emplearon para colaborarles a hacer algún negocio sin prevenirlos.
12. Si los albañiles o trabajadores retuvieron lo encontrado al demoler.
13. Si se hicieron pagar por encima de lo razonable.

CAPÍTULO XLVI

Cantineros, taberneros y carniceros

1. Si vendieron bebidas durante las celebraciones religiosas.
2. Si vendieron alimentos prohibidos.
3. Si dieron a beber a sus clientes por encima de lo debido y contribuyeron así a sus excesos y embriagueces.

4. Si alojaron ladrones, personas escandalosas u otros disolutos; si los escondieron o fomentaron su vida desarreglada por alguna otra vía.
5. Si cocinaron aves de corral u otros alimentos robados; si los tomaron como pago.
6. Si mezclaron vino y cidra; si vendieron usando medidas falsas y por encima del precio justo.
7. Si los carniceros compraron ganado robado.
8. Si en cuaresma vendieron carne a quienes sabían no lo necesitaban.
9. Si vendieron carne dañada por enfermedad u otra causa.

CAPÍTULO XLVII

Simoníacos

1. Si vendieron o tuvieron intención de comprar un beneficio o algún objeto sagrado.
2. Si disfrutaron de una capilla, priorato u otro bien de la Iglesia bajo nombre supuesto.
3. Si concedieron o aceptaron un beneficio, con condición de no pagar diezmos.

4. Si han cooperado a la simonía de otros prestando su nombre con ese fin, o asumiendo la deuda del comprador, o comprometiéndose con el vendedor, o aconsejando, invitando, aprobando algo semejante, o ayudando en cualquier forma que sea.

5. Si han disfrutado de un beneficio bajo el nombre de sus hijos para darles estudio, sin intención de que sean hombres de Iglesia.

Estas son las principales preguntas que deben hacerse sobre los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los sacramentos, los siete pecados capitales y las diferentes profesiones. No se hacen en todas las confesiones ni a toda clase de personas sino en las confesiones generales y según el criterio del confesor, sensato y prudente, quien debe escoger las más apropiadas a la calidad y a la disposición de las personas que se confiesen con él.

Luego de haber examinado cuidadosamente a los penitentes de esta manera se les advierte que, si recuerdan algo que se ha olvidado preguntarles, deben acusarse por sí mismos. Si lo olvidaron entonces pero luego lo recordaron no falten acusarse en la próxima confesión que hagan.

CAPITULO XLVIII

Casos reservados al Papa¹⁶⁷

1. Matar o golpear gravemente a una persona eclesiástica, maliciosa y voluntariamente, cuando este pecado es notorio. Digo *gravemente* porque cuando el golpe es leve y el mal de poca importancia puede ser absuelto por el obispo a menos que el golpe, aunque leve en sí mismo, fuera muy escandaloso, como sería atentar contra un sacerdote durante la celebración o en lugar de mucho respeto y consideración. Afirmó también que el caso debe ser notorio pues el obispo puede de por sí, absolver de todos los pecados graves ocultos.
2. La simonía y el secreto confiado, si es verdadero, cuando son públicos.
3. La quema de las casas después de la denuncia.
4. El robo de iglesias con destrucción de las puertas, cuando el hecho es notorio.
5. La violación de las inmunidades eclesiásticas. Es un caso de difícil discernimiento y, puesto que no sucede frecuentemente ni siempre por acciones públicas, no se decide casi nunca durante la confesión, si antes no ha sido decidido por los obispos o sus vicarios generales.

¹⁶⁷ La disciplina de la Iglesia al respecto fue modificada por la bula *Apostolicae sedis* y por el decreto de la Inquisición del 23 de junio de 1866. Por tanto no seguir lo indicado por el Padre Eudes aquí.

No hay obligación de hacer ir a Roma a los niños, los ancianos, los religiosos, los pobres, las mujeres y todos los que no pueden hacerlo, a causa de las guerras o de cualquier otro impedimento legítimo. Pueden ser absueltos de los pecados enumerados arriba por los obispos o sus delgados. Asimismo, la reserva de estos casos cesa por las causas dichas ya en el capítulo tercero.

Además, los votos de castidad perpetua, de entrar a la vida religiosa, de peregrinar a Roma, a Jerusalén, a Santiago, están reservados al Papa. Pero el obispo puede dispensar del voto de castidad perpetua cuando hay peligro de impureza y no es fácil ir donde el Papa; también en el caso de voto de no casarse, y del voto de hacerse sacerdote.

El voto de ingresar a la vida religiosa o de hacerse religioso no obliga cuando no se es apto para ello; o cuando se hace voto de entrar en un convento donde la regla no es observada; o que se ha hecho lo posible por cumplir y no se ha podido.

El obispo puede dispensar de los votos de ir a Roma, a Santiago, o a Jerusalén cuando se han hecho como castigo del pecado, es decir, si se ha hecho voto de ir en peregrinación a esos lugares en el caso de que se caiga en determinado pecado. Puede asimismo dispensar del voto de ir a Jerusalén cuando se hizo por simple devoción y no con

el designio de ir a socorrer a los cristianos que tienen necesidad de ayuda.

En lo que concierne a irregularidades y suspensiones hay que saber que el obispo puede dispensar de toda suerte de irregularidades y suspensiones cuando vienen de un pecado que no es notorio, menos en el caso de homicidio voluntario y de las que apelan a la sala de lo contencioso.

CAPÍTULO XLIX

Impedimentos que hacen nulo el matrimonio

1. El *error*, no sobre la calidad o la fortuna, pensando que la persona era buena y resultó mala, o que era rica y resultó pobre, sino error sobre la persona pensando que se trataba de María y resultó Catalina; o se pensó casarse con una persona libre y era esclava. Esto no sucede en Francia.
2. La *condición*, es decir, cuando se contrae matrimonio con una condición que va contra la esencia del matrimonio. Se da cuando una de las partes dice a la otra: me caso contigo con la condición de que te prostituyas o que me permitas prostituirme; o con la condición de que tomes un bebedizo que te haga estéril; o que hagas otras cosas que impidan tener hijos; o con la condición de que no habitemos en la misma casa.

3. El *voto solemne de castidad*, hecho al recibir las órdenes sagradas, o al hacer profesión en una orden religiosa. Digo *solemne* porque el voto simple de castidad o de no casarse o de entrar a una orden religiosa no invalida el matrimonio. Queda cierto que los que han hecho votos simples pecan mortalmente al casarse, pero el matrimonio no es nulo por esa causa.

4. El *parentesco* que es o *natural*, entre consanguíneos y anula el matrimonio hasta el cuarto grado inclusive; o *legal*, resultante de la adopción y hace nulo el matrimonio en el primer grado; o *espiritual*, entre el bautizado y su padrino de una parte, y entre el bautizado y el padre o la madre de la otra parte.

5. El *crimen* de adulterio y homicidio que puede cometerse de cuatro maneras: (a) Cuando alguien, durante su matrimonio abusó de una persona libre o casada y contrata con ella por *verba de praesenti*. (b) Cuando alguien, mientras era libre, abusó de una persona casada, con la promesa de casarse con ella si su cónyuge muere. (c) Cuando una persona casada, teniendo intención de casarse con alguien, trama la muerte de su parte, y de hecho se hace. (d) Cuando alguien hace morir a uno de los esposos, para casarse con el sobreviviente, con el cual cometió adulterio, cuando este crimen es conocido como adulterio de los dos culpables.

6. La *diversidad de religión* entre un fiel y un infiel no bautizado (pero no si es hereje, caso en el cual se comete grave pecado), a menos que sea con la intención de convertirlo y hay probabilidad y casi seguridad de obtenerlo.
7. La *fuerza* y el *temor* injustamente causados, capaces de hacer ceder a un hombre fuerte, pues quitan la libertad requerida a un perfecto consentimiento.
8. La *ordenación*, pues si el que ha recibido las órdenes sagradas se casa su matrimonio es nulo.
9. El *vínculo* por el cual alguien está ligado y unido a su parte todavía viva.
10. La *honestidad pública*, por la cual está prohibido a los novios, si alguno de los dos muere durante los esponsales, que puedan casarse con un pariente consanguíneo del difunto en primer grado, a saber, padre o madre, hijo o hija, hermano o hermana.
11. La *afinidad* o *alianza*, procedente de un matrimonio legítimo anula el matrimonio con los aliados hasta el cuarto grado inclusive, como asimismo la parentela; pero si procede de fornicación o adulterio solo se extiende al segundo grado inclusive.

12. La *impotencia* perpetua de consumar el matrimonio, natural o causada por maleficio, hace nulo el matrimonio. Si es por maleficio la Iglesia concede hasta tres años para recurrir a oraciones o exorcismos para intentar la consumación; pasado ese tiempo, si el maleficio persevera, ella permite separarse y casarse con otro.

Cuando puede el obispo dispensar de estos impedimentos

Cuando el matrimonio se hizo de buena fe, ignorando el impedimento que había, y este impedimento es oculto y el matrimonio es público, y no es fácil ir al Papa a causa de legítima excusa, el obispo puede dispensar a toda clase de personas, si el impedimento es solo de ley eclesiástica.

Sin embargo, cuando el matrimonio ha sido contraído y los esposos son pobres, aunque hubieran sabido del impedimento al casarse, el obispo puede dispensar igualmente, pues su pobreza no les permite ir Roma, ni aun de enviar alguien pues el yugo de Cristo es liviano y la Iglesia es bondadosa. No hay justificación para que dejen a sus hijos en estado de condenación, siéndoles imposible sacarlos de ella mediante una dispensa, sobre todo cuando el matrimonio ha sido consumado y tienen hijos, y que moralmente hablando no hay ningún remedio. En tales casos, cuando no es fácil acudir a su Santidad, cada obispo

puede en su diócesis lo que el Papa puede en la Iglesia universal.

Otros tres impedimentos que invalidan el matrimonio

El primero es la *falta de edad* en la pubertad, que para los muchachos es catorce años y para las muchachas doce. Los matrimonios hechos antes de esta edad son nulos. Sin embargo, si la malicia, como afirman los doctores, suple la deficiencia de la edad indicada, y son capaces de matrimonio antes de la edad dicha, el obispo puede dispensar, si se da grande y urgente necesidad.

El segundo es el *raptó* mientras la persona raptada permanece bajo poder del que la raptó.

El tercero es la *ausencia de cura y de testigos*. Este matrimonio clandestino es nulo. Los dos últimos impedimentos fueron establecidos por el concilio de Trento.

Cuando el matrimonio se hace sin bandos ni proclamas, y no se ha dispensado de ellos, se incurre en pecado mortal, pero el matrimonio es válido, con tal que se celebre en presencia del cura y de los testigos.

CAPÍTULO L

Manera muy eficaz de convertir a los pecadores

Como conclusión de este libro traigo una instrucción, dada por la santísima Madre de Dios, sobre la manera de conducirse con los pecadores, tanto en público como en particular, para llevarlos a la conversión¹⁶⁸. Cuando prediques, lleva contigo los cañones, rayos y demás armas poderosas y terribles de la palabra de Dios para combatir el pecado en general y para fulminarlo y aplastarlo en las almas. Pero cuando hables y converses en privado con un pecador para invitarlo a la conversión, lleva contigo la bondad, benignidad, paciencia y caridad. Mira y trata a los que están en pecado como a pobres enfermos, del todo cubiertos de llagas y úlceras. Son dignos de la mayor compasión. Jamás te enojas con ellos. Sé cómo el médico bueno que tuviera que tratar con un enfermo frenético y furioso, que le dice toda clase de improperios e incluso amenaza ultrajarlo; no actúa con él con cólera, sino que

¹⁶⁸ “Conozco muy bien a uno, escogido por la divina misericordia para trabajar en la conversión de los pecadores, que encontrándose un día en duda sobre la manera de conducirse con ellos para atraerlos a Dios, si usar de bondad o de rigor, o mezclar los dos, y no sabiendo qué camino tomar, recurrió a la oración y se dirigió a la santísima Virgen como a su refugio ordinario. Le suplicó muy humildemente que rogara a su Hijo que le inspirara una enseñanza al respecto. Abrigando este pensamiento de orar y hacer orar a la Madre de la misericordia, antes de haberlo puesto en práctica ni haberlo comunicado a alguien, esta Madre amabilísima y muy admirable le envió un mensajero que le habló así: Te doy una bella y santa enseñanza que te envía tu Madre sobre la manera de tratar a los pecadores, tanto en público como en privado, para llevarlos a la conversión. Me ordenó: di a tu hermano: de mi parte: cuando subas al púlpito lleva contigo los cañones, mosquetes y demás armas poderosas y terribles de la palabra de Dios para combatir el pecado en general y para fulminarlo y aplastarlo en las almas. Pero cuando hables con el pecador en privado para convertirlo, revístete de bondad, benignidad, paciencia y caridad”. Es evidente que el Padre Eudes habla de sí mismo y el mensajero es seguramente María des Vallées.

compadecido de él aguanta todo con paciencia y compasión.

En seguida:

1. Para trabajar en la curación de un pecador enfermo, inicialmente se le exhorta bondadosamente a descubrir sus llagas, excusándolo en cuanto sea posible, compadeciéndolo, buscando cómo entrar en su espíritu y sus sentimientos y tratándolo con suma benignidad.
2. Cuando ha mostrado sus llagas, se le lava con vino caliente para quitarle la podredumbre y la suciedad. O sea, que es necesario abrirse a él de corazón y de entrañas, para testimoniarle gran afecto, hablarle con caridad y cordialidad, hacerle ver que se le ama de verdad y que se busca solamente la gloria de Dios y su salvación. Se le representa además el amor encendido de Dios, sus misericordias sin límites hacia los pecadores que se convierten a él; que perdonó a san Pedro, san Pablo, san Agustín, la Magdalena, al ladrón arrepentido y a tantos otros; que, si se quiere, es fácil trabajar en la propia salvación con la gracia de Dios ofrecida a todos.
3. Se toma aceite con una pluma y suavemente se ungen las llagas del enfermo. La pluma es la Sagrada Escritura, en la que hay que sustentar lo que se dice al enfermo. El aceite es el ejemplo de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo, de su

santa Madre y de sus santos, que se le propone, según el caso. Por ejemplo, si se trata de exhortar a un hombre a perdonar y a reconciliarse con sus enemigos se pone ante sus ojos el ejemplo de caridad de Dios, de Jesucristo, de su santa Madre y de sus santos frente a sus enemigos. Lo mismo cuando se trata de otros temas.

4. Sobre todo no lleves nunca vinagre contigo. Es una orden que se nos da. ¡Jamás vinagre! O sea, nunca acidez; guardar siempre la paciencia y la bondad sin enojarse jamás con el enfermo, aunque se enfade y se muestre ofensivo contra ti, incluso si te injuria y ultraja.

5. Si con esto nada se alcanza, se le exhorta a que ruegue a Dios y le pida la gracia y fortaleza para vencerse y convertirse; o, al menos, que acepte que tú ores a Dios por él. Se le invita muy especialmente a recitar la salutación a la santa Virgen que empieza: *Ave, Maria, filia Dei Patris*, pues es muy eficaz para convertir los corazones, según la promesa hecha que la misma Virgen hizo al respecto. De esto se habla en el librito que tiene dicha salutación¹⁶⁹. Si rehúsa hacerlo, ruégale que, al menos, consienta que tú mismo, u otros, lo hagan en su nombre. Esta es la más excelente manera de convertir a los pecadores. Si a pesar de todo, permanecen en su endurecimiento, tú harás dado

¹⁶⁹ Se refiere al *Exercice de piété*, 9.

tanta gloria a Dios y le harás agradado, como si lo hubieras convertido.

VIVA JESÚS Y MARÍA



EUDISTAS
Provincia de Colombia

EL PREDICADOR APOSTÓLICO

TOMO IV

Centenario de la edición de Obras Completas

San Juan Eudes

EL PREDICADOR APOSTÓLICO

**Cualidades y disposiciones exteriores e interiores
del predicador evangélico**

Temas diversos de predicación

Defectos

Aciertos

**Torres Fajardo, eudista
Valmaría-Bogotá 2011**

PRESENTACIÓN

San Juan Eudes fue reconocido en su tiempo como PREDICADOR de calidad. “Poseía una voz fuerte y hermosa, mucho patetismo, gran facilidad para hablar, imaginación viva y fecunda, rica en comparaciones familiares”¹, dice un biógrafo de su época. A lo largo de su vida fue reuniendo apuntes con los que finalmente dejó un escrito que llamó *El Predicador apostólico. Contiene las cualidades y las disposiciones exteriores e interiores del Predicador evangélico*². Si bien utiliza fuentes de su época como san Francisco de Sales es indudable que mucho de lo allí consignado es su experiencia de predicador.

Es un documento útil para la historia del ministerio de la predicación. Es posible reconstruir, sirviéndose de él, las circunstancias, en ocasiones solemnes, que rodeaban a los predicadores. Tenemos acceso a la biblioteca básica de aquellos oradores al servicio de la evangelización. Conocemos el método usado en la composición de las piezas oratorias, largamente conservado hasta avanzado el siglo XX: Exordio, Ave Maria, anuncio del tema que se iba a predicar, cuidadosamente dividido en tres partes y la conclusión. Nos ofrece en detalle los grandes temas de la predicación como también los recursos propios de la

¹ Batterel Luis, *El Padre Juan Eudes*, p. 1

² OC 4, 1-105

elocuencia como son la voz y sus modulaciones, la pronunciación, lo que actualmente se llama el lenguaje corporal, compuesto de gestos, ademanes, movimiento de las manos, del cuerpo, la mirada y demás.

Tiene además indudable actualidad. Hace una teología de la predicación, sobre todo cuando la define de forma lapidaria diciendo: PREDICAR ES HACER HABLAR A DIOS. Inculca con mucha severidad la responsabilidad de quien ejerce el ministerio de la predicación. Es exigente sobre las cualidades morales del predicador, su rectitud de intención, su desinterés económico, su alejamiento de toda vanidad, su responsabilidad frente a la verdad, pero también su trato respetuoso para el auditorio y para los oyentes.

Sus consejos siguen teniendo valor para los anunciadores del evangelio en el mundo de hoy. Incluso sus indicaciones sobre la manera de hablar, la pronunciación, el manejo adecuado de la voz, la duración de la predicación y otros tienen valor en el mundo de hoy.

La Iglesia ha dado a la predicación un merecido y exigente valor profético. Ya no hablamos de sermones ni predicaciones solemnes sino de la sencilla comunicación llamada *homilía*. Pero ella sigue teniendo como fuente primordial la que san Juan Eudes pide: la Palabra de Dios en las Sagradas Escrituras. Mucho del aparato solemne que

acompañaba a los oradores famosos de años pasados ha caducado. Pero la calidad del lenguaje con que se comunica y se explica la Palabra de Dios; la forma digna de hacerlo y las exigencias de rectitud y fidelidad a la Palabra que se anuncia no pueden pasar. San Juan Eudes sigue siendo un modelo y un maestro para este sagrado ministerio.

San Juan Eudes añadió algunos apuntes sobre el catecismo, útiles no solo por el contenido de la catequesis sino sobre todo por la metodología de la enseñanza en su siglo. En varios capítulos, en lugar del uso genérico de la tercera persona, se ha escogido la segunda persona como si el Padre Eudes se dirigiera directamente al predicador.

Álvaro Torres Fajardo, eudista

INTRODUCCIÓN-PREDICADOR

I. Ocasión y publicación del Predicador apostólico

La predicación es una de las funciones principales del santo ministerio. Jesucristo, modelo del sacerdote, en su vida pública oró y evangelizó al pueblo. La primera misión que dio a sus apóstoles al enviarlos al mundo fue predicar el evangelio a toda criatura (Mc 16, 15). La vida sobrenatural que trajo a las almas reposa en la fe y la fe no puede nacer sino por la predicación (8Ro 10, 17).

El Padre Eudes, dotado de aptitudes excepcionales para este género de ministerio, se entregó a él toda su vida con celo infatigable. Antes de recibir las órdenes sagradas el padre de Bérulle lo hizo predicar en el Oratorio de París. Ya ordenado fue enviado a Caen donde no tardó en ganarse reputación como misionero. La obra de las misiones fue su ocupación durante su permanencia en el Oratorio. Cuando se retiró de él para fundar la Congregación de Jesús y María continuó en esa tarea. La dirección de los seminarios que fundó no acaparaba su tiempo. Es sabido que en el origen los ordenandos que se iniciaban en la teología en las universidades pasaban en el seminario un tiempo corto. Venían para una preparación inmediata a la ordenación. Esto permitió al Padre Eudes continuar su obra misionera. Los primeros discípulos que agrupó a su alrededor eran los que lo acompañaban habitualmente en sus trabajos

apostólicos. Al reunirlos en congregación les propuso como fin la formación del clero en los seminarios y la obra de las misiones.

Conocemos que el éxito obtenido por el Padre Eudes y sus compañeros en las misiones fue prodigioso. Durante más de cincuenta y cinco años anunció la palabra de Dios no solo a la gente de los campos sino en las más grandes ciudades de Francia, Caen, Ruan, Rennes, Versalles, incluso en París donde fue llamado varias veces. Cuando reunió alrededor de su púlpito muchedumbre considerable se obraron conversiones.

Sus contemporáneos son unánimes en testimoniar: “He escuchado muchos predicadores en mi vida y muy hábiles tanto en Francia como en Italia, decía hablando de él Pedro Camus, antiguo obispo de Belley, pero jamás he escuchado a alguien legara adentro del corazón del hombre como ese buen Padre” (Citado por Costil),

“Algunos sacerdotes de Normandía, encabezados por el Padre Eudes, escribía san Vicente de Paul el 18 de junio de 1660, vinieron a hacer una misión en París con admirable bendición. El patio de Quinze-Vingts es muy grande y quedó muy pequeño para contener el gentío que vino a las predicaciones.

“El Padre Eudes trabaja aquí con bendición increíble, escribe Renty al Olier, el 16 de junio de 1648. El poder de su

gracia para exponer las verdades de la salvación, para descubrir el amor de Dios por nosotros en Jesucristo y el horror del pecado, ha penetrado de tal modo los corazones que los confesores están abrumados... Sus sermones son centellas que no dan reposo a las conciencias hasta que se abran y reconozcan sus pecados secretos hasta el punto que los confesores trabajan más por consolar que por conmover”.

El padre Olier por su parte se dirigió al Padre Eudes cuando pensó procurar a su parroquia de San Sulpicio el beneficio de una misión. “No conocía a nadie, dice el padre Faillon, que tuviera mejo el don de encinar la palabra de Dios y de procurar grandes conversiones que este hombre extraordinario al que llamaba *la maravilla de su siglo*, cuyo trabajo había dado hasta entonces los más abundantes frutos.”.

Nos engañaríamos si atribuyéramos estos clamorosos éxitos solo a la elocuencia natural del Padre Eudes. Es cierto que había recibido de Dios dones que lo hacían verdadero orador, voz flexible y sonora, aire noble y majestuoso, mirada muy expresiva, ademán sencillo y natural, impresionante facilidad de palabra, memoria feliz, imaginación rica y poderosa, carácter ardiente e impetuoso, y por encima de todo el don de sentir vivamente que permite al orador golpear en el corazón de sus oyentes y le

aseguraba el dominio de las multitudes (Hérambourg); estos dones naturales contribuyeron al éxito del Padre Eudes sin embargo es en la santidad de su vida y el carácter apostólico de su predicación donde debe buscarse el secreto. Al predicar buscaba solo la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y como para lograr éxito empleaba todos los medios sobrenaturales que sugiere la fe, sobre todo el olvido completo de sí mismo y la oración, veía sus esfuerzos bendecidos por Dios.

Sus hermanos iban por el mismo camino que él. Al mismo tiempo que les daba ejemplo de una predicación del todo apostólica les enseñaba en conferencias particulares la reglas que debían seguir para predicar útilmente. Todos buscaban asemejarse a él.

Para que en su congregación se conservaran estas normas y sus misioneros las tuvieran siempre presentes, el Padre Eudes decidió reunir las en un libro que llamó con el título significativo de *El Predicador apostólico*. Inicialmente, como lo dice en el prefacio, no era su intención publicarlo. Quiso dejarlo a sus hijos como un libro de familia que sería complemento de las *Constituciones*. Pensó luego que esta obra podía ser útil a otros y decidió que se imprimiera y fuera comercializado. Sin embargo, como lo había compuesto para los misioneros de la Congregación lo dedicó a ellos y les recomendó leerlo a menudo y sobre

todo observarlo; los amenaza de que si no lo hacen no los considerará como sus hijos: “Si siguen estas pautas, dice, les otorgará Dios los mismos beneficios que hasta ahora nos ha dado y quizás mayores. Si no lo aprecian y lo descuidan para seguir las normas del propio espíritu, la prudencia de la carne, la humana sabiduría, el deseo de agradar al mundo, les declaro en nombre y de parte de Dios que su Hijo amado y la divina Madre no los reconocerán como hijos de la Congregación, sino que los rechazará como a bastardos, pondrá su suerte con los hipócritas y falsos profetas en las tinieblas exteriores donde habrá llanto y rechinar de dientes. *Quien tenga oídos que oiga*”.

El Predicador apostólico fue escrito poco a poco. Vivía tan ocupado que no escribía un libro de un tirón. Cuando se puso a escribirlo no lo sabemos de forma precisa. Una cosa es cierta y es que en 1673 estaba ya decidido a publicar su tratado de predicación. Ya estaba avanzado y pensó en solicitar con miras a la impresión el privilegio real que le fue concedido el 20 de mayo. Sin embargo, todavía tardó en darle la última mano. Según Martine fue una de sus últimas obras. Incluso murió sin haberlo visto publicado. El padre Blouet de Bamilly, su sucesor, obtuvo la aprobación requerida de los doctores y bajo su cuidado *El Predicador apostólico* apareció en Caen, en Poisson, el 19 de junio de 1685. No parece que hubiera sido reeditado y quedó poco

conocido. Fuera de la Congregación eudista poco son los eruditos que saben de su existencia e incluso entre los miembros de la congregación poco lo han estudiado. Opinamos que es la primera obra sobre predicación que se publicó en francés. Esta circunstancia unida a la reputación del autor hubiera bastado para preservarlo del olvido. Pero su carácter práctico y el espíritu sobrenatural que lo inspiró hacen de él, incluso hoy, una obra útil para los predicadores que buscan procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

II. La predicación a comienzos del siglo XVII

Abusos y reforma

Para apreciar en sus detalles y subrayar su valor es necesario situar *El Predicar apostólico* en la época en que fue escrito y conocer lo que entonces era la predicación. Durante Enrique IV y Luis XIII había extraños abusos. El padre Maynard en su *Vida de san Vicente de Paul* los resume en una pintura llena de relieve de incontestable exactitud.

“A partir de la muerte de san Bernardo y hasta mediados del siglo XVI nuestros predicadores, dice, desconocían casi del todo la lengua de los antiguos romanos, desfigurada por alteraciones sucesivas. Desde que quisieron hablar francés se dejaron influenciar por el mal

gusto que había invadido más o menos todos los géneros literarios.

“Había una manía de erudición alimentada por la resurrección del culto de los antepasados. Los predicadores y los escritores, para dar autoridad a sus discursos, o para deslumbrar, se creían obligados a hacer un muestrario de toda suerte de fragmentos tomados de autores antiguos. Cada sermón era como un bazar, un museo, donde se exhibían las riquezas más heterogéneas; una ensalada, una marquetaría donde toda clase de colores y tonos venían a mostrarse según el capricho del gusto más extraño. Virgilio aparecía al lado de Moisés, Hércules acompañaba a David; a veces una frase empezaba en francés y continuaba en latín para terminar en griego. En una sola frase se habían escuchado profetas, evangelistas, escritores de Atenas y de Roma, Padres griegos y latinos.

“Además de esta manía de erudición existía la afectación, género precioso y amanerado: eran preámbulos inacabables, grandes rodeos, laberintos donde se perdían oradores y oyentes, historias apócrifas, figuras, comparaciones de abundancia inagotable, todo de mal gusto”.

“Los sermones de entonces, dice Houssaye, sacerdote, cuando no se convertían en diatribas contra los herejes solo contenían una moral traída de los autores paganos. Plutarco, Plinio, Séneca sobre todo, eran las grandes autoridades en los que se apoyaba la elocuencia del predicador. ¡Y qué elocuencia! El corazón estaba ausente y el espíritu de la peor especie se mezclaba con un gusto

prodigioso de imaginación sin norma y de memoria sin elección. Como si no hubieran bastado a los oradores sus propias lecturas para recoger los pesados materiales que llevaban al pulpito, colecciones numerosas con éxito asegurado ofrecían a quien quisiera abrirlas, comparaciones, metáforas, anécdotas las más insospechadas, alambicadas, hechas para abrumar en pura pérdida la atención del más valeroso oyente. En los sermones se hablaba de todo. Medicina, astronomía, jurisprudencia, historia natural, los recuerdos míticos y de la historia grecorromana usurpaban el puesto del evangelio. Pedro de Besse no acababa de decidirse a mostrar a Jesús que avanzaba al encuentro de Judas sin haber citado antes a Scaevola, Porsenna, “el fiel Zopiro” y Codrus; creía hacer honor al Salvador llamándolo “el verdadero Perseo, el auténtico Belleroforón que mató a la Medusa de la muerte”. El padre Gaspar de Ségura, a quien el presidente d’Ormesson llamaba célebre predicador, juzgaba útil, para mostrar la gratuidad de la gracia hacer intervenir las divinidades más presentables del Olimpo. Si damos fe al padre Cotton el paraíso era “un regio palacio, donde los planetas sirven de corredores, el firmamento de gran sala, el primer móvil de recámara, el cristalino de antecámara, el empíreo de oficina”.

En *El Predicador apostólico* el Padre Eudes denuncia estos abusos y denuncia su causa que es la vanidad. Lo hace también en el prefacio de su libro como culpable alteración de la palabra de Dios. En el cuerpo de su libro vuelve sobre este punto cuantas veces se presenta la ocasión. Sobre todo

en el capítulo XXVI ataca la vana retórica de los predicadores de moda “que se predicán a sí mismos” en lugar de predicar a Jesucristo crucificado; oradores que se esfuerzan por adular a sus oyentes en lugar de esforzarse por convertirlos; que “hacen resonar en los templos cristianos los nombres de Platón, Aristóteles, Séneca, Plutarco, el César, Alejandro Magno en vez de Jesucristo y de sus apóstoles”; que casi no citan la Sagrada Escritura ni los santos Padres; que llenan sus sermones de filosofía, matemáticas, medicina, jurisprudencia, griego, hebreo, siríaco, caldeo, para hacer ostentación de su ciencia”, que hacen alarde de bellas palabras, de períodos redondeados, discursos pomposos, puntadas agradables, florecillas de retórica y gentilezas mundanas”. El Padre Eudes juzga severamente estos tristes abusos que llama “la pérdida de la predicación” y que denuncia como la causa de la condenación de varios predicadores y de gran número de cristianos.

En la época del Padre Eudes se levantó una reacción muy fuerte contra tales abusos. Cupo este honor a sacerdotes eminentes que hicieron florecer en el clero de Francia el espíritu y las virtudes eclesiásticas. El Padre Eudes contribuyó en buena parte. En esto también siguió la brecha abierta por san Francisco de Sales y por el Padre de Bérulle. Por ese camino marcharon Vicente de Paul, Olier y otros reformadores del clero francés.

San Francisco de Sales inauguró entre nosotros la reforma de la predicación. Juzgó que el valor de un sermón venía no de la admiración que causaba sino de los frutos

que producía en las almas. Decía: “Si quieres saber en qué reconozco la excelencia y el precio de un predicador fíjate cuando los que salen, golpeándose el pecho, dicen: Haré el bien, y no cuando dicen: Qué bien hablé, qué cosas bellas dije. Decir bellezas con elocuencia es ostentar ciencia y elocuencia, pero cuando los pecadores se convierten y se retiran de sus malos caminos es signo de que Dios habla por la boca del predicador”.

Cuando no era más que joven preboste del capítulo de Ginebra, san Francisco de Sales predicaba ya mucho y, olvidándose de sí mismo para pensar solo en el bien de las almas deseñaba hacer solo demostración de ciencia y se limitaba a predicar el evangelio. Su Padre lo llevaba a mal y le decía un día: Preboste, predicas demasiado a menudo. Escucho incluso en los días de trabajo tocar para el sermón, y siempre me dicen: ¡El preboste, el preboste! En mis tiempos o era así. Las predicaciones eran escasas, pero ¡qué bellas predicaciones! Dios lo sabe. Doctas, bien estudiadas; se decían maravillas, se traía más el latín y el griego en una que tú no haces en diez. Todos salían admirados y edificados; se acudía a ellas en tropel; se hubiera dicho que iban a recoger maná. Pero ahora, ese ejercicio que haces es tan ordinario que no causa gran impresión y no te gana mayor estima”.

“Ves, añadía el santo al contar esto al obispo de Belley, ese papá hablaba como entendía. Puedes pensar que lo hacía por mi bien, pero solo me hablaba las máximas del mundo”.

Pedro Camus, antiguo obispo de Belley, en el libro *El Espíritu de san Francisco de Sales*, trata de la predicación. Los numerosos capítulos que le dedica bastarían para hacernos entender el pensar tan justo del santo obispo sobre esta función del ministerio. Pero el san Francisco de Sales mismo nos lo condesa en una carta dirigida el 5 de octubre a Andrés Frémiot, hermano de la señora de Chantal, quien acababa de ser promovido al arzobispado de Bourges. Es un breve tratado de la predicación. Se le ha dado a veces este nombre e incluso se ha dividido en capítulos y artículos a manera de un ensayo. Empieza por exponer el fin de la predicación que es, no agradar sino instruir y conmover. Luego con su gracia y sabiduría ordinaria explica el aporte que se puede sacar de la Sagrada Escritura, de los Padres, de la vida de los santos, del espectáculo del universo, de comparaciones y semejanzas. Luego expone la manera de exponer los misterios, de explicar las máximas de la Escritura, de componer la homilía, de hacer el elogio de los santos. Desarrolla el orden que se debe tener al exponer las pruebas, la manera llenar los puntos del sermón, la calidad de la acción y del estilo. Recomienda por encima de todo predicar sencillamente sin recurrir a los artificios que sugiere la vanidad. “El máximo artificio, dice, es no tenerlo. Es necesario que nuestra palabra sea ardiente por el afecto interior, que salga del corazón más que de la boca. Se ha dicho bien que el corazón habla al corazón y la lengua habla a los oídos”.

En París el Padre de Bérulle daba a sus discípulos consejos análogos Consagrados al santo ministerio los

sacerdotes del Oratorio predicaban mucho en su capilla de Saint- Honoré y también en iglesias de París y alrededores. Bérulle se esforzaba por inculcarles alta idea de la predicación al recordarles que en el púlpito el sacerdote no habla en su nombre sino en el nombre y el lugar de Jesucristo. “Ahora que está en el cielo, decía, busca un espíritu, un corazón, una lengua para anunciar su palabra y su verdad a las almas; denle su espíritu, su corazón, su lengua, para que los haga suyos y le sirvan para sus santas operaciones y sea glorificado. Que hable él y no ustedes”. Quería que se prepararan para la predicación más con la oración que con el estudio. “Te envié a Toulouse para predicar el adviento y la cuaresma, escribía a uno de los suyos, te pido que te dispongas a prestar a Nuestro Señor este servicio. Haces su tarea en ese pueblo en su lugar. Hay que hacerlo con su espíritu y con su gracia, la que hay que pedir con humildad y oración; te exhorto una vez más a que emplees el tiempo necesario para predicar sólida y útilmente La primera disposición es la caridad y la oración, la segunda es la ciencia”.

Los padres del Oratorio solo predicaban el evangelio. Les recomendaba Bérulle no citar autores paganos, y en cuanto a los Padres de la Iglesia se hicieran eco de su enseñanza, pero citarlos parcamente. Sobre todo, debían predicar con sencillez. Abstenerse de flores tan vanas como ridículas de las que predicadores de moda creían debían adonar sus discursos.

Pronto apareció san Vicente de Paul que ejerció en la predicación una influencia mayor que la de san Francisco de

Sales y de Bérulle. Fundador de una congregación que inicialmente no se proponía sino la evangelización del campesinado quiso que sus discípulos, y más tarde los eclesiásticos que frecuentaban las conferencias de San Lázaro, adoptaran una manera de predicar del todo apostólica. El padre Portail reunió su enseñanza sobre la predicación en un grueso volumen infolio. Almérás lo juzgó demasiado extenso e hizo un compendio que los biógrafos de san Vicente se complacen en citar. Por su parte el mismo san Vicente expuso lo que llamó su *pequeño método*, en una conferencia que dio a sus hijos al fin de su vida y que fue conservada. La idea dominante de ese método es que la predicación para ser útil debe ser sólida y sencilla. ¿Cómo predicaban los apóstoles? se preguntaba san Vicente. Buena, familiar y sencillamente. Nuestra manera de predicar debe ser con lenguaje común, muy simple, con sencillez y familiaridad. Para predicar a la manea de los apóstoles, es decir para predicar útilmente, se necesita, mis padres, hacerlo sencillamente, con un lenguaje familiar que todos puedan entender y sacar provecho”.

“Créanme, decía, busquen predicar como Jesucristo. Ese divino Salvador podía, si lo hubiera querido, decir maravillas, revelarnos los más elevados misterios, con estilo y en términos proporcionados pues él mismo era el Verbo y la sabiduría del Padre eterno; sin embargo, sabemos cómo predicó, sencilla y humildemente, para acomodarse al pueblo y darnos el modelo y la manera de tratar la santa palabra”.

Del “método pomposo” que consiste en hacer bellos discursos sin provecho para los oyentes san Vicente de Paul se burlaba con finura: ¿Qué significa toda esa fanfarria? ¿Querer demostrar que se es buen retórico, buen teólogo? Es extraño pues escogió el mal camino Para adquirir la estima de los sensatos y la reputación de hombre elocuente hay que saber persuadir al auditorio y alejarlo de lo que debe evitar. ¿Se hará escogiendo bien las palabras, elaborando bien las frases, pronunciando el sermón con tono elevado, declamatorio, que pasa muy alto por encima? ¿Estas predicaciones obtienen la finalidad, persuaden fuertemente el amor a la piedad y el pueblo se siente conmovido y acude a la Penitencia? Lejos de eso, muy lejos”.

San Vicente de Paul pedía además a sus misioneros que siguieran un plan uniforme en sus predicaciones. Pedía que se empezara por exponer los motivos para huir del vicio y de practicar la virtud, que se explicara claramente la naturaleza y que finalmente se tratara de los medios que debían emplearse para alanzar el fin indicado. *Motivos, naturaleza. medios*, estimaba ese plan como el mejor, e incluso el solo bueno. “Para llevar el espíritu del hombre a las cosas espirituales, decía, ignoro si se ha inventado otra manera de hacerlo que hacerlas ver claramente. No hay mene bien hecha que no se rinda a la eficacia de este método. No veo otro mejor. Para no verlo así “habría que sacarse los ojos”.

San Vicente defendía mucho su método. “Dios sabe, decía a sus hijos un día, que, hasta tres veces, por tres días,

me puse rodillas ante un sacerdote, que por entonces pertenecía a la Compañía pero que ya no está, para pedirle con toda instancia que podía, que predicara y hablara sencillamente y siguiera las notas que se le habían dado sin lograrlo nunca. Hacía conferencias preparatorias a la ordenación sin reportar ningún fruto y todo ese amasijo de pensamientos y períodos escogidos se desvaneció como humo. No es el fasto de palabras lo que aprovecha a las almas sino la sencillez y la humildad. Ellas traen a los corazones la gracia de Jesucristo”.

Los ejemplos y las lecciones de san Vicente de Paul contribuyeron mucho a la reforma de la predicación. Oros trabajaron en lo mismo y con el mismo celo, pero el renombre que se había hecho en París por su mérito y sus altas virtudes, la influencia inmensa que ejerció en el clero sea por sí mismo sea por sus discípulos dieron a su acción especial eficacia. Sus relaciones con Bossuet, quien se había preparado EN San Lázaro para el sacerdocio y volvió allí repetidamente a predicar el retiro de ordenandos vinieron a aumentar su lucha por la predicación y hacerla decisiva. La reforma de la predicación había avanzado mucho cuando Bossuet empezó a predicar san Francisco de Sales, Bérulle, Vicente de Paul, el Padre Eudes y muchos otros obreros evangélicos la había mondado mucho de los abusos y le habían restituido el carácter apostólico que hace su fuerza. El genio de Bossuet acabó por reconducirla por el camino del que nunca se debió apartar. Inspirados en los principios de los reformadores del clero le devolvieron su honor. Se ha dicho que “en la escuela de san Vicente de Paul tomó esa

varonil sencillez que caracteriza su palabra”. Monseñor Freppel que lo dice se confiesa su discípulo y en sus obras aparece buena parte de las enseñanzas del fundador de la Misión y de sus émulos en el púlpito.

III. La predicación según san Juan Eudes

El Predicador apostólico es un tratado completo de la predicación. El autor no omite ninguna de sus cuestiones al respecto: excelencia de la predicación, cualidades que deben tener los predicadores, disposiciones requeridas para predicar con fruto, objeto de la predicación, manera de tratar los diversos temas, estilo, pronunciación, gestos y ademanes, pose en el púlpito. Trata todas esas cuestiones y para cada una da normas, no para captar aplausos sino para bien de las almas. No entramos en detalles de cada una de las cuestiones, sino que destacaremos las ideas madres del tratado.

Primero que todo el Padre Eudes insiste en el carácter sobrenatural de la predicación. Nos la muestra como función del todo divina. Para encontrar su origen hay que remontar al seno del Padre eterno donde El Verbo nace. Tiene como finalidad la formación de Jesús en los corazones y, por ende, la extensión del reino de Dios y la salvación de las almas. En sí misma es un ministerio que consiste en hacer hablar a Dios y a servir de instrumento a Jesucristo. “Los predicadores, dice, son ángeles encarnados del Señor, mensajeros del cielo, heraldos de la Trinidad santa,

trompetas del Padre eterno, embajadores del Hijo de Dios, voz del Espíritu Santo, cooperadores de Dios en la obra de la salvación de las almas” (Capítulo II). Como el cuidado que se aporta a la predicación, como a las demás obras, depende mucho de la idea que nos hacemos de ellas, el Padre Eudes se detiene complacido en bellas consideraciones. Así empieza su libro y tiene ya en germen sus enseñanzas.

Puesto que la predicación es obra del todo divina el Padre Eudes no puede entender que haya quien se comprometa en ella por ambición o interés. Dios se reserva, pensaba, escoger intérpretes de su ley y a quienes llama a ese santo ministerio deben prepararse por una vida ejemplar. Debe, en efecto, hacer comprender y gustar las verdades austeras del santo evangelio a quienes, siguiendo el divino Maestro comienzan por ponerlas en práctica: *Empezó a hacer y a enseñar* (Hech 1, 1). Quiere el Padre Eudes que sacerdote sea “todo voz” y que nada en su persona, sus comportamientos, su marcha, sus ojos, sus manos, sus pies, sus gestos, su vestir, y en todo lo que tiene, no solo en el púlpito y en la iglesia, sino dondequiera se encuentre predique piedad, modestia, humildad, sencillez, honestidad y toda suerte de virtudes”.

El predicador que quiere hacer la obra de Dios entre los hombres, debe además elevarse por encima de toda preocupación personal en el ejercicio del ministerio. “Que destierre de su corazón, dice el Padre Eudes, toda búsqueda de interés personal, de propia satisfacción y sobre todo de toda vanidad”. Y añade: “Sería un desorden escandaloso

buscarse así mismo al predicar. El sacerdote que lo haga no será ministro de Jesucristo sino discípulo de Lucifer y se expone a sus mismos castigos. La vanidad es el más peligroso de todos los vicios de que debe precaverse el predicador. Perjudica la predicación y la hace estéril para el pueblo y funesta para el predicador. ¿No nos lleva acaso a tratar asuntos novedosos, cuestiones rebuscadas, pulir discursos, llenarlos de lo que el padre Eudes llama desdeñosamente “floreillas” y a adornarlos con todo el arte de que somos capaces? San Vicente de Paul lo denunciaba a sus misioneros en términos muy enérgicos. También lo hace el Padre Eudes. En *El Predicador apostólico* se esfuerza por desenmascarar todas las astucias de ese funesto vicio para ayudarnos a escapar de él.

No basta para el predicador purificar sus intenciones. Por estar llamado a un ministerio del todo divino olvidarse de sí lo más posible ante Dios, a quien solo presta su capacidad. Sabemos la importancia que el Padre Eudes da al renunciamento en la vida cristiana. Para él es factor fundamental. Y se entiende bien, pues siendo la vida cristiana la vida de Jesús en nosotros exige que en lugar de obrar según nuestro deseo nos dejemos conducir por el divino Maestro. Pero si el renunciamento es necesario al cristiano para vivir como discípulo de Jesucristo, lo es con mayor razón al sacerdote que habla en nombre de Dios. Por eso también nos recomienda que cuando vamos a predicar reconozcamos ante todo nuestra incapacidad y nuestra indignidad, que renunciemos a nosotros mismos, a los descubrimientos de nuestra mente, a nuestros talentos

reales o imaginarios, a la ciencia que hemos acumulado, y darnos a Dios para aprender de él lo que hay que decir y la manera de decirlo. Con esta condición hablará por nuestra boca y nuestra predicación, libre de toda mezcla, llevará a los corazones la luz y la unción que conmueve y convierte.

No nos sorprenderá ver al Padre Eudes recomendar con insistencia a los predicadores el ejercicio de la oración que es condición esencial y la preparación principal de toda predicación útil. “En la oración, dice, Dios ilumina la mente para hacernos ver la importancia y la belleza de las verdades cristianas, allí hace ardiente el corazón para gustar y amar. Si nos persuadimos de ello, vivamente conmovidos tendremos gran facilidad para hacer entender a los demás e imprimir esas verdades fuertemente en sus corazones. Las verdades con que Dios ilumina nuestros corazones en la oración tienen poder incomparablemente mayor para inflamar los corazones que la que podemos sacar de los libros sin haberlas meditado y considerado ante Dios. San Gregorio Magno y santo Tomás de Aquino dicen que la predicación debe proceder de la plenitud de la contemplación como de su fuente y que los predicadores deben ser hombres perfectos que salen de la oración llenos de la suavidad infinita de la bondad de Dios para dar a los demás de su abundancia y proclamar con altura las maravillas de su divina Majestad”.

El sacerdote no es sin embargo en el ministerio de la predicación un instrumento pasivo en las manos de Dios. Dios le pide, por el contrario, cooperación a la vez activa y muy clara. Por eso desde las primeras páginas de su libro el

Padre Eudes pone en guardia a los predicadores contra la pereza, la dejadez, la negligencia y los urge a abrazar gustosamente la ley del trabajo y consagrarse al estudio y aportar mucho cuidado a la preparación de sus sermones. La oración fecunda el trabajo, pero no lo remplace. Todos los predicadores que han honrado la Iglesia por sus trabajos apostólicos fueron a la vez hombres de oración y de trabajo. Y por el contrario la poca fecundidad del ministerio sacerdotal viene muy a menudo de la repugnancia por el trabajo intelectual tanto como de la falta de oración.

El sacerdote debe estudiar antes que todo la Sagrada Escritura y especialmente el Evangelio pues son el tema ordinario de su predicación. Quería el Padre Eudes que leyera cada día algunos pasajes e incluso aprendiera de memoria algunos textos. A esa lectura recomienda añadir el estudio de comentarios serios como los de Barradas y Cornelio A Lapide. También aconsejo leer algunos Padres de la Iglesia, sobre todo san Agustín, san Juan Crisóstomo, san Gregorio el Grande y san Bernardo, como también recurrir a la Suma Teológica de santo Tomás de Aquino, y a cierto número de obras que consideraba útiles para los predicadores (capítulo 6).

Para aprender a manejar la lengua aconseja la lectura de una obra francesa escrita con esmero, de estilo claro, sencillo, natural, no rebuscado ni ampuloso. Sin embargo, bajo ningún pretexto quiere ver en manos del sacerdote libros que como la mayoría de las novelas no hacen sino mancillar su imaginación o invadir su espíritu de las máximas del mundo. “Esos libros, dice, hacen parte de la

biblioteca del Anticristo y solo se deben tocar para echarlos a la candela”.

La meditación de las verdades evangélicas y el estudio de la propia lengua constituyen lo que llamarse la preparación general del predicador. Pero cada sermón merece una preparación especial y seria. No concibe el Padre Eudes que se suba al púlpito sin estar bien preparado sea la ciencia o la facilidad que se tenga. “Si es tentar a Dios, dice, presentarse a la oración sin preparación, cuánto más hacerlo a la predicación”.

La preparación próxima consiste en reunir los materiales necesarios para tratar un tema, y disponerlos en orden conveniente. Encontramos en su libro gran número de consejos prácticos que sería largo recordar. Digamos solo que el autor no está de acuerdo que los predicadores, al menos los que predicán habitualmente, escriban sus sermones por entero, los aprendan de memoria y los declamen palabra por palabra. Este método, seguido por algunos, pide demasiado trabajo y tiene el inconveniente de perjudicar la libertad del orador sometiéndolo a un texto del que no tiene el peligro de disminuir el fervor y la vehemencia de la palabra. Pero si no están escritos palabra por palabra, los sermones deben estar tan bien concebidos y digeridos en la mente del predicador que no tengan, sino que pasar por su corazón y por sus labios. Para ello propone diversos métodos todos recomendables y entre los que el orador puede escoger.

El objetivo de la predicación es doble: instruir y conmover. Como san Pablo y san Francisco de Sales el Padre

Eudes no admite que la predicación busque solo agradar al auditorio. Pero también recomienda no decir algo que pueda chocar. Recomienda servirse de transiciones variadas, hablar correctamente, ser muy natural en el porte, los gestos, la posición en el púlpito. Señala algunos defectos particularmente chocantes que es preciso evitar.

Para instruir a los fieles, el predicador debe tener cuidado de ponerse a su alcance y preferir la claridad del discurso. No tema indicar bien el tema que se quiere tratar, el fin que se propone, las divisiones del discurso y tenga cuidado, cuando pase de una consideración a otra, advertirlo al auditorio. Que hable sencillamente, sin agudezas ni rebuscamiento. Solo así se puede ser comprendido.

Sin embargo, el predicador debe intentar conmover los corazones más bien que iluminar los espíritus, sobre todo cuando se trata de predicaciones extraordinarias como las que se dan en las misiones. El arte de conmover los corazones no se enseña. El Padre Eudes da sin embargo algunos consejos muy apropiados que pueden ayudar. El medio principal es el recurso a la oración. “No hay corazón tan frío, dice, que una buena meditación no inflame de amor a Dios y a las almas.

“Busque por tanto el predicador en la oración el fervor interior que pretende comunicar a su auditorio. Partiendo de un corazón abrasado de amor a Dios y de caridad a las almas sus palabras serán “como carbones ardientes”, capaces de calentar y abrasar los corazones más fríos, y dice con san Francisco de Sales: “Si la lengua llega solo a los oídos, el corazón habla siempre al corazón”.

Al fin de *El Predicador apostólico* el Padre Eudes indica las normas que deben seguirse para hacer la catequesis. No están fuera de lugar pues en las misiones se atendía cuidadosamente la enseñanza del catecismo y además el catecismo es una forma familiar de predicación. Incluso ayuda a abordar con éxito la predicación propiamente dicha. El Padre Eudes lo consideraba entre otras ventajas como medio excelente de liberarse de la declamación y habituarse a hablar con sencillez natural.

IV. Fuentes de El Predicador apostólico

En el prefacio el Padre Eudes nos advierte que se inspiró en las enseñanzas de varios santos y excelentes predicadores que escribieron sobre la materia. El más célebre es san Pablo. En sus cartas a los Corintios y a Timoteo trata magistralmente de la predicación apostólica. Con singular energía habla de su objeto, caracteres y efectos, al tiempo que condena los abusos que empezaban a aparecer. Había meditado las enseñanzas del apóstol sobre la predicación; su libro le hace eco fiel y es comentario práctico.

Se inspiró también de la carta de san Francisco de Sales al obispo de Bourges. Sobre todo, cuando trata de las fuentes de la predicación, de la manera de tratar los diversos temas y de la acción oratoria le sirve de guía. En muchos casos se apropia no solo de las ideas sino de las expresiones del santo doctor.

Luego de ellos es deudor de san Francisco de Borja. Siendo eminente predicador dejó un buen tratado: *De ratione concionandi*. Uno de sus biógrafos dejó un resumen que el Padre Eudes publicó al final de su libro. Hay allí numerosas prácticas de piedad que el Padre Eudes recomienda al sacerdote para atraer sobre su predicación las bendiciones de Dios tomadas de la escuela del ilustre santo.

Se inspiró además del tratado *De consideratione* de san Bernardo, de la Vida de san Francisco Javier y de su *Carta al padre Gaspard Barzée*; también de los consejos recibidos en su juventud del cardenal de Bérulle. Señala igualmente las enseñanzas útiles para la predicación de *Los lugares comunes de la Escritura* de Balinghem, y el *Año cristiano* del padre Suffren. Recurrió a él posiblemente al escribir *El Predicador apostólico*.

Así el Padre Eudes se haya servido de ayudas su libro es ante todo más el fruto de su larga experiencia que de sus lecturas. En él encontramos, en el tema que se va a tratar, en la composición de sus sermones, en la elocución, en los gestos, los defectos más ordinarios de los predicadores y multitud de detalles prácticos resultado de sus observaciones personales. Además, incluso cuando se apoya en la Escritura o en los santos, la relación afortunada que hace entre los textos que cita y las reflexiones en las que los encaja da a su pensamiento una nota impactante de originalidad. Baste leer por ejemplo las reflexiones que hace al comienzo de su libro sobre la naturaleza y la excelencia de la predicación. Tienen fundamento en textos conocidos

de la Sagrada Escritura. Encontramos pensamientos de gran elevación que no acostumbramos encontrar en obras sobre la predicación. Para algunos esos pensamientos tienen cierto aire de novedad. El padre Hérambourg que destaca cuidadosamente cuanto puede redundar en honor del Padre Eudes lo entendió bien y por ello no ahorró citar esas páginas de admirable belleza (Virtudes, ap. 26).

P R E F A C I O

A los predicadores y catequistas misioneros de la Congregación de Jesús y María

Entre las divinas cualidades que el Espíritu Santo da a nuestro Salvador en los Libros Sagrados, sobresale la señalada con estas palabras que pone en sus labios: *Dios me ha establecido en su montaña santa de Sion, como rey y predicador, para anunciar sus divinos mandatos* (Sal 2, 6). Es la tarea principal de su misión: *Para esto he sido enviado* (Lc 4, 43). *Mi Padre me envió para evangelizar a los pobres* (Lc 4, 18).

Sin embargo, no quiere estar solo en la predicación de su Evangelio. Quiere que lo acompañen otros predicadores. Como nos ha hecho partícipes de su admirable Sacerdocio y de sus muy nobles prerrogativas, de su condición de mediador entre Dios y los hombres, de su calidad de salvador para cooperar con él en la salvación de

todos y de juez para ejercer su juicio en el tribunal de la Penitencia, quiere asociarnos también en su oficio de predicador. Nos dice: *“Como el Padre me envió así los envió yo”*. Mi Padre me envió para anunciar a los hombres su divina palabra y para darles a conocer sus voluntades. Los envió para que anuncien el mismo Evangelio y las mismas verdades que yo prediqué.: *“Como el Padre me envió así los envió yo”* (Jn 20, 21).

El soberano Pastor dirige estas palabras, primera y principalmente, a todos los pastores de su Iglesia. *Praecipuum onus , praecipuum munus*, dice el Espíritu Santo en el sagrado concilio de Trento³. Las dirige igualmente a todos los eclesiásticos que él ha escogido y llamado para anunciar su divina palabra, numerosos hoy en todo el mundo.

¿Y entonces, cómo es posible que veamos actualmente tantos predicadores y tan pocos cristianos auténticos? ¿Tantos predicadores y tan pocas conversiones? Hay dos causas:

Una viene de los oyentes que no tienen las disposiciones requeridas para escuchar como es debido la santa palabra de Dios y para llevarla provechosamente a la práctica.

La otra viene de los predicadores que asumen este divino ministerio sin verdadera vocación de Dios. En este oficio solo los mueve la ambición o el interés, o algún otro

³ (Principal encargo, principal oficio) Sesión 5, c. 2

motivo humano y terrenal. En lugar de predicar a Jesucristo, se predicán a sí mismos. En vez de predicar la auténtica palabra de Dios y las verdades evangélicas, predicán palabras meramente humanas, pensamientos e imaginaciones de su mente, como dice san Pablo, adulterando y corrompiendo la palabra de Dios, pues predicán cosas curiosas y altisonantes, más propias para alimentar vanas curiosidades que para nutrir a los fieles con el pan sólido de la doctrina celestial. Predican historietas, con mucho cuidado y artificio elaboran discursos pulidos y elegantes, más hechos para agradas los oídos corporales que para conmover los corazones. Se esmeran más por agradar a sus oyentes que por convertirlos. Se contentan, como los fariseos, con predicar las verdades cristianas sin darse la pena de practicarlas: *Dicen, pero no hacen* (Mt 23, 3). Sirven a los fieles, en la mesa de Dios, buenas viandas, es decir buenas verdades, pero que no han sido cocidas con el fuego sagrado de la caridad, pues predicán solo con los labios y no con el corazón. Se parecen a aquel que habiendo invitado a sus amigos a comer les sirve alimentos exquisitos, pero del todo crudos.

Esta es la causa del poco fruto que obtienen tales predicadores. Cuídense bien, mis muy queridos hermanos, de ser de ese número, si no desean ser del número de los réprobos. Todos los predicadores, incluidos los muy santos, deben temblar al escuchar la voz del predicador de los gentiles que afirma vigorosamente que después de haber

predicado a los otros no sea que termine condenado⁴. Es posible decir a aquellos que así predicán: tiemblen, tiemblen, lloren, láméntense, griten, vociferen a la vista de las desgracias y males grandes que están para llegarles (Sant 5, 1). No hay lugar para un quizás en su reprobación. Es claro que si no hacen penitencia y si no dejan de adulterar la palabra de Dios acompañarán a los desgraciados predicadores de que habla el gran predicador y apóstol de las Indias, san Francisco Javier, diciendo que serán por siempre pasto de las llamas devorantes del infierno. Puede decirse de ustedes lo que el Hijo de Dios dijo a uno de sus apóstoles y de los primeros predicadores de su Evangelio: *¡Ay de ti! Hubiera sido mejor que nunca hubieras nacido* (Mt 26, 24). Así se habla de quienes se entrometen en el oficio de predicador y tratan indignamente este ministerio tan digno e importante. Predicar de esta manera es profanar y corromper la divina palabra. Es hacerla vana, inútil e infecunda. Es volver nada el fruto de la cruz y de la pasión del Salvador, según palabras del apóstol (1 Cor 1, 17), y por tanto, hacerse culpable de horrendo sacrilegio. Es privar a los hijos de Dios del verdadero pan de vida y del alimento celestial que su Padre les ha dado, y por tanto ser homicida de sus almas.

¿Quieren, mis muy queridos hermanos, evitar todos estos crímenes y precaverse de los suplicios espantosos que les son preparados en el infierno? Acojan este librito que les entrego de parte del soberano predicador, Nuestro Señor

⁴ 1 Cor 9, 27:: No sea que después de predicar a los otros, quede yo descalificado.

Jesucristo. Léanlo con atención y repetidamente. Impriman en su mente y en su corazón su contenido. Observen cuidadosamente las reglas que les da para predicar apostólicamente. En parte las he tomado de varios santos y excelentes predicadores que escribieron al respecto. Son además mi experiencia de más de cincuenta y cinco años durante los cuales Dios me ha concedido la gracia de anunciar su divina palabra en gran cantidad de misiones dirigidas no solo a pobres gentes del campo sino también en las principales ciudades de Francia. Y (si me está permitido, a mí miserable pecador, me aplico las palabras del apóstol): *No con palabras sabias y persuasivas de sabiduría humana* (1 Cor 2, 4, 13) sino con la sencillez del Evangelio. Y, sin embargo, ustedes son testigos de las grandes bendiciones que ha tenido a bien la infinita Bondad conceder y los frutos extraordinarios que ha obtenido para la salvación de muy grande número de almas. Se tributen honor y gloria únicamente a su divina Majestad.

Si ustedes siguen estas mismas indicaciones, Dios les concederá las mismas bendiciones y quizás aún mayores. Si las menosprecian y las desatienden para seguir las que la ambición, la prudencia de la carne, la sabiduría humana, el deseo de agradar al mundo les sugieran, les declaro, mis hermanos (y me dirijo principalmente a los predicadores y catequistas misioneros de la Congregación de Jesús y María), les declaro, repito, en el nombre y de la parte de mi Dios, que su muy amado Hijo y su divina Madre no los reconocerán como hijos de su Congregación, sino que los rechazarán como bastardos y les asignarán su parte con los

hipócritas y los falsos profetas en las tinieblas exteriores donde habrá llamo y rechinar de dientes. *El que tenga oídos que escuche* (Mt 11, 15).

Ruego a mi benignísimo Salvador, por el amabilísimo Corazón de su divina Madre, que no permita que alguno de ustedes incurra en esta desgracia. Que en cambio conceda a todos, en especial a los que son llamados al ministerio de la predicación y de la catequesis, un corazón humilde, dócil y sumiso, a fin de que, desprendidos completamente de sus inclinaciones, de su propio sentir, sigan las instrucciones y consignas señaladas en este libro. Inicialmente lo escribí sólo para ustedes, pero luego decidí publicarlo, con la esperanza puesta en la bondad incomparable de quien es la única fuente de todo bien. Que él le dé su bendición y así pueda ser de utilidad para muchos otros.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo deben ser los predicadores

Siendo la predicación de la palabra de Dios una de las más divinas e importantes funciones de la Iglesia, se debe poner sumo cuidado al escoger los que van a emplearse en este divino ministerio, para que el Evangelio sea anunciado, en lo posible, sólo por quienes tengan las cualidades aptas para tan grande y santo oficio. La primera es que sea presbítero o diácono.

Las otras cualidades están bien descritas en las siguientes palabras que tomo en parte de la Sagrada Escritura y en parte de san Bernardo. Son instrucción valiosa y dan preciosas consignas a los predicadores. Ojalá la frecuente y atenta consideración de estas palabras sea la ocupación de quienes ejercen este santo oficio. Podrán darse cuenta de cómo están distantes del estado que muestran y piden. Quiera Dios que lleven a humillarse y a trabajar con cuidado por adquirir la perfección necesaria de tan santo empleo mediante la práctica de lo que expresan.

Sean enviados a predicar:

-los que actúan en representación de Cristo nunca rehúsen si son enviados, ni se presenten si no son llamados (San Bernardo)

-los que se excusan por timidez, no rechacen tercamente esta misión (San Bernardo)

-los que buscan solo la gloria de Dios y no la de este mundo (Jn 7, 18)

-los que han aprendido de Cristo a ser humildes y bondadosos, y demuestran a todos máxima bondad (Mt 11, 29; Tito 3, 2)

-los que son prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mt 10, 16)

-los que no son movidos por avaricia (Heb 13, 5); los que no van tras el oro ni tienen su esperanza en el dinero y los tesoros (Sir 31, 8); los que, como hombres de Dios, buscan

la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la bondad ((1 Tm 6, 11)

-los que se dedican a la oración y al ministerio de la palabra (Hch 6, 4), y en todo confían más en Dios que en su habilidad y trabajo (San Bernardo)

-los que de tal manera están colmados de espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor del Señor que quienes los escuchan participan de su plenitud (Is 11, 2-3; Jn 1, 16)

-los que procuran hacer el bien no solo ante Dios sino ante los hombres (Ro12, 17), cuidando su buen nombre y sin envidiar el ajeno (San Bernardo)

-los que son en verdad luz del mundo y sal de la tierra, y procuran ser ejemplo para los fieles en la palabra, la conducta, en la caridad, en la fe, en la castidad (Mt 5, 13-14; i Tm 4, 12)

-los que son ejemplo de buenas obras y son como vasos consagrados para usos nobles, útiles al Señor y dispuestos para toda obra buena (Tit 2, 7; 2 Tm 2, 21)

-los que hacen y enseñan, y son antorchas ardientes y brillantes; y hacen brillar su luz ante los hombres de modo que al ver sus buenas obras glorifiquen al Padre celestial (Mt 5, 19; Jn 5, 35; Mt 5, 16)

-los que son buen olor de Cristo en todo lugar (2 Cor 2, 15)

-aquellos cuyo ingreso es pacífico, su conducta santa, su salida irrepreensible (San Bernardo)

-aquellos cuya palabra es edificante, su vida es justa, su presencia grata, cuyo recuerdo es bendito (San Bernardo)

-los que son amables no de palabra sino de obra; dignos de respeto no por su altanería sino por su servicio (San Bernardo)

-los que se hacen humildes con los humildes, inocentes con los inocentes, severos al refutar; que llaman la atención a los soberbios, que increpan a los malhechores (San Bernardo)

-los que procuran solícitamente mostrarse irreprochables ante Dios, como obreros que no tienen de qué avergonzarse, los que son fieles intérpretes de la palabra de la verdad (2 Tm 2, 15).

-Los que evitan hablar de cosas profanas e inútiles, y novedades mundanas en el lenguaje (2 Tm 2, 16)

-los que no adulteran la palabra de Dios, sino que hablan en Cristo, sinceramente, como enviados de Dios y en su presencia (2 Cor 2, 17).

-los que predicán el Evangelio de Dios, no para agradar a los hombres sino a Dios que conoce los corazones; ni usan palabras de adulación, ni son movidos por la avaricia, ni buscan ser alabados por los hombres (1 Ts 2, 4-6)

-los que no desprecian a la gente sencilla, sino que la instruyen; que no se congradan con los ricos sino que los

incitan al temor; que no desatienden a los pobres sino que los aman (San Bernardo)

-los que denuncian al pueblo de Dios sus pecados y a la casa de Jacob sus crímenes, para que hagan penitencia y se conviertan al Señor (Is 58, 1)

-los que predicán movidos por el poder de Dios, y no con elevada elocuencia, ni con palabras sabias y persuasivas de sabiduría humana, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo (1 Cor 2, 1.4-5; 1, 17)

-los que proclaman la palabra a tiempo y a destiempo; que convencen, reprochan, exhortan con toda paciencia y doctrina (2 Tm 4, 2)

-los que se hacen débiles con los débiles, siervos de todos, y todo para todos, de modo que todos sean atraídos a Dios (1 Cor 9, 19.22)

-finalmente los que se conducen según el Evangelio de Cristo que anuncian (Fp 1, 27).

CAPÍTULO II

Excelencia e importancia del oficio de la predicación considerado en sí mismo, en su origen y finalidad

Los predicadores deben considerar a menudo la muy grande importancia y sublimidad de su oficio. No deben hacerlo por vanagloria ni para pedir alabanzas. Más bien,

deben humillarse profundamente a la vista de su indignidad y de su incapacidad para ministerio tan digno y tan elevado. Nada deben omitir, en cuanto dependa de ellos, para cumplirlo debidamente.

Deben tener ante sus ojos, en especial cuando se preparan para predicar, que este oficio, considerado en sí mismo, en su origen y su finalidad, es excelente y de grandes consecuencias.

En sí mismo es un oficio de mucho mayor provecho que el de los predicadores de la antigua Ley, o sea, el de los profetas, pues hay diferencias entre los predicadores antiguos y los nuevos. Los antiguos predicaban la ley de Moisés y suministraban a sus oyentes la letra y no el espíritu. Los nuevos predicán el Evangelio de Jesucristo, administran y comunican el espíritu a sus oyentes si no ponen impedimento. Como dice san Pablo: *Nos hizo idóneos ministros en la letra y el espíritu; pero, según el texto griego: no de la letra sino del espíritu, (2 Cor 3, 6.8)*. Leemos también en dos lugares de los Hechos de los Apóstoles, que, al predicar san Pedro, el Espíritu Santo descendió sobre los que escuchaban la divina palabra: *Hablando Pedro, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la palabra (Hch 10, 44)*. Habiendo empezado a hablarles, dice este gran apóstol, el Espíritu Santo descendió sobre ellos: *Al comenzar a hablar, vino sobre ellos el Espíritu Santo (Hch 11, 15)*.

Es digno de admiración que este ministerio nos sea común con los más grandes santos de la nueva Ley, es decir, con los santos apóstoles, y con nuestro Señor Jesucristo.

Predicar es obra grande y agradable a su divina Majestad; él asegura a sus predicadores que amará, asistirá y recompensará a quienes los reciban como si lo recibieran a sí mismo, y como si recibieran a su Padre eterno: *Quien reciba a ustedes, me recibe; y el que me recibe, recibe al que me envió* (Mt 10, 40). Y que, en cambio, en el día del juicio, castigará a quienes no los hayan recibido ni escuchado, con mayor rigor que a los habitantes de Sodoma y Gomorra: *Será más tolerable para los habitantes de Sodoma y Gomorra en el día del juicio* (Mt 10, 15).

Es asombroso que la predicación de la divina palabra haya destruido la idolatría y la tiranía de Satanás; que por ella la santa Iglesia haya sido establecida en toda la tierra, a pesar del furor y resistencia del infierno.

Es muy maravilloso que predicar sea distribuir a los hijos de Dios el pan de vida y de vida eterna, para mantener, fortalecer y perfeccionar en ellos la vida divina que recibieron del Padre celestial en su nuevo nacimiento por el bautismo: *Tú tienes palabra de vida eterna* (Jn 6, 69).

Los predicadores evangélicos son los ángeles encarnados del Señor, los mensajeros del cielo, los querubines y serafines de la Iglesia, los heraldos de la santísima Trinidad. Por eso inician su predicación diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*.

Los predicadores apostólicos son trompetas del Padre eterno, embajadores del Hijo de Dios: *Actuamos en nombre de Cristo* (2 Cor 5, 20), son instrumentos del Espíritu Santo, coadjutores (2 Cor 3, 9) y cooperadores de Dios en la más grande de las obras que es la salvación de las almas.

Son precursores de Nuestro Señor Jesucristo, que ejercen el mismo oficio de san Juan Bautista, el de preparar los caminos del Señor ((Jn 3, 27s).

No solo son precursores sino en cierto modo padres y madres del mismo Jesucristo pues le dan nacimiento y vida en los corazones de sus oyentes.

Son salvadores del mundo: *Subirán salvadores al monte de Sion* (Abdías 21), escogidos por el Hijo de Dios para continuar en la tierra la obra de la redención y salvación de los hombres que él comenzó.

Los labios del predicador son los labios de Jesús (Jer 15, 19), que vino del cielo a la tierra para hablar a los hombres, para instruirlos y anunciarles lo que escuchó de su Padre. Él quiere continuar hasta el fin del mundo, mediante sus miembros, la obra que hizo por sí mismo: *En mí habla Cristo* (2 Cor 13, 3).

La boca del predicador es el instrumento y la boca del Espíritu Santo que quiere servirse de ella para anunciar a los hombres las mismas verdades que les anunció por medio de la boca adorable de Jesucristo.

Predicar es hacer hablar a Dios, quien, habiendo hablado a los hombres por medio de los profetas en el Antiguo Testamento y por medio de su Hijo en la Ley nueva, quiere seguir hablándonos ahora por los miembros de su Hijo, para revelarnos sus voluntades y para invitarnos a seguirlo.

La predicación apostólica nace en el seno de Dios, pues de allí salió el Verbo, la Palabra eterna y el primero de los predicadores, Jesucristo Nuestro Señor. En esa fuente bebió todas las verdades que trajo a la tierra y que quiere se prediquen.

El objetivo y la finalidad de esta función celestial es dar nacimiento y formar a Jesucristo en los corazones de los hombres, y hacer que Él viva y reine en ellos, disipar las tinieblas del infierno e irradiar en las mentes las luces del cielo; combatir y aplastar el monstruo del pecado en las almas; abrir en ellas la puerta a la gracia divina; derrotar la tiranía de Satanás en el mundo y establecer en él el reino de Dios; reconciliar a los hombres con Dios y convertirlos en hijos de Dios, incluso transformarlos en Dios, deificarlos y hacerlos dioses según estas palabras del Hijo de Dios: *llama dioses a quienes dirige la palabra de Dios* (Jn 10, 35). En una palabra, es practicar en la tierra lo que el soberano Predicador vino a hacer. El repite a todos los predicadores: *como el Padre me envió, así los envío yo* (Jn 20, 21).

Como este oficio es tan grande, importante, santo y divino debe ejercerse con gran dedicación, con intenciones muy santas y con disposiciones del todo divinas.

Como los predicadores están asociados en este ministerio a los santos profetas, a los apóstoles de Jesucristo y a los más grandes santos del cielo y de la tierra, deben seguir sus huellas, practicar sus virtudes e imitar su santa vida.

Ellos son heraldos de Dios, embajadores de Jesús y dispensadores de sus misterios. Son oráculos del Espíritu Santo; y por tanto deben revestirse de las cualidades de Dios, adornarse con las virtudes de su Hijo, estar poseídos y animados por el amor, la caridad, el celo y la fuerza de su divino Espíritu.

Como los labios y la lengua del predicador están consagrados al santo Evangelio, y son, en cierto modo, la lengua del Espíritu Santo, no solamente no puede salir de ellos alguna palabra indigna, sino que debe emplearse para hablar el lenguaje de Dios: *Si alguien habla que hable las palabras de Dios* ((1 P 4, 11).

Puesto que la predicación toma su origen en el seno de Dios y el predicador está llamado a hacerlo hablar; y dado que su única finalidad es establecer su reino en los corazones de los hombres y elevarlos hasta el trono de Dios para que con él reinen eternamente, debe cuidarse bien de no pronunciar palabras impropias de su divina Majestad, que él no pronunciaría si estuviera en su lugar. En cuanto posible hable como Dios.

Debe estudiar y practicar cuidadosamente lo que dice san Pablo: *Hablamos en Cristo, como de parte de Dios, en presencia de Dios*, (2 Cor 2, 17).

Como de parte de Dios: es decir, que los predicadores no deben comunicar pensamientos e invenciones de su mente sino beber en Dios, mediante la lectura de las Sagradas Escrituras y por la oración, lo que anuncian a los hombres.

En presencia de Dios, o sea, que tengan como mira, pretensión y objeto, a los ojos de Dios, la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esos son los fines por lo que quiso establecer en su Iglesia el oficio de la predicación.

Hablamos en Cristo, es decir, que deben renunciar a sí mismos para entregarse a Jesucristo a fin de hablar en él, de predicar en su espíritu, de anunciar las verdades con las intenciones y disposiciones, tanto interiores como exteriores, con las que él predicó en la tierra, y con las que quiere seguir hablando por sus labios.

Añadamos a todo lo dicho, que pone de manifiesto la excelencia de esa santa tarea, que predicar la palabra de Dios con las disposiciones requeridas es obra más agradable a su divina Majestad que la más alta contemplación, pues nada es más de su agrado que cooperar con él en la salvación de los hombres, lo que se hace más eficazmente por la predicación de la divina palabra que por la contemplación. *No quieras*, dice san Bernardo, *insistir*

demasiado en el beso de la contemplación porque mejores son los senos de la predicación.

CAPÍTULO III

Doce medios para alcanzar la finalidad del oficio de predicador

Medios de que deben servirse los predicadores para ejercer digna y eficazmente tan digna y exigente tarea, y para conseguir el fin por el que el Hijo de Dios la estableció en la Iglesia.

1. Las disposiciones interiores que deben preceder, acompañar y seguir a la predicación.

2. El ejemplo y la edificación que los predicadores están obligados a dar.

3. Los libros que pueden utilizar.

4. Los temas y materias que deben tratar.

5. Las diversas maneras que deben emplear según los contenidos.

6. El método que deben seguir para componer y ordenar su predicación.

7. El lenguaje y la manera de hablar que deben emplear.

8. Lo que se debe observar en la voz y la pronunciación.

9. Lo que concierne al lenguaje corporal durante el sermón.

10. Los medios que deben emplearse para conmover e impresionar los corazones.

11. Lo que debe evitarse en el ministerio de la predicación.

12. Las instrucciones que los predicadores deben dar a sus oyentes sobre las disposiciones requeridas para hacer buen uso de la palabra de Dios; la oración que deben hacer por ellos.

Para hacer uso adecuado de estos medios es necesario que observen lo que en los siguientes capítulos se expondrá sobre cada uno de ellos.

CAPÍTULO IV

Disposiciones interiores que preceden, acompañan y siguen a la predicación

Para que prediques con el espíritu apostólico, es decir, con las disposiciones interiores con las que los apóstoles y el Maestro mismo de los apóstoles predicaron:

Vive en la firme resolución de preferir mil veces la muerte antes que cometer, con voluntad deliberada, ningún pecado de cualquier naturaleza que sea. Conserva por tanto tu alma limpia y pura, alejada de este mal. Antes de hacer

una acción tan santa como es la de anunciar la divina palabra debes limpiarla y purificarla enteramente con la contrición, o mediante el sacramento de la Penitencia, si es necesario, no sea que las siguientes palabras recaigan sobre ti: *Dijo Dios al pecador, ¿Por qué recitas mis mandamientos y tienes en la boca mi alianza, tú que detestas la corrección y te echas a la espalda mis mandatos?* (Salmo 50, 16-17).

Destierra de tu corazón toda intención y búsqueda de interés personal, de propia satisfacción, y, sobre todo, de toda vanagloria. No tengas intención distinta de agradar a Dios y de procurar el aumento de su gloria y la salvación de las almas. Quien se propone fin distinto al predicar es un sacrílego y un ministro de Lucifer, que se perdió por haber querido atraer sobre sí todas las ventajas de su naturaleza; ese tal no sería ministro de Jesucristo que refirió todas sus acciones a su Padre⁵. *Cuántos grandes predicadores, decía san Francisco Javier, arden en las llamas eternas por haberse dejado embriagar de vanidad y estima de sí mismos*⁶.

Aleja de ti toda pereza, decaimiento y negligencia. Abraza de todo corazón el trabajo necesario para ganar el pan con el sudor de la frente, es decir, para estudiar cuidadosamente y para aportar la diligencia y preparación

⁵ “Cuidense de la vanidad los que van a misión, los que hablan en público...Busquen sólo la gloria de Dios por la que únicamente debemos trabajar: por la gloria de Dios y la salvación de las almas. No hacerlo así es predicarse a s{i mismo y no a Jesucristo. Y quien predica para hacerse aplaudir, alabar, estimar hacer que se hable de él, ¿qué hace ese predicador? Un sacrilegio, sí, un sacrilegio. Dios mío concede la gracia a esta pobre y pequeña compañía que ninguno de ella caiga en esta desgracia. Créanme, Padres, jamás seremos aptos para la obra de Dios si no tenemos humildad profunda y menosprecio de nosotros mismos”. San Vicente de Paúl citado por Maynard.

⁶ Epis. Lib 4, ep 16.

requeridas para hacer debidamente todas las predicaciones. No presumas jamás de subir al púlpito en ninguna parte sin haberte preparado, cualquiera sea la ciencia que poseas o la facilidad que una larga experiencia te haya dado. Si presentarse a la oración sin preparación es tentar a Dios, lo es tanto más hacerlo al predicar.

No te apoyes en tu suficiencia, tu trabajo ni tu habilidad sino en la bondad y gracia de Nuestro Señor. Antes de entregarte al estudio para disponerte a predicar, cae de rodillas ante el Santísimo Sacramento o en cualquier otro lugar, y adora el amor incomprensible con el que el Padre eterno envió a su Hijo al mundo para instruirnos. Adora la bondad infinita con la que vino al mundo para cumplir este fin y la caridad inmensa con la que el Espíritu Santo habló por su boca y por la boca de los santos apóstoles para enseñar a los habitantes de la tierra las verdades del cielo.

Da gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por estos favores. Pide perdón por el mal uso que hayas hecho de ellos y por las faltas cometidas en las predicaciones que has pronunciado. Humíllate ante su divina Majestad reconociendo que sólo tienes indignidad, incapacidad, tinieblas e ignorancia.

Renuncia a tu propio espíritu, a tu amor propio, a la vanidad y a todo lo que es de ti mismo. Entrégate al amor del Padre, a la sabiduría del Hijo y a la caridad del Espíritu Santo y pídeles que te inspiren lo que quieren que anuncies y la manera de decirlo, de modo que haya el fruto esperado.

Adora a Nuestro Señor Jesucristo como la Verdad eterna y la fuente de toda verdad; como al soberano Predicador; adóralo en todas las santas disposiciones con las que predicó.

Agradécele todas las verdades que nos trajo a la tierra; todas las predicaciones que pronunció; y por el inmenso favor que nos hace al asociarnos con él en este santo ministerio.

Pídele perdón por el mal uso que has hecho, y otros han hecho, de las enseñanzas que nos ha dado.

Humíllate ante él a la vista de lo que eres. Renuncia a ti mismo y entrégate a él para entrar en el espíritu, en las disposiciones con las que habló; pídele que puedas entrar en lo que desea que sea predicado, expresándole que si, por imposible, pudieras decir por ti mismo las más hermosas y sólidas verdades del mundo, estarías dispuesto a renunciar a ello, a fin de no pronunciar sino lo que sea de él, y de no decir sino lo que provenga de él.

Saluda a la santísima Virgen, como a la Madre de la Luz y de la Verdad eternas, y como a aquella por la que Dios nos ha dado al soberano Predicador.

Agradécele, date a ella y ruégale te obtenga de su Hijo que te haga conocer lo que más le agrada que sea predicado, y que él te conceda las gracias requeridas para administrar con fruto su divina palabra.

Saluda a tu Ángel de la guarda, a los ángeles y protectores de la diócesis y del lugar donde vas a predicar, e invoca sus oraciones y su asistencia.

Mientras estudias, de tanto en tanto eleva tu mente y tu corazón a Dios.

Antes de ocupar el lugar de la predicación haz de nuevo lo que acabo de decirte. En especial, luego de considerar atentamente la grandeza e importancia de esta acción, adora a nuestro Señor Jesucristo en las santas disposiciones con las que él predicó a su paso por la tierra. Renuncia fuertemente a ti mismo. Entrégate a él de todo tu corazón, suplicándole que te anonade y se establezca en ti para que sea él mismo quien predique por tu boca pues sólo a él pertenece anunciar la palabra de su Padre. Acepta por su amor las humillaciones y mortificaciones que pudieran venir⁷. Entrega tu memoria al Padre, tu entendimiento al Hijo, y tu voluntad al Espíritu Santo.

Presenta a la divina bondad los corazones de quienes te van a escuchar y ruégale que los disponga a oír debidamente la santa palabra. Ofrécelos también a la santa Virgen, a los ángeles y a los santos patronos del lugar donde predicas.

Puesto de rodillas, humíllate nuevamente y abísmate en lo más profundo de tu nada. Y desde allí invoca a aquel a quien solo pertenece predicar, mediante estas u otras palabras: *Ven, Señor Jesús, ven, ven.* “Ven a mí para

⁷ Hay que subir al púlpito como a un calvario para no sacar sino confusión. Vicente de Paúl.

aniquilarme en este lugar, de modo que no seas sino tú quien predique la divina palabra. Ven a los corazones de cuantos están aquí para disponerlos a hacer el buen uso que tú deseas de ellos”.

Puesto en pie, eleva los ojos al cielo a imitación de nuestro Señor para dar a entender que no quieres mirar sino solo a Dios y su mayor gloria, en la acción que vas a hacer, y para rogar a todos los habitantes del cielo que prediquen contigo mediante sus oraciones ante la divina Majestad.

Al hacer el signo de la cruz y al pronunciar estas palabras: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* hazlo con la debida atención. En ese momento entrégate de lo más hondo de tu corazón al Padre eterno, para entrar en el amor inmenso con el que nos habló en su Hijo (He 1, 2); al Hijo de Dios para entrar en la caridad infinita con que nos anunció la Palabra de su Padre; y a su Espíritu Santo para unirte al celo, a la piedad, y a todas las santas disposiciones con las que habló por la boca de tantos santos predicadores. Entregar igualmente a los oyentes al amor del Padre, a la caridad del Hijo, a la bondad del Espíritu Santo. Di el **Ave María** en voz alta, pausadamente y con gran devoción.

Al predicar trata de conservar el espíritu de recogimiento y de piedad, considerando y gustando las verdades que anuncias. Si hablas contra los pecadores piensa que te estás reprendiendo a ti mismo, pues cada uno debe considerarse como el mayor pecador del mundo.

Si durante la predicación se produce algún ruido, aguántalo con paciencia, sin perturbarte y sin manifestar impaciencia. Si es necesario decir algo para que cese el ruido, habla con modestia, sin emoción, observando autoridad y humildad al tiempo.

Luego de la predicación agradece a la santa Trinidad, a Nuestro Señor Jesucristo, a la santa Virgen, a los ángeles y los santos, diciendo al menos un *Gloria al Padre*, o el *Gloria a ti, Señor*, un *Ave María*, o *Ángeles y santos de Dios, sean benditos por siempre, y dígnense interceder por nuestra salvación y la de todos los hombres*.

Pide perdón a Dios por las faltas cometidas. Cierra cuidadosamente la puerta de tu corazón a la complacencia y vanidad. Si juzgas que te ha ido mal, acéptalo de corazón con humildad y sufrimiento.

No permitas que en tu presencia seas alabado. Si alguien lo hace, retírate al interior de tu nada y envía a Dios todo honor y gloria (1 Tm 1, 17). Ten presente que a menudo el que te alaba de boca, te desprecia en su corazón. Si algunos te aprueban, otros te censuran. Y que si todos coinciden en la alabanza, los elogios humanos deben ser temidos y rechazados como veneno que es capaz de hacer morir a Nuestro Señor en el alma: *Ay de ustedes cuando son bendecidos por los hombres; así lo hicieron con los falsos profetas* (Lc 6, 26).

Escucha y recibe gustosa, humilde, serena y sumisamente, las advertencias que te hacen por las faltas cometidas.

Date de todo tu corazón a Nuestro Señor para practicar lo que has enseñado a los demás, especialmente las que nos atañen, considerando que si no las practicamos podrán decirnos: *Enseñas a los demás, pero no te enseñas a ti mismo* (Ro 2, 21). Todas las verdades que hayas predicado serán otras tantas sentencias y condenas que pronuncias contra ti mismo, y serán rayos que caerán sobre tu cabeza a la hora de la muerte.

Ojalá todos los predicadores pensaran así. Tendrían un arma poderosa para defenderse de la vanidad que deben temer a toda costa, y será medio excelente para permanecer en humildad: *Hablar bien y vivir mal*, dice san Próspero, *¿qué es sino condenarse con las propias palabras?*

CAPÍTULO V

Ejemplo y edificación de los predicadores

Puesto que la predicación evangélica es continuación de la predicación del Hijo de Dios y ya que el predicador cristiano ocupa su lugar y representa su persona en este oficio debe imitarlo en lo que de él se dijo: *Empezó por hacer y enseñar* (Hch 1, 1) y que era *poderoso en la acción y la predicación* (Lc 24, 19).

Por tanto, los predicadores deben ser ejemplos de piedad y de toda clase de virtudes, en particular, de humildad, de obediencia y de caridad: *Enseña con el ejemplo. Es el fundamento de toda enseñanza y por cierto efficacísimo*, dice san Jerónimo⁸. Y san Gregorio de Nacianzo decía: *La predicación de san Basilio era como un trueno porque su vida era una centella*⁹. Por ello:

-Huye más que de la peste, de la ambición y la vanidad, así sea poco.

-No desees ni busques los pulpitos famosos. Prefiere predicar en lugares modestos más que en los destacados, en los campos más bien que en las ciudades, a los pobres más bien que a los ricos, para seguir el ejemplo de nuestro Maestro que dijo: *Me envió a evangelizar a los pobres* (Lc 4, 18), y aduce esta palabra como prueba de su misión: *Los pobres son evangelizados* (Mt 11, 5).

-Guárdate bien de preferirte a nadie, ni en lo interior ni en lo exterior. Deja pasar primero a los otros predicadores y habla de ellos con estima y afecto, excusándolos y defendiéndolos cuando son censurados, y presérvate de toda envidia y rivalidad.

No dejes de predicar so pretexto de pocos auditores, y si predicas cuida de no hacerlo fría y descuidadamente. Recuerda que la salvación de una sola alma, que fue creada a imagen y semejanza de Dios y costó la sangre preciosa del Hijo de Dios, es de tanta importancia que, si todos los

⁸ Orat. 20

⁹ De Laudibus Basillii

doctores, todos los predicadores y todos los ángeles se emplearan en exhortarla a la salvación y a instruirla en todo lo que debería hacer para ese fin, nunca sería demasiado. Nuestro Señor Jesucristo se dio la pena de catequizar y predicar a una pobre mujer del todo sola, a la Samaritana, a la que dirigió una de las más hermosas predicaciones que hizo en la tierra, para decirnos que, incluso si hubiera habido solo una persona para instruir y salvar, hubiera venido por ella sola tan gustosamente como lo hizo por todo el mundo.

Si tu enseñanza no es bien acogida no te quejes, no sea que pueda pensarse que predicas más para satisfacer tu vanidad que para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Cuídate bien de decir en tus predicaciones algo que sea ostentación de tu memoria, de tu ciencia, de tu elocuencia, ni para que te consideren y estimen en cualquier forma que sea. En cuanto posible no hables de tu persona ni de lo que te concierne si no es por verdadera necesidad y modestamente. Comportate de manera que puedas decir con san Pablo: *No nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo* (2 Cor 4, 5).

Si se da la ocasión, no te avergüences de tu ignorancia o imprudencia. Si has dicho algo inconveniente no dejes de retractarte.

En cuanto posible que tu vida sea conforme con tu predicación; predica más con tu ejemplo que con tus

discursos. A Imitación de Juan Bautista sé *antorcha ardiente y brillante* (Jn 5, 35). Ardiente ante Dios y brillante ante los hombres. Ardiente en la oración, brillante en la acción. Ardiente en lo interior, brillante en lo exterior. Ardiente por las palabras, brillante por las obras.

Muéstrate observante de la moderación, la frugalidad y la abstinencia. Si predicas en un lugar donde haya costumbre de preparar colaciones, golosinas y cosas parecidas, más hechas para agradar el paladar que para satisfacer la necesidad, debes no solo abstenerte, contentándote con tomar solo lo estrictamente necesario, sino que debes, suave y prudentemente, ir haciendo desaparecer esta mala costumbre, tan contraria al espíritu del Evangelio y al ejemplo de mortificación y abstinencia que deben dar quienes predicán a los demás.

No tomes tu alimento fuera del lugar donde habitas si no es raramente y donde personas a las que sea difícil rechazar, con la condición, sin embargo, que no te preparen festines; Te has de comportar en la mesa y en la conversación de modo que tu modestia y sobriedad sean verdadera predicación.

Evita la demasiada familiaridad con los seculares, especialmente con las mujeres. No des ocasión al mundo de pensar o decir mal de ti, ni siquiera de sospechar algo indebido: *Que tu ministerio no sea vituperado* (2 Cor 6, 3).

Demuestra, por tu comportamiento, que aborreces la pasión del interés, el deseo de bienes temporales y el

crimen detestable de la avaricia. Condúctete de tal manera que no des motivo alguno a nadie de acusarte de ese vicio. Para ello no pidas jamás nada. Limitate a recibir lo que te sea dado por caridad; lo que de buen corazón te ofrezcan.

No hables nunca contra los defectos del clero ni de los religiosos. Muéstrales gran respeto, especialmente a los párrocos. No emprendas nada en su jurisdicción contra su parecer. Invita a todos a honrarlos.

Sé bondadoso y accesible a toda persona. Está dispuesto a hacer siempre el bien a cada uno a imitación de la caridad de Jesús de quien se escribió: *Pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el demonio* (Hch 10, 38). Prefiere visitar gustosamente a los pobres más bien que a los ricos, cuando sea necesario, sea en las prisiones o en los hospitales, así como a todos los afligidos a quienes atenderás con especial afecto para consolarlos y para ayudarlos a hacer buen uso de sus aflicciones.

Esmérate por reunir a las familias divididas, pero sin tomar partido por unos contra otros. Condúctete con tal discreción que quede claro que no buscas interés distinto de la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Busca que tu trato con las personas del mundo sea modesto, suave, lleno de edificación y de fruto. No dejes pasar la ocasión de hablar de Dios y de lo referente a la salvación, sino aprovéchala de inmediato. Y procura incluso suscitarla si no se presenta.

Está atento a llevar el buen olor de Jesucristo en todo lugar, en especial en los lugares santos. Allí debes mostrar a los cristianos, por tu ejemplo, con qué piedad, silencio y respeto hay que comportarse en la casa de Dios, y con qué devoción y reverencia, tanto interior como exterior, hay que hablar a la divina Majestad.

Finalmente, como predicador apostólico, estás obligado a ser todo voz, a imitación del gran santo Juan el Bautista que fue *Voz del que clama* (Mt 3, 3). Esto quiere decir que debes vivir, actuar y conducirte así. Y tu exterior debe ser tan intachable, que estando sentado o en pie, nada se vea en tu persona, en tu conducta, en tu manera de andar, en tus ojos, tus manos, tus pies, tus ademanes, tus vestidos y en todo lo que haya en ti, no solo en el púlpito y en la iglesia, sino en todo lugar donde te encuentres, que no hable y no predique piedad, humildad, modestia, sencillez, honestidad y toda clase de virtudes.

CAPÍTULO VI

Libros útiles para la predicación

El primero y principal libro que debes estudiar continuamente es la ***Sagrada Escritura***, en especial ***El Nuevo testamento***, y los libros de la Sabiduría, Job, los profetas, los libros históricos.

Debes leer todos los días al menos un capítulo, las rodillas en tierra, con gran respeto, descubierta la cabeza, a imitación de san Carlos, si la salud te lo permite. Aprende algo de memoria.

Los lugares comunes sobre la Sagrada Escritura, del Jesuita Balinghem, es excelente, como también lo que escribió al principio de su libro sobre los predicadores¹⁰.

Cornelio a Lapide¹¹ y Barradas¹², ambos jesuitas. El primero escribió excelentemente sobre toda la Escritura. El segundo sobre los Evangelios.

Además de la Sagrada Escritura estos son otros libros que te pueden ser útiles:

Los Santos Concilios, en especial el de Trento y el *Catecismo* de ese mismo Concilio.

Los Santos Padres, en particular san Agustín, san Juan Crisóstomo, san Gregorio Magno y san Bernardo.

La *Suma* de santo Tomás de Aquino, cuyos índices indican lo que se necesita.

Los libros de Granada, que san Carlos tenía siempre entre manos, y no recurría a otra teología, están llenos de verdades evangélicas excelentes, útiles, vehementes y deducidas con tanta claridad y vigor que quienes deseen trabajar eficazmente en la salvación de las almas por medio

¹⁰ Antonio Balinghem (1572-1630).

¹¹ Cornelio Cornelissen van den Steen (1566-1637), belga. Fue profesor en Lovaina y Roma. Murió en Roma en olor de santidad. Buen conocedor de las lenguas bíblicas.

¹² Sebastián Barradas (1542-1615). Profesor en Evora y Coimbra. Publicó su *Comentarios sobre la concordancia y la historia de los Evangelios*. San Francisco de Sales también lo recomienda.

de la predicación, deben tenerlos como su segundo breviario, leerlos y estudiarlos con mucho afecto en especial su *Guía de pecadores*¹³.

Los libros del Reverendo Padre Suffren, de la Compañía de Jesús. En su tiempo fue el predicador que más conmovía entre los que administraban la Palabra de Dios. Escribió muy útilmente para los predicadores en su *Año cristiano*, volumen 2 del primer tomo, parte 3a, capítulo 10, artículo 3º¹⁴.

El libro *Conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo*, del R.P. Saint-Jure, de la Compañía de Jesús¹⁵.

Peraldus, *Vicios y Virtudes*¹⁶.

Panarium et Viridarium Busaei, que tratan de lo mismo¹⁷

El gran catecismo de Canisio¹⁸.

El Santo Trabajo de las manos del P. Tomás le Blanc, jesuita¹⁹.

Las vidas de los santos.

¹³ Luis de Granada (1504-1588). Dominico. Obras principales: -guía de pecadores, Memorial de la vida cristiana, el Catecismo, Tratado de la oración, Sermones. Traducidos al francés y publicados hacia 1658.

¹⁴ Juan Suffren (1571-1641).. Excelente predicador y director de almas, confesor de Luis XIII y María de Medicis. Por petición de san Francisco de Sales compuso el *Año cristiano*.

¹⁵ Juan Bautista de Saint-Jure (1583-1657). Predicador y confesor infatigable, escribió muchas obras ascéticas.

¹⁶ Guillermo Peraldus, dominico que murió hacia 1260. El libro que menciona san Juan Eudes, escrito en latín tiene por título: *Summa virtutum ac vitiorum in gratiam concionatorum, confessorum ac vitae religiosae cultorum*.

¹⁷ Juan Busée, jesuita (1547-1611). Colección moral y espiritual. Panarium significa: Caja del pan; Viridarium significa huerto.

¹⁸ Pedro Canisio (1521-1597). Teólogo Jesuita. Su obra conocida es *Summa doctrinae christianae*.

¹⁹ Tomás Le Blanc, murió en 1669. El libro citado por san Juan Eudes apareció en 1661.

Es necesario que leas algún libro francés para aprender a hablar debidamente. Pero no libros de lenguaje muy pulido y rebuscado, de estilo demasiado cuidado y aliñado, de discurso pomposo e inflado, sino los que están escritos en lenguaje claro, fuerte, natural, sin maquillaje.

Quiera Dios que no haya predicadores en su Iglesia, que, bajo pretexto de hablar bien, leen novelas u otros libros semejantes. Las manos consagradas de un sacerdote solo los toquen para echarlos a la candela. Dichos libros, profanos y perniciosos, hacen parte de la biblioteca del Anticristo. Están plagados de máximas totalmente opuestas al Evangelio de Jesucristo. Son tan detestables que el gran Gerson dijo, refiriéndose al autor de una novela, que, si supiera que hubiera muerto con la culpa del crimen de haber escrito este libro, no rogaría por él como no lo haría por Judas.

CAPÍTULO VII

Qué predicar

Recuerda que lo que debes predicar es la palabra de Dios y no palabras meramente humanas. El sacerdote sería muy criminal si en lugar de administrar el Pan de Dios a los hijos en la santa Eucaristía, les diera pan común y ordinario; de igual manera son muy culpables los predicadores que en

lugar de anunciar a los cristianos la palabra de Dios les dan solo palabras de hombres.

Debes por tanto cuidarte bien de predicar pensamientos e invenciones de tu mente o de un hombre cualquiera. El contenido y el tema de todas tus predicaciones debe ser la Sagrada Escritura. No te está permitido sino predicar las verdades que el Espíritu Santo nos ha dado a conocer en los Libros Sagrados o las que nos ha comunicado por el oráculo de la Iglesia, o por boca de los santos Padres, cuyos escritos solo contienen la Sagrada Escritura explicada, especialmente en los puntos en que todos están de acuerdo.

Precávete también de la tentación muy peligrosa y corriente entre los predicadores jóvenes, procedente de la vanidad, que les hace creer que no deben predicar lo que los demás acostumbran decir. Los lleva a rebuscar temas de predicación extraños, expresiones novedosas, pensamientos fuera de lo común, y a exponerlos de forma novedosa. Sin embargo, andan muy engañados. Los temas más comunes son los mejores, los más útiles y los que más conmueven. Son más convincentes para la conciencia de los oyentes pues son más conocidos y ciertos. Dios bendice de forma particular la palabra de los que predicán con sencillez y humildad cristianas.

Destierra pues de tu predicación las cuestiones sutiles, elevadas y difíciles, más hechas para satisfacer la curiosidad humana que para edificar las almas y conmover los corazones. Anuncia solamente a los fieles las muy sencillas y sólidas verdades de la doctrina evangélica y rechaza todo lo superfluo, inútil y de poco fruto. Di solamente lo que puede ayudar a conocer y a honrar a Dios y a llevar a los hombres a trabajar conscientemente en su salvación. Estos temas son los que pueden derivarse de las siguientes materias que contienen los principales puntos sobre los que puedes predicar.

- Los Evangelios o las Epístolas que se leen en la santa Misa, o cualquier otro punto de la Sagrada Escritura.

- Las perfecciones, misterios, obras y beneficios de Dios.

- Los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

- La vida, los misterios, las excelencias y las virtudes de la santísima Madre de Jesús.

- El divino Sacrificio, los Sacramentos, las ceremonias y todo lo que concierne a la Iglesia.

- La vida y las virtudes de los Santos.

- Contra el pecado en general y contra los vicios en particular.

-Contra ciertos desórdenes y costumbres depravados que son fuente y principio de cantidad de crímenes, como por ejemplo lo libros malos, las pinturas y las imágenes de esculturas deshonestas, los bailes, danzas, comedias, juego, lujo y gastos excesivos en festines, vestidos, pajes, muebles y otras vanidades.

-Las virtudes cristianas, como la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia en los trabajos y aflicciones, etc.

-Las buenas obras como la oración, el ayuno, la limosna tanto corporal como espiritual y la lectura de buenos libros.

-Los deberes y obligaciones de todos los estados y condiciones, como los de los magistrados y otros funcionarios de la judicatura, los nobles, los mayordomos de parroquia, los capitanes, soldados, comerciantes, obreros, ricos, pobres, los casados, padres y madres, profesores y profesoras, criados y criadas.

-Los cuatro fines últimos.

-El purgatorio.

-Otras varias materias semejantes.

En todos estos temas y en los demás en que se puede anunciar la palabra de Dios, debes proponerte en todo lo que digas:

-Hacer que los hombres conozcan a Dios; enseñarles sus perfecciones, sus misterios, sus obras, sus beneficios, sus voluntades y lo que Él desea de ellos.

-Hacer que los hombres le rindan adoración, honor, alabanza, amor, acción de gracias; desagravio por sus pecados; sumisión y obediencia a su adorabilísima voluntad; temor de su justicia, de su juicio, de sus amenazas, de sus castigos; esperanza en sus promesas, confianza en su bondad, en su gracia, en sus auxilios; estima y deseo de sus favores; oblación, donación y consagración de lo que tienen, de todo lo que pueden, y de todo lo que son a su divina Majestad.

-Hacer que los cristianos y todos los hombres conozcan, adoren y amen a Nuestro Señor Jesucristo; invitarlos a tributarle todo lo que le deben y a seguirlo como lo miembros deben seguir a su cabeza.

-Gravar en sus corazones particular y sólida devoción a la santísima Virgen.

-Persuadirlos de que no solamente los sacerdotes y los religiosos deben ser santos, sino que todos los que han sido bautizados están obligados a vivir santamente y a caminar por la senda que han seguido todos los santos.

-Hacer que tengan altísima estima y grandísima veneración por todo lo que es de la Iglesia.

-Imprimir en sus almas profundísimo respeto no solo por los lugares santos, es decir, por las iglesias, capillas y cementerios, sino también por todos los días consagrados a Dios, como son los domingos y las fiestas.

-Hacerles entender lo que significa haber sido bautizado y ser cristiano, y las obligaciones del santo bautismo.

-Instruirlos cuidadosamente sobre el sacramento de la Confirmación y exhortarlos a no descuidarlo.

-Enseñarles la dignidad y santidad de los demás sacramentos; en qué consisten; qué origen tienen y cuál es la finalidad por los que han sido instituidos; cuáles son sus efectos; con qué disposiciones hay que recibirlos; qué uso y qué frutos hay que sacar de ellos, en particular, los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía.

-Dar las enseñanzas necesarias sobre el Matrimonio; éste es uno de los puntos más importantes que debes tratar como predicador; enseñar a los cristianos la santidad de este sacramento; que ha sido instituido para dar hijos a Dios, que le sirvan en la tierra y que lo bendigan por siempre en el cielo.

-Aconsejar a los que tienen su padre y su madre vivos, que no deben contraer matrimonio sino con su consejo y consentimiento.

-Recomendar a los que quieren entrar en esta condición que encomienden cuidadosamente esta decisión a nuestro Señor, a su santa Madre y a san José, recordando que una mujer virtuosa y prudente es un regalo de Dios.

-Inculcarles la seriedad del compromiso que van a adquirir, y que escojan aquella persona con la que puedan más fácilmente servir a Dios y trabajar por su salvación, prefiriendo la virtud y las buenas costumbres a todo bien temporal y a todas las demás ventajas.

-Indicar cómo prepararse para recibir ese sacramento y para alcanzar las gracias y bendiciones del cielo tan necesarias a las personas casadas; aconsejar la oración, el ayuno y la continencia, a imitación del joven Tobías, y hacer una buena confesión y comunión.

-Pedir que se excluya de las nupcias todo lo que pueda ser desagradable a Dios y pueda poner impedimento a sus gracias, como las danzas, las palabras disolutas, los excesos en el beber y el comer, y otros desórdenes semejantes.

-Aconsejar a los padres y las madres que no dejen que sus hijos estén mucho tiempo en noviazgo, y advertir que, durante ese tiempo, quienes están en ese estado, están obligados a vivir en perfecta continencia, si no quieren que venga sobre ellos la maldición de Dios sobre su matrimonio.

-Recordar que quienes están unidos en matrimonio no deben imaginarse que por estar casados les esté permitido entregarse a toda clase de libertades y de obscenidades; que deben evitar los pecados que puedan cometerse en ese campo y comportarse honesta y santamente, practicando la castidad conyugal que san Francisco de Sales describe muy bien en su *Filotea*²⁰

-Subrayar sobretodo que su obligación principal consiste en la buena educación de sus hijos; que los ofrezcan y entreguen a Dios desde el comienzo de su ser; que los hagan bautizar tan pronto como vengan al mundo; que cuando lleguen al uso de razón les enseñen lo que un cristiano debe saber y hacer, para vivir en el temor y en el amor de su divina Majestad; que cuando estén en condición de escoger estado, los exhorten y ayuden a que elijan uno que esté en el querer de Dios, luego de haberle recomendado mucho su vocación y haberle suplicado que les dé la gracia de conocer y seguir su santa voluntad, y luego de haberse confesado y comulgado en unión de sus padres, y haber dialogado y deliberado juntos, en presencia de algún buen servidor de Dios, para reconocer cual es el estado de vida a Dios los llama.

-Tú, como predicador, debes hacer conocer la fealdad y el horror infinito del pecado en general y de cada vicio en particular; haz que los oyentes lo odien y detesten y en cambio amen y abracen la práctica de las virtudes y de las obras cristianas.

²⁰ Introducción a la Vida devota, 3ª parte, cap. 38

-Recomienda instantemente a los cristianos el honor y respeto que deben a Nuestro Santo Padre el Papa, a los señores Obispos, a los párrocos y pastores, a todos los sacerdotes y a otros eclesiásticos, como también a los reyes, príncipes, gobernantes, magistrados, jueces y a todas las autoridades temporales.

-Haz ver a las mismas autoridades y a los magistrados que ocupan el puesto de Dios para el gobierno temporal de los pueblos; que están obligados a gobernarlos como si fuera él en persona, es decir, con bondad, clemencia, paciencia, caridad, amabilidad y misericordia; que los traten con corazón y amor paternal; que los animen con su ejemplo a servir y a amar a Dios; que empleen su autoridad no tanto para hacerse respetar y temer, sino a hacer que acepten y obedezcan; que cuiden de sus intereses y los de la Iglesia.

-Exhorta a los nobles a que estimen, amen, deseen y busquen la verdadera nobleza y el verdadero honor, o sea, que se adornen con las virtudes cristianas y hagan sus obras como hijos de Dios.

-Imprime en las mentes y los corazones de los ricos el desprecio y el desasimiento de las falsas riquezas temporales; llévalos a estimar y amar las verdaderas y eternas; y persuádelos a que las adquieran con humildad, modestia, caridad y misericordia hacia los pobres y por el empleo de parte de sus bienes en buenas obras.

-Haz conocer a los pobres las ventajas de su condición que los hace conformes a Nuestro Señor Jesucristo, a su

santísima Madre y a tantos grandes santos; exhórtalos a abrazar de buen grado, por amor a él, que siendo infinitamente rico quiso hacerse muy pobre por amor de ellos; que sobrelleven las incomodidades con paciencia; que sean verdaderamente pobres, pequeños y humildes ante Dios; que vivan en su temor y depositen su confianza en su infinita bondad.

-Invita a señores y señoras a tratar a sus criados y criadas como desean que el soberano Señor los trate; que los instruyan en lo referente a su salvación; que los cuiden cuando se hallen enfermos; que les paguen bien sus servicios; y recíprocamente, invita a los criados y criadas a tratar a sus señores y señoras con respeto y obediencia y a cumplir fielmente el servicio que les deben, como a aquellos que tienen el puesto de Dios.

-Obliga a los padres y madres a imitar al Padre celestial en el amor, bondad, paciencia y atención con los que deben educar a sus hijos; y a los hijos a seguir al divino Niño Jesús en el respeto, sumisión y obediencia que é tuvo a san José y su dignísima Madre.

-Finalmente hay cuatro puntos en los que nunca insistirás demasiado:

1. La veneración de los días y lugares sagrados;
2. El santo uso de los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, en especial, la confesión íntegra, parte esencial del sacramento de Penitencia;

3. La caridad, la unión y concordia con el prójimo y la reconciliación con los enemigos;

4. La restitución de los bienes ajenos.

CAPÍTULO VIII

Observaciones sobre la predicación

Además de lo dicho sobre las materias que hay que predicar, aquellos a quienes se confía este sagrado ministerio deben observar los siguientes puntos.

-Si bien el predicador está obligado a poseer ciencia suficiente, sin embargo, no es necesario que sea excelente; san Francisco fue un gran predicador y sin embargo no era muy docto²¹. Cuide de no tratar de materias que no sepa muy bien y en las que no esté bien versado. Dice san Francisco de Sales: “el predicador siempre sabe lo suficiente cuando no quiere aparentar saber más de lo que sabe”.

-Debe evitar hacer demasiadas citas, tanto de la Biblia como de los Santos Padres. De ordinario obedece al prurito de mostrar que se es erudito, pero resulta atiborrando la memoria del oyente. Hay que citar menos y resaltar las citas que se traen.

-Cuando se aduce un pasaje de la Biblia un tanto largo, no hay que despacharlo todo de una vez, sino hacerlo por

²¹ Este apunte lo toma san Juan Eudes de san Francisco de Sales. Se refiere a san Francisco de Asís.

partes, explicándolo clara y nítidamente, subrayando bien todas las palabras, y mostrando su fuerza y su énfasis.

- Explique el predicador las Sagradas Escrituras no según las invenciones de su mente sino según el sentido de la Iglesia, de los Santos Padre y de los Doctores aprobados.

- Las citas que se hacen de los Santos Padres sean cortas, sólidas y vigorosas. Hablar de ellas siempre con gran respeto.

- Cuando hay diversidad de opiniones entre los Santos Padres y Doctores, no aducir las opiniones que hay que refutar, pues no se predica para discutir con ellos.

- Los ejemplos de los santos tienen maravillosa eficacia cuando se exponen bien, pues la vida de los santos es el Evangelio puesto en práctica. Es música no solo copiada en un papel sino ejecutada y cantada.

- Las historias naturales son muy buenas cuando son breves y bien aplicadas. El mundo creado por la palabra de Dios anuncia por doquier esta divina palabra. Es el gran libro de san Antonio que predica admirablemente las perfecciones y las alabanzas de su autor.

- Las semejanzas o comparaciones que no sean muy ajenas al tema que se trata, y que se aplican muy naturalmente, son útiles para hacer entender, gustar y retener lo que se enseña, en especial las que se sacan de la naturaleza.

- Los argumentos que se deducen lógicamente constituyen un buen tema de predicación; se encuentran

abundantemente en santo Tomás sobre todos los temas; consultar los índices.

-Se pueden citar también los autores profanos pero que sea tan rara, escasa y brevemente que quede claro que no se quiere adherir a la cita.

-Los versos de poetas son inútiles y sus fábulas nunca deben encontrar lugar en la predicación de las realidades evangélicas. No hay que colocar el ídolo de Dagón junto al arca de la alianza.

-Hay que cuidarse mucho de comentar falsos milagros, historias apócrifas o ridículas, visiones sacadas de autores de poco crédito y otras inconveniencias que pueden restar credibilidad a nuestro ministerio²².

-El predicador humilde no desdeña predicar lo que otros predicadores han dicho, así sean contemporáneos.

-Citar con frecuencia griego, hebreo o caldeo²³ solo sirve para hacer ostentación de ciencia. Se puede sin embargo comentar algunas palabras cuando tienen especial significación, pero raramente y nunca para aparentar doctrina.

-Procúrese no hacer descripciones curiosas, vanas y groseras como hacen algunos estudiantes que, hablando del sacrificio de Abrahán, se divierten describiendo la belleza de Isaac, la situación del lugar del sacrificio y otras impertinencias.

²² Algunos de los puntos anteriores se inspiran en san Francisco de Sales en *Carta al arzobispo de Bourges*.

²³ Designa la lengua aramea en la Vulgata.

-Se debe evitar imaginar coloquios entre las personas de que se habla en un misterio o en otro tema, si no están bien fundados, sólidos y probables; imaginar por ejemplo a Isaac que llora en el altar e implora compasión a su padre Abrahán, o hace soliloquios y lamentos, quedaría muy mal.

-Si durante la predicación vienen algunos pensamientos o ideas que no se han estudiado y meditado antes es bueno rechazarlos. El espíritu maligno infunde en ocasiones semejantes ideas a los predicadores para sacarlos de sus cabales y llevarlos a avanzar afirmaciones de que luego se van a arrepentir. Sin embargo, cuando se está vivamente impulsado y claramente convencido de la verdad y bondad del pensamiento que se presenta, de modo que no solamente no se duda de él, sino que se siente obligación de decirlo, que se percibe clara y distintamente y se tiene facilidad para expresarlo, entonces se puede hacer.

-Predicar a un auditorio popular materias espirituales demasiado elevadas, o presentarles la perfección cristiana tan alta y difícil que es casi imposible alcanzarla, hablarles de los sublimes grados de la oración y la contemplación, es perder el tiempo y exponerse al peligro de la vanidad. Los oyentes quedan vacíos, secos y sin fruto. Es conducirlos al desánimo por verse tan alejados de la perfección, e incluso hacer que se imaginen que todo está perdido y que lo que hacen no vale nada.

-Es muy importante ponerse al alcance y capacidad de la mayoría del auditorio tanto en la doctrina como en las costumbres. Sería ridículo hablar a los pobres de lujos, de

excesos en el vestir, de banquetes y de parecidas extravagancias.

-Hay que predicar verdades inteligibles y útiles a todos; llenar el sermón de máximas buenas, sólidas y vigorosas, para imprimir el horror al vicio, la estima y el deseo de las virtudes cristianas, el temor y el amor de Dios.

-Hay que evitar dos extremos. El primero es suministrar demasiada materia de predicación. Entre más se da los auditores practican menos. Poca materia lleva a mayor práctica. El exceso de viandas es más capaz de generar repugnancia que apetito. Se digiere mal la demasiada comida.

-El extremo opuesto es decir demasiado poco. Ampliar y desarrollar mucho, llenando la predicación de palabras y amplificaciones, hace que los oyentes regresen vacíos y sin fruto.

-No hay que anunciar cercana la venida del Anticristo ni hacer predicciones.

-No publicar indulgencias sin permiso del obispo diocesano.

-Se debe encomendar con frecuencia al pueblo que ore a Dios por nuestro santo Padre el Papa, por todos los pastores y eclesiásticos, en especial por el obispo diocesano, por el rey, por la familia real, etc.

-Es muy eficaz y útil terminar la predicación con una buena historia, con tal que sea probable y sólida, que no sea demasiado larga, narrada con toda claridad, sin artificio ni

exageración, y que venga de un autor serio e irreprochable. La Sagrada Escritura trae muchas y tienen maravilloso efecto. Son tanto más indicadas para convencer las mentes y conmover los corazones cuanto más se distinguen por su verdad e infalibilidad. El predicador que desea reportar mucho fruto debe finalizar su sermón con una de ellas en lo posible.

-Sobre todo ha de evitarse que la predicación sea demasiado larga. No sobrepasar una hora no sea que se cause fastidio al auditorio y la palabra de Dios termine siendo infructuosa.

CAPÍTULO IX

Predicación de los misterios

Se puede predicar sobre un misterio de diversas maneras:

1. Demostrar los efectos, para el hombre, del poder, la sabiduría, el amor, la caridad, la justicia, la misericordia de Dios en el misterio.
2. Los deberes con Dios en el misterio, a saber: adoración, alabanza, amor, acción de gracias, reparación, desagravio por nuestras ofensas y consagración de nosotros mismos a su divina Majestad.

3. Las luces y motivos que debemos sacar para seguir los caminos de Dios, para animarnos a seguirlo y amarlo, y para trabajar en la obra de nuestra salvación.

Otra manera

1. Narrar la historia del misterio.
2. Mostrar las razones que nos obligan a honrarlo y a celebrar debidamente su fiesta. Estas razones deben ser deducidas de su dignidad, su santidad y su excelencia; además señalar el honor y la gloria que tributa a Dios y la parte que tenemos en él por los frutos y beneficios que nos llegan a través de él.
3. Los medios de honrarlo mentalmente y mediante actos interiores; y también por acciones exteriores como los ejercicios de piedad, las buenas obras, y sobre todo por la imitación.

Otra manera

1. Mostrar lo exterior del misterio, o sea, todo lo que pasa por fuera en las personas que lo viven, en las palabras que pronuncian, en los actos que se realizan, en las virtudes que se practican.
2. Lo interior del misterio: lo que sucede interiormente en las mismas personas, en sus pensamientos y sentimientos, en sus afectos y disposiciones, y en los efectos del misterio obrados en sus almas.
3. Los frutos que se deben obtener de estos dos puntos para nuestra instrucción y edificación.

Otra manera

Escoger dos o tres circunstancias o particularidades del misterio, entre las más notables, patéticas y capaces de instruir, para hacer el contenido del sermón.

Otra manera

Escoger una, dos o tres virtudes de las que sobresalen en el misterio, o alguna verdad o máxima cristiana que se encuentre en él, que sirva de tema de la predicación, según lo que se dice luego sobre la manera de predicar sobre las virtudes y verdades cristianas.

Otra manera

En cada misterio considerar tres aspectos que sirvan de partes de la predicación: *¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo?* Por ejemplo, en el misterio del nacimiento de Nuestro Señor: ¿Quién nace? El Salvador; ¿Por qué nace? Para salvarnos; ¿Cómo nace? Pobrementemente, desnudo, en un establo, en crudo invierno, pequeñito, de una Madre Virgen...

CAPÍTULO X

Tres maneras de predicar sobre los evangelios, las cartas u otro texto de la Biblia

La *primera* es parafrasear y explicar el evangelio, la carta u otro texto bíblico sobre el que se habla., punto por

punto. Al fin de cada punto sacar algún fruto que esté acorde con lo que se trató y que responda a la necesidad de la gente, recomendando alguna virtud o hablando contra algún vicio.

Es manera buena pero no muy útil, pues no es indicada para persuadir ni para establecer sólidamente en una verdad pues solo se pasa superficialmente sobre cada tema.

Sugiero una *segunda* que juzgo mejor. Se toman dos o tres puntos principales, muy necesarios; se explican bien y se saca todo el fruto y las instrucciones posibles.

La *tercera* es más provechosa. Se escoge solo un punto que contenga alguna máxima o verdad cristiana, o que haga referencia a algún vicio o a alguna virtud; se hace la predicación sobre él, siguiendo las indicaciones que se van a exponer sobre el método de predicar sobre los vicios, las virtudes, las máximas y las verdades cristianas.

CAPÍTULO XI

Predicación sobre el Sacrificio de la Misa

La abundancia de puntos maravillosos que se dan en este misterio es tan gran que es fácil hacer varias predicaciones sobre este tema en formas diversas. Indico solamente las más útiles.

1. Mostrar en qué consiste este augusto Sacrificio.

2. Dar a conocer las obligaciones que tenemos con Nuestro Señor por haberlo establecido en su Iglesia. Además, señalar las razones que nos obligan a tener grandísima estima, veneración, devoción y respeto hacia la santa Misa, derivadas de las bondades infinitas que Nuestro Señor nos ha manifestado al hacerse presente entre nosotros y al sacrificarse por nuestro amor.

3. Enseñar las disposiciones exteriores e interiores con las que hay que asistir a la santa Misa.

CAPÍTULO XII

Predicación de los mandamientos de Dios y de la Iglesia

1. Luego de dar a conocer lo que el mandamiento ordena o prohíbe hay que señalar las razones y motivos que nos deben mover a cumplirlos.
2. Hacer ver los pecados que se cometen de ordinario contra este precepto por pensamientos, por voluntad, por palabras, por acciones, por omisión y por estímulo. Sin embargo, al tratar del sexto mandamiento se debe exponer con honestidad, circunspección y discreción.
3. Indicar los medios para cumplir el precepto que se explica y para evitar los pecados que se comenten en su contra.

CAPÍTULO XIII

Predicación sobre la santísima Virgen

Siendo la santísima Madre de Dios un abismo de grandezas, excelencias, gracias y maravillas se puede predicar en su honor de diversas maneras.

Señalo una muy útil y que solo contiene dos puntos:

El *primero*, hacer ver las razones por las que debemos honrarla y servirla. Hay que deducirlas o de las excelencias particulares o de lo que ella es respecto de Dios o de lo que es respecto de nosotros.

En *segundo* lugar, enseñar los medios para cumplir debidamente nuestros deberes con ella.

CAPÍTULO XIV

Predicación sobre los santos

Cuando hay que predicar en la fiesta de un santo puede hacerse diversamente:

Mostrar 1. Cómo se comportó el santo con Dios; 2. Como actuó respecto de sí mismo; 3. Cuál fue su actuación respecto del prójimo, según las palabras de san Pablo: *Vivamos sobria, justa y piadosamente* (Tit 2, 12). *Sobriamente*: para consigo mismo; *justamente*: para con el

prójimo; *piadosamente*: para con Dios. Recordar los hechos sobresalientes de la vida del santo que ilustran cada punto.

O bien

Narrar lo que sucedió digno de alabanza en la vida del santo: 1. En su infancia; 2. En su adolescencia; 3. En su edad adulta; 4. En su vejez, si tuvo larga vida; 5. En su muerte y después de su muerte. En cada punto sacar una enseñanza adecuada a los oyentes; por ejemplo, en el primero punto, para los niños; en el segundo para los adolescentes, y así del resto.

O bien

Mostar cómo el santo combatió y venció el demonio, el mundo y la carne.

O bien

Cómo venció los tres vicios que aparecen es tas palabras de san Juan: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne; concupiscencia de los ojos; y soberbia de la vida* (1 Jn 2, 16): avaricia, concupiscencia de la carne y soberbia.

O bien

1. Mostrar las razones que tenemos de honrar a los santos. Se derivan estas razones de las cualidades y de las acciones que lo han hecho digno de este honor.

2. Indicar los medios de honrar y celebrar santamente su fiesta, por las alabanzas que se le rinden, por las buenas obras que pueden hacerse en su honor, por las oraciones con que se invocan, y sobre todo por la imitación de su vida y sus virtudes.

3. En qué debemos imitarlo.

O bien

1. Comentar las gracias hechas por Dios al santo.

2. El buen uso que de ellas hizo y los servicios prestados a Dios mediante sus actividades y sus sufrimientos.

3. Cómo imitarlo en esos santos ejercicios.

O bien

Escoger dos o tres virtudes principales de la vida del santo y mostrar cómo imitarlas.

O bien

Escoger solo una virtud, la que más brilló en su vida.

1. Mostrar los motivos que deben llevarnos a amar el ejercicio de esta virtud y luego señalar que por esos motivos el santo la practicó perfectamente.

2. Hacer conocer en qué consiste esa virtud y cuáles son sus características. Luego mostrar que se encuentra admirablemente en el santo de que se habla, y que la practicó en muy excelente grado.

3. Indicar los medios para adquirirla y luego mostrar cómo el santo se sirvió de ellos muy fielmente.

Estas son diversas maneras de predicar sobre los santos. Cualquiera que sea el modo como se elija, se haga siempre con moderación; abstenerse de emplear palabras excesivas o comparaciones odiosas como rebajar a un santo para exaltar otro. A cada uno debe dársele el honor que le es debido, y por lo demás no reporta ningún fruto para los oyentes.

CAPÍTULO XV

Controversias

Observar las siguientes condiciones:

1 No predicar sobre estos temas sino donde haya muchos herejes o católicos que dudan y vacilan en su fe.

2 Cuando sea necesario hablar de ellos no hacerlo bajo forma de debate, y tratar a los hugonotes con mucha compasión, bondad y caridad, y no en forma indignada.

3 No entablar ninguna controversia si no es posible evacuarla enteramente; que la verdad católica quede sólidamente establecida y el error sea refutado debidamente; las dificultades sean bien resueltas y no quede ningún asomo de duda en la mente de los auditores sobre lo que se trató. No es bueno proponer objeciones fuertes y difíciles si no se tiene claridad en los argumentos

que las refutan, de modo que los oyentes queden contentos y satisfechos.

4 Pueden usarse los siguientes métodos:

-El **primero**, poner en claro la verdad de nuestra religión y precisar sólidamente el contenido de la fe católica en cada punto de la controversia, mediante la Sagrada Escritura, los Concilios y los santos Padres de los cuatro primeros siglos. Luego adelantarse a las objeciones de los herejes y devolverles los pasajes que aducen en contra nuestra.

Por ejemplo, si se trata del asunto de la lectura de la Biblia en lengua vulgar, luego de exponer la doctrina y la práctica de la Iglesia a ese respecto, sirviéndose de pasajes de la misma Biblia, utilizar en contra de ellos los pasajes que aportan contra nosotros.

Afirman que nos privamos de nuestro pan de cada día. Hay que ir en contra de esta afirmación diciendo que la Sagrada Escritura es ciertamente el pan de nuestras almas; pero que, así como no es bueno dar a los niños un pan entero, ni entregarles un cuchillo para que lo partan por temor de que se hagan daño; indicar que este oficio es propio del papá y la mamá y por tanto oficio de la Iglesia; los sacerdotes y los predicadores se encargan de distribuir a los fieles el pan de la divina palabra.

Dicen que ocultamos a los cristianos el testamento de su Padre por temor de que se apropien de la herencia que les ha dejado. Al respecto hay que decir que ciertamente la Sagrada Escritura es el testamento de nuestro Padre. Pero

que no hay que darlo a los niños pequeños no sea que lo destrocen, sino encomendarlo a los tutores que son los prelados, los pastores y los sacerdotes.

Afirman que la palabra de Dios es la luz que nos ilumina, pero no se pone en manos de los pequeños la vela, no sea que se quemen.

El **segundo**, establecer las verdades católicas según el modo que expusimos, luego explicar los misterios controvertidos. Por ejemplo, la manera como Nuestro Señor está presente en el Santísimo Sacramento; cómo los santos escuchan nuestras plegarias, etc. De este modo se responde fácilmente a las objeciones sin animosidad.

El **tercero**, explicar y aclarar los pasajes objetados por los herejes, pero sin traerlos explícitamente; luego probar lo dicho mediante los mismos pasajes. Por ejemplo, puede decirse que una cosa puede estar presente de dos maneras; visiblemente, como nuestro cuerpo; invisiblemente como nuestra alma. Nuestro Señor estuvo presente visiblemente en la tierra, y ahora sigue presente en ella, pero invisiblemente en el Santísimo Sacramento del Altar; no está allí visiblemente. Añadir en seguida: es lo que Él nos dio a conocer cuando dijo: *Tendrán siempre pobres con ustedes, pero no me tendrán a mí* (Mt 26, 11). “Estaré con ustedes invisiblemente hasta el fin del mundo; pero no con presencia visible y en el estado en el que se me puedan brindar los servicios que Magdalena me hizo al derramar sus ungüentos preciosos en mi cabeza y en mis pies”.

De este modo es posible responder a varios otros pasajes que los hugonotes esgrimen contra nosotros, y responderlos sin ánimo de controversia.

Por lo demás, es mejor, a menos que se esté bien preparado y ejercitado en todos los puntos de la polémica, no comprometerse en ninguna controversia o diálogo con los ministros u otros herejes que no se proponen dejarse iluminar sino disputar y vociferar. Es bueno no realizarlo frecuentemente sino sólo cuando se esté en obligación de hacerlo por razones importantes para la gloria de Dios y la salvación de las almas. En ese caso es bueno seguir el método del P. Véron²⁴ y para ello estudiar y dominar perfectamente lo que esté en discusión.

CAPÍTULO XVI

Predicación de los principios y máximas de la vida cristiana y de las verdades evangélicas

Las predicaciones más necesarias, útiles y vigorosas son las que versan sobre los principios, máximas y verdades de la religión cristiana, sobre las virtudes y los vicios, y sobre las postrimerías del hombre.

Estos son algunos de los principios o máximas de la vida cristiana:

²⁴ Jesuita, temido por los protestantes por su perfecto conocimiento de las materias debatidas entre católicos y herejes, y especialmente por su manera de invitarlos a probar sus doctrinas por la Escritura que para ellos era la única norma. El P. Olier lo invitó a dictar conferencias en el seminario de san Sulpicio.

- Sin fe es imposible agradar a Dios (Heb 11, 6).
- Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo (Mt 16, 24).
- Huye del pecado como de ante una serpiente (Sir 21, 2).
- El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser discípulo mío (Lc 14, 33).
- No amen al mundo ni lo que es del mundo (1 Jn 12, 15).
- El que dice que permanece en él, debe caminar como él anduvo (1 Jn 2, 6).
- Felices los de corazón pobre porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 3).
- Felices los que lloran porque serán consolados (Mt 5, 4).
- Felices los pacientes porque heredarán la tierra (Mt 5, 4).
- Felices los misericordiosos, etc. (Mt 5, 7).

Estas son algunas verdades evangélicas:

- Muchos llamados, pocos escogidos (Mt 20, 16).
- Amplio es el camino que lleva a la perdición; estrecho el que conduce a la vida (Mt 7, 13).
- El que se enaltece será humillado, el que se humilla será enaltecido (Lc 14, 15).
- Quienes quieren hacerse ricos caen en la tentación y la trampa del diablo, y en muchos deseos dañinos e inútiles

que sumergen al hombre en la ruina y la perdición (1 Tm 6, 9).

-A quienes temen al Señor no les ocurren males (Sir 33, 1).

-A quienes aman a Dios, todo coopera para su bien (Ro 8, 28).

Para predicar sobre un principio o una verdad de la vida cristiana es necesario: 1. Explicarlos bien y demostrar su importancia y excelencia. 2. Hacer ver los motivos por los que hay que seguirlos, derivados de la gloria que Dios recibirá por su práctica, las ventajas y beneficios que nos traerán, y el ejemplo que Nuestro Señor, su santa Madre y los santos nos han dado. 3. Los medios para orientar nuestra vida conforme a ese principio o esa máxima.

Para predicar sobre una verdad cristiana, luego de haberla explicado, si es necesario hacerlo, hay que cimentarla bien e imprimirla en los corazones de los cristianos mediante la Sagrada Escritura, los sagrados Concilios, los santos Padres, el argumento de razón y el ejemplo. Luego sacar las enseñanzas y frutos partiendo de su contenido y según las necesidades de los auditores.

CAPÍTULO XVII

Predicación de las virtudes

Aporta los motivos y las razones que nos obligan a amar, desear y abrazar la virtud que se quiere inculcar.

Explica en qué consiste y señala las características por las que se puede diferenciar de la falsa virtud; pregunta si en nosotros existe la virtud falsa y no la auténtica.

Indica varios medios para adquirirla, ajustados a la condición y la capacidad de cada uno. Haz ver que es fácil practicarla, si se obvian las dificultades y si se responde a las objeciones que el mundo acostumbra proponer. Aporta ejemplos de los que la han ejercitado, incluso en condiciones muy difíciles.

Saca de la Sagrada Escritura los motivos para practicar una virtud. Insiste en el honor que Dios recibe por su práctica y en las ventajas que nos proporciona su ejercicio. Expone el ejemplo que Nuestro Señor, su santa Madre y los santos nos han dado de ella.

Primero, aduce los motivos generales y teóricos, luego continúa con los particulares y sensibles. El libro de Busée llamado *Viridarium* es excelente para predicar sobre las virtudes e igualmente el de Peraldus llamado *Devirtutibus et vitiis*.

CAPÍTULO XVIII

Predicación sobre el pecado y sobre cada vicio en particular

Demuestra la fealdad y el horror del pecado en general y de cada vicio en particular.

Aporta los motivos que nos mueven a aborrecerlo y detestarlo; a expulsarlo de nuestra alma si está instalado en ella; y si ha sido vencido, cerrarle las puertas para que nunca regrese. Apoyar estos motivos en: 1. La injuria y deshonra que ha inferido a Dios. 2. La aversión que Dios le tiene. Ésta aparece en las penas con que lo castiga en este mundo y en el otro, no solo en los hombres y en los ángeles sino incluso en su propio Hijo, por causa de los pecados de los hombres que él ha querido cargar. 3. Los daños y males infinitos que nos causa tanto en el cuerpo como en el alma, en tiempo y eternidad.

Enseña los medios para destruirlo en nosotros si nos habita. Y si lo hemos alejado impedir que regrese, y vencerlo enteramente. Esos medios son:

1. Reconocer nuestra miseria, debilidad e incapacidad tanto para hacer el bien como para huir del mal.
2. Tomar la firme resolución de hacer de nuestra parte, cuanto esté a nuestro alcance, con la gracia de Dios. Él quiere que cooperemos con él, confiados y apoyados no en nuestra cooperación sino en su sola bondad.
3. Huir las ocasiones de cuanto nos lleva al pecado.

4. Orar frecuentemente.
5. Examinarnos en la mañana para prever las ocasiones que pueden presentarse durante el día para ofender a Dios, a fin de evitarlo, si es posible, o para precaverse de ellas; igualmente hacer el examen ordinario de la noche.
6. Oír una Misa cada día, o al menos ir a la iglesia para adorar el Santísimo Sacramento, y pedir gracia y fortaleza a Nuestro Señor.
7. Devoción especial a la santísima Virgen y recitar cada día alguna parte del Rosario aun cuando sea solo una decena.
8. Leer buenos libros.
9. Asistir a las predicaciones.
10. Ayuno u otra mortificación.
11. Limosna corporal para los que tienen medios y espiritual que puede hacerse a todos los hombres,
12. Confesarse y comulgar frecuentemente.

Para predicar contra los vicios:

Reprender muy prudentemente pues una reprensión indiscreta puede causar perjuicios en lugar de beneficios, en particular cuando afecta a personas de autoridad, como dice san Pablo: *No reprendas al anciano sino ruégale como a padre* (1 Tm 5, 1). San Gregorio pide, en esto del pecado de los mayores, o sea de quienes detentan autoridad, que no sea ocasión de muerte del alma para los jóvenes; basta llamarles la atención en particular. Igualmente, cuando los

vicios públicos afectan solo a pocas personas y no hay peligro de contagio para otros, en particular cuando se juzga que al reprenderlos públicamente se vuelvan peores, desacrediten al predicador o hagan que otros no lo escuchen e impidan el fruto de la palabra de Dios y obren peores males que antes. *Omitir la corrección, dice san Agustín, con la esperanza de una ocasión mejor u oportunidad, para que no se vuelvan peores o impidan el bien debido a los demás, no debe hacerse por timidez sino como consejo de la caridad*²⁵.

Nos lo enseña también san Gregorio con estas palabras: *La iniquidad de los poderosos debe ser condenada de modo que no sean exasperados y abandonen el bien que todavía tienen. A menudo, en oculto, son malos, pero el bien que practican exteriormente redunde en utilidad de muchos*²⁶.

No prestes atención fácilmente a los seglares cuando hablan en contra de los eclesiásticos ni a la gente cuando se queja de los magistrados, de los jueces o de los señores de la parroquia; y no te precipites a hablar de esto en el púlpito. Tómate tu tiempo para examinar y considerar maduramente las quejas que elevan antes de reprender sea en público sea en privado.

Si enseñas o reprendes, hazlo siempre con bondad y nunca amargamente. Cuando prediques en público truena contra el pecado, fulmina los vicios, pero ten compasión de

²⁵ Sermón 36 sobre los santos y la *Ciudad de Dios* cap. 9

²⁶ Lib. 6 en 1 Samuel, cap. 2

los pecadores, como el médico que se compadece del enfermo mientras combate la enfermedad. Nunca señale a alguien por su nombre, ni digas algo que haga pensar a alguno que te refieres a él.

Como el médico experto dora las píldoras a fin de que el estómago débil las reciba con agrado, así cuando sea preciso atacar el vicio, hay que hacerlo siempre con caridad hacia el pecador, y no airadamente ni con indignación ni furor. Y aunque hables con vehemencia nunca emplees términos injuriosos o mordaces. Tu discurso y tu acción revelen que todo lo que dices nace de un corazón paternal encendido de amor por sus hijos y cuyas entrañas están llenas de compasión por su estado miserable, y de preocupación por su bien y su salvación.

Esto no impide que te sirvas de pasajes terribles tomados sea de la Biblia o de los santos Padres; de allí se toman motivos poderosos; aunque uses palabras atronadoras, pronúncialas con un tomo y un acento que dejan ver que brotan de un corazón abrasado de caridad y no lleno de bilis y cólera.

Es bueno también, para que los auditores estén dispuestos a asimilar estos ataques contra el pecado, que manifiestes que al hablar a los demás te diriges en primer lugar a ti mismo.

Cuando se habla en un lugar determinado es necesario informarse de los vicios y malas costumbres más corrientes

que se dan ahí para combatirlos no de manera general sino directa.

Si quieres desarraigar un vicio o una mala costumbre no te contentes con hablar una o dos veces en su contra, sino vuelve sobre ellos frecuentemente.

Hay vicios que se dan en todas partes, contra los que hay que hablar en todas las predicaciones. Son por ejemplos los juramentos, blasfemias, imprecaciones y maldiciones; la profanación de los días y lugares santos; el mal uso de los sacramentos, en particular de la Penitencia y la Eucaristía; los odios, envidias, enemistades, divisiones y murmuraciones; robar y retener injustamente los bienes ajenos; inferir daño a otros en cualquier forma; la falta de pudor; palabras y canciones lascivas, libros y pinturas deshonestas, y todo lo que es contrario a la pureza.

Al predicar de este vicio detestable no debes descender a detalles sino muy circunspecta y parcamente, no sea que termines enseñando el mal a quienes lo ignoran; no uses términos que no sean honestos, y evita en lo posible todo lo que pueda dejar mala impresión en los oyentes.

El libro de Busée llamado *Panarium* es útil contra los vicios, lo mismo que Peraldus del que ya te hablé.

CAPÍTULO XIX

Predicación de las postrimerías

y sobre todo de la muerte

Hay tres maneras de predicar sobre la muerte. La *primera* es mostrar la diferencia entre la muerte de los buenos y la de los malos. El objetivo es invitar a temer la una y desear la otra, y a vivir como los justos para morir como ellos.

La *segunda* es recalcar: 1. Los motivos y razones que nos deben mover a tener una buena muerte. 2. En qué consiste una buena muerte y cuáles son sus señales. 3. Indicar los medios para morir cristianamente.

La *tercera* es predicar sobre la preparación a la muerte: 1. Purificar la conciencia de toda suerte de pecado mediante la penitencia y esforzarse por reparar las faltas pasadas con limosnas si se tiene los medios, las oraciones y toda suerte de buenas obras que cada cual puede hacer según su condición. 2. Esmerarse por morir enteramente al pecado, al mundo y a sí mismo. 3. Someterse por entero a la divina voluntad en cuanto al tiempo, el lugar y la manera que le sea más de su agrado que muramos. 4. Entregarse a nuestro Señor para unirnos a las santas disposiciones con que él, su santa Madre, y todos los santos murieron. 5. Acostarse cada noche en el estado en el que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte.

6. Darse anualmente algún tiempo para hacer los ejercicios de la preparación a la muerte que están en el libro del *Reino de Jesús*²⁷.

Sobre el juicio

-Poner ante los ojos de los oyentes lo que allí ha de pasar como también los signos que precederán, las cualidades formidables del Juez, su terrible llegada, la diferente resurrección de los buenos y los malos, la separación de unos y otros, los libros que se abrirán, el examen que se hará y la cuenta que cada uno debe rendir, los acusadores y los testigos, la última y terrible sentencia que será pronunciada.

-Sacar las enseñanzas y frutos de todas esas verdades.

-Proponer los medios de evitar el terror y el rigor del mismo juicio.

Sobre el infierno

-Describir las penas del infierno en particular la del sentido

-Señalar los medios para evitarlas.

Sobre el paraíso

-Describir los bienes infinitos que Dios tiene preparados en el cielo a los que lo aman.

-Enseñar los medios para llegar a él.

²⁷ OC 1, 520

CAPÍTULO XX

Predicación sobre el purgatorio

-Sustentar la verdad del purgatorio, fundado en la justicia y la misericordia de Dios y en la eficacia de la preciosa sangre de Nuestro Señor.

-Tener presentes los motivos que nos obligan a tener compasión de las almas allí detenidas y a ayudarlas, considerando la gloria que darán a Dios una vez que estén en el cielo; pensar en la magnitud de los tormentos que allí padecen y de la caridad que les debemos.

-Exponer los medios para socorrerlas y los frutos que debemos sacar en beneficio nuestro al considerar sus padecimientos y la causa por la que sufren.

CAPÍTULO XXI

Consejos para componer y ordenar la predicación

Como se dijo en el capítulo cuarto, ora a Dios y disponte interiormente para seguir este método.

1. Escoge el tema que vas a predicar y discierne lo más necesario, útil y apropiado para conmover los corazones.

2. Fija bien el objetivo que te propones en esta predicación: hacer que Dios sea honrado, amado, temido; destruir el vicio; establecer la virtud; inculcar una verdad cristiana o cualquier otro fin. Procura que todo lo que vas a

decir en el sermón tienda a este propósito y que el oyente sea llevado a alcanzarlo.

3. Considera, medita, estudia, concibe claramente lo que vas a decir, de manera que tengas definido el sermón en tu mente y quedes satisfecho.

4. Establece el orden y la división de la materia que vas a predicar. No hay nada que ayude más al predicador, haga útil su ministerio y agrade al auditorio como predicar metódica y ordenadamente, pero en un esquema tan claro y manifiesto que todos lo entiendan.

Para esto es necesario declarar siempre lo que se busca y cuál es el propósito y el designio de cada predicación, cuáles los medios que se quieren aconsejar para obtenerlos y dividir luego el sermón en dos o tres puntos.

Por ejemplo, escojo la humildad como tema de mi sermón. Me propongo arraigar en el corazón de mi auditorio gran estima por esta virtud y ardiente deseo de practicarla. Les diré desde el principio: “Mi propósito hoy es hacer que amen y abracen la práctica de la humildad. Para ello les diré estos tres puntos que serán las partes de mi sermón: Lo que es esta virtud, en qué consiste y las señales por las que se le conoce; luego, los motivos que nos deben mover a amarla y practicarla, y finalmente, los medios son...

5. Llenar cada punto con verdades básicas, con pasajes bien escogidos y que no sean muy largos, razones sólidas, traer comparaciones claras y naturales, ejemplos poderosos para iluminar y convencer, primero la inteligencia, y luego

conmover y excitar la voluntad, para llevarla a practicar esta virtud o a huir el vicio opuesto.

6. No refieras demasiados pasajes, ni razones, ni cosas parecidas. Es mejor que sean pocos bien explicados y valorados.

7. Pon cada cosa en su lugar y cuídate de colocar en un sitio lo que no conviene allí. Lo que sería provechoso y agradable si ocupa su lugar propio y natural, perdería su brillo y su poder puesto en lugar no apropiado.

8. Cuando cites varios pasajes reserva para el final los de mayor valor. Y cuando aportes varios motivos o razones para probar una verdad, usa las más generales y especulativas al comienzo, las mediocres en medio, y al fin las más poderosas y las que más impactan los sentidos.

9. Cuando pases de un punto o de un argumento a otro, haz la transición sencilla y naturalmente, sin artificio, diciendo, por ejemplo: luego del primer pun

to en el que vimos la definición de la humildad y sus señales: “En esto consiste la humildad y estas son sus señales, etc. Veamos ahora las razones y los motivos que nos la deben hacer amar. El primero es... el segundo es...

10. Puedes servirte en ocasiones de términos diferentes para exponer las divisiones de los puntos, las transiciones y las maneras de expresar lo que se dice, para no aburrir al auditorio.

11. Sé breve en el exordio que precede el *Ave María*; una vez dicha, entra en materia lo más pronto que puedas. El exordio debe ser a menudo lo último que se piensa, dado que, puesto que es necesario sacarlo *de las entrañas del problema* es fácil encontrarlo una vez que el sermón está terminado.

12. No olvides sacar en cada punto una práctica moral, sea para instruir la mente, sea para conmover los corazones; pero reserva para el final los movimientos más vehementes, las palabras más fuertes y más patéticas.

13. Haz al final un breve resumen de lo dicho para gravarlo en el corazón de los oyentes, y termina con un pasaje emocionante de la Sagrada Escritura, con palabras entusiastas, vigorosas, llenas de fervor, sea apostrofando al auditorio o dirigiéndote a Dios en forma de oración.

14. Una vez que hayas dado forma y ordenamiento en tu mente a la predicación, puedes escribirla de diversas maneras. Algunos solo ponen por escrito los puntos principales antes de pronunciar el sermón. Otros lo escriben íntegramente y lo aprenden de memoria palabra por palabra. Esto representa mucho trabajo y poco fruto, pues cuando la mente está atada al texto escrito pierde libertad, el fervor disminuye, y no se habla con aquel vigor y vehemencia con el que la pasión se enciende cuando depende solo de lo que dice, con tal que lo haya concebido claramente, lo tenga digerido y lo posea perfectamente.

Otros observan el justo medio entre estos extremos: son los que escriben su sermón en media página, pero de modo que las materias, en incluso las palabras, estén enlazadas y unidas conjuntamente de manera que les queda amplia libertad para extender y enriquecer su discurso mediante los afectos y movimientos que les llegan improvisadamente. Esta manera es mejor que las anteriores.

Hay una cuarta manera que es muy buena: componer, ordenar y dominar en su mente muy bien todas las partes de su predicación, a saber: el exordio que precede al *Ave María*, luego la entrada, la división, los puntos, los argumentos, los pasajes, las comparaciones, la historia, los afectos y movimientos, las transiciones, las diversas maneras de expresar lo que se va a decir y la conclusión. Así, una vez que se ha estudiado, meditado y considerado todo, es posible pronunciar el sermón sin haber escrito nada; todo queda gravado con tanta nitidez en la mente que es fácil repetirlo otras veces.

CAPÍTULO XXII

Lenguaje y manera de hablar

Si el tema del sermón ha sido estudiado y concebido bien fácilmente se encuentran las palabras para expresar lo que se va a decir. Se debe hablar de manera tan inteligible y clara como sea posible, evitando expresiones oscuras que pocos entienden.

El predicador evangélico, que desea hablar con la sencillez y el espíritu de Nuestro Señor y de sus santos Apóstoles, *como de Dios, en presencia de Dios, en Cristo* (2 Cor 2, 17), debe evitar, como la peste de la predicación, *las vanas novedades de las palabras* (1 Tm 6, 20), las expresiones nuevas y las maneras de hablar que estén de moda.

No debe emplear palabras groseras, impropias y poco usadas. Al contrario, debe expresar sus pensamientos con buenos términos. Su discurso no debe ser demasiado rebuscado ni acicalado, pues nada disminuye tanto el celo y el ardor del que predica y del que escucha, como un discurso pomposo e inflado. Por el contrario, cuando se habla sin disfraz ni artificio, comunicándose de corazón a corazón, entonces se persuade perfectamente y se conmueve al auditorio. San Pablo llama a los predicadores que se esmeran tanto en el bello lenguaje, adúlteros y corruptores de la palabra de Dios, y nos declara que las bellas palabras y los discursos demasiado pulidos, destruyen el fruto de la Cruz de Jesucristo (2 Cor 2, 17; 4, 2; 1 Cor 1, 17).

No dirigirse a los oyentes con el título de “Señoras y Señores”. Es demasiado mundano y aseglarado, y no muy cristiano ni cordial. Mejor llamarlos: “cristianos” o “Asamblea cristiana” o “Mis Hermanos”. Así se expresan los Apóstoles y los santos Padres.

Nunca se debe emplear la adulación: *No con palabras de adulación* (1 Ts 2, 5), ni profanar la santa palabra de Dios

prodigando vanas alabanzas a los hombres, aunque sean reyes, príncipes o papas.

No hay que temer repetir y reiterar varias veces alguna afirmación cuando es importante, para que sea bien comprendida y se imprima muy hondo en los corazones pues *Nunca se repite demasiado lo que nunca es suficientemente aprendido*²⁸.

Los términos “casualidad” o “fatalidad” y otros semejantes son muy indignos de los labios de un predicador cristiano que debe enseñar a los fieles que nada en este mundo sucede por acaso, fortuitamente o por azar, sino que todo acontece bajo la guía de la divina Providencia.

La acumulación de epítetos suena más a ostentación de poesía que a sencillez evangélica. Digo lo mismo respecto exageraciones demasiado fuertes y grandes.

Hay que evitar cuidadosamente sinónimos y repeticiones fastidiosas, es decir, usar de términos que tienen la misma significación.

Hay que precaverse de una falta en que incurren los predicadores jóvenes, que prometen grandes cosas y no dicen sino banalidades.

²⁸ *Numquam nimis dicitur, quod numquam satis discitur.*

CAPÍTULO XXIII

La voz y la pronunciación

Declamar defectuosamente los mejores y más hermosos textos es perder el tiempo. Decir cosas comunes y sencillas, pero decirlas de manera excelente, sentida y vigorosa, es lograr la perfección de la predicación.

La pronunciación y el lenguaje corporal son cualidad fundamental del predicador. Contribuye mucho a convencer y a despertar los afectos. Es el tema de este capítulo y del siguiente.

Saber manejar y conducir la voz es uno de los medios más importantes para predicar eficazmente y con fruto: levantar la voz o bajarla, impulsarla o retenerla cuando sea preciso; darle acento de acuerdo al tema que se trata, a veces triste, a veces gozoso; impregnarla de sentido amor a Dios, o de afecto a los oyentes; de indignación contra el pecado o compasión con quien está esclavizado a él; adaptarla a la índole del tema que se predica, no tratando las cosas intrascendentes o de menor importancia con voz fuerte o vehemente, y las que son graves e importantes con voz débil e irrelevante; dar a cada caso lo que le es propio: a lo común y corriente, una manera de hablar común y ordinaria; y a lo de importancia, voz grave y vigorosa.

Hay que evitar cuidadosamente cantar, es decir, emplear una voz próxima más al canto que a la palabra. No hay nada más ridículo y desagradable en la predicación.

Tampoco se debe declamar al estilo del escolar que recita su lección de memoria ante el maestro. Esta manera de hablar no es natural sino afectada, no conmueve. Pronunciar el discurso en forma monótona, aburre, desagrada y adormece al oyente.

El secreto es hablar, esto es, pronunciar lo que se dice sencilla y naturalmente, sin artificio ni afectación, pues en esto como en todo, el mejor artificio es no tenerlo.

No se debe hablar demasiado lentamente, como quien busca lo que va a decir, ni demasiado rápidamente como corriendo y con precipitación. Lo que se dice de este modo impresiona exteriormente los sentidos, pero no penetra en el corazón. Resbala someramente como un chubasco que cae impetuosamente y hace mucho ruido, pero como cae rápidamente pasa por encima de la tierra sin impregnarla.

Con todo hay cosas que es necesario decir lenta y gravemente. Otras prontamente y con vehemencia. Pero siempre hay que hablar distinta y claramente, pesando bien todas las palabras, si se quiere imprimirlas muy dentro del corazón a fin de conceder espacio a los oyentes para retenerlas y saborearlas.

En el exordio, sea antes o después *Ave María*, hay que comenzar suave y gravemente, con voz moderada y a la manera de cómo se habla en familia.

Es necesario repasar varias veces en la mente la predicación antes de subir al púlpito; disponer y concebir no solo lo que se debe decir sino también la manera de

expresarlo, especialmente el comienzo. Así se es dueño del discurso y se posee perfectamente. Haciendo esto, en lugar de ocupar la mente en buscar lo que se quiere decir, se tiene espacio para recogerse, conservar el dominio de sí mismo y concentrarse en la importancia de las verdades que se pronuncia, y dar a la voz el tono conveniente.

En la continuación del discurso, poco a poco se eleva la voz, pero siempre hablando y no recitando ni declamando.

Al presentar las pruebas, los argumentos y las explicaciones de pasajes se continúan hablando familiar y naturalmente, aunque con inflexión de la voz, o sea, a veces fuerte y a veces moderada; elevándola o bajándola, sin dejar sin embargo que se apague demasiado; sosteniéndola y manteniéndola en su vigor, con modesta solemnidad, con dignidad propia de la palabra de Dios, en cuanto posible.

Cuando se llega a los movimientos y afectos del alma es necesario usar al comienzo una voz muy moderada, pero elevarla y animarla con fervor; y al final impulsarla vivamente, cuidando sin embargo de no dar exclamaciones demasiado vehementes ni gritos forzados y violentos.

Las elevaciones breves y fervorosas que se dirigen de tanto en tanto a Dios, a Nuestra Señora, a los ángeles y a los santos, y los apóstrofes al pecador son muy eficaces, por ejemplo: ¡Oh Dios! ¡Gran Dios! ¡Oh bondad! ¡Oh amor! ¡Oh exceso! ¡Justicia de Dios, que formidable eres! ¡Madre de Dios, apiádate de nosotros! ¡Ángeles y Santos, rueguen al soberano Predicador que hable en el oído de los corazones,

que haga ver y gustar la importancia de estas verdades, que las grave muy dentro de cuanto me escuchan!

¡Hombre, abre tus oídos! *El que tenga oídos para oír que oiga. El que escuche, que entienda.* ¡Oh cristiano, qué culpable eres...! ¡Oh pecador, qué cruel eres contigo mismo! ¡Hermano mío, mi queridísimo hermano, ten compasión de tu alma...!

CAPÍTULO XXIV

Lenguaje corporal

Los predicadores nuevos, todavía sin mucha experiencia, no sólo deben repasar su sermón varias veces antes de subir al púlpito, sino que deben preocuparse, al repasarlo, de su presentación, de hacer los gestos adecuados y de dominar los movimientos de su cuerpo.

Deben evitar sin embargo todo artificio y afectación. Cuiden su accionar haciendo que sea sencillo y natural, suprimiendo todo lo que pueda parecer grosero, indecente, deforme o chocante.

No deben permanecer inmóviles, como una estatua. Pero tampoco hay que multiplicar gestos estudiados, como si se actuara en el teatro.

Deben presentarse con la dignidad y modestia de un predicador evangélico, para comunicar, de manera sencilla y natural, lo que se expresa con palabras.

Tampoco hay que repetir los mismos gestos ni hacer los mismos movimientos del cuerpo, sino diversificarlos según lo que se trata. No deben golpear las manos, una contra otra, sino raramente. Tampoco es bien visto golpear el púlpito con la mano o con el pie sino cuando la importancia de lo que se predica lo requiera; ni correr de un extremo al otro de la tribuna si es demasiado amplia.

No estar ni demasiado alto ni demasiado escondido en el púlpito; no sacar la mitad del cuerpo fuera del púlpito; no encorvarse demasiado, ni poner los codos en la tribuna; sino permanecer recto, sea sentado sea de pie; no avanzar la cabeza hacia adelante ni echarla atrás, o a los lados; mantenerla recta; no lamer o morder los labios; no levantar a todo momento los ojos al cielo sino mirar al auditorio en grupo y en general, y a nadie en particular.

No extender o alargar los brazos ni elevar las manos por encima de la cabeza ni bajarlas más allá de la cintura, o esconderlas tras las espaldas o ponerlas hacia los lados; no golpearse con las manos en el trasero, ni en las rodillas sino raramente y si el asunto que se trata lo pide.

No tener los puños cerrados ni los dedos abiertos; no soplar por las narices si falta el aire. No toser ni escupir a menos que sea necesario. Tampoco hacer algún gesto, movimiento o acción contra la decencia, dignidad y

modestia que deben acompañar un ministerio tan santo y divino.

Dice san Francisco de Sales: “Tener un accionar libre, noble, generoso, sencillo, fuerte, santo, digno y un tanto lento. *Libre*, que no sea el accionar obligado y estudiado de los pedantes. *Noble*, que no sea el accionar rústico de algunos que hacen profesión de golpear con los puños, los pies o el estómago el púlpito; que gritan y vociferan extrañamente y a menudo fuera de propósito. *Generoso*, que no sea un accionar tímido como si hablaran a sus padres y no a sus discípulos y a sus hijos. *Sencillo*, que no sea lleno de artificio y afectación. *Fuerte*, que no sea un accionar muerto, muelle y sin eficacia. *Santo*, que excluya las maneras hipócritas, cortesanas y mundanas. *Digno*, que no dirija saludos al auditorio, ni reverencias ni charlatanerías, mostrando las manos, la sobrepelliz y haciendo otros movimientos indecentes. Un poco lento para excluir cierto accionar corto y recogido, hecho más para divertir que para conmover el corazón”. Así se expresaba este gran y santo prelado.

Hay que evitar igualmente en la predicación del Viernes Santo todo accionar que no sea serio y que no lleve a los oyentes a una verdadera compasión de los dolores del Hijo de Dios que sufre y muere.

CAPÍTULO XXV

Medios para conmover y tocar los corazones

Para tocar y conmover los corazones, fin principal de la predicación, haz lo siguiente:

1. Practica cuidadosamente lo escrito arriba en los capítulos 4 y 5, a saber: en el 4°, lo concerniente a las disposiciones interiores que preceden, acompañan y siguen la predicación. En el 5°, lo dicho respecto de la vida ejemplar que el predicador debe llevar, pues la palabra de Dios tiene tanto mayor poder en la mente y toca más poderosamente el corazón de los oyentes cuanto quien la anuncia la practica en su vida.

2. Predica virtudes sólidas y arguméntalas bien. Para ello, sítete de los pasajes más enérgicos de la Sagrada Escritura y de los santos Padres, de motivos que convencen y de ejemplos muy conformes con el tema. Las reacciones y los afectos sacados de una verdad importante y bien sostenida tienen fuerza maravillosa; y cuando el entendimiento está del todo convencido es fácil influir en la voluntad.

3. Observa en cuanto te sea posible lo que se dijo en los dos capítulos precedentes en cuanto al lenguaje corporal.

4. Sé constante y dedicado a la oración y la meditación. Allí encontrarás luces para iluminar las mentes a fin de que descubran la importancia y la hermosura de las virtudes cristianas y para enfervorizar los corazones de modo que les gusten y las amen. Y cuando estén bien persuadidos y vivamente conmovidos tendrán gran facilidad para penetrarlas e imprimirlas fuertemente en sus corazones.

Las verdades con las que Dios ilumina nuestra mente en la oración, y por cuya consideración somos movidos a servirlo y amarlo, tienen poder incomparablemente mayor para inflamar los corazones que las que tomamos de los libros, sin haberlas meditado y considerado ante Dios. Hay tanta diferencia entre estas y aquellas como la que hay entre alimentos bien cocidos y sazonados y otros que se ofrecen crudos.

San Gregorio el Grande y santo Tomás de Aquino afirman que la predicación debe proceder de la plenitud de la contemplación como de su fuente y que los predicadores deben ser hombres perfectos que, saliendo de la oración, colmados de las delicias de la bondad divina, den a los demás de su abundancia y publiquen en voz alta las maravillas de su divina majestad.

El predicador apostólico no debería servirse de medio más poderoso para conmover los corazones que hacer preceder, acompañar y seguir con la oración la preparación y composición de su sermón; con ella pide a Dios luces, gracias y palabras, para considerar y meditar atentamente ante él las verdades que quiere enseñar y para sacar, para sí mismo y para los otros, la instrucción y el fruto que su ministerio pide. *Lo que por sí mismo no arde no puede encender lo demás*, dice san Gregorio. No hay corazón tan aterido que no sea inflamado por una buena meditación: *En la meditación se enciende mi fuego*.

5. Penetrado y animado por la doctrina que predicas, pronuncia devotamente y con afecto todas las palabras, enardeciendo tu corazón y tus labios, no mediante

exclamaciones vehementes ni con gritos forzados y violentos, ni con ademanes inmoderados, ni con arrebatos de cólera, de acritud o de indignación contra los oyentes, sino movido por un afecto interior sincero y fervoroso. Que al ver tu semblante y tus gestos todo el mundo quede convencido de que tus palabras brotan del corazón, tan llenas de compasión y caridad al prójimo como de amor a Dios. Tus palabras serán otras tantas ascuas que calentarán e incluso abrasarán los corazones más tibios y fríos. La lengua habla solo a los oídos, el corazón habla siempre al corazón del oyente.

6. Organiza tu tiempo, especialmente el día en que vas a predicar, de modo que puedas celebrar la santa Misa no a la carrera sino serenamente. Prepárate dignamente a fin de celebrarla con mucha atención y devoción y para hacer bien tu acción de gracias. No es posible creer, dice san Crisóstomo, que la boca que ha recibido la palabra increada y encarnada, y la lengua que se ha empapado de la preciosa sangre no infunda temor a los demonios y no se torne poderosa para ablandar los corazones más endurecidos.

7. Antes de ir al templo para hacer la predicación, repásala de nuevo en tu memoria para dominarla bien. Evita las actividades y encuentros que puedan distraer tu espíritu de devoción. Mantente retirado y recogido, tanto para edificar al prójimo como para atraer el espíritu de Dios que nos habla en la soledad. No es edificante ver a un predicador en el púlpito si inmediatamente antes se le ha visto entreteniéndose, conversando y riendo con los otros. Pero da peso a su predicación saber que acaba de estar en

diálogo con Dios, hablando a su divina Majestad, para orar a su divino Espíritu y encomendarles a los oyentes.

Cuando sea posible, es bueno que un poco antes se te vea ante el Santísimo Sacramento, y que de allí vayas a subir al púlpito con los ojos bajos y recatados, y con aire serio, devoto y modesto.

8. Para hacer que la emoción y los afectos sean poderosos es bueno que uses algunas palabras de la Sagrada Escritura, breves y expresivas, que no necesiten explicación, especialmente sacadas de los profetas que son muy eficaces para enfervorizar los corazones, pero mejor aún pronuncia las de Nuestro Señor Jesucristo.

9. Cuida de no ser demasiado largo sino breve en lo que dices para conmover los corazones, termina con el vigor y la fuerza de tu emoción.

10. Terminada la predicación regresa como viniste, con los ojos bajos y con un exterior que revele modestia y piedad.

CAPÍTULO XXVI

Defectos en el ministerio de la predicación, los predicadores de moda

Además de los defectos de que ya hablamos, evitemos los siguientes:

1. No predicar sin vocación de Dios. La predicación no es obra humana sino divina. La vocación es necesaria para

toda clase de condiciones y empleos, pero en especial para éste que es de gran importancia. Cuando no hay vocación de Dios no hay de ordinario la gracia. Sin ella es imposible realizar algo que sea de su agrado. La vocación al oficio de predicador se reconoce por la probidad de vida, por una fuerte inspiración acompañada de grandes deseos de ayudar a salvar almas, por la pureza de intención, por una ciencia si no excelente al menos suficiente. Cuando se poseen las demás cualidades y talentos necesarios para este empleo, pero, sobre todo, cuando no se asume por propia iniciativa, y cuando no se predica por capricho personal y propia voluntad sino por obediencia recibida de los superiores o directores, y con misión de quienes están autorizados a concederla, se es llamado a este ministerio.

2. Deben evitarse los recursos demasiado refinados de la elocuencia que corrompen la palabra de Dios. No dejarse llevar de sutilezas inútiles y de cuestiones traídas del aprendizaje. Renunciar a todos los atractivos de una retórica secular y abstenerse de esas declamaciones afectadas que huelen más a teatro que a la cátedra evangélica. En ella se esperan predicaciones fervorosas y animadas por el espíritu de Dios.

3. Hay que cuidarse de hacer largos preámbulos para excusarse ante los oyentes sobre su incapacidad o indignidad ante la grandeza de la acción que hacen, sobre la dificultad de la materia que van a tratar, sobre que no se ha dispuesto de mucho tiempo para prepararse, y otras

impertinencias semejantes que pertenecen más bien a un escolar que a un predicador del Evangelio.

4. No pronunciar palabras sobre las materias graves e importantes que no hayan sido bien ponderadas y analizadas antes, y que merezcan rigurosa aprobación de los teólogos. Si por accidente se escapa alguna palabra o proposición que pueda interpretarse en mal sentido, hay que explicarla de inmediato antes de seguir adelante, de modo que nadie pueda quedar escandalizado o dubitativo sobre la doctrina que se predica.

5. No usar nunca palabras infladas y excesivas en las reprensiones ni en las alabanzas.

6. No decir jamás algo que provoque risas. Nuestro Señor no lo hizo nunca y más bien provocó lágrimas.

7. No pronunciar sino raramente y con respeto los nombres de Jesucristo, de Jesús y María, y al pronunciarlos descubrirse siempre como testimonio especial de veneración.

8. No predicar como declamando, recitando o cantando, sino hablando, como dijimos antes. Nunca se dirá lo bastante en contra de estos defectos pues es importante no caer en ellos.

Medios aconsejables para evitar la declamación y acostumbrarse a hablar son: A) Enseñar el catecismo durante cierto tiempo pues allí se acostumbra hablar familiarmente. B) Escuchar varias veces a un predicador que

hable y no declame. C) Ejercitarse en este punto repitiendo en privado la predicación antes de subir al púlpito. D) Tener seguridad de lo que se va a decir, en especial el exordio. E) Hablar al principio con voz grave y en tono moderado, como se habla en el discurso familiar. F) Emplear interrogantes como: “Tengo tres puntos para decirles, ¿cuáles? Esta es una verdad: ¿cómo la probarían ustedes? ¿Me aprobarían, etc.? ¿No escuchan a san Pablo que dice? ¿Díganme, cristianos, cómo es posible que ustedes teman tan poco el pecado? Es que...” Y otras cosas semejantes. Es método que facilita hablar familiar y naturalmente y evita por tanto declamar.

9. No derrumbar el ánimo y el corazón de los oyentes, desanimándolos o desesperándolos. Luego de haber mostrado el horror del pecado o el estado lastimoso del alma en pecado o el terror de los juicios de Dios, o las amenazas terribles que lanza a los pecadores, o los castigos espantosos que les aplica; al igual que los profetas, hay que asegurarles que está en su poder, mediante la gracia de Dios, que no la rehúsa a nadie, evitar todos esos males. Que, si quieren convertirse, está presto a perdonar todos sus pecados; que no quiere la muerte del pecador y que por el contrario su gran deseo es darle la salvación; que todos pueden llegar a ella si cooperan con la gracia, e incluso que es más fácil salvarse que condenarse. En seguida se les presentan los medios de huir del mal y de hacer el bien, fáciles y proporcionados a su condición y a su capacidad. Para terminar, exhortarlos vigorosamente a abrazar gustosamente esos recursos, a poner su dicha y su felicidad

en servir a Dios, a gustar por experiencia cómo es grato amarlo y cómo son verdaderas las palabras del Espíritu Santo: *Caigan tribulación y angustia sobre todo hombre que obra el mal; en cambio sea gloria y honor y paz a todo el que obra el bien* (Ro 2, 9-10).

10. No imitar los predicadores de moda o lo oradores mundanos. Estos se distinguen por:

- Ejercer el ministerio de la predicación no por vocación de Dios sino por vocación del mundo, de la carne y de la sangre, movidos por consideraciones humanas, por avaricia o vanidad.

- Predicarse a sí mismos y no a Jesucristo crucificado.

- Hacer que la Palabra de Dios esté al servicio de sus pasiones e intereses.

- Hacer de la predicación del Evangelio un oficio para ganar dinero, para acrecentar su fortuna y su posición en el mundo, para hacerse a un beneficio o por cualquier otro fin interesado.

- Buscar la gloria de los hombres y no la de Dios.

- Tener sólo como fin complacer y adular al mundo y sus desórdenes.

- Ser los primeros en servirse del vocabulario nuevo de la corte y de las formas novedosas de hablar.

- Predicar no las verdades cristianas sino sus pensamientos e invenciones, o asuntos curiosos, sutiles o profanos.

-Presentar fácil el camino del paraíso y difícil el del infierno contrariando la Verdad eterna.

-Proclamar de preferencia en los templos cristianos los nombres de Platón, Aristóteles, Séneca, Plutarco, César, Alejandro Magno en vez de los de Nuestro Señor Jesucristo y de sus apóstoles.

-No citar del todo, o casi nunca, pasajes de la Sagrada Escritura o de los santos Padres, imaginando que hacerlo desdice del refinamiento y fluidez de su discurso.

-Creer que hacen maravillas llenando sus sermones de gran variedad de tópicos como postulados de filosofía, matemáticas, medicina, jurisprudencia, palabras de rabinos, palabras griegas, hebreas, siríacas, caldeas²⁹, antigüedades paganas y cosas semejantes, por hacer ostentación de erudición; es lo que san Pablo llamar adulterar, profanar, corromper, deshonar la santidad de la palabra de Dios, mezclándola con tantas palabras de paganos.

-Esmerarse al extremo para hacer alarde de palabras bellas, períodos redondeados, discursos pomposos, puntadas agradables, florituras de retórica, donaires mundanos. San Jerónimo lo lamenta diciendo que adoban su sermón como quien adorna no a una dama de honor sino a una mujerzuela, rizada, perfumada y lascivamente ataviada: *Como meretriz que se presenta al público*³⁰.

²⁹ Lengua caldea llama la Vulgata al arameo.

³⁰ Comentario a la carta a los Gálatas, lib. 3.

-Dedicarse a aprender un lenguaje remilgado y la elegancia mundana, leyendo y estudiando novelas, libros muy perniciosos, que, bajo apariencia de un lenguaje pulido y bajo la miel de palabras hermosas, esconden veneno muy sutil que causa muerte a muchas almas.

-Predicar de tal manera que los que salen de sus sermones se marchan diciendo del predicador: es un hombre hábil, de memoria feliz, muy entendido y dice maravillas. Pero pregúntenles qué dijo y qué deducen de su sermón. No pueden responder. Y se van con la mente vacía y el corazón frío como si a nada hubieran asistido. En cambio, los verdaderos predicadores hablan de tal manera que quienes los escuchan se van dándose golpes de pecho, con lágrimas en los ojos, el corazón transido de dolor por sus pecados, llenos del temor de Dios, y con el deseo de enmendarse: *Cuando enseñes en la iglesia no suscites aplausos sino gemidos; que las lágrimas de los oyentes sean tu alabanza*³¹, dice san Jerónimo.

Todo aquel que quiere alcanzar la salvación trabajando en la salvación del prójimo y no ser reprobado luego de haber predicado a los demás debe evitar todas estas conductas de los falsos predicadores., como la peste de la predicación evangélica y como la causa de la perdición no solo de varios predicadores sino de gran número de cristianos.

11. Sobre todo, sobre todo, lo dije ya y lo vuelvo a repetir, y habría que decirlo sin tregua a todos los

³¹ Carta 2 a Nepociano

predicadores: nada hay que deban temer tanto y de lo que deben cuidarse con esmero y vigilancia como de la vanidad. Es inmensamente cierto que ella ha precipitado a muchos predicadores en las llamas eternas. ¡Qué lástima! Si san Pablo nos dice que teme ser reprobado después de haber predicado a los otros, ¿Quién no se estremece de temor? ¿Quién no se humillará? ¿Quién no pondrá todo de su parte para cerrar todas las puertas de su alma a esa maldita vanidad? ¿Quién no pondrá en práctica toda clase de medios para fortalecer y conservar la santa humildad en su corazón, rechazando pronto todos los pensamientos y sentimientos de estima y de complacencia? ¿Quién no se refugiará del todo en el fondo de su nada, rechazando como un veneno las alabanzas de los hombres y dando a Dios solo, todo honor y toda gloria? ¿Quién no le suplicará a menudo que lo preserve de la soberbia y le dé la auténtica humildad?

CAPÍTULO XXVII

Consejos a los predicadores

Sean breves en el exordio que precede al *Ave Maria*. Una vez dicha, entren pronto en la materia de la predicación. Que los fieles escuchen bien de qué se va a hablar. Que se proponga en pocas palabras llamativas una división clara y evidente. No perder el tiempo en bailotear (así dicen algunos) la división, dándole vueltas y revueltas

de todos lados, con diversidad de términos y en varias formas. Eso no es más que un juego de la maldita vanidad, del todo inútil y ridículo. Solo sirve para hacer alarde de sutileza y agudeza del predicador, quien se convierte así en juguete del demonio y en objeto de la ira de Dios que castigará muy severamente semejantes predicaciones, que solo son ostentaciones de la vanidad propia.

Si van a hablar a un obispo o a un príncipe, háganlo con pocas palabras, cuidando de no incurrir en adulaciones ni en alabanzas vacías. Háblenles en el espíritu y en los términos del Evangelio, que no reparte lisonjas a los grandes de este mundo.

Cuando traten de probar una verdad, digan los argumentos más poderosos al comienzo y al fin, los demás en el medio. No exageren al provocar emociones. Si hacen hablar a Dios, que sea brevemente, no le atribuyan decires indignos de la divina Majestad. Digo lo mismo a propósito de la santa Virgen y de los santos.

Si ustedes representan a Dios como si hablara a los pecadores y a los réprobos, no lo hagan hablar como si fuera un hombre cruel y furioso sino como un juez equitativo y respetable.

Luego de expresar palabras terribles contra el horror del pecado, o sobre el estado horrible de las almas culpables de pecado, o sobre los castigos que Dios tiene preparados para los malos, añadan siempre, como dije antes, alguna palabra para animar a los oyentes, declarando que no dicen estas verdades para descorazonarlos sino para

despertar a los que están adormilados en sus crímenes y para ablandar los corazones endurecidos.

Al predicar sobre un santo, no se diviertan haciendo panegíricos que no conmueven los corazones, sino que son solo ostentación de sutileza intelectual, alarde de discurso florido y de tópicos agradables, más hechos para halagar los oídos que para conmover los corazones. Simplemente demuestren las principales virtudes del santo y lancen invectivas contra los vicios contrarios para imprimir en los corazones el horror al mal y para invitarlos a la práctica de las virtudes opuestas.

Si tienen que hacer una oración fúnebre, lo que solo debe hacerse sobre obispos y príncipes, cuiden de no convertir la cátedra de la verdad en teatro de mentiras y zalamerías. Aprovechen esa ocasión para predicar sobre la muerte y para ponderar la vanidad de todo lo mundano.

Finalmente, no tengan en todas sus predicaciones otro propósito que iluminar las mentes, conmover los corazones y llevar a los cristianos al temor, al amor y al servicio de Dios. Empleen solo los medios necesarios para alcanzar ese objetivo. Si les han de pedir cuentas de las palabras ociosas proferidas en un lugar o en el hablar profanos, con cuanto mayor rigor se les pedirá cuentas de las que pronuncien en la predicación de la divina palabra para agradar al mundo, para alimentar la vana curiosidad de los hombres, para satisfacer el amor propio, para dar pábulo a la vanidad, para hacer ostentación de sutilezas de la inteligencia, para alardear de erudición. ¡Oh Dios, lo digo otra vez, cuántos

predicadores han ido a parar al infierno por profanar la palabra de Dios!

Si han recibido ofensas o desprecios, de cualquier manera, que sea, cuídense de no emplear el púlpito para expresar resentimientos. Sin embargo, si se echa a correr una calumnia o un chisme contra ustedes que impida el fruto de la predicación, luego de haberlo tolerado cierto tiempo, pueden defenderse modestamente en el púlpito, pero sin nombrar a los chismosos y calumniadores.

CAPÍTULO XXVIII

Manera de enseñar a los oyentes las disposiciones requeridas para escuchar santamente la palabra de Dios,

Para que la predicación de la palabra de Dios sea eficaz y provechosa no es suficiente que el predicador observe los consejos dados. Es necesario que los oyentes pongan de su parte lo que deben hacer para escuchar santamente la predicación y para no poner obstáculo al fruto que Dios quiere obrar en ellos.

Cuando se va a predicar durante cierto tiempo en un lugar es bueno dar cuidadosamente a los oyentes las indicaciones necesarias e indicarles las disposiciones que deben tener para escuchar con fruto la predicación. Pueden reducirse a cinco puntos principales:

1. Con relación a la divina palabra;

2. Con relación a Dios;
3. Con relación al lugar sagrado donde escuchan la predicación;
4. Con relación al predicador;
5. Con relación a sí mismos.

Para explicarles cada punto en particular hay que enseñarles:

1. Que, en cuanto a la palabra de Dios, deben tener hacia ella gran respeto. Que no consideren la acción de asistir a la predicación como una obra común e indiferente sino como algo muy importante y necesario pues no se puede mantener por mucho tiempo la fe sin la predicación: *La fe viene del oído y el oído de la palabra de Cristo* (Ro 10, 17). El Espíritu Santo pone en plan de igualdad la carencia de Dios y la carencia de la predicación: *Pasarán muchos días en Israel sin el Dios verdadero, sin quien enseñe, sin la ley* (2 Cro 15, 3), pues la fe que nos hace creer en Dios se confirma en nosotros por la predicación.

Hay que inculcarles que asistir a la predicación es acción tan grande que san Agustín la compara con la sagrada comunión. En efecto, asegura que quien escucha descuidadamente la palabra de Dios no es menos culpable que quien deja caer a tierra, por negligencia, el precioso cuerpo de Jesucristo: *No es menos culpable el que escucha con negligencia la palabra de Dios que el que permite, por negligencia, que el Cuerpo de Cristo caiga a tierra*³².

³² Lib. *Homiliarium*, Hom. 26.

Así como no se debe ir a la Eucaristía sin preparación de igual modo no se debe asistir a la predicación sin disposición. Es preciso aportar gran deseo de hacer buen uso de ella. Hay que escucharla con recogimiento y atención, no como se escucha la declamación de un orador que arenga en pro de los asuntos profanos, ni como la lección de un profesor que enseña a los alumnos para comunicarles ciencia, sino como la verdadera palabra que Dios nos predica por la boca del predicador. Es necesario guardarla cuidadosamente en el corazón, a imitación de la santísima Virgen; considerarla atentamente y reflexionar luego de haberla escuchado.

Luego del sermón hay que dedicar tiempo con los amigos y los empleados de la casa para recordar las verdades que se han escuchado y así ayudarse mutuamente en la salvación.

2. En lo que se refiere a Dios hay que mostrarles que están obligados a guardar profunda gratitud por la gracia inmensa que les ha hecho de haber enviado a su Hijo al mundo para enseñarles el camino del cielo. El predicador no hace sino prolongar esta gracia.

Que no deben salir del templo, luego de escuchar la predicación, sin darle gracias por la instrucción recibida de su parte. Faltar a este deber es hacerse culpables de gran ingratitud con su divina Majestad.

Si quienes no agradecen a Dios que les haya dado el alimento corporal son dignos de reprensión, mucho más lo son quienes luego de haber sido saturados con el pan

celestial de la divina palabra salen de su casa, que es el templo, sin darle gracias. No hacerlo es tener en muy poco el don que se ha recibido y Aquel que lo ha dispensado.

3. En cuanto a los lugares sagrados en los que se escucha la predicación, es necesario tener por ellos singular veneración. No se debe entrar allí sin religioso temor para adorar a Dios devotamente. Se ocupa el puesto con modestia y sin ruido. Sólo se habla por necesidad, poco y en voz baja. El comportamiento debe ser respetuoso digno de la santidad de la casa de Dios, de la presencia de su divina Majestad, rodeada de millares de ángeles que tiemblan ante su faz. Los cristianos se deben allí mutua edificación.

4. En cuanto al predicador obrar con prudencia, respeto y caridad.

Prudencia para escoger al que predique con mayor beneficio, como el enfermo que quiere ser sanado busca un médico no para que le diga bellezas, que lo divierta o que sea condescendiente con sus apetitos y deseos, sino que escoge el que le devuelva la salud.

Respeto debido al que les trae cartas del cielo de parte de Dios; es embajador de Jesucristo y ocupa su puesto, representa su persona, está revestido de su autoridad, habla en su nombre, mejor aún, es el instrumento por el que él mismo habla: *No son ustedes los que hablan sino el Espíritu de su Padre el que habla en ustedes* (Mt 10, 20); *En mí habla Cristo*, dice san Pablo (2 Cor 13, 3); *es Dios quien exhorta a través de nosotros* (2 Cor 5, 20).

Caridad, para no llenarse de indignación contra los predicadores que combaten los vicios; por el contrario,

escucharlos con mayor gusto que a los aduladores o a los que callan los vicios.

Caridad para no constituirse en censores y jueces de los predicadores, para no tomar en mal sentido sus palabras, ni juzgar mal de sus intenciones.

Caridad incluso para no quejarse de que digan cosas comunes y populares, sabidas de todos. No es posible decir algo que los predecesores no hayan dicho. No hay mejor alimento que el pan, sin embargo, es muy común; y medicina repetida cura al enfermo. Una música cantada varias veces regocija a los que la escuchan.

Caridad finalmente para no menospreciar a quienes son de cuna sencilla; los que no son muy eruditos ni elocuentes ni gente distinguida, pues la administración de la palabra de Dios es como la de los Sacramentos. No hay que reparar tanto en el que administra sino en lo que administra. Al recibir una carta del parte del rey la miramos, la respetamos, la leemos, hacemos lo que nos pide, sin detenernos en quien nos la trae, si es blanco o negro, rico o pobre, noble o plebeyo.

En cuanto a sí mismos deben tener pureza de intención y de conciencia, humildad, docilidad y piedad.

Para tener *pureza de intención* se necesitan dos condiciones. La primera es renunciar por entero a toda intención que no sea recta y pura, por ejemplo, venir a la predicación por curiosidad y vanidad; o por ver o para ser visto; o para ganar en conocimientos y no para ser mejor cristiano; o para aprender a hablar bien; o para complacerse

en los discursos que acarician el oído; o para pasar el tiempo; o para dar gusto a otros; o por otros fines semejantes. La segunda es manifestar a Nuestro Señor que se quiere escuchar la santa palabra para conocer sus divinas voluntades y seguirlas.

Para *purificar la conciencia* se necesita hacer un acto de contrición antes de la predicación para que, una vez desterrado el pecado del alma, no pongan impedimento a los efectos de la palabra de Dios.

Para practicar la *humildad y la docilidad* deben: a) apartar lo más lejos posible la vanidad y esa soberbia insoportable que anima a muchos cristianos de este tiempo que menosprecian los sermones por estar persuadidos de que buscan solo la instrucción y que ellos saben tanto o más que el predicador. b) reconocer con san Ambrosio y san Agustín³³ que no hay nadie, por docto y santo que sea, que no tenga necesidad de ser instruido durante su paso por la tierra. Dice san Ambrosio: *¿Si María se dejó instruir por los pastores, por qué tú no quieres ser instruido por los sacerdotes?* c) no aplicar a los demás las reprensiones y regaños que dice el predicador, sino apropiárselos. Si predica contra un vicio, si reprende por un defecto, hay que reflexionar sobre sí mismo, y si se encuentra culpable, humillarse, pedir a Dios perdón, tomar la resolución de corregirse y pedir la gracia para ponerla en práctica. Si no se es culpable, humillarse también, reconociendo, que, si Dios

³³ Prefiero aprender que enseñar. Santiago nos amonesta: Sea todo hombre pronto para oír y tardo para hablar. Para aprender, la suavidad de la verdad nos debe invitar, mas para enseñar nos debe obligar la caridad. Epist. Ad Mercatorem.

no nos tuviera de su mano, no habría crimen en el mundo que no fuéramos capaces de cometer.

Para tener la *piedad*, es necesario, mientras se esté en el templo en espera de la predicación, orar a Dios o leer un libro piadoso. Una vez que el predicador haya llegado y subido al púlpito; cuando levante al cielo los ojos, elevar también con él los ojos hacia el cielo, y de tanto y tanto elevar la mente y el corazón a Dios para decirle repetidamente que solo a él se quiere contemplar y buscar en esta acción. Suplicarle además que envíe su divino Espíritu al predicador y al auditorio para que imprima en todas las verdades que se van a predicar y que les conceda la gracia de obtener el provecho que se busca en la predicación.

Cuando haga la señal de la cruz, hacer la como él devotamente. Cuando diga el *Ave María*, repetirla con él atenta y fervorosamente. Durante la predicación alejar de sí las preocupaciones y pensamientos del mundo, no voltear la cabeza ni los ojos a toda partes sino fijarlos en el predicador; mantenerse recogidos y atentos a sus palabras; de tiempo en tiempo levantarse a Dios en el corazón mediante diversos actos y sentimientos de piedad, según lo que se predica; a veces amando y bendiciendo, a veces alabando y agradeciendo, en otros momentos humillándose y llenándose de vergüenza ante él; y pidiéndole perdón; en ocasiones tomando la resolución de huir de un vicio y abrazar una virtud, pidiendo la gracia de poder hacerlo, etc.

Terminada la predicación permanecer por un tiempo en la iglesia o retirarse a otro lugar para: a) agradecer a Dios en nombre de todos los que escucharon el sermón, por el alimento espiritual que recibieron y para rogarle que les conceda la gracia de hacer buena digestión y sacar el fruto que él desea; b) para considerar, meditar y sopesar los temas principales que se escucharon; retener y subrayar algunos para recordarlos y emplearlos a su debido tiempo; c) suplicar a Nuestro Señor que recompense, en este mundo o en el otro, con gracias especiales, el trabajo que el predicador se impuso para instruirlos. Si estamos obligados a agradecer a los profesores que nos enseñan las ciencias humanas y a los padres que nos dan la vida corporal, cuanta mayor gratitud se debe tener a quienes enseñan la ciencia de la salvación y a quienes dan y conservan la vida del alma: *En Cristo Jesús, por el Evangelio, los engendré* (1 Cor 4, 15). Y cuánta culpabilidad tienen quienes, en lugar de agradecer al predicador, de orar por él y de hacer buen uso de las verdades que predicó, se ocupan solo, luego de la predicación, en criticar y repasar los defectos observados en su discurso, su voz, sus gestos, pagándole con menosprecio y murmuración el trabajo que se impuso por ellos.

Estas son las disposiciones requeridas para escuchar santamente la palabra de Dios que los predicadores deber enseñar cuidadosamente a sus oyentes cuando predicán largo tiempo en un lugar pero que deben explicar en breve compendio cuando están solo de paso.

Añado, a modo de conclusión, algo muy importante, esto es, que los predicadores no deben predicar solo con su ejemplo y su palabra, sino también con su oración. Deben rogar a Dios, instante y fervorosamente, en el santo sacrificio de la Misa y en sus oraciones particulares, sea antes sea después de la predicación, que él dé fruto a su santa palabra: *Que dé a su voz, la voz de su poder* (Sal 68, 34); que destruya en ellos y en sus oyentes cuanto pueda poner obstáculo a sus designios; que abra sus mentes y sus corazones a la luz y a la gracia divinas; y que los llene de las disposiciones necesarias para recoger de la predicación el fruto que les sea más conveniente.

CAPÍTULO XXIX

El catecismo

Siendo el catecismo útil y necesario no solo para los niños sino también para otras personas que no conocen a Dios, ni a Jesucristo su Hijo, ni la Iglesia, ni los misterios de la fe y lo demás que un cristiano debe saber, todos los eclesiásticos que pueden dedicarse a este santo ejercicio deben consagrarse a él con gran afecto, y en particular los pastores que están obligados hacerlo en sus iglesias, por sí mismos o por otros, al menos entre el Adviento y la Pascua.

Quienes lo hacen deben precaverse de un abuso y de un desorden muy pernicioso en los que a menudo se incurre: obrar por vanidad y por intolerable soberbia.

Se cae en ello cuando alguien, por vergüenza de enseñar una doctrina, que por su ceguera le parece demasiado simple y común, quiere, para satisfacer su ambición y parecer docto, decir cosas elevadas y enseña a niños y a gente sencilla lo que se debate en las aulas de teología. Así, en lugar del catecismo, que debería enseñarse con toda sencillez, se hacen discursos y declamaciones que no producen ningún fruto, pues Dios, que aborrece el orgullo y la vanidad, no les da su bendición.

Por consiguiente, quienes desean desempeñar dignamente esta tarea enseñen solo las materias comunes y cuyo conocimiento es necesario para la salvación, como las que se tratan en el *Catecismo de la Misión*; y empleen el tiempo no en hacer discursos y predicaciones sino en interrogar a los niños, hacer que respondan e instruirlos debidamente.

Esto no significa que esta acción tan importante no sea preparada cuidadosamente. No debe hacerse con negligencia pues se incurriría en falta ante Dios.

Sin embargo, no se le debe imprimir la seriedad y la dignidad que pide la predicación. Quien imparte esta enseñanza, en cierto modo, debe hacerse niño con los niños, tratarlos con amabilidad y cordialidad, mostrarles un rostro acogedor, afable y lleno de gozosa modestia.

Debe cuidarse de risas con ellos y no provocarlas ni permitirles semejante irreverencia en el templo, cualquiera que sea el tema que se trata. Tampoco deje que se burlen

de las respuestas de los compañeros y ni que falten al respeto y la modestia debidos a la casa de Dios, pues allí se está en su presencia.

Si algunos ríen, charlan o bromean, hacen ruido o se burlan de los otros o si cometen alguna otra irreverencia, primero llámeles la atención en general, luego en particular, con bondad la primera y la segunda vez; sea un poco más severo la tercera vez. Pero si continúan hágalos poner de rodillas y prívelos de la recompensa que se les hubiera dado si hubieran actuado con compostura. Si todos estos recursos no surten efecto y se muestran incorregibles recurra a los padres para que los castiguen. Si ni aun así se corrigen, sáquelos de la iglesia.

Además, es preciso estar atentos ante toda falta de urbanidad, indecencia o inmodestia en las que se incurre en ocasiones sin pensarlo, como llevarse la mano a la nariz sin necesidad, o a la barba, o jugar con las manos o el cinturón, o con las mangas de la sobrepelliz, o con el pañuelo o con la regla que se tiene en la mano, o cualquier otro ademán o movimiento del cuerpo contrarios a la decencia y la modestia.

Cuidar que los niños tengan espacio suficiente, de modo que quepan todos en el lugar donde se hace la catequesis, separados del pueblo; que los niños estén de un lado y las niñas del otro.

Tener en la mano una vara larga para señalar a aquellos a quienes se les pide hablar. Para que se les escuche bien y sean vistos, se les haga subir a la banca.

Para comenzar se dice en voz alta y pausada, de rodillas, el *Veni, Creator Spiritus*, con el versículo y la oración. Luego se pide la bendición a Nuestro Señor y a su santa Madre para sí y para los niños, con las siguientes palabras que todos dirán en voz alta: *“Jesús amado, María, Madre de Jesús, denme, por favor, su santa bendición”*. Que se levanten en seguida, y se sienten, si es posible hacerlo.

Para iniciar el primer catecismo se hace una breve charla familiar, de unos quince minutos, para insistir en su necesidad, excelencia y utilidad, y para exhortar a los padres y las madres, a los señores y señoras, que envíen sus hijos, sus criados y criadas, y que también asistan ellos mismos.

CAPÍTULO XXX

Desarrollo del catecismo

Puesto que hay cantidad de cristianos que no saben hacer el signo de la cruz, o lo hacen mal, en el comienzo del catecismo es preciso hacerlo siempre repetidas veces y ejercitar en él también a los oyentes para que todo aprendan a hacerlo correctamente. Y cada vez que se interroga a un niño se le debe pedir que antes de responder se santigüe debidamente.

Luego de esta acción, es necesario que dos o cuatro niños repitan, en forma de preguntas y respuestas, las cosas cuyo conocimiento es absolutamente necesario para la salvación; en seguida se repiten de forma semejante las cuestiones que se enseñaron en la clase precedente. Luego se propone así un tema nuevo: “Hoy veremos en el catecismo tal o cual misterio, tal o cual sacramento” etc.

Después se pide a dos niños que se pongan en pie y luego a dos niñas y se les va interrogando uno tras otro alternativamente; luego se les pide que se interroguen mutuamente, si están en capacidad de hacerlo. Se les pide que hablen en voz alta y que pronuncien bien lo que dicen, pero no se les permita hablar varios al tiempo; que hablen y respondan s cuando se les invite a hacerlo o cuando son interrogados.

No hacerles, ni permitir que se hagan entre sí, más de tres o cuatro preguntas a la vez, para que no recarguen demasiado la memoria. Una vez que sepan perfectamente las tres o cuatro preguntas, se les hacen otras.

Una vez que uno o dos niños han sido interrogados, se les pide que permanezcan en pie hasta que varios otros hayan respondido a la misma pregunta, y que todos sepan más o menos la pregunta y la respuesta.

Luego de haber interrogado y haber hecho hablar a los niños sobre un punto de la doctrina cristiana, dirigirse al público para repetirle la enseñanza y para que la grave en

su corazón: “Escuchen, cristianos, ahí tienen lo que deben creer respecto a este punto” etc.

Luego sacar alguna instrucción moral, pero brevemente, dejando para el último cuarto de hora los principios morales.

Al explicar el misterio de la Encarnación y el modo como aconteció, cuidarse de no usar términos que puedan dejar en las mentes algún pensamiento menos honesto, no digno de la santidad de este misterio; no aportar ejemplos de concepciones ordinarias, sino contentarse con decir que se hizo de manera divina y extraordinaria; que el pequeño cuerpo de Nuestro Señor fue formado con la purísima sangre de la santa Virgen; que su alma fue creada de la nada como la nuestra por la santísima Trinidad; y que el cuerpo y el alma, estando siempre juntos, fueron unidos a la persona del Hijo de Dios.

Hacer algunos catecismos sobre la excelencia de la acción de ayudar a Misa, para que tanto los niños como el pueblo, conozcan la importancia y la santidad de este ejercicio. Enseñarles la manera de hacerlo correctamente tanto exterior como interiormente, como está explicado en el librito que se escribió con este fin; empeñarse en enseñarlo a los niños que sean capaces de hacerlo.

Terminar siempre cada catecismo con una historia sólida, ajustada en lo posible al tema que se ha tratado y tomada de un autor digno de fe que se puede citar. Pero

hay que prepararla de antemano para contarla bien y alcanzar el fruto y la enseñanza que se busca.

No hay que contentarse con que los alumnos lleguen a ser buenos conocedores de la ciencia del catecismo. El objetivo es que sean buenos y auténticos cristianos. Para ello, esmerarse mucho por imprimir en sus corazones el temor de Dios y el deseo de cumplir sus divinos mandamientos y los de su Iglesia. Infundirle profundamente la aversión al pecado, el respeto y el amor a Nuestro Señor Jesucristo, devoción especial a la santa Virgen, a san José, a su ángel de la guarda, al santo o santa cuyo nombre llevan, al santo patrono de su parroquia. Inculcarles que se acerquen con frecuencia a la confesión, que oren de rodillas por la mañana y por la noche; pedirles obediencia a sus padres, caridad mutua y sobre todo gran reverencia, modestia y piedad en el templo; que comprendan bien que es la casa de Dios y casa de oración; que solo vengan a él para orar al Señor, que no hay que charlar, jugar, reír, bromear, ni estar de espaldas al altar, como también no armar ruido en el cementerio porque es lugar sagrado³⁴.

Fijarse en el catecismo en los muchachos y muchachas que haya que preparar para la primera comunión para escoger a los que sean aptos, que posean no solo los conocimientos requeridos sino también la edad y estatura corporal exigidas, la modestia exterior, la rectitud de vida, y suficiente discernimiento para comprender la excelencia de este pan divino. Poner en seguida sumo cuidado de

³⁴ Alude a la costumbre antigua en Francia de hacer el cementerio en derredor de la iglesia.

enseñarles todo lo que se refiere al sacramento de la penitencia y las disposiciones exteriores que deben preceder, acompañar y seguir la sagrada comunión.

Al hacer el catecismo, cuidarse bien de no desanimar nunca a los niños. Por el contrario, estimularlos y animarlos siempre, alabándolos cuando responden correctamente y no avergonzar nunca a los que responden deficientemente. Saber excusarlos y ayudarles cuando vacilan o cuando tienen dificultad para hablar.

Cuando se da el catecismo diariamente, como se hace durante las misiones, premiar a quienes lo hayan merecido, a lo máximo una o dos veces por semana, al finalizar la clase. Cuando solo se da catecismo los domingos y fiestas, dar los premios cada vez.

Terminado el catecismo hacer cantar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, o el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*, turnándolos en francés, o algún canto espiritual. Es útil para reemplazar las canciones mundanas y para elevar los corazones a Dios.

No sobrepasar una hora en todo el catecismo; pero no tener en cuenta el tiempo que se emplea en los cantos propuestos.

Luego de cada catecismo es aconsejable entretener un tiempo a los niños fuera de la iglesia, para prepararlos para el catecismo siguiente. No se debe hablar a las muchachas en lugar apartado o retirado, sino públicamente y a la vista de todos.

Además del catecismo en el que se enseña lo contenido en el *Catecismo de la Misión* es bueno hacer otro para los niños más pequeños. Se les enseñará a santiguarse correctamente, a decir el *Pater*, el *Ave*, y otras cosas de que sean capaces.

Siendo muy útiles y necesarias a todos los cristianos las oraciones de la mañana y de la noche que se hacen en las misiones, los que tienen cura de almas harían algo muy del agrado de Dios si las hacen en sus iglesias, al menos en Adviento y Cuaresma, los domingos y las fiestas, en las horas que juzguen más convenientes y cómodas para los criados y otros pobres, pues se hacen principalmente para ellos. Se da este encargo a alguien que lo pueda cumplir debidamente, esto es, que lo haga devota y fervorosamente, pronunciando distintamente y enfatizando lo que proclama. Todo lo que se hace, sea de la naturaleza que sea, especialmente cuando es en público, o se hace bien de manera que se obtenga fruto y edificación, o es mejor no hacerlo.

CAPÍTULO XXXI

Normas para los niños que asisten al catecismo

Todos los niños que asisten al catecismo deben frecuentarlo asiduamente y hacer todo lo posible por no faltar y por llegar a la hora fijada.

Que entren al templo modestamente recordando que entran a la casa de Dios. Él está presente allí, acompañado de millón de ángeles que se estremecen ante su presencia.

Al entrar, luego de haberse santiguado con el agua bendita, se pondrán de rodillas para adorar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. En seguida, sin hacer ruido, ocupen su puesto. Permanezcan allí, sentados y en silencio, en espera de que empiece el catecismo.

Que no respondan antes de ser interrogados. Para responder se pongan en pie, y hagan la señal de la cruz antes de dar la respuesta. Luego hablen en voz alta.

Que se mantengan muy atentos, sin charlar con sus compañeros; que no se burlen de los que no respondan bien.

Luego del catecismo regresen modestamente a sus casas, sin quedarse jugando en el cementerio, ni antes ni después, pues es lugar sagrado. Si es posible, repitan en presencia de sus padres y madres lo que aprendieron.

Procuren traer al catecismo a sus compañeros a fin de cooperar por este medio a la salvación de sus almas. Que se amen tiernamente unos a otros, como hermanos y hermanas, sin pelearse ni ofenderse.

Sean obedientes a sus padres. No omitan nunca orar a Dios, de rodillas, en sus casas, por la mañana y por la noche. Tengan especial devoción a la santísima Virgen; por amor a ella, tengan todos unos rosarios y que, en cuanto posible, lo

recen a diario devotamente, para rogarle que les obtenga de su Hijo la gracia de perder la vida antes que cometer nunca ningún pecado mortal, y vivir y morir cristianamente.

Los catequistas leerán de tanto en tanto estas normas a los niños y desde el primer catecismo los exhortarán a cumplirlas por amor de Nuestro Señor. Las fijarán en las puertas de las iglesias, en una hoja impresa y muy bien escrita.



EUDISTAS
Provincia de Colombia

OFICIO DEL AYUDANTE DE LA SANTA MISA

TOMO IV

Centenario de la edición de Obras Completas

SAN JUAN EUDES

OFICIO DEL AYUDANTE DE LA SANTA MISA

*Dignidad y santidad de este ministerio
Disposiciones interiores y exteriores
para cumplirlo dignamente*

**Tradujo Álvaro Torres Fajado, CJM
Valmaría marzo de 2017
OC 4, 405-432**

PRESENTACIÓN

¿Simple curiosidad? Entre los textos breves de san Juan Eudes que nos han llegado hay un opúsculo que dedicó a enseñar la manera de ayudar la misa. Había de seguro en la época niños que hacían la función de acólitos o monaguillos. Muchos pasamos por esa experiencia que nos dejó incluso anécdotas divertidas. Hoy no es raro ver no solamente niños sino también niñas que desempeñan ese ministerio. De seguro en la época del Padre Eudes no las había.

¿Por qué no dejar ese texto en el olvido? ¿Tiene actualidad? ¿O es simplemente un escrito que podemos conocer movidos por la curiosidad? No lo creo. Tiene un valor histórico para la liturgia. También para la pastoral parroquial y comunitaria. Nos revela cómo se desempeñaba entonces ese oficio. Descubrimos algo que hemos perdido y es el uso del latín en la celebración. En la época de san Juan Eudes no solo los niños aprendían esos textos de memoria sin comprenderlos bien. Mucha gente del pueblo, en buena parte analfabeto, recitaba los textos latinos del *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, el *Confiteor* y otros.

Lo más valioso de este texto está no en las ceremonias minuciosas y reverentes sino en la parte doctrinal de la primera parte y del último capítulo. Insiste el Padre Eudes en las disposiciones interiores para vivir, con pleno espíritu de fe, el oficio de ayudante de la misa. Por encima del aparato exterior, diríamos incluso del espectáculo, privilegia la presencia sagrada del misterio que se celebra.

Tiene además valor especial por ser una parte de una de las obras perdidas de san Juan Eudes, su tratado de La Santa Misa, en dos volúmenes, que hubiéramos deseado conocer. Como en sus obras extensas, de seguro habría una rica investigación histórica sobre la práctica del sagrado misterio eucarístico.

Álvaro Torres Fajardo, eudista

Introducción

Hacia 650 san Juan Eudes terminó una obra que llamó *El Sacrificio admirable de la santa Misa*. Todos sus biógrafos la mencionan y él mismo la recomienda en el *Memorial de la vida eclesiástica*. En un momento dado estuvo a punto de publicarla como lo indica el analista de la congregación: “Por el propósito que tenía de hacer imprimir su Tratado de la santa Misa, ordenó al padre de Bonnefond que en lugar de poner su nombre ordinario lo adjudicara a *Juan de santa María*”¹. Infortunadamente este manuscrito no fue editado y como otros tantos esta preciosa obra permanece hasta hoy irrecuperable.

Sin embargo, no se perdió del todo pues mientras esperaba el día de su publicación el piadoso apóstol quiso entregar al público la última parte. Quería poner a disposición de los clérigos de sus seminarios el modo de responder y servir la santa misa. Se proponía sobre todo estimular a los sacerdotes que encontraba y evangelizaba en sus misiones, o que venían a hacer retiros en las casas del instituto, a que formaran a los niños y demás encargados de las funciones sagradas con el aprendizaje de las ceremonias exteriores y las disposiciones interiores requeridas para desempeñarse debidamente. Lleno de piedad y respeto por todo lo que atañe al adorable sacramento de nuestros altares no soportaba la manera deplorable con la que se hacían a menudo funciones tan santas y sublimes.

Publicó este opúsculo primero en 1655 y luego en 1660 como lo indica la aprobación de los teólogos. A

¹ *Anales*, I, 385..

partir de 1673 se añadió a las ediciones de la *Vida del cristiano o Catecismo de la misión*.

En estas páginas se puede admirar el espíritu de religión de Juan Eudes, servidor de Dios, y la alta idea que tenía del oficio de ayudar al celebrante de la misa. Él mismo gustaba de prestar ese ministerio siempre que podía hacerlo. Son de apreciar las consideraciones piadosas que sugiere a todos los clérigos y acólitos para el desempeño digno de su noble y santo ministerio.

PREFACIO

Entre infinidad de desórdenes que se dan hoy en el mundo y de pecados que se cometen incluso entre los cristianos hay uno al que no se presta atención y del que no se tiene escrúpulo. Es sin embargo de consideración porque atañe directamente el honor debido a Dios en lo más santo y sagrado del cristianismo, el santo sacrificio de la misa.

No me refiero a los crímenes detestables que hacen los que celebran indignamente el augustísimo sacrificio, ni de las irreverencias e impiedades cometidas por varios cristianos que al parecer más se burlan de Dios que lo honran. Hablo de los que prestan el oficio de acólitos en la misa cuando no lo hacen con las disposiciones requeridas por este misterio tan grande y admirable. Cumplen esta acción con menos cuidado y diligencia que la que dan en sus tareas comunes e indiferentes. Se acercan al altar sin reverencia; tratan los utensilios que se

usan sin respeto; no observan ninguna de las ceremonias determinadas por la Iglesia para desempeñar este oficio con el orden y la majestad convenientes; ignoran las respuestas que deben darse o solo las pronuncian entre dientes sin darse el trabajo de articularlas bien; o, si las pronuncian, lo hacen con extraña precipitación sin esperar a que el sacerdote haya terminado su parte, y responden y a menudo con un tono y un acento ridículo e impertinente; en su compostura no dejan ver espíritu de piedad y religión; voltean la cabeza a todos los lados como si fueran veletas con sus miradas llenas de distracción y curiosidad; y finalmente se comportan con tanta negligencia, inmodestia e irreverencia que si un turco o un infiel vieran tatar de esta manera el más divino de los misterios tendrían motivos para creer que se trata solo de un juego de niños y de una acción frívola y ligera.

Ciertamente no se trata de un mal pequeño. Es más grande de lo que se piensa tanto para los mismos que ayudan la misa de este modo, como para los que los emplean y no se dan el trabajo de enseñarles y poner remedio a este desorden. Es envilecer el más adorable de los misterios. Es echar a perder los frutos del sacrificio incomparable del soberano sacerdote. Es profanar el más grande de nuestros sacramentos como es el Santísimo Sacramento del altar. Es destruir el efecto del sacramento del orden instituido no solo para dar la gracia de ofrecer dignamente el santo sacrificio de la misa sino también de servirla santamente.

Es pisotear la preciosa sangre que derramó el Hijo de Dios para establecer en su Iglesia este sacramento. Es

ultrajar el cuerpo adorable de Jesucristo que reside en los altares.

Es ahogar el espíritu de la religión cristiana que es espíritu de alta estima y profunda veneración a todo lo que mira al servicio de Dios. Es tener por nada esta misma religión con todos sus misterios.

Es menospreciar las reglas y órdenes prescritas por la Iglesia, o mejor, por el mismo Espíritu Santo que la gobierna en todo cuanto concierne al servicio de la santa misa.

Es deshonar a Dios en lo mismo en que él quiere recibir de nosotros el honor que le es debido. Es ofenderlo mediante los medios que estableció para expiar nuestras ofensas.

Es secar las fuentes de la divina misericordia y aprisionar los hontanares de la gracia, y, por consiguiente, cerrar todas las puertas de la salvación y dar al traste con los medios que Dios nos dio para llegar al cielo, más aún servirse de ellos para precipitarnos más adelante en los infiernos.

Es estar alejado de los sentimientos de los ángeles que por millones rodean nuestros altares. Están allí temblorosos de respeto según dice la Iglesia: *Se estremecen las potestades*. Es tener menos veneración por las cosas santas que los demonios contemplan con estremecimiento: *Los demonios creen y tiemblan* (Sant 2, 19). Es dar pábulo a los herejes, blasfemos y libertinos para burlarse, y deformar al pueblo sencillo y raso que solo se guía por su ejemplo sin ponderar las cosas.

Finalmente es provocar la ira de Dios contra nosotros y atraer la maldición de su venganza sobre

nuestras cabezas. Está escrito, en efecto: *Maldito el que hace la obra de Dios fraudulentamente* (Jer 48, 10). Tengamos en cuenta que después de la oblación del sacrificio en el altar no existe algo mayor en el cristianismo que servir ese mismo sacrificio como demostraremos en el capítulo primero de esta obra. Y por tanto las faltas que se cometen contra algo tan digno y elevado y contra la santidad de uno de los primeros oficios de la casa de Dios que miran directamente a su honor, no puede menos de ser condenable y digno de castigo. En efecto va en contra de su divina majestad.

Por consiguientemente es de gran consecuencia aportar algún remedio. Para este efecto, escribí este opúsculo. Él pone de manifiesto cómo es de grande e importante servir la santa misa y lo que hay que hacer tanto exterior como interiormente para realizar dignamente este oficio.

Es mi deseo que esté en manos de todos los eclesiásticos, en particular los de los seminarios, como también de todos los catequistas y maestros de escuela, e incluso de los padres y madres de familia. Quieran todos ellos leerlo y hacerlo leer y estudiar a todos los clérigos y a todos los niños que desempeñan este oficio para imprimir en sus corazones por este medio gran estima por esta acción y enseñarles las ceremonias exteriores y las disposiciones interiores requeridas para hacerlo tranquila y santamente.

Lo he escrito en forma de catecismo para hacerlo más sencillo y familiar; así podrá ser enseñado a los niños más fácilmente como se hace en los demás catecismos.

Aprendí la parte más jugosa de lo que contiene el primer capítulo de uno de los hombres más santos e iluminados de la luz del cielo que haya habido desde hace mucho en la Iglesia de Dios. Me refiero al padre de Condren, segundo general del Oratorio de Jesús. Saqué lo contenido en los capítulos segundo y tercero de las rúbricas del misal romano que prescriben el orden que debe observarse al ayudar la santa misa. Me inspiré también en las indicaciones hechas con este fin por el gran santo Carlos Borromeo como también de otros ponderados y célebres autores que han escrito al respecto.

Quieran el soberano Sacerdote Jesucristo y su muy digna Madre impartir su santa bendición a este opúsculo para que produzca algún fruto para la gloria de Dios, la edificación de la Iglesia y la salvación de las almas.

CAPÍTULO PRIMERO

Ayudar a misa es acción grande y santa

P. ¿Qué es ayudar a misa?

R. Es una de las más grandes y santas acciones que se hacen en el cristianismo. Después de la celebración del santo sacrificio de la misa no existe nada más digno que este oficio.

P. ¿Es esto verdadero?

R. Sí, tanto más que es el segundo oficio de la casa del gran Rey,

P. ¿Puedes explicarme esto?

R. Debes saber que hay dos oficios que atañen al cuerpo pasible y mortal del Hijo de Dios: uno, producirlo y formarlo, oficio que solo pertenece a la santa Virgen; otro, servirlo, oficio hecho por la misma Virgen e igualmente por san Gabriel y por san José, quienes lo sirvieron y ayudaron a la santa Virgen en los servicios que ella le prestó; de la misma manera, hay incluso ahora, al presente, dos oficios en el servicio del cuerpo glorioso e inmortal de Nuestro Señor en la santa Eucaristía. El primero es producirlo, hacerlo presente y ponerlo en el altar. Es lo que pertenece a los sacerdotes. El segundo es el de los que ayudan a la santa misa y cooperan con el sacerdote en la oblación de este grande y admirable sacrificio. Considera entonces cómo esta acción es digna y elevada.

P. ¿Puedes continuar para ver su excelencia?

R. Es algo tan excelente y santo que Nuestro Señor estableció un sacramento en su Iglesia, el sacramento del Orden, para dar el poder y la dignidad de desempeñar este oficio y la gracia de hacerlo bien.

P. Lo que dices es digno de ser notado. ¿Puedes continuar?

R. Sí, el mismo sacramento fue establecido para dar el poder y la gracia a los sacerdotes de ofrecer el santo sacrificio de la misa; es establecido también para dar la gracia y la dignidad a los que deben servirlo.

P. ¿Quiénes son?

R. Son los diáconos, los subdiáconos y acólitos. Solamente ellos tienen el derecho de ayudar la santa misa por oficio. Tienen carácter, dignidad y gracia para realizar esta acción honorable y santamente.

P. ¿Está permitido a los laicos ayudar la santa Misa?

R. Sí. La Iglesia se lo permite. Pero es por favor y privilegio, y por necesidad cuando no hay ni diácono ni subdiácono, ni acólito, ni clérigo para hacerlo. “En la celebración de la Misa que el sacerdote no acceda al altar si un clérigo, dignamente vestido y revestido de sobrepelliz limpia, no lo acompaña para ayudarlo. Sin embargo, en los lugares en que no es posible tener fácilmente un clérigo, cuide de no celebrar sin dicho clérigo a no ser que esté debidamente autorizado por el obispo por escrito”².

P. ¿Qué más dices de la dignidad de este oficio?

R. Expulsar demonios es gran oficio en la Iglesia de Dios; sin embargo, ayudar la santa misa es más digno.

P. ¿Por qué?

R. Porque el orden de acólito, que confiere el derecho de ayudar la santa misa, precede el de exorcista que da poder para expulsar diablos, y por tanto es más digno. Todo acólito es exorcista, pero no todo exorcista es acólito. El poder de expulsar espíritus malignos está en el acólito, pero la dignidad de servir el altar no está en el exorcista.

P. ¿Qué añades sobre la santidad de este oficio?

R. El martirio es algo grande. Sin embargo, ayudar la santa misa es algo en cierto modo más digno.

P. ¿Qué prueba aduces para hacer esta afirmación?

R. Lo pruebo con dos razones.

P. ¿Cuál es el primera?

² Concilio Aquense, celebrado en 585. Texto latino.

R. El que sufre el martirio da testimonio de una verdad por la efusión de su sangre, solo y con pérdida de su vida. Esto propiamente hablando no es un sacrificio, pues no ha sido instituido por Dios en calidad de tal y con esta finalidad. Pero el que ayuda la santa Misa y coopera con el sacerdote en este divino misterio rinde testimonio de todas las verdades de Dios por la sangre de Jesucristo y para el más grande sacrificio que puede existir.

P. ¿Cuál es la segunda razón?

R. El sacramento de la Confirmación, que dispone al martirio y da la gracia y la fuerza de sufrirlo, es dado a todos los cristianos indiferentemente. Pero el sacramento del Orden, que da la gracia para ayudar a la santa misa, no se confiere a todos sino solo a personas escogidas y de élite. Se consagran a Dios de manera especial y desean llevar una vida perfecta.

P. ¿Qué fruto y qué gracia recibe el que ayuda la santa Misa?

R. Es indecible e inconcebible. El que hace este oficio tiene parte principal, después del sacerdote, en todos los frutos, gracias y bendiciones de este gran sacrificio que es fuerte de toda santidad.

P. Dime además algo que me haga conocer la importancia de esta acción y me obligue a realzarla dignamente.

R. ¿No sabes que en el palacio de los príncipes uno de los oficios más honorables es servir en la mesa y que esto está reservado solo a los maestros de ceremonia que aportan toda la diligencia y circunspección posibles para desempeñarse bien? Considera entonces cómo es de grande servir en la mesa celestial y en el santo altar del

Rey de los reyes. Cómo no esmerarse en no omitir ninguna de las disposiciones y ceremonias que es preciso observar.

P. ¿Tienes todavía algo para decirme al respecto?

R. Has de saber que ayudando a la santa misa estás en medio de gran tropa de ángeles que rodean el altar de todos los lados y que se estiman demasiado afortunados por mirar con profundo respeto y adorar estremecidos los misterios temibles que sirven y participan de manera particular.

P. No olvides decirme cuanto pueda encender en mí la devoción con que debo hacer esta acción.

R. Si Nuestro Señor estuviera ahora en el Calvario, ofreciéndose en sacrificio como lo hiciera otrora, y tuvieras la dicha de encontrarte al pie de su cruz, con su santa Madre y con san Juan Evangelista, ¿con qué respeto y devoción estarías atento a tal acontecimiento? Ten en cuenta que el mismo Jesús que entonces estaba en la cruz ahora está en los altares donde se celebra la santa misa y allí ofrece a su Padre por nosotros el mismo sacrificio que ofreció en el Calvario. ¡Con cuánto fervor y santidad debes asistir por consiguiente a misterio tan admirable!

P. ¿No es por tanto una acción común, buena solo para niños, como algunos imaginan?

R. Por el contrario es una acción tan noble y honorable que los príncipes y los monarcas de la tierra deberían tener en gran honor poder hacerla y reconocer que son infinitamente indignos de ello; que incluso los querubines y serafines no serían indicados para ello.

P. ¿Qué conclusiones podemos sacar de esto?

R. Saco tres conclusiones:

1. Es oficio de ayudar la santa misa. Es oficio digno y santo. Los que lo desempeñan indignamente, sin el debido respeto, devoción y diligencia requeridos, corren gran riesgo de atraer sobre ellos la maldición contenida en estas palabras: *Maldito quien hace la obra de Dios fraudulentamente* (Jer 48, 10).
2. Quienes deben hacer practicar estas cosas con su ejemplo, sus enseñanzas, y no lo hacen tienen todavía mayor peligro de incurrir en esta maldición.
3. Pues este punto es tan importante es necesario aportar gran cuidado para aprender bien todas las ceremonias exteriores y las disposiciones interiores que se requieren para hacerlo dignamente.

CAPÍTULO II

Acciones exteriores del que ayuda la santa misa

P. ¿Qué debe hacerse para ayudar correctamente la santa misa?

R. Dos cosas. La primera atañe al exterior.

P. ¿Qué hay que hacer al exterior, y en primer lugar en la sacristía antes de que el sacerdote vaya al altar?

R. El que ayuda la santa misa debe en primer término quitarse el sombrero o el bonete; luego se lava las manos por respeto a las cosas santas que debe tocar para no ensuciarlas; además ponerse en condición limpia y digna. Si es clérigo revista la sobrepelliz; en seguida ayude al sacerdote a revestirse y tenga cuidado de que los ornamentos le queden bien ajustados; la cruz que está en

el cuello de la estola quede exactamente en mitad del cuello; que el alba cubra toda la sotana a un dedo de altura del suelo y no quede más alta de un lado o del otro. Hecho esto encienda los cirios, cuidando de que la cera no caiga en el altar; prepare el vino y el agua en la credencia si alguien no lo haya hecho ya.

P. ¿Qué hacer cuando el sacerdote está listo para ir al altar?

R. Toma el misal; hace una inclinación a la cruz junto con el celebrante; va adelante con circunspección y modestia, con los ojos bajos; al pasar por donde el pueblo está reunido haga que el celebrante pueda pasar cómodamente sin ensuciar la parte baja del vestido.

Si pasa frente a un altar donde se hace la elevación del Santísimo Sacramento, se arrodilla hasta la reposición del cáliz. Si pasa delante de otro altar, incluso si está diciendo la misa, no hace ninguna reverencia³.

Al llegar al altar donde se va a decir la santa misa se detiene a la derecha del sacerdote, recibe el bonete y lo besa; hace la genuflexión al tiempo con el sacerdote o se inclina; se levanta con él y bordeando la tarima pone el misal cerrado sobre el cojín, volviendo la apertura hacia el medio del altar. Luego lleva el bonete sagrado donde se tenga costumbre de ubicarlo.

P. ¿Y luego qué más se hace?

R. Pasa al lado del evangelio pues debe estar siempre del lado donde no está el misal. Al pasar hace genuflexión en medio del frente del altar si el Santísimo Sacramento está allí. Si no está hace profunda inclinación. Se pone de rodillas un poco detrás del sacerdote juntando las manos

³ Que se conforme con lo que hace el sacerdote y hacer con él la genuflexión si es entre la consagración y la comunión. Asimismo si pasa delante del altar donde está el Santísimo Sacramento.

a la altura del pecho y se mantiene con gran modestia sin volver la cabeza ni los ojos, sino mirando hacia el altar y prestando atención a los cirios a fin de despabilarlos cuando sea necesario. Estará muy atento a responder lo que se debe responder, conformando su voz con la del sacerdote, no comenzando a responder antes de que él haya acabado lo que dice, y pronunciando distinta y pausadamente todas las palabras. Finalmente aporta toda su atención para servir al sacerdote en el tiempo y lugar debidos cuidando de no hacerlo esperar. Con este propósito debe mantener la mente y las manos libres, no sosteniendo libros sino dedicado a hacer bien tan santo oficio.

P. Dígnate continuar.

R. Cuando el sacerdote comienza *In nomine Patris* el que está ayudando la santa misa se santigua como él. Cuando dice *Gloria Patri* inclina la cabeza; y en el verso *Adjutorium*, etc., igualmente se santigua como el sacerdote.

Una vez que el sacerdote haya dicho el *Confiteor*, responde *Misereatur* etc. Pero en la palabra *tui* inclina la cabeza hacia el sacerdote. Hace lo mismo a las palabras del *Confiteor*: *et tibi, Pater... et te, Pater*.

Al recitar el *Confiteor*, debe tener la cabeza y los hombros bajos hasta que el sacerdote empiece *Indulgentiam*. Entonces se levanta haciendo la señal de la cruz con él. No está permitido añadir en el *Confiteor* el nombre de ningún santo, fuera de los que en él se nombran.

P. ¿Cuándo el sacerdote sube al altar qué hace el ayudante de la santa misa?

R. Permanece de rodillas en la última grada hasta el fin de la epístola. Una vez que ésta ha sido proclamada, responde: *Deo gratias*. Debe saber que los miércoles de las Cuatro Témperas, y en los miércoles anteriores a los domingos de la Pasión y de Pascua, hay dos epístolas en la Misa⁴, y que los sábados de las Cuatro Témperas hay seis, a fin de que no tome el misal pasada la primera lectura en dichas misas, como hace en las demás misas.

P. *¿Una vez dicha la epístola que hace el clérigo?*

R. Se pone en pie, toma el libro y lo lleva al lugar donde se lee el evangelio, haciendo genuflexión al pasar y al repasar siempre por medio del altar, o una profunda inclinación cuando el Santísimo Sacramento no está allí. Lo coloca abierto en el sitio donde debe estar. Y cuando el sacerdote dice *Sequentia sancti evangelii*, etc., responde: *Gloria tibi, Domine*, y se hace la señal de la cruz en la frente, la boca y el pecho. Luego hace una inclinación hacia el sacerdote cuando pronuncia el santo nombre de Jesús, que de ordinario está al comienzo del evangelio, se va luego al lado de la epístola. Si durante el evangelio el sacerdote hace genuflexión, él la hace igualmente con él. Al fin del evangelio responde: *Laus tibi, Christe*.

P. *¿Cuándo escucha el sagrado nombre de Jesús, o de María, o del santo del que se dice la misa, ¿qué debe hacer?*

R. Debe inclinar la cabeza.

P. *¿Cuándo se termina de leer el evangelio qué hace el ayudante?*

⁴ Si el sacerdote celebra la misa de la feria, lo que se reconoce por el color morado del ornamento.

R. Se pone de rodillas. Si el celebrante dice el *Credo* en las palabras *Et incarnatus est*, etc., inclina la cabeza y al final del *Credo* se santigua junto con el celebrante.

Cuando el celebrante haya dicho el ofertorio y quitado el velo de encima del cáliz, si el que ayuda la misa es clérigo y lleva sobrepelliz, puede recibirlo y depositarlo en el cojín del lado de la epístola; hace genuflexión cuando, para este efecto, se acerca al altar y cuando se retira de él igualmente.

Después del ofertorio el clérigo va a la credencia, toma en la mano derecha la vinajera del vino y en la izquierda la del agua; sujeta una y otra por la base y presenta primeramente la de vino al sacerdote luego de besarla (menos en las misas de *Requiem*); dirige hacia sí el asa de la vinajera para que él celebrante la tome más cómodamente. Luego, cambia de mano la vinajera del agua poniéndola en la mano derecha, y después de haber recibido del sacerdote, con la mano izquierda, la vinajera del vino y de haberla besado, besa también la del agua y se la presenta. Si está cubierta la descubre a fin de que el sacerdote bendiga el agua que pone en el cáliz. Luego, la recibe, la besa, hace inclinación al sacerdote y deposita ambas en la credencia.

Inmediatamente después toma el manutergio, lo pone en su mano izquierda bajo la palangana; con la mano izquierda toma la palangana (que no hay que depositar en el altar), y la vinajera del agua en la mano derecha; se acerca al sacerdote, le hace inclinación, besa la vinajera (menos si el Santísimo está expuesto) y le derrama agua en los dedos; luego levanta un poco la mano izquierda para presentarle el manutergio; en

seguida, hecha una vez más la inclinación, lleva la palangana y la pone en la credencia, una vez haya vaciado el agua no al suelo ni contra la pared sino en un lugar destinado para ello. Deposita las vinajeras sobre las que pone el manutergio. Luego regresa a su puesto y prepara la campanilla, la que deposita en el lugar apropiado para tocarla en el *Sanctus*.

P. ¿En seguida qué hace el ayudante?

R. Cuando el celebrante dice *Orate fratres*, espera a que se haya vuelto del todo hacia el altar para responder *Suscipiat...* Mientras el sacerdote recita el *Sanctus* debe tocar la campanilla tres veces, luego de santiguarse con el sacerdote cuando dice *Benedictus qui venit*.

P. ¿Luego del Sanctus qué hace?

R. Enciende una tercera vela si se acostumbra hacerlo, que está fuera del altar, del lado de la epístola. Para encenderla toma candela de la lámpara y no de las velas que hay en el altar.

Un poco antes de que el sacerdote haga la consagración, deja su puesto y se sitúa en medio frente al altar; luego de la consagración de la hostia levanta con la mano izquierda la casulla por detrás y con la mano derecha toca la campanilla, a partir del momento en que el sacerdote se arrodilla para levantar la hostia hasta que la haya depositado en el altar. Hará lo mismo durante la elevación del cáliz; durante ambas consagraciones se mantiene profundamente inclinado y no debe besar la casulla al fin de dichas elevaciones, como hacen algunos.

P. ¿Hay que tocar la campanilla en la segunda elevación de la hostia y al Domine, non sum dignus?

R. ¡No! Ni durante una misa rezada que se diga cerca del presbiterio mientras allí se canta, ni cuando pasa una procesión, en el tiempo en que se debe tocar, cerca del altar donde se dice la misa; ni cuando hay una estación en el presbiterio o que después de una misa de *Requiem* se canta un *Libera*, o cosa semejante, cerca de dicho altar.

P. *¿Una vez hecha la elevación del cáliz y el sacerdote lo haya depositado en el altar, ¿qué hace el ayudante?*

R. Se pone en pie, hace una inclinación y vuelve a su puesto. Y cuando se dice: *Nobis quoque peccatoribus, Agnus Dei*, etc., *Domine, non sum dignus*, se golpea del pecho como lo hace el celebrante.

P. *¿Cuándo el sacerdote dice: Domine, non sum dignus, el clérigo dice: Ut intres sub tectum meum, etc., tanto en la misa como cuando da la comunión, ¿dice algo el ayudante?*

R. Nada. Solo el sacerdote lo dice.

P. *¿Cuándo el sacerdote toma la preciosa sangre, ¿qué debe hacer el clérigo?*

R. Se pone en pie, toma las vinajeras por las asas, se acerca al altar, hace una inclinación, besa la vinajera y derrama vino en el cáliz que le presenta el celebrante. En la segunda ablución derrama vino y agua en los dedos del sacerdote, luego de haber besado ambas vinajeras. Hace una inclinación al sacerdote y lleva las vinajeras a la credencia. Luego pasa el misal al lado opuesto y lo deposita abierto en el altar. Si antes de la consagración encendió una vela la apaga. Luego va a ocupar puesto en el lado del evangelio.

P. *¿Si alguien comulga durante la misa qué debe hacer?*

R. Trae una servilleta destinada expresamente para esto, y no la que sirve para secar las manos, ni el velo, ni un pañuelo, ni otra cosa. En seguida recita el *Confiteor*.

P. *¿Qué hace además el clérigo?*

R. Debe estar atento, al fin d las oraciones, a si el sacerdote deja el libro abierto. En ese caso lo lleva al otro lado porque es signo de que hay otro evangelio distinto del ordinario para decir al final de la santa misa.

Cuando el sacerdote da la bendición final debe santiguarse al mismo tiempo; luego se levanta para responder: *Et cum spiritu tuo*, y luego, *Gloria tibi, Domine*, al evangelio, santiguándose como lo hace el sacerdote, y al final del evangelio decir *Deo gracias*.

P. *¿Una vea dicho el evangelio qué hace?*

R. Toma el misal y el bonete y va a ponerse de rodillas al pie de la última grada, del lado de la epístola, y espera allí al sacerdote al que presenta el bonete, luego de haberlo besado. Luego se levanta y camina delante a la sacristía. Cuando llega a ella deja pasar al sacerdote y le hace una inclinación. En seguida hace otra a la cruz junto con el sacerdote. Deposita el misal y ayuda al sacerdote a despojarse del ornamento si es necesario.

P. *¿Tienes algo más para decirme al respecto?*

R. Sí. Te digo que cuando veas a personas que charlan durante la Misa, o niños o pobres que hacen ruido, o perros, o laicos que se acercan demasiado cerca del altar, quien ayuda la santa misa, y también los que asisten a ella, harían algo muy del agrado de Dios si remedian caritativamente esos desórdenes, echando los perros con un fuate, y advirtiéndolos respetuosamente a las personas.

CAPITULO III

Si dos clérigos ayudan la misa qué deben hacer

P. Cuando los que sirven la misa son dos clérigos ¿qué hacen?

R. Si son dos los que ayuda la santa Misa mientras uno ayuda al sacerdote a revestirse mientras el otro prepara el vino el agua en la credencia y enciende las velas, luego regresa a la sacristía.

Cuando el sacerdote está listo para ir al altar los dos hacen con él inclinación a la cruz. El que no lleva el misal camina delante. Cuando llegan al altar, el que lleva el misal se detiene del lado del evangelio, se retira un poco para dar paso al celebrante a quien hace una inclinación. Luego hace la genuflexión al tiempo que su compañero que lleva el misal, y permanece de rodillas hasta el evangelio. El que lleva el misal recibe el bonete del sacerdote y hace lo demás como ya se dijo. Luego se arrodilla al lado de la epístola a la derecha del sacerdote y ambo le responden pronunciando al unísono, pausada y claramente.

P. ¿Una vez que el sacerdote dice la epístola qué hacen?

R. Poco después de que la haya dicho, el que está del lado donde se dice, se pone en pie y toma el misal para llevarlo al otro lado. El otro se levanta también para venir al puesto de su compañero. Aguarda de modo que al pasar se encuentre detrás, ante la mitad del altar, para que hagan genuflexión al mismo tiempo. Luego se va del lado del evangelio. El que ha llevado el misal, luego de

haberlo depositado en el altar, se retira al pie de la primera grada del lado del evangelio, y hace como ya se dijo.

P. ¿Cuándo el sacerdote llega a la consagración, ¿qué hacen los dos clérigos?

R. Un poco antes de la consagración se levantan de sus puestos y vienen a ponerse de rodillas, detrás del celebrante, para levantar juntos la casulla, y seguir haciendo lo que ya se dijo. El que está del lado de la epístola toca la campanilla. Pasadas las elevaciones de la hostia y del cáliz los dos vuelven a sus puestos.

P. ¿Cuándo el sacerdote toma la segunda ablución, o sea, el vino y el agua que uno de los clérigos le derrama en sus dedos dentro del cáliz, ¿qué deben hacer los dos?

R. Mientras el que derramó el vino y el agua en los dedos del sacerdote, lleva y acomoda las vinajeras en la credencia, el otro debe tomar el misal para llevarlo al lado de la epístola. Es necesario que manejen bien su tiempo para que al pasar frente al altar los dos hagan la genuflexión al tiempo, y el resto como se dijo antes.

P. Una vez proclamado el último evangelio, ¿qué deben hacer?

R. Mientras el que lleva el misal acompaña al sacerdote a la sacristía, el otro permanece en pie al lado del evangelio y hace una inclinación al sacerdote cuando pasa; luego apaga las velas comenzando por la que está del lado del evangelio.

CAPÍTULO IV

Respuestas del ayudante durante la Misa

Nota. San Juan Eudes trae en este capítulo, en latín, todos los diálogos entre celebrantes y acólitos en el rito anterior a la reforma litúrgica que trajo el Concilio Vaticano II. No vemos necesidad de traducirlo.

CAPÍTULO V

Disposiciones interiores para ayudar debidamente la santa Misa

P. Luego de haberme enseñado lo que debe hacerse exteriormente para ayudar debidamente la santa misa, ¿tendrás a bien decirme las disposiciones interiores requeridas para alcanzar este fin?

R. Con mucho gusto, tanto más que es lo más necesario e importante.

Te diré que hay tres clases de disposiciones interiores requeridas para ayudar y asistir santamente este divino sacrificio. Unas preceden, otras acompañan y otras siguen esta santa acción.

P. ¿Qué disposiciones preceden la acción de ayudar la Misa?

R. Son tres principales.

P. ¿Cuál es la primera?

R. Consiste en recogerte cuidadosamente y tener ante los ojos la grandeza y santidad de la acción que vas a

hacer para estimularte por este medio a hacerla debidamente.

P. ¿Cuál es la segunda?

R. Humillarte profundamente ante Dios reconociendo que eres infinitamente indigno de realizar algo tan grande y santo; manifestar a Nuestro Señor que la quieres hacer por su amor; y rogarle que te conceda la gracia de realizarla como es debido.

P. ¿Cuál es la tercera?

R. Recuerda que hay gran número de santos, como santo Tomás de Aquino, san Buenaventura y varios otros, que tuvieron especial devoción en ayudar la santa misa; hicieron santamente la acción que vas a hacer; únete a las santas disposiciones con las que la hicieron y ruégales que te hagan partícipe de ellas.

P. ¿Cuáles son las disposiciones que deben acompañar la acción que se va a hacer de ayudar la misa?

R. Hay tres principales.

P. ¿Cuál es la primera?

R. Humíllate y acúsate ante Dios, juntamente con el sacerdote, de todos tus pecados y pídele perdón de ellos con máxima contrición; ofrécele en satisfacción la preciosa sangre y la santa pasión de su Hijo; reitérale que quieres renunciar por entero, por su amor, a lo que le desagrada; y suplícale te conceda su gracia para ello.

P. ¿Cuál es la segunda?

R. Únete a todo el amor, el honor, la gloria, las alabanzas y adoraciones que los ángeles ahí presentes tributan a Nuestro Señor; y ruégales, en especial a tu

ángel guardián, te hagan partícipe de la devoción con que ellos asisten a este gran sacrificio.

P. ¿Y cuál es la tercera?

R. Considera que después de la consagración nuestro amabilísimo Jesús está presente en el altar y que no está ahí inactivo, sino que:

1. Adora, alaba, da gracias y ama de continuo a su Padre por él y por todos sus miembros, que son todos los cristianos.
2. Está pidiendo perdón a su Padre por ellos y le ofrece su sangre en satisfacción de sus pecados.
3. Que allí está orando a su Padre por ellos y le pide todo lo necesario tanto para sus almas como para sus cuerpos.
4. Que está ofreciéndose, dándose y sacrificándose con todos sus miembros para gloria y alabanza de la santísima Trinidad.
5. Que finalmente está con un Corazón del todo enardecido de amor a ti y tiene los ojos fijos en ti. Sus más ardientes deseos son colmarte de sus gracias y bendiciones si no pones obstáculo a ello.

Dale infinitas gracias por todo esto y únete a él, en todo lo que hace; quiero decir: adora, alaba, da gracias, ama, ora, pide con él. Ofrécete, date, sacrificate con él; entrégate a él para hacer todo con su espíritu y con sus santas disposiciones.

Además de estas prácticas puedes servirte de las que hay en el *Catecismo de la Misión*, en el capítulo XXVII.

P. ¿Cuáles son las disposiciones que siguen a la acción de ayudar la Misa?

R. Retírate con la firme resolución de evitar, con la gracia de Dios, cuanto no le es grato, y de practicar generalmente las virtudes que te hacen grato a su divina majestad, en especial la caridad, la bondad, la paciencia, la obediencia y la humildad. Y esto a fin de no hacer inútil y sin fruto para ti el sacrificio que el Hijo de Dios hizo de sí mismo, y que hace diariamente en nuestros altares. Puesto que se inmoló y se inmola sin cesar para destruir el pecado y hacer vivir las virtudes cristianas en nuestras almas, se sigue necesariamente que todo el que las destierra de su corazón para alojar en él a su enemigo que es el vicio hace que el sacrificio del Salvador sea para él vano y sin efecto.

VIVA JESÚS Y MARÍA